
DIABLO
DE DIAMANTES
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA ZAKHAROV
NAOMI WEST

DIABLO DE DIAMANTES

LA BRATVA ZAKHAROV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Diablo de diamantes

1. Taylor
2. Taylor
3. Ilarion
4. Taylor
5. Ilarion
6. Taylor
7. Ilarion
8. Taylor
9. Taylor
10. Taylor
11. Taylor
12. Taylor
13. Taylor
14. Taylor
15. Taylor
16. Taylor
17. Ilarion
18. Ilarion
19. Taylor
20. Taylor
21. Taylor
22. Ilarion
23. Ilarion
24. Taylor
25. Taylor
26. Taylor
27. Taylor
28. Ilarion
29. Ilarion
30. Taylor
31. Ilarion
32. Taylor
33. Taylor
34. Ilarion
35. Ilarion
36. Ilarion
37. Taylor
38. Taylor
39. Ilarion
40. Taylor

41. Taylor
42. Ilarion
43. Ilarion
44. Taylor
45. Taylor
46. Ilarion
47. Ilarion
48. Ilarion
49. Ilarion
50. Taylor
51. Ilarion
52. Taylor
53. Ilarion
54. Taylor
55. Taylor
56. Taylor
57. Ilarion
58. Ilarion
59. Taylor
60. Ilarion
61. Ilarion
62. Taylor
63. Taylor
64. Ilarion
65. Taylor
66. Ilarion
67. Taylor
68. Taylor
69. Taylor
70. Taylor
71. Taylor
72. Ilarion
73. Ilarion
74. Ilarion
75. Taylor
76. Ilarion
77. Ilarion
78. Taylor
79. Taylor
80. Ilarion
81. Ilarion

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

DIABLO DE DIAMANTES

LIBRO UNO DE LA BRATVA ZAKHAROV

Es la primera vez que veo al prometido de mi hermana.

Llamo a la puerta, y ¿a quién veo con el brazo a su alrededor?

Al hombre que me dejó embarazada.

Hace tres meses, casi me atropella un coche.

El tipo al volante era guapísimo.

Nos pusimos a hablar y... bueno, la cosa se fue un poco de las manos, tú me entiendes.

Pero cuando terminó, tomamos caminos separados.

Aunque no del todo.

El pequeño signo positivo en esta prueba de embarazo me dice que nuestra historia no ha terminado.

Pero es un problema para otro día.

Primero tengo que ir a la fiesta de compromiso de mi hermana.

Cuando veo con quién se casa, se me cae la mandíbula al suelo.

Esto... Esto no puede ser real.

Pero es real.

También lo es la atracción que sentí cuando conocí a Ilarion Zakharov.

También el odio.

Y también lo son las balas que empiezan a volar cuando los enemigos de Ilarion nos atacan.

Resulta que el Sr. No Tan Buen Tipo es un gran jefe Bratva.

Y ahora que sabe que estoy embarazada de su heredero...

No me perderá de vista.

Diablo de diamantes *es el Libro 1 del dúo de la Bratva Zakharov. La historia continúa en el Libro 2,* **Ángel de diamantes**.

TAYLOR

Lloro y corro, corro y lloro. A estas alturas, lo que más me intriga es ver cuál de los dos se rinde antes: mis lágrimas o mis piernas.

Sin embargo, a los sesenta minutos de empezar a correr, ambos se mantienen fuertes.

Resulta que es fácil correr cuando dejas atrás todo tu sórdido, desagradable y aterrador pasado. Cuando le das la espalda a tu familia y a tus pecados, correr es algo natural.

¿Y las lágrimas?

Bueno, eso también es natural.

La huella de la mano de mi padre en mi mejilla quema como si me hubiera marcado ahí. Nunca me había pegado antes, pero seguro que esta vez no se guardó nada. Y, para ser la primera vez, lo hizo muy bien. Me dio una bofetada en toda la cara, como si hubiera estado esperando toda mi vida para hacer exactamente eso.

Se arrepintió en cuanto ocurrió, por supuesto. Pude verlo en sus ojos: el miedo, la vergüenza ardiente, la oleada instantánea de autodesprecio.

Pero, por mucho que se arrepintiera, el daño ya estaba hecho.

Es un poco irónico que sea una hermosa tarde en Chicago. ¿No deberían ocurrir cosas terribles en días terribles? Debería llover a cántaros desde los cielos grises para que las gruesas gotas de lluvia se mezclen con mis lágrimas. Las langostas deberían descender sobre los suburbios, como si Moisés y el Faraón acabaran de pelearse. Alguien a quien quiero debería cortarse el flequillo.

Pero nada de eso está ocurriendo. El sol brilla, los pájaros pían y el parque que rodeo en mi amplio circuito de atletismo está lleno de niños y madres que ríen.

No es solo la bofetada de papá lo que tengo grabado a fuego en la piel, sino también las cosas que le dije justo antes. Cosas que cruzaron la línea, que rompieron el delgado hielo sobre el que vivimos durante los dos largos años que pasaron desde el diagnóstico de mamá.

Ojalá pudiera retirar esas palabras, igual que papá desearía poder deshacer la bofetada. Pero como he dicho: el daño ya está hecho.

Ya no hay vuelta atrás.

Así que repito como un loro las palabras que me dije en voz alta entre dolorosos jadeos. ¿Por qué? Quizá porque soy masoquista y me gusta. O porque creo que merezco ser castigada. Pero ni siquiera castigada de un modo genial, cósmico, como si *Dios me golpeara con un rayo de justicia*. Solo de un modo mezquino y cruel.

—Si el cáncer de mamá fuera contagioso, todos nosotros podríamos estar atrapados en casa, también. Siendo miserables como tú.

Eso es lo que le dije.

Incluso ahora, no puedo evitar estremecerme. Me he repetido mis propias palabras miles de veces desde que salí corriendo por la puerta principal de la casa en la que crecí, y no me resulta fácil oírlas.

Mi hermana Celine no supo qué hacer cuando me oyó decir eso. Bajó en medio de la pelea, intentando hacer de pacificadora, como siempre.

—¡Paren! —gritó—. ¡Los dos, por favor, paren!

Pero después ya no hubo quien parara. Dije lo que dije, papá me abofeteó y, a partir de ese momento, todos quedamos atrapados en la misma montaña rusa de pesadilla sin salida.

Me pregunto qué estará haciendo Celine ahora mismo, mientras comienzo mi tercera vuelta a la pista que rodea el parque del barrio. Seguro que sigue boquiabierta, mirando la puerta por la que he salido corriendo como si fuera a volver en cualquier momento cargada de flores, tarta y disculpas.

La vieja Taylor podría haber hecho exactamente eso.

La nueva Taylor no puede.

Dos años viendo a tu madre marchitarse hasta convertirse en una cáscara de sí misma le hacen eso a una mujer. Ella es la que se está muriendo, pero siento que yo también pierdo partes de mí con cada kilo que se evapora de su cuerpo demasiado delgado.

Casi evitamos este destino. Al cabo de un año, nos dijeron que los tratamientos estaban surtiendo efecto. La quimioterapia funcionaba. Los tumores se estaban reduciendo de pelotas de golf a cabezas de alfiler a nada en absoluto.

Entonces: Los médicos dijeron *¡Ups! Los escáneres estaban mal. Cometimos un error. Parece que vas a morir después de todo.*

Nunca olvidaré esas lágrimas.

Después, empeoró. Mamá se encogió más deprisa; su piel se volvió pálida y fina como el papel de seda. Sus ojos eran lo más inquietante de todo: grises y casi ciegos, como uno de esos peces de las cavernas del Shedd Aquarium a los que solía llevarnos los días de lluvia, cuando Celine y yo éramos pequeñas.

Ella sigue aquí. Por cuánto tiempo más, ninguno de nosotros lo sabe. Me pregunto cuánto de la pelea de esta noche escuchó desde su cama arriba.

¿Sabes qué es lo que se me hace más difícil de superar? Que la vergüenza en los ojos de mi padre

precedió a su golpe.

Empezó como una tonta discusión sobre mi toque de queda. Sí, sigo viviendo en casa, pero ya tengo veinte años y un toque de queda a medianoche para una mujer adulta es casi una bofetada en toda regla.

Ojalá el cáncer de mamá fuera contagioso. Entonces todos nosotros podríamos estar atrapados en casa, también. Siendo miserables como tú.

Me sentí perturbadoramente bien al decirle eso a papá cuando intentaba decirme dónde podía y dónde no podía ir. Esas palabras han estado burbujeando en mis entrañas durante casi dos años de su sobreprotección y paranoia.

Pero también es más que eso.

Papá tiene *miedo*.

Y ha tenido miedo desde *antes* de que mamá enfermara.

Lo noté por primera vez cuando una noche lo vi preparando la cena en la cocina y me di cuenta de lo delgado que estaba. Nunca fue un hombre corpulento, pero el cuerpo de padre con barriga cervecera de siempre había desaparecido. En su lugar había un hombre asustadizo, mal afeitado, más pálido de lo que tenía derecho a estar.

Sus ojos tampoco dejaban de moverse.

Como si esperara que una sombra se abalanzara sobre él y lo estrangulara.

¿Por qué? No tengo la menor idea. Archie Theron es un agente de viajes, por el amor de Dios. No es exactamente una profesión de alto riesgo. Padre de dos hijas, casado con su novia del instituto, vive en los tranquilos y arbolados suburbios de Chicago. Aquí no hay sombras a las que les guste estrangular a la gente. Los obscenos impuestos sobre la propiedad pagan unas farolas muy bonitas, de hecho, así que no hay muchas sombras.

Pero no intuirías eso mirando a Archie Theron. Tenía el tipo de miedo que te asusta a ti también con solo mirar en su dirección.

Debería haberle preguntado entonces qué lo asustaba. Pero al día siguiente supimos lo de mamá y todo lo demás perdió importancia.

Me pregunto qué habría dicho si lo hubiera hecho.

Salgo de mi ensueño y miro hacia arriba para darme cuenta de que el sol se ha ocultado tras los árboles. El parque también se ha vaciado y mis piernas empiezan a temblar de cansancio. Mis lágrimas se han secado en algún momento mientras pensaba, aunque no sé muy bien cuándo.

Con un suspiro, me vuelvo hacia casa.

A mi *hogar*. Qué concepto. Se supone que debe sentirse seguro, ¿no? Nunca deberías tener miedo de volver a casa. Nunca deberías tener miedo de qué monstruos te esperan en los rincones de tu habitación. Nunca deberías odiar a la gente que también la llama hogar.

Pero todas esas cosas son ciertas ahora mismo.

Aún así, ¿dónde más podría ir? No tengo otro sitio. A nadie más. Sé mejor que nadie lo que pasa cuando te atreves a creer en un futuro o en otras personas, y por muy tonta que pueda ser a veces, no cometeré ese mismo error dos veces. Ya lo hice una vez y casi me cuesta a mi hermana. No volveré a hacerlo.

Tomo la última curva con calma. Mi casa está a unas manzanas de distancia. Mis pensamientos se han calmado, aunque no diría que del todo. Más bien han aceptado tomarse un respiro. Están tan agotados como yo.

Veo la casa de los Theron al final de la calle. Los rosales bajo los alféizares se han vuelto un poco andrajosos sin que mamá los cuide todos los días, y el jardín ha empezado a sobrepasar sus límites. Pero sigue siendo bonito. Sigue siendo tranquilo.

Por ahora.

Estoy cruzando la calle cuando ocurren varias cosas a la vez.

Primero, una luz cegadora aparece en la esquina de mi visión.

En segundo lugar, levanto la vista y me doy cuenta de que un coche viene hacia mí a toda velocidad y no va a detenerse pronto.

Tercero, hago lo único que puedo hacer: cerrar los ojos y rezar para que la muerte no duela tanto como la vida últimamente.

TAYLOR

Solo vuelvo a abrir los ojos cuando me doy cuenta de que no estoy muerta.

El coche que creía que conducía la Parca se detiene chirriando a unos cinco centímetros de mis piernas desnudas. Siento su tubo de escape en la piel como si fuera un animal salvaje que respira sobre mí.

Pero el parabrisas está tintado de oscuro, así que no puedo ver quién está realmente al volante. Me quedo ahí, paralizada de miedo, e intento recordar cómo respirar.

El sol se extingue en el horizonte. La noche reclama Evanston. Todas las aceras están vacías y, salvo por el ronroneo del motor y mi acelerado corazón, todo está en silencio.

Entonces, se abre la puerta del conductor.

Un pie golpea el suelo.

Un pie de gigante. Con botas, enorme.

Le sigue una pierna igual de enorme. Observo, paralizada, cómo un hombre se baja del vehículo.

Cuando sale, me quedo con la boca abierta. Llamarlo "guapo" es un flaco favor a la palabra. Sinceramente, llamarlo "hombre" también es un poco grosero. Es el tipo de hombre que hace que quieras reservar esa etiqueta exclusivamente para él. Es *así* de grande, *así* de impresionante, *así* de cincelado en mármol.

Pero, Dios mío, es *aterrador*.

Su mandíbula está tan apretada que es un milagro que sus dientes no se rompan como cristales de azúcar. Esos ojos son tormentas rugientes, remolinos negros que funcionan como una vía rápida al infierno.

Y cuando habla, su voz es la del mismísimo Diablo.

—¿Qué *coño* te pasa?

Sé lo que estás pensando: esta es la parte de la historia en la que digo algo ingenioso y sigo mi camino. Vuelvo a mi miserable casa y a la miserable familia que vive en ella. Esta es la parte en la que admiras la tenacidad de la heroína y empiezas a sentirte un poco atraído por ella, tal vez te pones en su lugar, tal vez empiezas a preguntarte cómo arreglará la relación con su padre y cómo

cuidará a su madre para que se recupere y finalmente resolverá los misterios de todos esos pecados del pasado a los que antes aludió vagamente.

Esta es también la parte de la historia en la que nada de eso sucede.

Lo que ocurre en cambio es que abro la boca para soltar una réplica inteligente y devastadora a este titán de metro ochenta, pero lo único que sale es...

—Grande.

El hombre hace una pausa. De todas las cosas que esperaba que dijera, esa no puede haber estado entre las cien primeras.

Finalmente, dice—: ¿Qué?

Mis mejillas se inflaman. —Eres grande —murmuro estúpidamente—. Muy alto.

—Y tú eres una puta imbécil —me responde. Se pasa una mano enorme por su espeso pelo oscuro—. Ya casi es de noche y acabas de cruzar la calle a ciegas, a cien metros del paso de peatones más cercano, sin ni siquiera fingir mirar para ver si alguien venía a asesinarte con un coche.

No está precisamente equivocado. Pero está siendo un gran idiota al respecto. Nunca nadie me había hablado de una manera que me hiciera sentir tan pequeña.

—¿Es eso lo que haces? —respondo, recordando por fin cómo unir un sujeto y un verbo—. ¿Vienes a asesinarme? Sinceramente, qué oportuno. Ni siquiera me resistiré.

—Así que eres imprudente *y* demente —murmura—. Fantástico.

Se detiene y me observa como si por fin me viera por primera vez. No puedo evitar sonrojarme bajo su mirada. Tiene una forma de mirarme que me hace sentir como en una de esas pesadillas de ansiedad en las que pronunciarás el discurso más importante de tu vida y todo el público te ve desnuda. Ojalá llevara algo menos revelador que unos diminutos pantalones cortos de Spandex rosa y un sujetador deportivo negro. Quizá una parka. Lo que haga falta para ocultar lo más posible de mí a los ojos pecaminosos de este hombre.

—No estoy demente —digo—. Solo casualmente teniendo el peor día de mi vida. Bueno, uno de ellos, al menos. Hay mucho para elegir.

Permanece en silencio durante mucho tiempo. —Alguien te pegó —dice por fin. Sus ojos se clavan en la mejilla donde papá me abofeteó. Ni siquiera sé cómo pudo ver la marca en la oscuridad y el rubor que provocó mi carrera, pero la vio.

Algo me dice que este hombre no se pierde de nada.

Me la tapo con una mano, y simultáneamente digo—: Nadie me pegó; ¿de qué estás hablando?

El hombre pone los ojos en blanco. —Te diría que eres la peor mentirosa, pero estoy bastante seguro de que ya eres consciente.

—Y yo te diría conductor terrible, pero estoy bastante segura de que *ya* eres consciente de *ello*.

—Atrevidas palabras de Bambi la Ciega en sujetador deportivo —bromea.

—¿No tienes otro sitio donde ir a ser imbécil? —le pregunto—. ¿O dabas vueltas por el barrio, buscando untar a alguien en tu parrilla como si fuera un nuevo adorno para el capó?

—Si hubiese estado haciendo eso, no habría elegido una tan bocazas.

Frunzo el ceño. —Quizá me equivoqué. Quizá tu agenda no esté tan ocupada, si tienes tiempo para sentarte aquí y bromear como el pez gordo que tan claramente crees que eres.

Hace una pausa, se toma su tiempo para absorberme de nuevo antes de responder. Así es como me siento: como si me absorbiera. Sorbe un poco más de mí con cada mirada, me guste o no.

Alerta de spoiler: sí me gusta.

—No bromeabas. Estás teniendo un mal día.

—No me digas, Sherlock. ¿Está escrito en mi frente? —tengo los puños apretados y apoyados en las caderas, la cara contraída por la ira. El hecho de que esté tan insoportablemente tranquilo después de su bramido inicial me irrita.

Estoy en uno de esos estados de ánimo que me hacen pensar *mi mundo es una mierda, así que el de los demás también debería serlo*. No es justo que él esté tan tranquilo y sereno.

—No —murmura—. Está escrito en tus ojos.

Me estremezco involuntariamente. —¿Eres adivino o solo un asqueroso inoportuno?

—Ninguno. Soy un hombre de negocios.

Eso me hace resoplar. —Y tu negocio te trae al suburbio más aburrido del país a las... —miro el reloj—: ¿A las diez de la noche de un martes?

—De hecho, *tigrionok*, sí.

—Parece que necesitas una nueva línea de trabajo —parpadeo—. Además, ¿cómo me acabas de llamar?

—*Tigrionok* —enuncia con un retumbe frío y oscuro—. Significa “pequeño cachorro de tigre”. Porque sacas las garras, pero no creo que tengas la menor idea de cómo usarlas.

Retrocedo unos pasos. De repente, soy dolorosamente consciente de lo aislados que estamos. Este tramo de Evanston no es exactamente la gran ciudad. Hay silencio y quietud allá donde miro. Las nubes de truenos parecen presionarnos como una gran palma plana que me aplasta contra la tierra.

—¿Es una amenaza? —necesito todo lo que tengo para evitar que me tiemble la voz. El hombre se ríe y extiende las manos como para mostrarme que está desarmado.

—Tengo cosas mejores que hacer que amenazar a niñas peleonas que no saben mirar a ambos lados antes de cruzar la calle.

—¡Saliste disparado de la nada! Esto es Evanston, no las putas 500 millas de Daytona.

—Excelente recordatorio. Déjame largarme de aquí, entonces —se da vuelta para volver a su

coche, que sigue gruñendo y vibrando.

Pero justo antes de entrar, se detiene y vuelve a mirarme. Se me pone la carne de gallina. —Alguien te pegó —no es una pregunta, así que no me molesto en negarlo—. ¿Le devolviste el golpe?

No puedo evitar soltar una amarga carcajada. —Abofetear a tu propio padre es bastante imperdonable.

—Abofetear a tu propia hija es peor —arremete, con tanta saña que por un momento se me corta la respiración—. Cualquier hombre que haga eso es un cobarde.

Pienso en las manos frágiles y temblorosas de mi padre. En cómo le cuelga la piel del cuello estos días, tan demacrado que casi hace juego con mamá.

—Sí —admito—. Quizá lo sea.

Entonces, para mi eterno horror, una lágrima resbala por mi mejilla.

Me paso la mano por la cara casi en cuanto lo noto. Pero, para apilar horrores sobre horrores, el hombre lo ve, porque claro que lo ve.

—L-lo siento —balbuceo, mientras más lágrimas siguen a las primeras—. No sé por qué...

Las palabras mueren en mi lengua.

Porque el hombre cierra la puerta de golpe.

Cruza la distancia entre nosotros.

Y, con un golpe de su áspero pulgar, me limpia la lágrima de la cara.

Lo miro, boquiabierta y desconcertada y todos los sinónimos que acompañan a esta situación que no puede ser real.

Es todavía más hermoso de cerca. Pero es una belleza dura. Como un perfil tallado en piedras que han existido durante mucho tiempo y han visto a mucha gente horrible hacer muchas cosas horribles.

Mandíbula afilada. Barbilla malvada. Ojos duros como el hielo.

Solo sus labios son suaves, y la imagen de ellos recorriendo la parte interior de mi muslo pasa por mi mente como un cometa antes de que me apague.

—Lo siento —vuelvo a soltar.

Apoya su pulgar sobre mis labios cerrados. —No te disculpes. No eres tú quien ha hecho algo mal.

Resoplo e intento detener el flujo de lágrimas. Pero mis mejillas siguen mojándose. Tardo un tiempo vergonzosamente largo en darme cuenta de que es porque se han abierto las nubes.

Vuelvo la cara hacia el cielo y recibo como recompensa por mi curiosidad una gota de lluvia gorda directamente en el globo ocular. Después llueve más, pegándome el pelo ya sudoroso al

cuero cabelludo.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —murmura el hombre. De algún modo, su voz atraviesa la creciente cacofonía de la tormenta.

Dudo y niego con la cabeza. —Yo... la verdad es que no quiero ir a casa —sé que mi padre y mi hermana probablemente estén preocupados por mí, y si mamá ha oído la discusión o los portazos, probablemente también.

Pero solo quiero un minuto. Tal vez dos. Solo tres minutos de calma, tranquilidad y silencio para fingir que mi vida no es un caos.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Caramba, déjame contar. Mi padre está destrozado, mi madre muy enferma y mi hermana abrumada. Siento que soy la única que mantiene todo unido y cada día que pasa lo hago peor —susurro. Las palabras caen de mis labios tan fácil y pesadamente como la lluvia—. Todos me odian y yo no quiero eso, porque son mi familia, ¿sabes? Pero una parte de mí también está muy enfadada con cada uno. Estoy enfadada con mi hermana por intentar fingir que todo va de puta madre todo el tiempo. Estoy enfadada con mi padre por... por pegarme, por supuesto, pero también por ser tan paranoico. El mundo no está confabulado contra nosotros, ¿sabes? Pero él actúa como si sí. Actúa como si no nos mantuviera encerrados en esta miserable jaula, como si un lobo feroz fuera a tragarnos enteros. Diablos, hasta estoy enojada con mi mamá por enfermarse. ¿Cómo de jodido es eso? Y, luego, sobre todo, estoy enfadada conmigo misma. Debería, por una vez en mi vida, hacer lo que quiero. Nadie me ha preguntado nunca qué es. Ni siquiera yo me pregunto qué es eso. Solo agacho la cabeza y me aferro a esta puta familia que se desmorona con mis propias manos. Y estoy fracasando en ello. De verdad. Estoy fallando tanto y no sé cómo parar.

Mi voz se apaga solo porque hago todo lo posible por no echarme a llorar. Al final de este vómito de palabras completamente inesperado, me arriesgo a levantar la vista. El hombre tiene la cara mojada y el pelo chorreante, como yo, pero la calma de sus ojos no te diría eso. No ha cambiado nada desde que salió del coche.

No parece importarle llevar lo que supongo que es un traje carísimo en medio de una tormenta.

No parece importarle estar abrazando a una chica extraña y lloriqueante que acaba de conocer y que le está contando demasiadas cosas sobre su vida privada.

No parece importarle que nada de esto, ni una pizca, tenga ningún maldito sentido.

Me pone ese pulgar áspero, suave, fuerte y tierno bajo la barbilla, lo levanta para que me vea obligada a mirarlo y me susurra unas palabritas que cambian el curso de mi vida.

—Dime entonces, *tigrionok*. ¿Qué quieres?

ILARION

Las puertas se cierran al unísono. La lluvia azota el techo del coche, pero aquí dentro se está seco y calentito.

Apago el motor para que el único sonido sea el crepitar de los truenos y las silenciosas inhalaciones de la niña.

—Probablemente no debería subirme a coches con desconocidos —comenta de repente—. Salvo que quiera acabar en un podcast de crímenes reales, y créeme, no quiero.

—Acabas de contarme toda la historia de tu vida sin hacer una pausa para respirar. Puede que no seamos amigos, pero no creo que seamos extraños.

Se ríe un segundo antes de parar nerviosamente. —Lo siento por eso.

—Te dije una vez que no te disculparas. No soy el tipo de hombre que repite sus palabras.

—¿Qué clase de hombre eres, entonces? —pregunta—. No te habría tomado por caballero de brillante armadura que pone la chaqueta sobre un charco para que la damisela no se moje los pies.

Es mi turno de reír. —Desde luego, tampoco soy eso.

Miro por el parabrisas. El cielo está realmente cargado. Se adapta a mi estado de ánimo. Oscuro y poderoso.

Cuando salí de la reunión a la que acababa de asistir, estaba dispuesto a romper algo. Cualquier cosa. Un pequeño cachorro de tigre pasó corriendo por delante de mi coche y, por un segundo pensé, *a lo mejor hasta la rompo.*

No lo hice, por supuesto. Por supuesto. Paré el coche y me bajé para decirle sus cuatro cosas.

Pero algo en ella me hizo detenerme.

En mi trabajo, no veo a menudo el miedo en la cara de la gente. Siempre tratan de ocultarlo. Tratan de ocultarlo todo, en realidad, como si yo no viera todo lo que hay que ver. Creen que les ayudará mantener sus cartas bajo la manga.

Pero ¿esta chica? Ni siquiera se le pasó por la cabeza no llevar el corazón en la mano. No se le ocurrió que yo podría usar esa debilidad contra ella. Se sorprendió cuando empezó a llorar, pero

yo no. Vi las grietas en su superficie mucho antes de que cayera la primera lágrima.

Aunque *admitiré* que el que todo esto llegara tan lejos es algo sorprendente. Estamos en mi coche, solo nosotros dos.

Me pregunto si sabe lo peligroso que es este lugar.

—¿Eres de aquí? —pregunta.

Sacudo la cabeza. —Rusia.

—Rusia. Eso explica el acento y el... el...

—*Tigrionok* —digo con una sutil sonrisa—. Sí, es ruso.

—*Tiii-griis-oh-nop* —arruga la nariz mientras hace eco.

Me llevo una mano burlona al pecho. —Horrible. Estás destrozando mi lengua materna. Debería devolverte a la lluvia por tus crímenes contra mi pueblo.

Riéndose, me da una palmada en el brazo. —¡Hago lo que puedo! —luego, regañándose a sí misma, deja caer la mano sobre su regazo. La incertidumbre se dibuja en su rostro.

Lástima. Me gusta más cuando está desenfrenada. El apodo empezó como una broma, pero es más acertado de lo que pensaba. Su salvajismo, su crudeza... me hablan.

Si vives lo suficiente en un mundo de engaños y mentiras, esa mierda se te empieza a pegar. Es como estar cubierto de barro desde que abres los ojos por la mañana hasta que los cierras por la noche. Nunca te lo puedes quitar.

Pero ¿ella? Es como si nunca hubiera visto nada de eso.

—Dijiste que los negocios te trajeron aquí. ¿A qué clase de negocios te dedicas?

Parpadeo y vuelvo a mirarla. —Asesinato. Tráfico de drogas. Pecados despreciables de todo tipo: cuanto más rentables, mejor.

Pone los ojos en blanco. —Divertidísimo. Apuesto a que tienes tu propia rutina de *stand-up* semanal.

—No, la verdad es que no. Solo estoy aquí por esta noche —respondo con cara seria—. Alguien me traicionó, así que vine a advertirle de lo que le pasaría si volvía a hacerlo. Si alguna vez me vuelves a ver por aquí, significa que esa persona está muerta.

Un silencio aturdidor se apodera del coche. En la penumbra, los ojos de la niña brillan. En su mejilla sigue floreciendo la huella de la mano. Me da rabia. Estoy malditamente furioso. Lo que le dije iba en serio: un hombre que golpea a su hija no merece vivir.

Mis manos se crispan. Mi padre ya está muerto, por suerte para él.

Pero, si no estuviera tan seguro de que arde en el infierno por lo que le hizo a nuestra familia, lo desenterraría y lo mataría de nuevo.

—¿Ja... ja? —se atreve a decir, insegura. Se le hace un nudo en la garganta y traga saliva—.

Vamos a fingir que sé que estás bromeando, porque si no, voy a tener un ataque de nervios, y ya he tenido suficientes hoy para toda la vida.

—Claro. Digamos que estoy bromeando.

—Bien —suspira aliviada y se deja caer en su asiento—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Es agradable que nada te importe una mierda?

Mi boca se curva divertida. —¿Es esa la impresión que tienes de mí?

—Cien por cien. Estoy bastante segura de que tu reloj cuesta más de lo que yo podría ganar en toda una vida columpiándome de un poste con mis tetas al aire, pero te quedaste bajo la lluvia conmigo, una completa y total desconocida, y una desconocida lunática, además, por ninguna buena razón.

—No olvides los zapatos. Esos también son caros.

Vuelve a poner los ojos en blanco, pero se ríe. Ese sonido me provoca algo. Una descarga de electricidad directa a mi polla.

Una sacudida que no había sentido en mucho, mucho tiempo.

Se me pasa por la cabeza de repente cuánto tiempo hace que no follo. No elegí el celibato; simplemente hace meses que no se me ocurre hacer nada diferente. Nada me llamó. Nadie me habló.

Hasta ella.

Pero ahora, cada célula de mi cuerpo de repente grita *masacre*. Quiere destrozar algo.

Pero tengo que contenerme. Arrasar a una chica como la que tengo en el asiento del copiloto arruinará la vida de uno de nosotros, pero seguro que no será la mía.

Y he dejado suficiente daño a mi paso esta noche.

—Para responder a tu pregunta, no sé si es agradable o no. Nunca he sido de otra manera.

—A mí me parece bien —responde enseguida—. Todo lo que hago es preocuparme. Por mi... bueno, ya has oído toda la perorata —se sonroja y aparta la mirada de mí como si no fuera a notar su vergüenza.

—¿Qué más te gustaría que no te importara una mierda?

Se burla. —Lo que sea, me gustaría que no me importara una mierda. Solo quiero algo que sienta propio, ¿sabes? Algo que elija porque lo quiera, no por otra razón —empieza a marcar cosas con los dedos—. O sea, voy a una universidad que no me gusta para tomar cursos que no me interesan. Odio correr, pero lo hago, porque no quiero estar en casa más de lo necesario. Es... cansador, eso es todo. Me gustaría dejarlo todo por un segundo.

—Pues hazlo.

Se ríe de nuevo, alto y burlón. —Lo dices como si fuera fácil.

—Lo es. Es exactamente tan fácil como lo estoy diciendo. La forma de dejar de hacer algo es

simplemente... parar.

Ladea la cabeza y me mira desde un nuevo ángulo. No puedo ver nada más allá de las ventanas; la lluvia sigue implacable. Ahí fuera parece frío y premonitorio. Pero aquí dentro el aire chisporrotea de repente. Está vivo, *estoy vivo*, como hacía mucho tiempo que no.

Y las cadenas que retienen mi lujuria se debilitan a cada segundo. —Cuando lo dices así —grazna—, casi te creo.

No sé si lo sabe, pero se está inclinando hacia mí. Cada vez más cerca. Con cada inhalación, se congela, pero con cada exhalación, se inclina como si yo fuera un agujero negro que la absorbe.

Mierda, tal vez eso es exactamente lo que soy. Soy algo que nunca ha experimentado y, después de esta noche, nunca volverá a experimentarme. Es mejor así.

Para los dos.

Porque nada bueno puede salir de mezclar mi mundo con el suyo. Ella está triste por la universidad y papá; yo tengo sangre en mis manos y esqueletos en mi armario y pecados en mi pasado que la harían llorar.

Este encuentro cercano ya es bastante malo. Algo más que eso sería devastador. Pero aquí viene, de todos modos.

Más cerca.

Más cerca.

Y yo también me acerco. Huele a jazmín, a sudor y a agua de lluvia. Sus ojos brillan. Su piel es suave y clara.

—Te preguntaré una vez más —gruño. Ahora estamos a centímetros de distancia. Ella aspira mis palabras y las convierte en su aliento—. ¿Qué es lo que quieres? Que se jodan todos los que intentan que te sometas a sus deseos, que vivas de acuerdo a sus miedos, que pintes dentro de las líneas que te marcan. ¿Qué quieres?

Su respuesta llega tras el más mínimo momento de vacilación, y no podría ser mejor si yo mismo la escribiera en sus labios.

—Yo... quiero que me beses.

TAYLOR

¿Quién acaba de hablar?

No pude haber sido yo. Yo, Taylor Theron, nunca me subiría al coche de un desconocido, soltaría toda mi triste historia sin hacer una sola pausa para inhalar y luego le rogaría que me bese.

Excepto que hay un peso en mi pecho del tamaño de Chicago, y una necesidad sentada encima que es el doble de grande. Me dijo que dejara de pensar en los demás. Me dijo que le dijera lo que quería.

Y, aparentemente, lo que quiero es un beso.

No, no solo un beso. Un beso de *este* hombre. Un hombre que no se parece a nadie que haya conocido antes. Un hombre al que mi padre miraría y me encerraría en la torre más alta a su alcance.

Así soy yo. Una Rapunzel de pelo dorado con boca de marinero y miedo a las alturas.

Sus ojos se clavan en los míos, reteniéndome como a una cautiva. La espera hace que parezca que está deliberando. ¿Besar o no besar a la chica? Prácticamente puedo ver cómo gira su cabeza. *Parece un caso perdido, pero quizá sus besos no sean tan descuidados como sus llantos.*

—Es una petición peligrosa.

—Me preguntaste qué quería.

—Pensé que tenías una cantidad mínima de autopreservación.

¿Es esto rechazo? ¿O solo intenta asegurarse de que no soy tan vulnerable como para aprovecharse?

Tacho ese pensamiento casi de inmediato. No parece el tipo de hombre que tendría reparos morales en aprovecharse de nadie.

—Estoy cansada de ser cuidadosa todo el tiempo —le explico—. Es agotador.

Sonríe crípticamente. —Te lo advierto ahora mismo. Si te beso, dudo que pare ahí.

Un escalofrío me recorre la espalda. Pero no son solo nervios; es excitación. Sinceramente, la

culpa es de mi padre. Se ha esforzado tanto por mantenerme a salvo que me ha dado ganas de correr hacia el peligro.

Y este hombre... es el peligro personificado.

—Me preguntaste qué quería —digo, aspirando aire—. Y yo te lo dije. Si no quieres besarme, entonces, solo dilo en vez de...

Jadeo cuando sus labios se posan en los míos. Sabe a whisky y a humo, el tipo de calor que te chamusca los nervios y te recuerda que estás viva.

No hay torpeza, ni agitación, ni sensación de incertidumbre. Sabe exactamente lo que hace.

Su lengua recorre mi labio inferior y me separo de él. Nunca había sentido tantas ganas de profundizar en un beso. Tampoco estuve nunca tan perdida en uno.

No siento las piernas ni las manos. Estoy demasiado concentrada en nuestros labios fundidos, nuestras lenguas enredadas. Su contacto es un relámpago que atraviesa la oscuridad de mi vida.

Cuando separa sus labios de los míos, tomo una bocanada de aire, hambrienta. Me sorprende ver que fuera sigue tronando y diluviando. De alguna manera, mi mundo se quedó en silencio en los escasos segundos que duró aquel beso.

Se me ocurre algo. —E-espera... —jadeo.

Se aleja lo suficiente como para que pueda ver el brillo de sus labios. —¿Te asustaste, *tigrionok*?

—Acabo de darme cuenta de que ni siquiera sabemos nuestros nombres.

Arquea una ceja oscura y gruesa. —Yo...

—¡No! —suelto—. No importa. No quiero saberlo.

Vacila, respira despacio un momento, la lujuria le abre tanto las pupilas que siento que podría caer en ellas.

Pero quise decir lo que dije. No quiero saber su nombre, porque si no lo sé, nada de esto es real. Todo es producto de mi imaginación y puede quedarse ahí para siempre. Será solo un sueño que tuve, una noche salvaje. Un momento sin ataduras en el tiempo.

—Muy bien —dice al fin—. Sin nombres.

—Nunca he hecho esto antes —susurro, mientras mi mano vuelve a enroscarse alrededor de su cuello.

—Y probablemente no vuelvas a hacerlo después de esto —responde con confianza—. Así que haz que esta vez cuente.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque buscas un recuerdo. Algo que puedas recordar cuando seas vieja y decir: “Lo hice. Fue peligroso, estúpido e imprudente, pero lo hice de todos modos”.

Mis ojos se encienden mientras habla. Tiene razón. Me he pasado la vida caminando por la línea,

escuchando a mis padres, existiendo dócilmente dentro de los confines de la caja que construyeron a mi alrededor.

Pero esta noche, con él, recupero mi poder. Porque todas esas voces de duda en el fondo de mi cabeza, diciéndome que tenga cuidado, no son mías.

La verdadera yo solo tiene una palabra para decir: *Hazlo*.

Me meto en el asiento trasero. Luego me agarro a los bordes del sujetador deportivo y me lo quito por encima de la cabeza. Es un striptease a medias, torpe y extraño, pero no importa. Su mirada sigue hambrienta desde el momento en que sus ojos se posan en mis pechos.

Y entonces, viene hacia mí.

Es una maravilla que un hombre tan enorme pueda moverse con tanta gracia en un espacio tan reducido. Todo le resulta fácil. Es la cualidad más atractiva para mí, una chica para la que todo parece un esfuerzo la mayoría de las veces.

La forma en que se arrastra sobre mí me hace sentir todo el miedo que pudiera tener y me lo enrosca en el vientre. Los músculos tensos de sus brazos se agitan cuando se coloca sobre mí.

Respira, Tay. Recuerda respirar.

Me acaricia el cuello. Tengo la sensación de que esas manos son capaces de cosas tan hermosas como terribles, y no estoy segura de qué es lo que está a punto de hacerme.

¿Qué significa que quiera las dos cosas?

Vuelve a acercar mis labios a los suyos. Al mismo tiempo, me agarra la cadera con la otra mano. Instintivamente le rodeo la cintura con las piernas, y debe ser lo que quería, porque de pronto rodamos y nos movemos hasta que acabo sentada a horcajadas sobre su regazo.

Ni una sola vez dejó de besarme. Su cálida lengua barre entre mis labios y se enreda con los míos, y es la forma en que me arranca un gemido lo que también destierra las molestas voces de mi cabeza.

De Celine.

De mamá.

De papá.

Desaparecen, una a una. Hasta que la única voz que queda es la mía.

Hazlo, dice otra vez. *Hazlo*.

Levanto las caderas para que pueda deslizarse por mis shorts deportivos.

—Joder —gruñe enfadado—. Siempre me ha gustado lo apretadas son estas cosas, hasta ahora.

Suelto una risita delirante cuando me lo baja por las piernas y me quita la ropa interior al mismo tiempo. Cuando estoy desnuda, me empuja contra él con otro gruñido reverberante que me produce escalofríos.

Luego baja la cabeza y me besa hasta los pechos. Ahora que me tiene desnuda y flexible entre sus brazos, se toma su tiempo para saborearme.

Es una tortura.

Sus labios son aún más suaves de lo que imaginaba. Su lengua se desliza sobre mi piel. Su aliento cálido y el aire frío me ponen los pezones dolorosamente rígidos.

Cuando se mete uno en la boca, me abalanzo sobre su regazo y casi me deshago en ese mismo instante.

—Oh, maldición... —jadeo, soltando otro grito sin palabras que es inmediatamente engullido por los truenos que retumban sobre nosotros.

Apoyo la barbilla en la parte superior de su cabeza mientras él succiona y tira. Cada tirón en su boca envía una oleada de placer directamente al dolor que me crece entre las piernas. Cuando siento sus dedos acariciarme la raja, mi cuerpo se sacude violentamente y la electricidad sube y baja por mi espina dorsal.

Nunca había sentido tanto, y aún no hemos llegado a la parte del sexo.

Se arquea hacia atrás y me mira a la cara mientras me mete dos dedos. Estoy tan mojada que apenas siento la presión. Solo un suave gozo que se abre paso en mi cuerpo y deshace todos los nudos que llevo arrastrando desde hace dos años.

Nos miramos a los ojos, lo que solo hace que esto sea más caliente. Más intenso. Más íntimo.

Pero es más que eso.

También es *discordante*.

En mi (ciertamente limitada) experiencia, los hombres tienden a centrarse en todo lo que está por debajo del cuello cuando tienen sexo. Como si prefirieran que fueras una muñeca hinchable en lugar de un ser humano real con pensamientos, sentimientos y ojos.

Pero ¿este hombre? *Este* hombre me mira con una intensidad que es a partes iguales depredadora e hipnotizante, como si no pudiera decidir si va a devorarme o a poseerme. Me inclino a creer que “ambas cosas” por la forma en que me acaricia y presiona dentro de mí, masajeando con el pulgar hasta que estoy al borde de suplicarle clemencia.

En lugar de eso, me destrozo. Y es más, mucho más, porque no se contenta con dejarme cabalgar sobre sus dedos. Me mete la otra mano en el pelo, en la nuca, para que solo pueda mirarlo a él, y en lugar de dejarme cabalgar hasta mi propia culminación, me empuja con los dedos y me lleva a nuevas alturas.

Si los sentimientos de alguien serán arrastrados por el barro aquí, no serán los suyos. Él es el que tiene el control. Yo soy la que pierde el poco terreno que tenía para empezar.

Y aún así...

—Fóllame.

Las palabras salen de mis labios como una oración susurrada. Nunca en mi vida había

pronunciado esas palabras. Ni siquiera me he atrevido a considerarlo.

Pero ahora mismo es difícil ser consciente de las normas, incluso de las que yo misma me he impuesto. Me siento como en una realidad suspendida en la que todo vale.

Me siento fuerte, y casi nunca me siento fuerte.

Me siento confiada, y no soy una persona confiada.

Me siento sexy, y siempre he tenido miedo de mi propia sexualidad.

Pero no ahora. No con él. No así.

Sus manos se deslizan hasta mis caderas y me levantan. En este ángulo, es más fácil apoyar mi frente contra la suya y, Dios mío, es íntimo. Espero a medias que me aparte, pero, en lugar de eso, solo baja la mirada el tiempo suficiente para desabrocharse los pantalones y bajar la cremallera para liberar su erección.

Nuestros labios están a escasos centímetros, nuestras respiraciones casi sincronizadas y, en lugar de acortar la distancia, se burla de mí, haciéndome desearlo más.

Echo un vistazo a su polla y todo tiene sentido para mí. Es imposible que no sea seguro de sí mismo y carismático con una polla así.

—Me vas a romper —susurro temerosa.

Algo salvaje le cruza la cara. Sus ojos son de un azul brumoso hipnotizador, con un profundo color avellana que casi brilla alrededor de sus iris. Son la única parte de él que delata lo cerca que está de perder el control.

—No rompo nada que no tenga interés en arreglar —dice mientras su polla se frota contra mi raja.

Sigo teniendo miedo. Pero, en el momento en que se mete dentro de mí, ya no me importa.

No hay espacio para estar más que viva.

ILARION

Tengo que dejar de esperar tanto entre polvo y polvo.

Esa es la única razón por la que esto se siente tan destructivo.

Tan intenso.

Y tan malditamente increíble.

Mi polla se hunde en su interior y, por un momento, oigo música en la parte posterior de mis tímpanos. Sé que no es una escena de película a cámara lenta con fuegos artificiales explotando a nuestro alrededor, pero eso no impide que cada nervio de mi cuerpo sienta exactamente eso.

Y sé que no es una mujer especial que entrará en mi vida y me salvará.

En primer lugar, no necesito que me salven.

Segundo, no necesito otra distracción.

Mierda, sé que he dejado pasar bastantes cosas. Esa es la razón por la que estoy en este nauseabundo suburbio con esta mujer hecha un desastre encima de mí.

Solo son sus labios, me digo. Siempre me han gustado unos labios como los suyos. De los que piden ser besados, chupados y saboreados. Me han estado distrayendo desde el momento en que se lanzó delante de mi coche.

Y ahora están húmedos por mi lengua e hinchados por mis besos, separados mientras jadea y gime en mi regazo.

Cuando empujo hacia ella, echa la cabeza hacia atrás y me muestra el cuello. Es casi como si quisiera que le dé un mordisco.

Y maldición si no quiero hacer exactamente eso.

Cada vez que la penetro, grita, cada vez más desesperada. Sé que está a punto de tener otro orgasmo. Y yo también.

Pero me encuentro conteniéndome, alargando el momento cada segundo que puedo. Quiero... no, *necesito* arrancar un grito más de sus labios mortales. Para poder ver sus pechos rebotar en mi cara una vez más. Para poder clavarme en esos ojos de “fóllame” durante un suspiro más.

Explota sobre mi polla, y la forma en que se ondula a mi alrededor, ordeñándome dentro suyo, es suficiente para llevarme al límite. Noto cómo se me doblan los dedos de los pies cuando cada oleada de placer se dispara desde mi cerebro hasta mi pene. Tengo que cerrar los ojos para que ella no los vea rodar dentro de mi cabeza.

Maldita sea. Se suponía que esto iba a ser rápido. Solo mojaría mi polla. No se suponía que fuera una puta revelación.

Su aliento se mezcla con el mío y cae flácida contra mi pecho, con la cabeza perfectamente recogida bajo mi barbilla. *Joder*. Si no hago algo, y rápido, esto se convertirá en algo más que un polvo rápido.

Espero hasta poder controlar mi respiración de nuevo. Entonces, la alejo de mí.

No parece importarle que la desmonten sin ceremonias. Sus ojos están nublados y ensimismados. Tiene el pelo revuelto por la cabeza y me trago el gruñido de satisfacción que amenaza con escapar al saber que he sido yo quien ha hecho eso.

Montada y mojada. Si hubiera un póster para algo así, ella sería la modelo perfecta.

Mira por la ventana y se da cuenta de que la tormenta ha amainado. Sigue lloviendo, pero el cielo está en calma. Parece que está tan cansado como nosotros.

Parece a punto de dormirse cuando recoge sus calzoncillos del suelo del coche. No quiero que se vista todavía. Aún no me he hartado de contemplar su cuerpo desnudo.

Pero no le daré la impresión de que quiero pasar más tiempo con ella. O que mis dedos ya están ansiosos por volver a tocarla.

Incluso si ambas cosas son ciertas, ya le robé bastante de su mundana y pequeña vida.

Se vuelve a poner la ropa con paciencia y yo la observo mientras se mete en la ceñida tela. —Creo que tienes razón —comenta de pronto—. Recordaré esto cuando sea vieja y canosa.

Fui yo quien lo sugirió inicialmente. Pero ahora, de algún modo, la idea de convertirme en un recuerdo lejano para ella no me agrada. Lo atribuyo al resentimiento de la noche que pasé y consigo reprimir el gruñido que quiere torcerme la cara.

La sensación de hundimiento en mis entrañas es solo hambre nocturna. Eso es todo. Comeré algo de comida rápida insípida después de esto y demostraré que el malestar no tiene nada que ver con saber que nunca volveré a ver a esta pequeña *tigrionok*.

Mira el feo reloj blanco en su muñeca. —¡Oh, mierda! —jadea, incorporándose y palideciendo visiblemente—. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Qué pasa?

Empieza a tirar de la puerta del coche, intentando abrirla. —¡Son las dos de la mañana! Estoy tan... —se detiene y empieza a darse palmaditas—. Dios mío, ¿dónde está mi teléfono?

Lo encuentro en el suelo del coche, junto a su pie. —Toma.

Comprueba la pantalla y veo diecisiete llamadas perdidas. Todas de “papá”.

—Sí sabe que eres una adulta, ¿verdad? —digo.

—¿Por qué no se abre esta estúpida puerta? —está completamente desconcertada por la cerradura, que intenta girar en la dirección equivocada.

Cojo las llaves del coche y pulso el botón de desbloqueo. Ella abre la puerta de un tirón y sale de un salto, justo bajo la llovizna, como si ardiera. Aprieto los dientes y la sigo.

Tal vez ella esté ardiendo. Puede que los dos lo estemos. No puedo ignorar cómo las gotas de lluvia chisporrotean en mi piel.

No me gusta saber que *ella* me hizo *eso*. —Para.

No he gritado, pero se queda paralizada y se gira como si le hubiera gritado.

Se queda inmóvil, con ojos de cierva, aparentemente ajena a la llovizna que se cierne sobre el vecindario. —¿Sí?

—Puedo llevarte de vuelta a casa.

Frunce el ceño y mira hacia la carretera como si temiera que alguien nos estuviera observando. —No, yo... no pasa nada —es increíble cómo ha pasado de ser una mujer sexy e independiente a una niña asustada y temerosa en cuestión de segundos.

—No seas terca.

—No lo soy. Oye, es... es complicado, ¿vale? Mi padre se preocupa mucho, y...

—Y tú eres una mujer adulta —la interrumpo—. Que debería enfrentarlo.

—Lo hice.

—Y te abofetearon por ello.

Se eriza indignada, y veo cómo esos ojos verde oscuro se vuelven fríos. —Que te haya contado un par de cosas de mi vida no significa que me conozcas.

—¿No? —pregunto con calma. Uno de los dos tiene que fingir calma al menos—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de haber roto el toque de queda? ¿Miedo de que papá te castigue si te ve con un monstruo grande y aterrador como yo?

Su cara arde de asombro y luego de ira. —Me voy ahora.

Empieza a andar en dirección a su casa. Pongo los ojos en blanco, pero, en lugar de perseguirla, me meto en el coche, cambio a *Drive* y acelero lento hasta alcanzar a la chica.

—Eres una testaruda, *tigrionok*.

Gira hacia el coche y se detiene en seco. —Deja de llamarme así. No me conoces.

—Oh, creo que sí. Te veo por lo que realmente eres.

He encendido la cerilla. Ahora, estoy a punto de arrojarla al fuego y no me importa. No me importa una mierda, con tal de sentarme aquí y verla arder.

—¿Y qué soy? —suelta.

Me encuentro con su mirada gélida. —Una persona atrapada.

Sus ojos brillan como antorchas gemelas. La única razón por la que está tan enfadada es porque tengo razón. Pero, en lugar de admitirlo, me da la espalda y empieza a alejarse de nuevo.

La miro irse. No puedo culparla, yo habría hecho lo mismo.

Me quedo donde estoy hasta que dobla una esquina y desaparece de mi vista.

Entonces, cuando la noche vuelve a ser silenciosa y tranquila, acelero el motor y doy media vuelta.

Me alejo a toda velocidad de este barrio y de la gente atormentada que lo llama hogar.

Si tienen suerte, nunca volveré.

TAYLOR

Duele más de lo debido oír cómo se aleja el ruido de su motor.

Es ridículo que me sienta tan juzgada por un extraño. Porque *es* un extraño. Puede que me haya puesto un apodo lindo y molesto a la vez. Puede que haya acabado dentro de mí. Puede que sepa más de mis sentimientos que mi propia familia en este momento.

Pero sigue siendo un extraño.

Y sus opiniones no importan.

Me repito ese mantra hasta que llego a casa. Antes veía los viejos ladrillos y las cortinas amarillas de la ventana y me sentía reconfortada.

Pero esta es la casa de mi *infancia*. Y ya no soy una niña.

No ayuda que, a pesar de lo tarde que es, las cortinas sigan abiertas. Significa que papá me espera despierto, listo para soltarme la bronca de su vida en cuanto cruce la puerta.

Excepto que hay un silencio inquietante cuando entro. Paso el umbral y me asomo al salón.

Papá está ahí, tal como pensé. Sentado en su sillón, con los zapatos en los pies. Pero tiene la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados. Tiene una taza de té frío a su lado y un libro abierto en el regazo.

Debe haber estado esperando toda la noche a que llegara a casa.

Cierro las cortinas y me apoyo en la pared, mirándolo un momento. Es mucho más difícil enfadarse con él así. Cuando duerme, es imposible evitar el hecho de que está tan gris como la muerte. Su boca es un amasijo de arrugas de preocupación y sus patas de gallo destacan como grietas entre placas tectónicas. Esas manchas de la edad en sus manos, ¿estaban ahí antes? No me acuerdo.

Odio lo que le dije esta noche. Odio cómo reaccionó. Pero, al final del día, todavía lo amo, al igual que sé que él me ama.

Eso es lo que no te dicen del cáncer: la enfermedad se extiende a todos los que *rodean* al enfermo. Agota su paciencia y su esperanza y los reduce a la peor versión de sí mismos.

Mi peor versión se enfrentó a la peor de papá esta noche.

Y empiezo a darme cuenta de que, si me quedo aquí... seguirá pasando una y otra vez. Estaremos atrapados en una versión del Día de la Marmota de lo que pasó esta noche. Más palabras crueles. Más bofetadas despiadadas.

Por eso llegué a la conclusión que me ha estado esperando toda la noche. La elección obvia que me negué a tomar hasta que salí del coche de aquel desconocido y me adentré en la noche fría y lluviosa.

Tengo que irme.

Al principio me sentí valiente por esa elección. Es lo correcto, lo sé. Sabía que sería duro.

Pero ahora que estoy aquí, haciéndolo de verdad, es un trillón de veces más difícil de lo que nunca hubiera imaginado. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando cojo una manta amarilla de la cesta junto a papá y se la pongo sobre las piernas.

Me siento culpable, le doy la espalda y me escabullo escaleras arriba. Tardo unos minutos en recoger mis cosas. Cuando he hecho el equipaje, me cuelgo la bolsa al hombro y vuelvo por el pasillo hacia la escalera.

Estoy casi en la puerta de Celine cuando se abre. Se asoma al pasillo y me ve de inmediato.

—¿Tay?

Suspiro y dejo la bolsa en el suelo. Me dan ganas de andar con rodeos, pero ya no me ando con rodeos. —Me voy, Celine —le digo—. No puedo quedarme más.

Se abalanza sobre mí, con su suave pelo rubio saliéndose de su moño desordenado. —¡Oh, Tay, solo fue una pelea! Una mala, sí. No debería haberte pegado. Pero los dos estaban emocionados y cansados. Y después de lo que dijo el médico ayer... No intento justificar lo que hizo. Pero... bueno... sabes que papá te quiere...

—Ya lo sé —interrumpo—. Lo sé. Pero me está sofocando, Cee. Siento que ya no puedo respirar en esta casa.

—Solo quiere que estemos a salvo.

—Prefiero estar insegura y feliz que segura y triste.

Celine hace un gesto de dolor. —Solo creo que deberías...

—No lo hagas —vuelvo a interrumpir—. No todos podemos ser mártires desinteresados como tú —pero tan pronto como las palabras salen de mi boca, hago una mueca. Parece que esta noche voy por ahí repartiendo felicidad allá donde voy—. Lo siento, Cee. No soy como tú.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tienes un gran corazón. Eres amable, paciente y generosa. Pero yo... no creo que pueda seguir haciéndolo. Es demasiado, vivir aquí, cuidar de mamá, lidiar con papá y su sobreprotección. Está empeorando a su manera, igual que ella. Y yo... no puedo hacerlo más.

—¿Así que solo vas a escabullirte en la noche con tus cosas?

—No estaba escabulléndome. Iba a dejar una nota.

—Qué considerada —murmura con un sarcasmo poco habitual en ella. Inmediatamente se sonroja y da marcha atrás—. Lo siento. Ha sido injusto.

—No, no lo fue. Entendería que me odies por esto.

Ella sacude la cabeza. —Tienes derecho a hacer lo que sea mejor para ti. Es una de las cosas que siempre he admirado de ti: no tienes miedo de perseguir lo que quieres, aunque sea difícil. Quizá incluso *especialmente* cuando es difícil.

No hay ni una pizca de resentimiento en su tono cuando lo dice, y eso hace que la quiera aún más. Sería tan fácil ser mezquina. Celine tiene munición más que suficiente, considerando nuestro pasado, pero no la usa. Nunca lo hace.

La rodeo y la abrazo tan fuerte como puedo. —Volveré tan a menudo como pueda. No quiero que sientas que te abandono. No espero que cuides de mamá ni que lidies con papá tú sola.

—Duh. Ya lo sé.

Me da el beneficio de la duda, porque claro que lo hace. Siempre lo hace. La única excepción fue hace años, cuando...

No. Detengo el pensamiento en seco. Acordamos dejar eso atrás y lo hicimos.

Casi.

Me da otro abrazo y recojo mi bolsa de viaje. No me pregunta adónde voy. No me acribilla a preguntas como haría papá.

Pero eso es porque Celine siempre ha sabido lo que papá se niega a aceptar: que puedo cuidar de mí misma.

ILARION

Una suave brisa recorre el jardín. Hay silencio. Tranquilo. Calmante. Reconfortante. Sería fácil para un hombre relajarse en un sitio como este. Después de todo, nadie anticipa un asesinato cuando las estrellas brillan y la lila es fragante.

El hombre que está a punto de morir desde luego que no.

Me dirijo a él. —Armond, conoces bien a Bruno Domi, ¿verdad?

Armond Ivanov, uno de mis *vors*, frunce el ceño. Parece desconcertado por la pregunta. —¿A Bruno? Claro, conozco a Bruno.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Un par de años —Armond se encoge de hombros—. Un tipo decente.

A su lado, Slava, uno de los nuevos reclutas de la Bratva, se retuerce como si tuviera un clavo en el culo. No deja de mirar a Armond, probablemente esperando a que espabile.

Puede que lo haga, puede que no. No importa.

Al final no lo salvará.

Armond sigue parloteando. —Dirige algunos electrónicos cercados. Los vende baratos. Tengo un sistema estéreo de primera en casa por una fracción del precio gracias a él.

—¿Así que sabes que Bruno Domi es un hombre de Bellasio? —le digo. El cambio en mi tono es sutil, pero suficiente para que Armond se dé cuenta por fin del nudo que se le está formando en la garganta.

Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de a dónde quiero llegar. —Yo... Escucha, jefe, Bruno y yo hablamos de electrónica barata. Nada más. Él vende y yo compro. Hasta ahí llega nuestra relación. Y, por lo que sé, él no es alguien de alto rango.

—Así que la respuesta es sí. Sabes lo que es.

Traga saliva, pero se mantiene firme y me mira a los ojos. —No tengo nada que ocultar, jefe. Soy leal. Bruno puede ser un Bellasio, pero yo soy Zakharov hasta la médula.

Es convincente. Pero también lo era el otro bastardo que me juró lealtad y luego apuñaló a la

Bratva por la espalda. Si me engañas una vez, qué vergüenza. Si me engañas dos... bueno, eso no es una opción. Para nadie.

—Es curioso —reflexiono—. Otra persona me dijo lo mismo no hace mucho.

Slava y Armond intercambian una mirada. —Nos hemos enterado, jefe —balbucea Armond—. Por rumores. ¿Estás... estás seguro?

—No, me meto ciegamente en las cosas sin asegurarme —aprieto los dientes y respiro hondo. Suena más como un gruñido que como un suspiro—. ¿Me estás acusando de inventármelo, Armond? ¿De no actuar con la debida diligencia?

—Eso no es lo que intentaba...

—Entonces elige tus palabras con más cuidado —empuño el cuchillo que he llevado oculto en la cintura todo este tiempo—. ¿Dónde estabas el pasado viernes por la noche?

Armond palidece. —Yo estaba en un… un… un…

—Escúpelo —gruño.

—¡Un bar de striptease! —grita—. El Lucky Slipper en la 58. Juro por Dios que estuve allí, Ilarion, lo juro.

Asiento. Eso confirma mi información. Luego dirijo mi mirada hacia Slava. —¿Y tú?

—Yo... nunca te traicionaría, jefe...

—Responde a la pregunta, Slava.

Se sonroja. —Estaba... estaba en casa de mi madre.

—*Eso* fue convincente —digo, sarcástico—. ¿Seguro que te entrenaste a mis órdenes?

—Jefe —grazna Slava, su color se oscurece de escarlata a púrpura—. *Pakhan*, oye...

—No —escupo—, tú oye —me acerco a él a grandes zancadas, eclipsando a Slava con mi sombra—. Dime dónde estabas ahora mismo, o te grabaré el nombre “Bellasio” en la frente para que todo el que vea tu cabeza en un pincho sepa lo que hiciste para merecerlo.

Slava sacude la cabeza. —¡Hablo en serio! Estaba en casa de mi madre. Insiste en que cene con ella dos veces por semana.

—¿Deberíamos llamarla y confirmarlo?

A Slava se le salen los ojos. Incluso Armond pone cara de asco ante su cobardía. —Jefe, mi madre no tiene ni idea de lo que hago. Ni siquiera le gustan las pistolas de juguete.

Lo agarro por el cuello de la camisa y lo arrastro hacia mí, colocando el cuchillo justo en su nuez de Adán.

—¿Qué tal cuchillos? —musito—. ¿Le gustan los cuchillos?

Traga saliva, y su garganta se sacude contra la hoja, cortándola lo suficiente como para que salga una gota de sangre. Se estremece, pero no vuelve a tragar.

Repugnado, lo empujo lejos de mí y hago oscilar la hoja entre mis dedos.

—Limpiaré mi casa aunque sea lo último que haga —entono—. Armond, apártate.

—¿Jefe...? —Slava jadea, mirando a su alrededor salvajemente.

Recuerdo que pensaba que el chico tenía potencial. Todavía podría tenerlo. Pero no puedo correr ese riesgo.

Mi puño golpea su cara antes de que se dé cuenta de lo que está pasando. No sé si es la conmoción o el golpe lo que lo hace caer hacia atrás. Tal vez ambas cosas. Lo que sí sé es lo jodidamente satisfactorio que es verlo comer hierba y toser sangre.

Llevo una semana persiguiendo fantasmas.

Sienta bien golpear algo.

Armond se queda de pie a un lado, como si deseara estar en cualquier otro sitio. Sin embargo, no voy a dejarlo pasar. Quizá les perdone la vida esta noche; aún no lo he decidido del todo. Pero estos dos hijos de puta *mudaks* tienen que entender las consecuencias de la deslealtad.

Vuelvo a acercarme a Slava cuando oigo un arrastre de pies por el camino de piedra detrás de nosotros.

—¡Por el amor de Dios! —grita una voz inoportuna con impaciencia—. ¿Qué está pasando aquí?

Miro por encima del hombro y veo a Mila con su habitual ropa de marimacho y el pelo recogido en una coleta. Dima está de pie justo detrás de ella, observando la escena con ojos cautelosos.

Se acerca a mí y apoya las manos en las caderas. —¿Cuándo vas a terminar con esto?

—Cuando Slava deje de respirar —respondo sombríamente.

—Por el amor de Dios, Ilarion —sisea Mila—, el chico no es un espía —mira a Slava, que sigue escupiendo sangre y hierba—. No tiene nada que ver con el feo asunto de las afueras.

—Pareces muy confiada, oh, hermana mía. ¿Sabes algo que no me estás contando?

—Comprobé los antecedentes de todos los hombres con acceso —interrumpe Dima, en lugar de mi hermana—. Tanto Armond como Slava salieron limpios.

—Te lo dije, jefe —balbucea Slava entre dientes rotos—. Nunca te traicionaría.

¿Dónde escuché esa canción y vi este baile antes? Todavía está demasiado fresco. Demasiado familiar. Pero con una mueca, me giro y limpio mis nudillos en los pantalones.

Bien. Estos bastardos vivirán, por ahora.

—Ponte de pie —le digo a Slava sin mirarlo.

Está temblando cuando consigue enderezarse. Le he roto la nariz y dos dientes delanteros, y no lo siento lo más mínimo.

—Dile al resto que si se les ocurre traicionarme, acabaré con ellos. ¿Entendido?

Slava asiente una y otra vez. La forma en que moquea, con lágrimas en las comisuras de los ojos, solo me recuerda lo joven y nuevo que es en este mundo, este jodido paisaje infernal. Me digo a mí mismo que necesitamos mano de obra. El hecho de que no lo mate no tiene nada que ver con el repentino pinchazo de lástima que siento en las tripas.

—Fuera de aquí —suspiro—. Los dos.

No esperan a que se lo digan dos veces.

—Vaya, *qué* suave —refunfuña Mila en el momento en que ambos hombres desaparecen al doblar la esquina.

—Era necesario —vuelvo a meter la hoja en su funda.

—¿Lo era? —pregunta ella—. ¿Qué estás tratando de hacer, exactamente? ¿Alienar al resto de tus hombres acusándolos de traición uno por uno? No todos ellos harán lo que...

—No digas su nombre en mi presencia —gruño—. Hoy no.

Mila se detiene y suspira. Luego mira a Dima como si él pudiera hacerme entrar en razón. Pero yo no necesito sentido común; necesito resultados. Necesito *respuestas*, maldición. Mi hermana siempre siente que tiene que "manejarme". Es lo que la convierte en una fantástica segunda al mando... y también en un fantástico grano en el culo.

Gracias a Dios por Dima. Tiene la costumbre de equilibrarnos a ambos siendo el tercer hermano honorario que nunca supimos que necesitábamos.

—Escucha, Ilarion —empieza Dima con esa voz de anciano que usa siempre que intenta inyectar razón en una conversación entre mi hermana y yo—. Todo este asunto con... —se detiene y vuelve a formularlo—, con "la rata", nos ha pillado a todos desprevenidos. Pero puede que lo estés llevando demasiado lejos.

—¿Puede? —interrumpe Mila.

Dima le lanza una mirada de advertencia. —Todo lo que digo es que puede que estés exagerando.

—¡Casi matas a un hombre leal hace un momento! A dos —grita Mila. Nunca ha sido muy diplomática—. Ves traidores dondequiera que mires, Ilarion. No es sano.

—No eres exactamente la chica del póster de la salud mental.

Da medio paso amenazador hacia mí antes de que Dima se introduzca hábilmente en medio de nosotros.

—Por cierto, ¿qué pasó ayer? —pregunta.

Por un momento de locura, creo que habla del pequeño gato infernal que casi atropello. Mi *tigrionok*. Pero él no puede saberlo; no he dicho ni una palabra de nuestro encuentro a nadie.

Sobre todo porque aún intento olvidarlo.

—¿Está muerto? —pregunta Mila.

Por supuesto, hablan de la rata. En lo que a ellos concierne, él es la única razón por la que estaría en Evanston en primer lugar. —No. Por suerte para él, no está muerto.

Mila y Dima intercambian una mirada significativa. —Eso... no es propio de ti —dice—. ¿Qué ha cambiado?

—Me vino la inspiración —respondo vagamente—. No lo mataré mientras pueda usarlo.

—¿Usarlo? —exclama Mila—. ¡Te ha traicionado! Nos ha traicionado a todos. No nos sirve para nada.

—Eso es lo que yo pensaba también. Pero entonces me di cuenta de que aún no he jugado mi última carta —saco mi teléfono y me desplazo hasta la foto al final de mi galería, luego se la presento—. *Esta* es mi última carta.

Dima abre mucho los ojos. Los de Mila se entrecierran.

—¿Esto? —respira—. Es... Mierda, Ilarion, parece una posibilidad remota.

Pero Dima sacude la cabeza. —En realidad... creo que funcionará.

—Si se traga tus idioteces —se burla Mila.

Dima y yo nos miramos. Entonces, ambos empezamos a reírnos.

Mila pone los ojos en blanco y nos da la espalda. —Que los jodan a los dos. No todas las mujeres se conquistan tan fácilmente.

Dima me mira y se encoge de hombros. —Yo no estaría tan seguro, Mila. Eres su hermana; eres inmune a sus poderes. Pero he visto a Ilarion en acción. Ninguna mujer puede resistirse a su ardor.

—Oh, lo sé —digo con una sonrisa arrogante—. Cuento con ello.

TAYLOR

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

—¡Lamento llegar tarde! —me inclino para poder abrazar a Celine. Me siento tan bien abrazando a mi hermana de nuevo. ¿Realmente solo han pasado cuatro semanas? Es como si hubiera pasado toda una vida. He olvidado su olor, la forma de su cara, las pecas de su nuca.

—Está bien. Ya he pedido bebidas para nosotras. Te pedí un té helado.

—Que Dios te bendiga.

—Además, me estás ahogando.

Sonriendo tímidamente, la suelto, me quito el abrigo y lo dejo junto con mi bolso en la silla vacía a mi lado. Luego me dejo caer e intento recuperar el aliento. Ha sido una carrera de locos para llegar a tiempo al restaurante. Bueno, casi a tiempo. La puntualidad nunca ha sido mi fuerte.

—Parece que acabas de salir de la cama —comenta Celine.

Hago una mueca de dolor e inmediatamente levanto la mano para recogerme el pelo. Cuando mis dedos se enredan en los nudos de la nuca, me quito la coleta y empiezo de cero.

—Eso será porque acabo de levantarme de la cama —admito.

Celine echa un vistazo al elegante reloj de pulsera que lleva en la mano. —Son las 10:30, Tay.

—Sí, sí, ahórrame el sermón. Anoche hice doble turno en el restaurante, y luego me fui directo a la biblioteca para una sesión de estudio que terminó a las dos de la mañana. No me desperté.

Celine frunce los labios. —Pasé por tu nuevo edificio ayer.

Me encojo interiormente. Ya me doy cuenta de por dónde va esto. —¿Oh?

—¿No pudiste encontrar un lugar mejor?

—No es que tuviera mucho tiempo para buscar un sitio, y no podía quedarme en el sofá de Tiffany para siempre. Es solo temporal de todos modos. Hasta que ahorre lo suficiente para permitirme algo un poco mejor.

—Eso explica el doble turno.

Me maldigo internamente por haberme dormido con esa estúpida alarma. Quería aparecer confiada y despreocupada, con aspecto de adulta competente por una vez en mi vida. En lugar de

eso, me he puesto la ropa que llevaba la noche anterior con las prisas por salir por la puerta. Todavía me sabe la boca a restos de sueño, lo sé.

La camarera aparece con nuestras bebidas y nos lee las especialidades. Se me revuelve el estómago cuando menciona el benedict de cangrejo con salsa holandesa. Es un derroche para mí, teniendo en cuenta que el plato me costará veintidós dólares, pero no como desde ayer por la mañana. Podrían servirme a Sebastián de la *Sirenita* y me atiborraría de él.

—Sabes, en casa hay una habitación libre, perfectamente decente —señala Celine cuando la camarera se aleja—. Y está libre de alquiler.

Suspiro. —¿Podríamos saltarnos esto, Cee? Ni siquiera he comido todavía.

—Estás siendo terca.

—Sí, de hecho, sí. Por si no lo has notado en los veinte años que llevo siendo tu hermana, soy terca —le doy un sorbo a mi té helado y le sonrío descaradamente.

Celine niega con la cabeza. Está frustrada, por supuesto, pero la conozco lo suficiente como para ver cómo esboza una sonrisa irónica. Así somos: ella siempre hace lo correcto, yo siempre hago lo incorrecto y las dos miramos a la otra como diciendo "¿en qué estabas pensando?"

Es curioso, solo nos separan dos años, pero no te lo creerías si nos miraras de verdad. Ella es un "alma vieja", como dicen, que yo siempre solía sustituir mentalmente por "aburridamente responsable". Aunque ahora menos. Empiezo a admirar su voluntad de simplemente tomar lo que la vida le da y no pedir más. Me da un poco de envidia, la verdad.

Incluso ahora, está sentada frente a mí con unos lujosos leggings negros y una camisa de lino blanca lo suficientemente holgada como para ser elegante. Cuando yo llevo ropa demasiado grande, parece que he saqueado el armario de papá.

—Las cosas no fueron muy bien cuando te fuiste —dice.

Gimo y entierro la cara entre las manos. *Como si necesitara ese recordatorio.*

—Celine —protesto—, por la duración de un desayuno, aunque sea, te ruego que...

—A papá le dolió que te fueras en mitad de la noche.

—¡He dejado una nota!

—Deberías haberte quedado a hablar con él. Cara a cara.

Suspiro y la miro con los dedos separados. —No nos comunicamos bien. Ya lo sabes. Intento hablar con él, pero acaba gritándome —resopla en voz baja con su limonada en la boca y yo enarco las cejas—. ¿Algo que quieras compartir con la clase?

Ella se encoge de hombros. —Bueno, es que él dice lo mismo de ti.

Pongo los ojos en blanco. —Claro que sí.

—¿Quizá sea justo decir que los dos tienen la culpa? —sugiere suavemente.

Me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho. Estamos pisando terreno viejo y

conocido. Líneas que ya hemos leído un millón de veces.

¡Escúchalo!

¿Por qué no puede escucharme él a mí?

Yyyyy, acción. Repite hasta vomitar.

—¿Son perlas de verdad? —cambio rápidamente de tema, admirando cómo los pendientes de lágrima complementan su impoluta camisa blanca.

—¡Tay!

—Supongo que no.

Suspira, pero noto que se inquieta un poco. Frunzo el ceño. Mi hermana es la viva imagen de la calma zen el noventa y nueve por ciento del tiempo. Solo se le pone cara de culo picajoso (sí, se me ocurrió ese nombre cuando tenía seis años, y sí, refleja perfectamente su ansiedad discreta) cuando se está guardando un secreto que quiere desvelar.

—Fue un... regalo.

—Espera, ¿entonces *son* reales? Un momento. ¿Quién es el tipo?

—Ah, no —Celine sacude la cabeza—. Ahora estamos hablando de papá.

Gimo. —Por favor, no me obligues.

—Te quiere. Te echa de menos. Se siente miserable sin ti.

—Oh, vamos —me burlo—. Todavía vives en casa.

—Sí, pero no soy la hija favorita.

Eso casi me hace escupir el té. —Discúlpame. Yo no soy la favorita.

Ahora le toca a Celine poner los ojos en blanco. —Oh, por el amor de Dios, Tay. Deja de hacerte la despistada. No te pega.

—Nos quiere a los dos por igual. Ambos lo hacen.

—Oh, sí, por supuesto. Todo el mundo ama a todo el mundo y nuestra familia es perfectamente funcional.

—Eso no es lo que yo...

—Bien. Lo dejaremos por ahora —cruza las manos delante de ella y se inclina hacia adelante—. De cualquier manera, solo quiero que hables con papá. Y me refiero a que hables de verdad con él. Sin gritos.

—No grito hasta que él lo hace. Y, si me vuelvo a mudar, seguro que habrá gritos.

—No te estoy pidiendo que vuelvas a vivir con nosotros. Pero lo menos que puedes hacer es ir a casa.

—La última vez que fui, me gritó y me llamó “mocosa egoísta”. A mamá no le importó que me mudara, así que no sé cuál es su problema.

Celine se calla, se revuelve el pelo distraídamente con un dedo mientras mira todo y nada a la vez. —¿Sabes qué? A veces, yo tampoco.

—¿Otra vez?

Me mira distraída. —Papá está muy nervioso últimamente —susurra—. Es como si estuviera asustado o algo así. Siempre ha mirado a mamá como si tuviera miedo de que desapareciera. Pero ahora también me mira así a mí.

—¿Deberíamos sugerir un terapeuta?

—Lo hice. Esta mañana, de hecho —admite Celine—. Me dijo que ningún psiquiatra podría salvarlo, y luego volvió a mirar por la ventana.

—¿Tú... tú no crees...? —sacudo la cabeza y abandono el pensamiento a mitad de frase—. No importa.

—Dímelo —insiste.

—No crees que se esté volviendo senil, ¿verdad?

Celine niega con la cabeza. —No, solo creo que se está volviendo más y más paranoico cuanto más viejo se hace. Creo que cuidar de mamá tanto tiempo le está pasando factura.

—No creo que sea eso. Ha estado asustado más tiempo del que mamá ha estado enferma. Recuerdo mirarlo, justo antes de que nos dieran el diagnóstico. Y parecía... ni siquiera lo sé. Parecía como si algo se lo estuviera comiendo por dentro —aprieto la mandíbula con obstinación —. Pero si no quiere pedir ayuda, es cosa suya.

Mi hermana se burla. —Hace falta un terco para reconocer a otro

—¡Yo no soy así en absoluto! ¿Tiene demonios en la cabeza? Bueno, únete al maldito club. Al menos yo estoy haciendo algo al respecto. Papá tendrá que aceptar que no puede controlarnos para siempre.

—No creo que intente controlarnos. Creo que solo quiere protegernos.

—¿Te cansas alguna vez? —suelto de repente.

—¿De qué?

—De defender a todo el mundo todo el tiempo.

Celine retrocede y su cara luce decepcionada. Me mira durante un largo rato, respirando con dificultad. Luego, suspira y la tensión desaparece. —¿Sabes qué? A veces sí.

De repente parece agotada. Tiene unas arrugas en la cara que antes no tenía, y cuando el sol le da en la cabeza por detrás, veo unas canas en el pelo que nunca había visto.

Le tiendo la mano, la estrecho entre las mías y le doy la sonrisa más cálida que puedo esbozar. —Tengo una idea —sugiero—. Durante la próxima hora, ¿qué tal si olvidamos que nuestra

madre está enferma y que nuestro padre está perdiendo la cabeza? —intenta interrumpirme, pero levanto la mano y sigo adelante—. Y nos tomamos un buen brunch y hablamos de cosas estúpidas que no importan en absoluto y pasamos un rato de calidad, de hermanas a solas.

Celine sonríe, *sonríe* de verdad, por primera vez desde que me senté. —De acuerdo. Puedo estar de acuerdo con eso.

—¡Genial! Ahora, háblame del tipo que te dio las perlas.

Se ríe y niega con la cabeza. No paso por alto el sutil rubor que sube por sus mejillas. —Eres implacable.

—Tú me hiciste así. Nunca me cuentas nada de tu vida personal.

—Porque hasta hace poco no había mucho que contar. Quiero decir, no es que ahora haya mucho que contar —se corrige.

Pero ese rubor en sus mejillas está aquí para quedarse. —¿No hay mucho que contar? —repito —. Cee, te ha regalado unos pendientes de perlas, y parecen muy reales desde donde estoy sentada. Creo que hay mucho que contar. Soy toda oídos.

Sus ojos se posan en su regazo e inconscientemente se lleva la mano a las perlas de sus orejas. Una sonrisa suave y tímida se dibuja en sus labios.

—Sí... es un buen tipo —murmura—. Me hace sentir... Bueno, en fin. Es realmente nuevo.

Quiero alegrarme por ella, de verdad. Y lo hago. Solo desearía que confiara en mí lo suficiente como para creer que me alegraría por ella. Que la apoyaría como siempre he intentado hacerlo.

Quiero que crea que la quiero.

La camarera nos trae la comida. Me tomo un momento para recomponer la cara y darle las gracias.

—Entonces —dice Celine, cogiendo el tenedor y el cuchillo y aclarándose la garganta—, ¿qué hay de ti? ¿Alguna perspectiva romántica en el horizonte?

Me alegro de haber recuperado la compostura justo antes de que me hiciera esa pregunta, porque si no lo hubiera hecho, habría visto la culpa escrita en mí. Mi mente vuelve directamente a los asientos de cuero perfumados de su coche. Su rico aroma a whisky ahumado.

A veces por la noche, cuando me concentro mucho, todavía puedo sentir calor en todos los lugares donde me tocó.

—No —le digo sobriamente—. En absoluto.

—Hm —me mira por encima de su tostada de aguacate—. Por cierto, antes de que se me olvide, ¿te importaría hacer el turno de quimio con mamá mañana por la tarde?

—Por supuesto que no. Cuenta con eso.

—Gracias. Hice planes para la cena y no sé si me dé tiempo. No quiero llegar tarde.

—¡Ah-ha! ¿Es una cita?

Sonríe tímidamente. —Te hablaré de él cuando sepa que se convertirá en algo. Te lo prometo.

No tengo derecho a enfadarme. No es como si estuviera siendo honesta con ella sobre mi pequeño revolcón con Adonis. Todo el mundo tiene derecho a sus pequeños secretos.

Celine tiene el suyo.

Y yo también.

TAYLOR

SEIS SEMANAS DESPUÉS

Debería haber una forma más elegante de determinar si tu vida está a punto de desmoronarse que ponerte en cuclillas para orinar en un palo.

Las cosas terroríficas no deberían ser también humillantes.

Por si fuera poco, mi teléfono vibra justo cuando empiezo a orinar. Me abalanzo hacia delante por instinto, como la Gen Z condicionada por Pavlov que soy, y enseguida siento cómo el pis me recorre los dedos mientras intento mantener el palo en el ángulo correcto.

Oh, tienes que estar bromeando.

Me veo obligada a sentarme allí y remojarme hasta que el trabajo está hecho. Solo entonces puedo depositar la prueba en la encimera del baño, en mi nido de toallitas de papel preparado de antemano, antes de lanzarme al lavabo y lavarme las manos tres veces.

—Fantástico —murmuro a mi reflejo—. Realmente digno. Será una gran historia que contarle a mi futuro hijo algún día. “Acabé orinándome en la mano mientras esperaba a saber si estaba embarazada de ti. Fue un momento sagrado y hermoso de la maternidad”.

Pero en cuanto las palabras salen de mi boca, siento una oleada de náuseas, seguida de otra de miedo. De repente, nada tiene gracia.

—Oh, Dios. Por favor, por favor... Esto no puede ser así...

Me abrocho los pantalones y me paseo por el pequeño cuarto de baño. Evito mirar la prueba de embarazo. En lugar de eso, cojo el teléfono para ver quién ha llamado.

Tengo una llamada perdida de Celine y otra de mamá. Decido llamar primero a mamá.

—Hola, cariño —responde. Hoy parece cansada—. ¿Hablaste con Celine?

—No, ¿debería?

—Me llamó dos veces y perdí ambas llamadas, luego no contestó cuando la volví a llamar. Me preguntaba si todo iba bien.

—Yo también perdí la llamada de Celine. Estaba... ocupada.

No añado que estaba ocupado orinando en un palo. Y en mi mano. Y cuestionando mis

decisiones vitales.

—Averigua si todo está bien y luego llámame.

—Mamá —digo con paciencia—, ¿Celine no vive contigo?

—No ha estado en casa las dos últimas noches.

Guau. Eso es nuevo para mí. —¿En serio?

—Es ese chico nuevo con el que está saliendo —dice mamá, ajena a la conmoción en mi voz—. Creo que las cosas se están poniendo serias entre ellos.

Miro hacia la prueba, pero desde aquí no veo nada. Me la quito de la cabeza mientras dura la llamada. Durante los siguientes minutos, decido creer que no estoy embarazada. Estoy segura de que esto es lo que todas las chicas holísticas de TikTok entienden por “manifestar”.

—¿Por qué dices eso?

—Está de muy buen humor todo el tiempo —explica mamá—. Además, cada vez pasa más tiempo en casa de él. Básicamente solo viene a casa para cambiarse de ropa.

Frunzo el ceño. No es propio de Celine hacer algo nuevo tan deprisa. Cambia de vida de la misma forma que se mete en la piscina: de puntillas.

—¿Qué sabes de él? —pregunto.

—Casi nada —mamá suspira—. Pero parece muy impresionante. Heredó el negocio de su padre y ahora lo lleva él solo. También tiene una casa muy bonita en El Valle.

No sé qué me molesta más: si el hecho de que sea claramente un niño con un fondo fiduciario o que mamá sepa mucho más de él que yo.

—Celine tampoco me ha contado nada sobre él.

—Oh —nunca había oído decir un “oh” con tanto peso detrás. Por supuesto, mamá siendo mamá, salta directamente al modo diplomático—. Estoy segura de que solo quiere mantener las cosas en privado por un tiempo. Ya la conoces.

Suspiro. —Sí. Solo digo...

—Estoy segura de que no tiene nada que ver con Alec.

Uf. Esas palabras caen como un puñetazo en las tripas. Cierro los ojos un momento y pienso en lo sencillas que eran las cosas entonces. Cuando mamá estaba sana y papá no tenía tanto miedo. Cuando los veranos eran largos y las preocupaciones duraban poco y ningún demonio de ojos azules atravesaba mi barrio cuando yo cruzaba la calle.

Mi teléfono empieza a pitar, alertándome de una llamada entrante. —Mamá, ¿puedo llamarte luego?

—Mejor aún, ¿por qué no vienes esta tarde?

—Oh, mamá, yo...

—Por favor, Taylor —dice—. Tu padre te echa de menos. Yo también.

—Vale —suspiro—. Pasaré más tarde. Adiós, mamá. Te quiero —termino la llamada con ella y acepto la de Celine. La prueba de embarazo sigue al acecho sobre el mostrador como una granada a la que le falta el pasador, pero decido posponerla un poco más. Darle tiempo para que cambie de opinión, ¿sabes?

—Hola, Cee. Siento no haberte llamado.

—No pasa nada. Solo quería compartir algunas noticias.

Oigo el equivalente verbal de su cara de picazón en el trasero. Una excitación ansiosa, mientras se muerde los labios. —¿Hay algo que quieras decirme, hermana querida?

Respira hondo antes de empezar. —Bien, aquí va: Sé que esto va a ser un gran impacto, pero quiero que sepas que lo he pensado bien.

—No estoy segura de que me guste cómo está empezando esto...

—Ya sabes lo precavida que soy. Sabes que nunca hago nada sin pensarlo antes.

—Por supuesto. Siempre he dicho que vas camino de convertirte en papá. ¿Por qué hacer algo cuando puedes preocuparte de cómo saldrá mal en su lugar?

Finge una risa sarcástica. —Ja. Ja. ¿Quieres oír mis noticias o no?

—Sí, lo siento. Procede.

Otra respiración profunda. Esta me hace hacer lo mismo.

De repente, me preocupa menos la prueba de embarazo que lo que Celine esté a punto de decirme. Tengo la misma sensación que la noche en que el hombre casi me atropella a la salida del parque: la sensación de que algo enorme, violento e inevitable se precipita en mi dirección. Una sensación de que todo está a punto de cambiar para siempre, y de que la persona que era antes de este momento no es la misma que seré después.

—Estoy... comprometida.

Parpadeo. —¿Qué?

—Como dije, sé que es rápido...

—¿Rápido? —jadeo—. ¡¿*Rápido*?! Celine, ¿cuánto tiempo llevas con este tipo?

—Dos meses desde anoche.

—Te acabas de escuchar ahora mismo, ¿verdad?

—Te advertí que sería un impacto.

—¡Por supuesto que es un impacto! Celine, ¡no sé nada de este tipo! Podría ser un… un…

—¿Un qué?

—¡Un asesino! ¡Un psicópata! ¡Un fan del K-Pop! ¡Mierda, no lo sé!

—Pronto lo sabrás —me asegura—. Te llamo para invitarte a nuestra fiesta de compromiso mañana.

Alejo el teléfono de mi oreja para comprobar que es Celine Theron con quien estoy hablando. —¿*Mañana*? —repito en el auricular—. Ahora *sé* que estoy alucinando.

—Sí, tendremos un almuerzo en el jardín. Al mediodía. Te enviaré la dirección.

—Un "almuerzo". En "el jardín". Dulce Jesús, Cee, ¿qué está pasando? ¡Ni siquiera sé el nombre de este tipo!

—Se llama Ilarion —completa—. Y me hace feliz. ¿No es eso todo lo que necesitas saber?

Todo lo que quiero hacer es gritar, No. Hay mucho más que me muero por saber. Pero ese camino está pavimentado con el hielo más fino imaginable. Ella y yo lo hemos recorrido y casi nos cuesta la relación. Juré que no volvería a cometer ese error.

Así que, aunque lo único que quiero es decirle que huya de esto, no puedo.

En lugar de eso, respiro hondo. —Mediodía. Almuerzo en el jardín. De acuerdo. Nos vemos allí.

Cuelgo y dejo caer el teléfono sobre la encimera. Los recuerdos de Alec y Celine y las lágrimas, tantas lágrimas, se agolpan en mi cabeza.

Solo cuando mis ojos se desvían hacia la masa de toallitas de papel que hay junto a mi codo izquierdo recuerdo por qué he entrado en el baño. Echo un vistazo, casi como una ocurrencia tardía. Vuelvo en mí cuando me fijo en lo que hay en la pantallita.

Dos líneas azules, gruesas y definitivas.

—Em-embarazada —tartamudeo—. Dios mío. Estoy *embarazada*.

Este lío acaba de hacerse mucho más grande.

TAYLOR

Volver a entrar en casa es extraño de una forma que no puedo explicar con palabras. El crujido del tercer escalón, el olor a moho y a la solución limpiadora de lavanda de mamá que se filtra por las tablas del suelo... es como presionar un moratón que no sabía que tenía.

—¡Mamá! —grito mientras entro—. ¡Papá!

—Arriba, cariño.

Subo las escaleras de dos en dos y encuentro a mi madre en el dormitorio principal.

Está tumbada en el sillón que da a la ventana, con las piernas apoyadas en el reposapiés que papá le talló a mano en su vigésimo aniversario de boda.

—Hola, Tay —canturrea débilmente, apretándose el chal amarillo alrededor de los hombros mientras se sienta. La silla se la traga entera. Parece la niña de un cuento de hadas que se ha colado en casa del gigante y se ha acurrucado entre sus muebles.

Le doy un rápido beso en la mejilla y luego coloco sus piernas sobre mi regazo para poder sentarme en el banquito. Cuando vuelvo a levantar la vista, mamá está radiante. —Celine me ha dicho que ya te dio la maravillosa noticia.

—Sí, lo hizo —respondo con cautela. Quiero calibrar su reacción antes de seguir adelante—. ¿Qué te parece?

—Creo que... bueno, ciertamente es rápido.

—Demasiado rápido, incluso se podría decir.

—Cariño —dice mamá en ese tono que usa cuando papá intenta imponerle nuevas terapias—. No estoy segura de que esta sea la clase de situación que requiere nuestras opiniones. Y mucho menos nuestro permiso.

—No estoy diciendo eso.

—Nunca había visto a Celine así —suspira con nostalgia—. Estaba tan... llena.

—¡¿Está embarazada?! —replico—. Ella no dijo...

—No, no, no —se ríe mamá—. Llena como en feliz. Llena de vida.

—Genial —murmuro en voz baja—. No estoy segura de que eso sea algo que podamos curar. Al menos un embarazo se puede arreglar.

—¡Taylor Marie Theron!

—Mierda —murmuro—. ¿He dicho eso en voz alta?

Mamá se inclina hacia delante para golpearme en los nudillos a modo de ligera reprimenda. Pero el gesto la agota y se deja caer en el sillón, resollando en voz baja. —Yo también estaba preocupada —admite mientras mira por la ventana el brillante día que se avecina—. Quiero decir, es Celine. Siempre ha sido muy cautelosa con todo. Pero cuando los vi juntos hoy...

—Espera. Pausa. Retrocede. ¿Lo conociste?

—Por supuesto —dice mamá—. Vinieron a tomar un café. Ella quería presentárnoslo.

—¿Por qué no me invitaron? —pregunto con la cara desencajada. Sinceramente, mamá es la única a la que no me importa desnudar mi alma. Es la única persona que sé que no me juzgará por nada.

Aunque me lo merezca.

—Cariño, no te lo tomes como algo personal. Fue una visita improvisada —me tranquiliza, dándome palmaditas en la mano—. Dicho esto, no puedes culpar a nadie más que a ti misma. Lo habrías conocido si aún vivieras aquí.

—Sacando la carta de la culpa, ¿eh? Estoy sorprendida, Sra. Theron. Simplemente sorprendida.

Se ríe, la misma risa musical de siempre. —Tienes veinte años; claro que quieres tu propio espacio. No te culpo por eso.

—Papá lo hace.

Suspira, pero la sonrisa permanece en su rostro. Eso es lo que me gusta de mi madre.

Incluso después de todo lo que ha pasado, todos los médicos, la quimioterapia, las falsas esperanzas, los dolorosos años... incluso después de todo eso, no pierde la sonrisa.

—Su padre se está haciendo mayor —dice—. Creo que le preocupa quién cuidará de ustedes cuando él ya no esté.

—No irá a ninguna parte pronto. Los testarudos nunca lo hacen.

Las dos nos reímos juntas. —Aun así —suspira cuando se le pasa la risa—, siempre ha sido un tradicionalista. La noche que nos casamos, me dijo que iba a cuidar de mí. Que no tenía que trabajar si no quería.

—Vaya que le tomaste la palabra al pie de la letra —me burlo.

—No me atrevería —bromea—. Pero cuando me quedé embarazada de tu hermana, me di cuenta de que quería ser tu madre más que tener una carrera.

—Qué blandengue eres —le hago cosquillas en la planta del pie descalzo.

Se ríe entre dientes y me aparta. —Sin embargo, trabajé durante tres años antes de tener a Celine, y él nunca tocó ni un céntimo del dinero que ganaba. Me dijo que su dinero era nuestro y el mío, mío.

Parpadeo, impresionada. —No lo sabía.

—Hay muchas cosas de su padre que no saben —reprende—. Antes de ser su padre, era un hombre guapísimo, misterioso y capaz. No podía creer que se fijara en mí.

—Calla, mamá. Eres preciosa.

Se encoge de hombros. —Sí, sí, aduladora. Aunque no me lo creí hasta que él me lo dijo. Tuve que conocer a tu padre para aprender lo que era el amor, el amor *de verdad*.

Oírla hablar me recuerda los viejos tiempos. *a.C. Antes del cáncer*. Ella y papá solían cogerse de la mano cuando íbamos juntos al parque. Todas las mañanas le llevaba una taza de café para que se la tomara en la cama. Cuando se quedaba dormida en el sofá a mitad de una película, él la levantaba y la llevaba a su habitación, asegurándose de saltar el escalón ruidoso para no despertarla.

—A veces lo olvido —murmuro.

—A veces, yo también lo olvido —dice, cogiéndome la mano—. Solían ser solo Archie y Fiona. Luego fueron Archie, Fiona y nuestras hijas. Ahora, ustedes están viviendo sus propias vidas, así que volvemos a ser Archie y Fiona, y Cáncer. Ya nunca estamos realmente solos.

—Olvidaron su lenguaje del amor en algún punto del camino —le digo, mientras le acaricio el tobillo frío al tacto—. Son cosas que pasan.

Niega con la cabeza y yo lloro por los hermosos mechones rubios que le caían por la espalda como seda de maíz. Había días, días a.C., por supuesto, en los que la gente miraba a mamá y se preguntaba si era mi hermana mayor o mi madre. La vejez parecía no interesarse por ella.

Pero los últimos años le trajeron lo que le debían y algo más. Las arrugas aparecieron deprisa, el pelo se le fue más rápido y la gravedad presionó su columna vertebral en forma de signo de interrogación.

—No olvidamos nuestro lenguaje del amor, cariño. Solo cambió. Incluso en lo peor, tu padre sigue aquí, cuidando de mí. Ese es nuestro lenguaje de amor.

Palmea el espacio vacío a su lado, invitándome a pasar. Suspiro y me aprieto en el sillón con ella. Me rodea con sus brazos demasiado frágiles y apoyo la cabeza en su hombro huesudo.

—Antes cabíamos las tres en esta silla —se ríe con nostalgia.

—Me acuerdo. Solías leernos un cuento todas las noches antes de acostarnos. Papá y tú se turnaban para hacer las voces.

—Celine siempre quería cuentos con princesas y hadas. Tú querías los que tenían un poco más de acción.

—¿Así que lo que estás diciendo es que yo era la más interesante?

Me da un codazo en las costillas y me guiña un ojo. —Sé que a veces parece que Celine y tú están a años luz. Pero la verdad es que su naturaleza más profunda es la misma.

Frunzo el ceño. Toda mi vida, la gente nos ha dicho lo diferentes que somos mi hermana y yo. *Tú saltas antes de mirar. Disparas primero y luego te olvidas de hacer preguntas. Pero Celine es un alma vieja. Un alma sabia. Cautelosa, no imprudente. Cuidadosa, no precipitada.*

—¿Cómo lo sabes?

—Los dos aman con todo su corazón. Son leales, amables y apasionadas. Y se preocupan la una por la otra, eso es otra cosa que tienen en común.

De nuevo, mi mente vuelve a ese momento de hace dos meses y medio. A la razón por la que esas dos rayitas azules aparecieron hoy. A una tormenta en el horizonte y a un sueño de ojos oscuros frente a un coche que no dejaba de gruñir como si estuviera vivo.

¿Qué quieres? preguntó. *¿Qué quieres?*

Se lo dije. Y luego dejé que me lo diera.

Celine nunca habría actuado tan impulsivamente. Desde luego, no se habría acostado con un desconocido sin preservativo.

Aunque ahora está comprometida con un hombre que apenas conoce, así que tal vez mamá tenga razón. Tal vez no somos tan diferentes después de todo.

—Me preocupa que pueda estar cometiendo un error —admito—. Ya está prometida con ese chico y solo lo conoció hace dos meses. Tiene veintidós años, mamá. ¿Por qué tiene que casarse ahora?

—Porque ella lo ama, querida.

—¿Así que estás de acuerdo con esto? ¿De verdad?

Mamá vuelve a suspirar y sus suaves ojos azules se achinan. —Siempre me preocuparé por ustedes, pase lo que pase. Pero aprendí hace mucho tiempo que no puedes imponer ciertas decisiones a nadie, y menos a tus hijas. Las crié a Celine y a ti para que fueran mujeres fuertes e independientes, y eso es lo que son. Y ahora que las dos son adultas, eso significa que tengo que confiar en ustedes.

—Confianza, ¿eh? Suena aterrador.

—Lo es. También es maravilloso —sonríe y me toca la mejilla—. Deberías probarlo alguna vez.

TAYLOR

Cuando mamá está muy cansada, empieza a decaer, como una flor marchita que necesita revivir.

Sigue siendo un impacto, incluso después de dos largos años de su enfermedad. Creo que la he congelado en mi mente en un momento determinado. Una época en la que podía jugar a la pelota con nosotras en el patio trasero. Cuando podía llevarnos al lago Michigan a pasar el día. Cuando podía quedarse despierta con nosotras toda la noche contando historias de fantasmas y comiendo malvaviscos caseros alrededor de nuestra chimenea falsa, también conocida como estufa, diciendo: *Vale, solo una más*, una y otra vez, hasta que todos estábamos tan llenos de azúcar que nos dolía el estómago.

Es cruelmente irónico que cada vez que la veo marchitarse, también veo a la mujer que solía ser.

a.C.

—Vamos, mamá —le digo suavemente, despertándola mientras salgo del sillón—. Vamos a llevarte a la cama.

—No, cariño. Dormiré cuando te vayas.

—No puedes echarme tan rápido —me burlo de ella—. ¿Por qué no te echas una siesta rápida y te despierto cuando sea la hora de cenar?

Se le iluminan los ojos. —¿Te quedarás a cenar?

—Mejor que eso, también cocinaré.

—Vale, bueno, ya sabes dónde guardamos los menús para llevar.

Reprimo una burbuja de risa. —Eso me ofende. Al menos yo no quemo tostadas como papá —frunzo el ceño—. Por cierto, ¿dónde está papá?

—Decidió dar un paseo justo después de que tu hermana se fuera con su prometido. Dijo que le vendría bien el aire fresco.

Levanto las cejas mientras arrastro a mamá de la silla a la cama. Apenas hace mella en el colchón. Si paso los dedos por su superficie, noto que veinte años durmiendo en el mismo sitio le han hecho un surco. Ahora, sin embargo, no está ni cerca de llenarlo.

—Yo no le daría demasiada importancia —dice—. Creo que solo lo está procesando. A su

manera, como el resto de nosotros.

—¿Qué piensa de *Il-ar-i-on*? —pregunto, haciendo lo posible por no poner los ojos en blanco mientras arrastro las sílabas desconocidas de su nombre.

—Sé amable, Tay.

—Siempre soy amable.

Mamá me lanza una mirada apreciativa que podría ser insultante si no fuera tan directa. —Si quieres saber qué piensa tu padre de Ilarion, puedes preguntárselo tú mismo.

Suspiro. —¿Tengo que hacerlo?

—Si te quedas a cenar, no puedes evitar hablar con él —me agarra la mano justo cuando estoy a punto de enderezarme—. Cariño... no seas tan dura con tu padre, ¿vale? Sé que no está libre de culpa en esto. Sé que tienes todo el derecho a estar enfadada, pero... pero...

—Lo sé —le digo suavemente mientras sus labios somnolientos no consiguen dar a las palabras la forma que ella quiere—. Lo haré. No te preocupes, ¿vale? Duerme.

Dejo caer un beso sobre su frente y le paso la mano por el cuero cabelludo calvo. Me ha costado acostumbrarme a verla sin pelo. Sigue siendo guapa. Pero no puedo evitar el hecho de que está enferma.

Celine y yo nos habíamos ofrecido a comprarle una peluca. Se negó en redondo y apenas nos dirigió la palabra el resto del día, tan ofendida estaba. —Llevaré mi propio pelo o no llevaré ninguno —nos dijo tajantemente—. No tiene sentido mentirle al mundo.

Me giro en la puerta para decirle que la quiero, por eso y por muchas otras razones, pero ya está durmiendo. Me quedo en el umbral y la observo un momento.

—Mamá —susurro entre el suave sonido de sus ronquidos—, solo quería que supieras que... estoy embarazada.

Decirlo en voz alta es tan surrealista como aterrador.

Estoy embarazada y no tengo ni idea de qué hacer.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que habría ido corriendo directamente a contárselo todo a mi madre. Habría apoyado la cabeza en su regazo y habría llorado hasta que la realidad de mi situación hubiera dejado de aterrorizarme tanto.

Pero eso era a.C.

Y ya no vivimos en aquellos tiempos.

TAYLOR

Estoy en la cocina escurriendo arroz cuando oigo a papá llegar a casa.

Aparece en la puerta. Como mamá, ya no ocupa el espacio que ocupaba antes. Érase una vez, a.C., por supuesto, pero antes de que empezara a parecer tan aterrorizado todo el tiempo, que se asomaba a cualquier puerta en la que estuviera. Pensaba que era el hombre más grande del mundo. Ahora, sus hombros no ocupan ni la mitad.

Se aclara la garganta torpemente. —No sabía que ibas a venir hoy.

Pongo el arroz a cocer y me vuelvo hacia él. —Estoy preparando la cena.

—¿Debería ir a buscar los menús para llevar?

Pongo los ojos en blanco. —Muy gracioso. Aunque mamá se te adelantó con ese chiste.

Toma asiento en la mesa circular de la cocina. Venía con la casa, según cuenta la vieja historia. Papá quería tirarla, "o quemarla", siempre interviene en esa parte del relato, "lo que ocurriera antes", pero mamá insistió en que nos la quedáramos porque era amarilla y tenía margaritas rosas y mariposas moradas pintadas a lo largo de las patas.

Siempre le ha gustado el amarillo. Toda la casa está salpicada de él. "Como si viviéramos en un campo de girasoles", dice a quien le pregunta. "A veces el mundo es oscuro. Creo que no le vendría mal un poco de luz".

—¿Quieres beber algo? —pregunto, mirando hacia papá—. ¿Té helado?

—No, gracias.

—¿Té caliente?

—No, gracias.

—¿Bourbon, entonces?

Papá me mira como si esa idea le gustara demasiado. Empieza a negar con la cabeza, pero antes de que pueda, asiento. —Un bourbon en camino.

Cojo un vaso de la vitrina del pasillo y le sirvo un poco de bourbon. Casi nunca bebe antes de las ocho, pero a juzgar por la expresión de su cara, no creo que se oponga esta noche.

Le entrego el vaso y tomo el otro asiento libre. El silencio se extiende y se repliega sobre sí mismo. El reloj de cuco de la pared hace tictac. El tacón de papá rebota en la baldosa. Golpeo con las uñas el tablero de la mesa una y otra vez.

Soy muy consciente del hecho de que él y yo no hemos tenido una conversación adecuada desde que me mudé. Es algo que acecha entre nosotros, algo feo que no se dice, como algo podrido que ambos fingimos no oler.

Da un sorbo a su bourbon y suspira, pero no intenta hablar conmigo. Me quedo sentada cinco minutos esperando a que diga algo. Cuando no, compruebo cómo está el arroz, cojo un par de cubitos del congelador y un mazo del cajón, y vuelvo a mi silla.

Coloco los cubitos de hielo sobre la mesa y los aplasto con el mazo. —¡Dios mío! —balbucea papá, mirándome boquiabierto.

—Ya está. Ahora que he roto el hielo, podemos hablar —digo con cara seria.

Se me queda mirando un momento y luego se le descompone la cara. Los dos nos echamos a reír. —Eso... eso ha sido... Dios mío, ha sido terrible —jadea, todavía ahogando sus carcajadas y secándose las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—Lo peor —concuerdo—. Un tipo en un bar usó esa frase conmigo el año pasado.

—Por favor, dime que no saliste con él.

—Dejé que me invitara a una copa. En ese momento me pareció creativo.

Papá sacude la cabeza y se seca las últimas lágrimas de los ojos. Luego suspira profundamente y sus hombros se hunden y, sin más, vuelve a ser el mismo viejo triste que era cuando entró.

—Te mereces un hombre que no necesite usar una frase para ligar —murmura—. Te mereces lo mejor. Tú y tu hermana, las dos.

Frunzo el ceño mientras lo observo. Tiene unas cuantas arrugas nuevas a lo largo de la frente. Parece que todos las tenemos, yo incluida. —¿Supongo que Ilarion no te impresionó? A mamá parecía gustarle.

Su boca ondea con tensión. —Él simplemente... no le conviene.

—Mamá cree que deberíamos confiar en Celine.

Papá se queda callado tanto tiempo que me pregunto si va a volver a evitarme en mitad de la conversación. Pasa un dedo por el borde de su vaso, una y otra vez. —Lo sé. Ya me dijo que me callara la boca con todo esto. *Es tu hija, Archie. Apóyala*.

—No tienes que callarte nada conmigo, papá. Dime lo que piensas de verdad.

Me mira con recelo antes de volver a suspirar. —Es demasiado joven. Aún no ha vivido de verdad. Y se está precipitando en esta relación. ¿Qué hay de malo en tomarse su tiempo, conocerse durante unos años, quizá incluso vivir juntos primero?

—Dice que está enamorada.

—*Amor* —gruñe papá, como si la palabra le ofendiera personalmente—. ¿Qué saben ustedes del

amor? Son unas niñas.

Frunzo el ceño y, sin más, vuelve a haber distancia entre nosotros. —Ese es exactamente el problema, papá. Sigues pensando que somos bebés. Celine es una mujer adulta y yo también. Conocemos nuestras mentes, y creo que tienes que reconocérnoslo.

—No es que yo...

—Esta relación puede parecernos impulsiva —continúo mientras la cabeza me da vueltas con imágenes de la noche en que me quedé embarazada—. Pero eso no significa que no sea lo correcto para ella. Si ella no se arrepiente, ¿quiénes somos nosotros para decirle que debería hacerlo?

Papá levanta su mirada hacia la mía. Celine heredó los ojos de mamá y yo los de papá. Esos ojos tercos, verdes y almendrados. Siempre me ha parecido extraño, cómo alguien que me frustra tan infinita y eficazmente puede ser la fuente de todas las cosas de las que estoy más orgullosa en mí misma.

—Te pareces mucho a tu madre —dice suavemente.

Me río entre dientes. —Estaba pensando en que me parezco mucho a ti.

—No —Sacude la cabeza—. Eres mejor que yo. Más valiente. Más fuerte.

Frunzo el ceño, preguntándome qué le ha provocado este humor tan sombrío. No puede ser sólo por Celine y su compromiso sorpresa. Tiene que ser otra cosa.

—¿Papá?

—Nunca te pedí disculpas como es debido —dice bruscamente—. He manejado mal las cosas. He estado manejando todo mal últimamente.

Me levanto y le rodeo los hombros con los brazos por detrás. —No te preocupes, papá —le digo —. Todos tenemos días malos.

—He tenido *años* malos, niña —susurra, tensándose bajo mis brazos—. Y me temo que me están alcanzando.

Por supuesto. El estado de mamá también le afecta. Debe ser duro verla desvanecerse, día tras día, sin ninguna esperanza real en el horizonte.

—Lo superaremos —le aseguro—. Ya venció al cáncer una vez. Lo volverá a hacer.

Suspira, y todo su cuerpo parece estar descansando en esa respiración pesada. —Hay algunas cosas que no pueden ser vencidas, Taylor.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir, pero entonces noto el olor a arroz quemado y corro hacia la cocina.

—¡Oh, mierda! —gimo, raspando grupos de arroz carbonizado. Con un suspiro de derrota, me vuelvo hacia él—. ¿Dónde dijiste que estaban esos menús para llevar?

TAYLOR

La tensión nerviosa en el coche es palpable.

Al parecer, el tal Ilarion, aún no puedo decir su nombre sin exagerarlo con acento gracioso, vive al otro lado de la ciudad, en un barrio conocido como “El Valle”. Lo que significa que llevamos casi media hora conduciendo y aún estamos a veinte minutos.

Cuanto más conducimos, más limpias están las calles. Es como si nos acercáramos a terreno sagrado. Casi espero ver un cartel que diga “*A partir de este punto no se permiten pobres”*.

—Debería haberme puesto otra cosa —dice mamá desde el asiento del copiloto.

Lleva puesto su vestido de cóctel azul favorito, un pañuelo de seda amarillo en la cabeza y un par de tacones de cuña gruesa que hace años que no saca del armario. Ha tropezado dos veces de camino al coche.

Culpo más a los nervios que a los tacones.

—Estás preciosa, Fi —tararea enseguida papá, ofreciéndole la palma de la mano. Ella desliza sus dedos entre los de él y respira hondo para tranquilizarse.

—En serio, mamá, estás buenísima.

—Taylor Marie.

—¿Qué? Es verdad.

—¿Podemos tal vez mantener las palabras inadecuadas al mínimo cuando lleguemos? ¿Podemos fingir, solo por una tarde, que somos una familia culta?

—¿Qué? —me burlo—. ¿La gente rica no dice palabrotas?

Espero que papá suelte una risita o intervenga con una ocurrencia rápida o una palabra de consuelo, pero no hace ni lo uno ni lo otro. Se limita a mirar la carretera con expresión inexpresiva. Como la víctima de un pirata a punto de caminar por la plancha.

—Quiero causar una buena impresión —dice mamá con firmeza—. Debería haberme puesto el vestido rojo. Este me queda grande.

—No es que Cee nos haya dado mucho tiempo para buscar alternativas —murmuro, bajando el

dobladillo de mi vestido corto negro sin tirantes. Es ajustado y corto, y totalmente inapropiado para un almuerzo de compromiso.

Disculpa, *almuermiso*.

Pero tal y como yo lo veo, no podré ponerme este vestido dentro de unos meses. Y Dios sabe que mis días de fiesta se acabarán cuando nazca el bebé, así que no hay mejor momento que el presente, ¿no?

No es que mamá lo vea así. Me lanza una mirada de desaprobación por encima del hombro. No es consciente de mi lógica hermética ni de la bomba de relojería que tengo en la barriga, pero no tengo prisa por contarle a nadie mi... *situación*... todavía.

Por un lado, quiero que Celine tenga su momento de protagonismo.

Y por el otro: soy una cobarde.

—Podríamos haber ido de compras esta mañana —insiste mamá—. Si al menos alguien hubiera contestado al teléfono antes de las diez y media de la mañana.

—Me quedé dormida —murmuro rápidamente—. Y mi teléfono estaba en silencio.

Al menos la segunda parte no es mentira. Mi teléfono estaba en silencio. Pero no estaba tumbada en la cama como un pan, sino tumbada boca arriba en una mesa de exploración con gel de ultrasonidos untado en el vientre.

—¿Viene el padre? —me había preguntado el médico.

Respondí con lo único que podía decir—: No hay padre.

Me dedicó una sonrisa comprensiva y me confirmó lo que ya sabía: en siete meses y medio sería madre.

Lo que, de algún modo, resultó muy anticlimático. Uno espera que los grandes momentos de su vida vengan equipados con una banda sonora incorporada. Efectos de sonido, por lo menos. *Serás madre. POM, confeti, rayos láser, una fila de bailarines haciendo el can-can.*

Pero no. Solo están el médico y tú, mirando una mancha gris amorfa en la pantalla. Y todos esos grandes sentimientos que esperas sentir en realidad no llegan.

Al menos, no hasta que el médico te mira y te pregunta qué piensas hacer.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Taylor, claramente eres muy joven. Estás aquí sola. No parece que estuvieras intentando quedarte embarazada. Te pregunto si piensas quedarte con el bebé.

Y entonces te das cuenta. En realidad, no tienes que tener un bebé si realmente no quieres. Lo que lleva a la pregunta: ¿quiero este bebé?

Y la sorprendente respuesta es... *sí*. Sí, lo quiero.

Así que, después de llorar en el hombro del médico durante diez minutos y de haberme avergonzado lo suficiente, me levanté, conduje hasta casa y me preparé para la fiesta de

compromiso de mi hermana.

—¡Estamos aquí! —mamá jadea de repente, sacándome de mis pensamientos—. Estamos aquí. Casa Zakharov, así es como Celine dijo que se llamaba.

Sabes que una familia es rica cuando pone su nombre a sus propiedades. Me inclino hacia delante, metiendo la cara entre los asientos de mis padres. —¿Cómo deberíamos llamar a nuestra casa? —pregunto—. ¿Choza Theron? ¿La Cabaña del Jardín? La Villa Amarilla no queda a menos que lo digas un poco raro, pero…

Mamá me mira. —Por favor, compórtate.

Le sonrío. —Te lo juro.

—Y tú —dice, dirigiéndose a papá—, tienes que ser amable. Quiero que esto salga bien. Es importante para Celine y eso lo hace importante para mí también.

—Mamá, todos amamos a Cee —digo yo—. Aunque odie al tipo, fingiré lo contrario.

Ella suspira. —¿No podría gustarte desde el principio?

Levanto una ceja. —No me parece razonable.

—A mí tampoco —murmura papá en voz baja.

Por una vez, él y yo estamos de acuerdo.

TAYLOR

Nos ahorramos otro sermón cuando las puertas se abren antes de que las alcancemos.

Me cuesta contener mi inclinación natural a proyectar que me importa un carajo. Es como si hubiéramos entrado en otro mundo.

La propiedad es sencillamente inmensa. Una franja de árboles centenarios, de al menos un acre de grosor, separa la carretera de la casa. Un camino pavimentado se despliega como una alfombra roja hasta la escalera de mármol de la casa, aunque la palabra "casa" se antoja deplorablemente inadecuada para describir el enorme palacio ornamentado que surge de la tierra en lo alto de la colina.

Papá frena inconscientemente a medida que nos acercamos. Parece el tipo de lugar al que no puedes llegar corriendo. Tienes que tomarte tu tiempo, ser respetuoso, absorberlo.

Una fuente de piedra salpica el centro del patio circular. El agua brota de ella en un grácil arco que se eleva en el aire antes de descender alrededor de la cabeza de la estatua. Los nenúfares se mecen en la superficie del estanque.

Cuando nos detenemos, me abren la puerta de un tirón. Levanto la vista y veo a un hombre mayor, enjuto y trajeado.

—Buenas tardes, señora. Bienvenida a la Casa Zakharov.

Lo que quiero decir es: *Gracias*. Lo que en realidad sale es, —Maldita sea.

—¡Taylor! —mamá chasquea mientras es ayudada a salir del coche por otro aparcacoches. Este es un poco más bajo y mucho más joven. Me dedica una sonrisa cursi que no tiene nada de profesional y yo me bajo el dobladillo de la falda.

Mamá se tambalea por la parte delantera del coche. Cojo uno de sus codos, papá el otro y los tres empezamos a subir las escaleras.

Las puertas dobles de arriba están abiertas de par en par. Hasta que no llegamos al rellano no puedo ver a través de ellas el interior de la casa.

—No puede ser —respiro. El vestíbulo se alarga hasta llegar a un estanque koi cubierto. Destellos plateados y anaranjados pican la superficie antes de desaparecer de nuevo.

No sé si mamá me oye. Está demasiado ocupada admirando la araña de cristal que cuelga sobre

nuestras cabezas. —Hay que reconocer que tiene un gusto exquisito.

—O su diseñador de interiores, al menos —murmuro.

Más allá del estanque koi hay un césped perfectamente cuidado que parece extenderse kilómetros y kilómetros. El perímetro está rodeado de setos floridos de todos los colores conocidos. Rojos, azules y, como *Il-ar-i-on* sabía que a mamá le encantaban, una flor amarilla tras otra.

En la parte más alejada del jardín, veo un grupo de personas que conversan. Una cabeza morena se eleva entre la multitud, sobresaliendo por encima de los demás de un modo que atrae mi atención, pero está demasiado lejos para que pueda distinguir quién es.

—Sr. y Sra. Theron. Srta. Theron —me giro hacia un caballero alto con un traje de tres piezas perfectamente confeccionado—. Soy Semyon, el mayordomo. Estoy encantado de darles la bienvenida a la Casa Zakharov.

—Soy Taylor. La hermana de la futura novia. Encantada de conocerte, Semyon.

—Por supuesto —me dedica una fina sonrisa de complicidad—. Su hermana está en los jardines del este, señora. Por favor, permítame acompañarla hasta allí.

Empujo a mamá hacia delante y los dos seguimos a Semyon por un amplio pasillo ahogado por la luz del sol. Soy consciente de que papá acecha justo detrás de nosotras, pero estoy demasiado distraída con esta casa como para concentrarme en cómo está manejando toda la riqueza y el esplendor.

—¿Has dicho jardines del este, Semyon? —pregunto mientras desfilamos por la casa—. ¿Quieres decir que también hay jardines sur, oeste y norte?

—La mansión está orientada al sur, Srta. Theron —explica—. Así que los jardines se extienden solo hacia el este, el oeste y el norte.

—Oh, vaya. Y aquí estaba yo, tan cerca de impresionarme.

Se ríe, pero solo brevemente, como si no fuera su trabajo y no esperara que alguien como yo apareciera en un sitio así.

Ya somos dos.

—Aquí estamos —dice al fin cuando llegamos al final del pasillo. Hace un gesto hacia un par de puertas de cristal abiertas, más allá de las cuales se abren los jardines orientales—. Los dejo para que disfruten de la fiesta. Si necesitan algo, no duden en pedírmelo.

Mi madre y yo se lo agradecemos sonriendo, pero papá se limita a gruñir y nos sigue mientras todos salimos al jardín. Los altos setos nos guían por el borde y nos escupen hacia el césped abierto que vimos al llegar.

Pensé que esta casa en sí era lo más intimidante a lo que tendría que enfrentarme hoy.

Pero entonces echo un vistazo a los demás invitados y me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

Los hombres y las mujeres se arremolinan entre las mesas, charlando con la despreocupación que

solo el dinero puede comprar mientras beben champán en copas de cristal. Por supuesto, sacan los meñiques cuando beben.

Llevan trajes elegantes y preciosos vestidos de verano demasiado etéreos para ser reales. Y aquí estoy yo, de pie en la periferia de este mundo alienígena, con un vestido que ha pasado de sexy a guarro en meros segundos de comparación.

Y entonces Celine sale de entre un rosal y, por una fracción de segundo, no la reconozco. Mi hermana mayor, sencilla, descalza los fines de semana y que no se maquilla, se ha transformado en una glamazona con tacones de diez centímetros.

Lleva un vestido sencillo verde esmeralda que brilla como si estuviera enjoyado. Lleva el pelo alborotado con unas voluminosas ondas doradas y parece que lo tiene medio metro más largo que la última vez que la vi. Los diamantes brillan en sus muñecas, alrededor de su garganta y, por supuesto, en su dedo, donde luce una piedra del tamaño de un asteroide engarzada en un anillo de oro platino.

—¡Por fin están aquí! —corre hacia nosotros, aunque es una especie de carrera elegante, como una bailarina corriendo por el escenario.

—Cariño —murmura mamá, tan asombrada como yo por la nueva mujer que tenemos delante—. Estás guapísima. Ese vestido es... ¡guau!

—Ilarion lo eligió —se ríe mientras nos da una vuelta y hace una reverencia—. Oh, estoy tan contenta de que estés aquí. ¡Tay! —me da un abrazo rápido, y entonces sus ojos recorren mi cuerpo y se le cae la cara—. ¿En serio? ¿Tu vestido de discoteca?

—No sabía que me invitaban a un castillo para mezclarme con la alta sociedad —murmuro en voz baja. La miro y sonrío lo mejor que puedo—. Menudo sitio, Cee.

—¿Verdad que sí? —sonríe orgullosa mientras mira a su alrededor. Sigo su mirada y veo mesas vestidas de blanco, más cristalería por todas partes y girasoles entretejidos en los respaldos de los asientos. Camareros con esmoquin blanco van de un grupo a otro con aperitivos en bandejas de plata.

Sigo su mirada, tratando de ver si puedo adivinar cuál de estos hombres ha logrado capturar el corazón de mi asustadiza hermana en apenas unos meses.

—Me siento un poco excluida por ser la única de la familia que aún no conoce a tu prometido.

—¡Oh, claro! —Celine frunce el ceño mientras lo busca y no encuentra nada—. Qué raro. Estaba justo aquí... Hm, tal vez fue a ver el almuerzo. Espera, ahí está. ¡Ilarion!

Está hablando con alguien por encima de mi hombro, así que me giro expectante.

Pero, en cuanto lo hago, me paralizo. Siento que se me va la sangre de la cara. Siento que el estómago se me revuelve con náuseas. Y por primera vez en semanas, no tiene nada que ver con el embarazo.

Echo un vistazo a esos brumosos ojos azules bordeados de avellana, y todo lo que puedo pensar es...

No de nuevo.

TAYLOR

Esto.

No.

Puede.

Estar.

Pasando.

Seguro que en cualquier momento me mira y me reconoce de aquella noche. Seguramente palidecerá igual que yo y todo habrá terminado.

¿Cómo sería eso exactamente?

—*¿Se conocen?*

—*¡Claro que sí, hermanita! Resulta que me tiré a tu prometido antes de saber que era tu prometido y ahora estoy embarazada y hay diez posibilidades entre diez de que sea su bebé. Pero sabes, estoy súper emocionada por tu compromiso. Espero que sean muy felices juntos.*

Oh, Dios. Oh, Dios. Ohhhh, Dios.

Estoy peligrosamente cerca de hiperventilar. Pero, por suerte, nadie me mira. Al menos, nadie de mi familia me mira. Sus ojos están enfocados en Ilarion. Y sus ojos están enfocados en...

—Tú debes de ser la hermana pequeña de Celine —me dice, extendiendo la mano en mi dirección—. Es un placer conocerte por fin.

Me quedo mirándole la mano un momento. Porque... ¡¿*Qué*?! Quiero decir, tiene que saber quién soy. ¿Verdad? Sé que me arreglo bastante bien, pero no hay forma de que me vea tan diferente de cómo me veía la noche que nos conocimos.

—Yo... Uh, sí. Sí, un placer —tropiezo con mis palabras como una completa imbécil.

Ahora todos *me* miran. Mamá parece horrorizada, Celine parece divertida y papá parece... bueno, un poco fuera de sí, si te soy sincera.

Ilarion, no me atrevo a pronunciar su nombre con la misma cadencia bromista de antes; ahora es simplemente *Ilarion*, con la fatalidad, la oscuridad y los truenos de fondo, me suelta la mano

después de un apretón y rodea la cintura de Celine con el brazo. Ella lo mira como si no pudiera creer lo que está viendo.

Lo mismo digo, Cee.

—¿Nos disculpan un momento? —pregunta—. Quiero presentar a Ilarion a algunos de mis amigos. Se mueren por conocerlo.

—Por supuesto, cariño. Adelante —dice mamá.

Los dos vuelven a la multitud del jardín y yo me cuestiono mi cordura. ¿Es real, verdadera y humanamente posible que mi futuro cuñado sea el mismo hombre con el que me acosté la otra noche? No puede ser. Quiero decir, si lo fuera, habría tenido algún tipo de reacción, ¿verdad?

Y entonces lo veo.

Está al otro lado del jardín, siendo presentado a un par de amigos de la universidad de Celine. Solo puedo ver su perfil.

Entonces se vuelve, sus ojos se clavan en mí, y sé que no estoy imaginando cosas.

Me reconoce.

Solo finge no hacerlo.

TAYLOR

Me vuelvo hacia mi madre. —Lo manejé mal, ¿no?

Mamá se ríe. —No puedo culparte. Es un hombre muy guapo.

Siento que estoy a punto de vomitar el desayuno. —¡Oh, Dios, mamá! ¡Es el prometido de Celine! —me lo estoy recordando a mí misma mucho más que a ella—. Yo no... yo no... *ugh*

—No estaba sugiriendo que estuvieras haciendo nada de eso, cariño. Solo estaba...

—¿Parece el tipo de Celine? —suelto antes de poder contenerme—. No le suelen gustar los hombres tan... arreglados. Le gustan los tímidos y torpes.

Mamá me mira con las cejas levantadas. —Cariño, ¿seguro que estás bien?

—¿De verdad deberías *hacerme* esa pregunta? Quiero decir, papá es el que está actuando súper raro.

Acusar a papá está fuera de lugar, pero no quiero que nadie me mire demasiado en este momento. Funciona. Mamá mira a papá y parece darse cuenta por primera vez de la expresión de su cara.

—Archie...

—Estoy de acuerdo con Taylor —dice de pronto, mirándonos con ojos desorbitados—. No parece el tipo de Celine.

Mamá nos mira a los dos. —Sinceramente, no me lo puedo creer. Creía que había sido muy clara: no es decisión nuestra, sino de Celine. Es adulta y debemos confiar en que sabe lo que hace. Ahora, quiero que ambos salgan y se mezclen. Sonrían, hagan amigos y, lo más importante, ¡no avergüencen a Celine!

A veces olvido que mamá tiene un lado feroz. El cáncer la mantiene bajo llave la mayoría de las veces. Pero cuando sale, es mejor hacer lo que ella dice.

Papá asiente, derrotado. Levanto las manos en señal de rendición. —Voy a mezclarme y a divertirme.

—No le digas nada a Celine —advierte mamá.

Es una promesa que estoy más que dispuesta a hacer. Pero ahora mismo, todo lo que quiero es un poco de tranquilidad. Algún sitio para enloquecer sin que nadie me mire.

Me retiro al interior de la casa y busco un rincón tranquilo donde esconderme. Habría preferido un cuarto de baño, pero no voy a husmear por toda la casa hasta encontrar uno. Solo necesito un segundo para respirar y poner mi cara neutral.

Me hundo en una silla bañada por la luz del sol. Cierro los ojos, dejo que el rayo me caliente la cara y suelto un suspiro largo y traqueteante.

Esto no puede ser real. Es imposible que esto sea real. El destino o Dios o quien sea que esté al volante no es tan cruel. No a menos que haya acumulado un montón de mal karma, quizás mutilaba focas bebé para ganarme la vida en una vida anterior.

Y supongo que es posible, pero sigue pareciéndome cruel e inusual. Estoy embarazada de un desconocido, que resulta que no es un desconocido, sino el prometido de mi hermana, la hermana que ya piensa que soy una zorra traicionera, y no sin razón.

Confirmado: Dios me odia.

Y, como para reafirmarlo, una voz rompe cualquier atisbo de calma que haya logrado encontrar en mi escondite.

—¿Tay?

Levanto la vista y veo a Bradley Martingale de pie a la entrada del pasillo, ataviado con un traje azul y una camisa de cuello abierto. Hoy se ha esforzado por tener buen aspecto, y tengo que reconocerlo: tiene buen aspecto.

Quiero decir, no tan bueno como el de Ilarion. Pero si empezamos a juzgar a todos los hombres por esa norma, nadie volverá a procrear.

Me fuerzo a sonreír y le hago un extraño gesto con la cabeza. —Bradley. Tanto tiempo.

—Ya lo creo. Antes no podía dar dos pasos en la Biblioteca Crawley sin toparme contigo.

—Estoy bastante segura de que eso es lo que pasa cuando acechas a alguien.

Sonríe. —Olvidé la boquita inteligente que tienes. Sabes, esa es la mitad de tu encanto.

Frunzo el ceño, deseando que esta conversación acabe pronto. —¿Solo la mitad? —pregunto—. Esperaba tres cuartos al menos.

Da tres pasitos hacia mí y, de repente, me encuentro contra la pared del pasillo. Tiene su mano junto a mi cara y se inclina hacia mí con todo su cuerpo.

—Estás muy sexy con ese vestido.

Oh, diablos, no.

Bradley y yo éramos compañeros de clase, *lo somos*, supongo, aunque desde que esas dos líneas azules aparecieron en mi vida, no estoy segura de poder volver a la escuela. Un amigo mío lo trajo un día a un grupo de estudio, y desde entonces se me ha pegado como el blanco al arroz.

Era un poco dulce, al principio. Luego fue neutral. Luego se echó a perder y no ha cambiado para mejor. Aparecía en todos los sitios a los que iba: biblioteca, gimnasio... lo que fuera, él estaba allí. Me acorralaba en las fiestas y tenía el don de encontrar el lugar más oscuro, tranquilo y aislado de todo el lugar para hacerlo.

Hoy estabas preciosa en clase, murmuraba con aliento a cerveza. *Los chicos de esta escuela no se merecen una chica como tú.*

Cuando por fin le dije con firmeza que me dejara en paz, pensé que se había acabado. Entonces, apareció en una comida con mi hermana. *¡Mira con quién me he encontrado!* dijo alegremente. *Qué afortunada coincidencia.*

Me estremezco. Solo los recuerdos ya me erizan la piel. El hombre provoca eso y más.

Me escabullo por debajo del brazo de Bradley. —Gracias. Debería volver a la fiesta.

—La fiesta te esperará; no te preocupes. Prefiero ponerme al día un rato.

—Bradley —digo con paciencia forzada—, es la fiesta de compromiso de mi hermana. No puedo estar desaparecida por mucho tiempo.

—A Celine no le importará —dice desdeñosamente—. Solo tiene ojos para su nuevo juguete. Y en cuanto a mí... solo tengo ojos para ti.

Me dan ganas de vomitar. Pero eso tendrá que esperar, porque de lo que me estoy dando cuenta con creciente horror es de que este es el espacio más tranquilo y aislado de cualquier fiesta en el que Bradley ha conseguido arrinconarme hasta ahora. Su sincronización no podría ser peor.

Debo haber masacrado a muchas crías de foca en mi vida anterior.

—Lo siento, Bradley, pero no me interesa. Ahora, si me disculpas, me gustaría volver a la parte...

—¡No! —ruge. Alarga la mano y me agarra la muñeca con demasiada fuerza. Luego parpadea y su tono vuelve a ser ese quejido dulce y suplicante que cree que hará que se me caiga la ropa—. ¿Por qué? Vamos. Quédate aquí y tendremos nuestra propia fiestecita.

Sin embargo, su mano no abandona mi antebrazo. Y aprieta con fuerza. Doy un respingo. —Me haces daño. Por favor, suéltame.

—No haré nada que no hayas puesto ya sobre la mesa —gruñe. Se le cae la bebida al suelo. El vaso se rompe con un ruido sordo y el líquido ámbar empapa la alfombra a nuestros pies.

—¿Perdón? —tartamudeo—. ¿Qué...?

—Con tus putas bromas y tu puta ropa y tus putas *tentaciones* de mierda —me gruñe a la cara. Se acerca cada vez más hasta que sus caderas chocan con las mías y mi espalda con la pared—. Mírate ahora. Vestida como una puta de mierda. Prácticamente puedo ver tu coño desde aquí. Puedo *olerlo*.

Tengo la lengua seca y no encuentro palabras con las que defenderme. Se me ocurre de nuevo, como el día que conocí a Ilarion, que las cosas feas deben ocurrir en los días feos. Pero estoy a punto de ser violada por un asqueroso y, sin embargo, fuera el cielo está soleado y alegre.

—Me cansé de pedir. Me cansé de rogar. Es hora de que tome lo que mantienes fuera de mi alcance.

—Bradley —susurro—, por favor, no...

—No debes haberla oído. Dijo que *no*.

Una enorme sombra nos cubre a los dos. Tapa el sol y el aroma que desprende, whisky, cuero y almizcle, me deja sin aliento. Bradley y yo nos giramos al mismo tiempo.

Mientras Ilarion entra en la boca del pasillo.

Tiene los ojos oscuros. Una mano sostiene una copa de champán. Con la otra mantiene el puño en blanco. Mientras lo observo, los músculos de su antebrazo se crispan de rabia.

—Taylor y yo estábamos hablando —dice Bradley.

—Y ahora han terminado.

Su cara se tuerce como si hubiera probado algo agrio. —¿Quién eres tú para decirme cuándo he terminado de hablar?

—Soy el hombre que te hará mucho, mucho daño si intentas argumentar lo contrario. Di adiós y vete, amigo mío. Antes de que las cosas empeoren.

Bradley duda un segundo más, tembloroso y lleno de miedo, antes de soltarme. Jadeo y me derrumbo hacia delante cuando sus dedos me sueltan el antebrazo. La piel donde me sujetaba arde.

Me echa una última mirada, frunce los labios y se marcha, dejando atrás el vaso derramado.

Por el tiempo de un suspiro, agradezco haberme salvado.

Entonces me acuerdo de quién me salvó y me doy cuenta de que ese podría haber sido el peor de los resultados posibles.

De la sartén al fuego.

—Si esperas que te dé las gracias, piénsatelo otra vez —mis palabras salen ásperas pero feroces —. Puedo cuidarme sola.

Para mi sorpresa, asiente. —Oh, lo sé. He oído casi toda la conversación. ¿Quieres champán?

—Eso no está en mi lista de prioridades ahora mismo, gracias —jadeo, aún serenándome. Más que nada, no puedo creer que esa sea su primera pregunta. Estamos solos por primera vez desde... bueno, *ya sabes*, y me pregunta si quiero una maldita copa.

—Muy bien. Si me disculpas, debo volver a unirme a la...

—¡Para! —grito, peligrosamente cerca de las lágrimas—. Para un segundo.

Hace una pausa y me mira con expresión distante. —¿Sí?

Miro fijamente esos ojos de color avellana y siento que algo dentro de mí se estremece. —No hagas eso —le digo—. No actúes como si no me conocieras.

Se gira lentamente para mirarme. La gélida distancia se desvanece el tiempo suficiente para que pueda reconocerlo. —¿Qué quieres que haga al respecto?

Es una pregunta justa. Lo suficientemente justa como para hacerme cuestionar mi propia reacción. ¿No debería seguirle la corriente? ¿No es ese el mejor escenario, considerando las circunstancias? ¿Las muy, muy jodidas circunstancias?

—¿Lo sabías? —suelto.

—¿Si sabía yo quién eras aquella noche? —pregunta—. Mierda, no. Conocí a Celine dos semanas después de que tú y yo... nos encontráramos.

—¿También casi la atropellas?

Una vena se le tuerce en la mandíbula. —Celine no tiene la costumbre de correr caóticamente por el mundo como un pollo sin cabeza. Así que no, es seguro decir que no.

Aprieto los dientes, pero sobre todo para contener las lágrimas. Las hormonas del embarazo han elegido un momento infernal para regular mis emociones. —¿Qué pasa entonces? ¿Tienes la costumbre de rondar por los barrios de las afueras, a la caza de tu próximo prospecto?

Genial, ahora me tiemblan las manos. Por supuesto que lo nota.

—Tienes que controlarte —gruñe, acercándose un paso más—. Tu hermana no necesita saber lo que pasó entre nosotros. Puedo mantener la boca cerrada. ¿Y tú?

No debería decirlo. Realmente no debería. Las cosas serán mucho más fáciles si me guardo para mí el último dato crucial. Nada bueno puede salir de decirle que estoy embarazada.

Bien. Está decidido. No se lo voy a decir.

—Genial. ¿Y qué le digo a mi hermana dentro de siete meses y medio cuando dé a luz a un bebé igualito a ti?

Upsi.

ILARION

Está mintiendo.

Tiene que estarlo.

Es imposible que esté embarazada.

Excepto que no usé condón esa noche. Y me corrí dentro de ella. Y no se me había ocurrido hasta ahora que ambas cosas habían sido un error colosalmente estúpido.

Pero cuanto más miro esos profundos ojos esmeralda, más me cuesta aferrarme a la esperanza de que quizá no esté diciendo la verdad. No parece una mujer que quiera vengarse.

Parece una mujer aterrorizada por lo que está pasando.

—¿Estás segura? —pregunto, manteniendo la tormenta en mi cabeza fuera de mi cara.

Da un paso atrás como si mi compostura fuera la prueba de que soy una especie de psicópata. Demonios, puede que tenga razón.

—Sí, estoy segura —suelta—. Fui al médico esta mañana y me lo confirmó.

—¿De cuánto estás?

Sus ojos se entrecierran en rendijas furiosas. —Sabes exactamente de cuánto estoy.

—¿Alguien lo sabe?

Se le arruga la frente. —¿Me estás preguntando si mi hermana sabe que estoy embarazada de ti? —pregunta—. La respuesta es no. Nunca le conté a nadie lo de aquella noche. No fue uno de mis mejores momentos.

Es una pena que se sienta así. Fue uno de los míos.

—Me has hecho muchas preguntas, así que creo que merezco hacerte una de las mías —añade.

Hago una mueca. Fuera, en el jardín, oigo el tintineo característico del cristal cuando alguien llama la atención para que empiecen los brindis. Todo está sucediendo demasiado rápido. Necesito que el mundo se congele para saber qué demonios haré con este imprevisto.

—¿Dijiste que conociste a Celine después de mí?

¿Cree que miento sobre eso? Si hubiera sabido quién era cuando casi la atropello esa noche, nos habría ahorrado a los dos todo este puto drama. —Así es.

—¿Cuánto tiempo después?

Su postura es de justa indignación, pero la pregunta suena mansa y vulnerable. Ella parece darse cuenta de lo mismo casi tan pronto como lo dice, porque cambia su peso hacia atrás sobre sus tacones negros de tiras y cruza los brazos sobre el pecho en un intento de compensar.

No me hace ningún favor. Su vestido es tan apretado en todos los lugares correctos.

Completamente inapropiado para esta ocasión. Completamente inapropiado para mí. Completamente tentador, sin embargo.

—No mucho después —digo vagamente.

—Quiero un número. Especifica.

—¿Por qué? —pregunto, exasperado—. ¿Qué tiene esto que ver?

—Solo necesito saber, ¿de acuerdo? —mira a su alrededor para comprobar si nos han visto—. Dímelo.

—Dos semanas, más o menos. ¿Eso te satisface, princesa?

Se muerde el labio y gira hacia un lado para que solo pueda ver su perfil. Parece que está intentando resolver un problema matemático.

—Tengo otra pregunta —suelta, girándose para que volvamos a estar cara a cara—. ¿Por qué te casas con mi hermana?

Esa me pilla desprevenido. No sé si es una declaración de sus sentimientos o si está intentando descubrir mis motivos. En cualquier caso, la respuesta no es fácil.

Es decir, la *verdadera* respuesta no es fácil.

No es que vaya a decirle la verdad.

—Amo a tu hermana.

Me mira fijamente, escrutando. —Amas a mi hermana —repite—. ¿Qué es lo que amas de ella?

—¿Perdón?

—Lo siento, es que me cuesta creer que puedas pasar de conocerla, a amarla y luego proponerle matrimonio en cuestión de semanas. Especialmente, considerando que dormiste conmigo la semana anterior.

—¿Qué pensaste? —digo—. ¿Qué ya no podría ver a otras mujeres después de haberte visto a ti?

Se sonroja. —No, eso no es… mierda, es solo que no quiero que mi hermana se case con un playboy rico y pomposo que va a dejar de preocuparse por ella en el momento en que le ponga un anillo en el dedo.

—¿Y has llegado a esa conclusión porque...?

—Porque no me pareces el tipo de hombre que toma decisiones precipitadas —ella se sonroja y aclara—: Bueno, en general no tan precipitadas. Al menos, no cuando se trata de romances. O sea que tienes un motivo oculto para casarte con Celine, y no es el amor.

No me lo esperaba. Sherlock Holmes con un vestidito negro. Es un inconveniente que sepa exactamente cómo es y cómo se siente ese cuerpo mientras se deshace bajo mi tacto.

No es exactamente la imagen que necesitas en tu cabeza cuando estás besando a tu futura esposa.

—¿Qué otra razón podría tener para casarme con ella?

La resolución de Taylor se rompe por la incertidumbre. No hace falta ser Sherlock Holmes para descubrir que solo tiene vagas sospechas. Puedo lidiar con eso. O podría, si no fuera porque, al parecer, está embarazada de mí.

—El bebé —le digo, haciéndola estremecerse—. ¿Lo tendrás?

Alza la cara hacia la mía. —Por supuesto que preguntarías eso. Dios, todos los hombres son iguales. Bueno, jódete, no voy a hacer eso. He decidido esta mañana que me quedo con el bebé.

Esa suposición me irrita. Habría hecho esto más fácil, por supuesto, pero no soy el hombre que ella cree que soy. No soy la bestia por la que me toma.

Al menos, no del todo.

—Si te quedarás con el bebé, entonces hay cosas que hay que resolver —retumbo.

—No hace falta. Ya lo he resuelto todo —responde de inmediato—. Tú desapareces de todas nuestras vidas, yo crío a este bebé por mi cuenta, y mi hermana llega a conocer a alguien que realmente la ama y realmente *quiere* casarse con ella.

Casi me río antes de darme cuenta de lo seria que está. —¿Ese es tu plan?

—Claro que sí. Y es bueno.

—También es una fantasía. No romperé con Celine, y ciertamente no permitiré que críes a este bebé por tu cuenta.

Se detiene en seco, con la cara coloreada por la sorpresa. —Tú... Espera, ¿qué?

—¿Qué pasa, Taylor? —pregunto, molesto por lo dulce y prohibido que me sabe su nombre en los labios—. ¿No encaja con tu valoración de mi carácter?

—T-tú no puedes estar en la vida de este niño —dice mientras el color de sus mejillas se extiende a su pecho—. Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—¡Por Celine! —me espeta.

Me encojo de hombros. —Puede que Celine se enfade al principio, pero lo entenderá. No la conocía cuando nos conocimos. Lo que no entenderá es por qué intentas convencerme de que termine con ella.

Estoy peligrosamente cerca de tocar una fibra sensible. Si ella sigue luchando, me hartaré de contenerme.

Taylor respira hondo. Veo cómo su pecho sube y baja, cómo sus pechos se tensan en la fina tela. No me costaría mucho arrancárselo. Podría hacerlo con una mano. Entonces estaría desnuda y sonrojada debajo de mí, húmeda y dispuesta y lista, y yo podría hacer lo que he estado soñando hacer otra vez durante diez putas semanas interminables.

—No me conoces muy bien, Ilarion —sisea—. Porque, si me conocieras, sabrías que quiero a mi hermana más que a nadie en el mundo. Celine es la mejor persona que existe. Pero no sabe que el resto del mundo no es tan puro como ella. Ella elige creer lo mejor de la gente, confía sin razón, y da a los extraños el beneficio de la duda, incluso cuando no se lo merecen. Quiero que sea feliz. Y no será feliz con un hombre que no la quiere.

—Estás haciendo muchas suposiciones, Taylor.

Niega. —No creo. Lo que estoy haciendo es tratar de proteger a Celine.

—Mm. ¿Y cómo justificas lo que pasó con Alec Miller? —vuelve a sonrojarse. La clavícula se le pone al rojo vivo

Es obvio para cualquiera que me vea que toqué una fibra sensible, y una dolorosa. Pero tengo a toda la Bratva Zakharov descansando en el filo de la navaja de este momento. No retrocederé ahora simplemente para salvar a este pequeño corazón sangrante.

—Eso... eso no fue lo mismo...

Me acerco más, presiono su espalda contra la pared. —¿Crees que Celine lo verá así?

Se le llenan los ojos de lágrimas. Pero no son por mí, son por Celine. Porque la única forma de que supiera de Alec Miller es que Celine me hablara de él. Si el dolor que Taylor causó a su hermana aún estuviera fresco y vibrante en el corazón de Celine.

Así es. Ella lo puso ahí. Solo puede culparse a sí misma. —Confía en mí, Taylor...

—¿Confiar en ti? —se burla, saliendo de su asombro—. Confiar en ti es lo último que haría. Preferiría...

BAM.

Sus palabras son ahogadas por lo que sin duda es un disparo. Taylor se congela, las palabras mueren en su lengua. —¿Qué dem...?

Más disparos rompen la civilizada charla procedente del jardín. Es entonces cuando oímos los gritos.

—¡A CUBIERTA!

—¿Qué demonios está pasando? —Taylor jadea.

—Ponte detrás de mí —le ordeno mientras saco mi pistola—. Los Bellasio están aquí.

ILARION

No se mueve. Sus ojos están fijos en mi pistola y retrocede como si yo fuera el malo.

—No seas ridícula —le gruño sin mirarla—. No voy a hacerte daño.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Para empezar, llevas a mi bebé.

La cojo del brazo y la atraigo hacia mí. No se lo espera. Se tambalea y su cara choca contra mi pecho. Intenta apartarme de inmediato. —Si no me sueltas ahora mismo, gritaré.

—Tengo noticias para ti, *tigrionok*: nadie se dará cuenta.

Otro disparo. Este está cerca. Demasiado cerca. Un cuerpo crispado cae por el pasillo, bloqueando nuestro camino. Taylor grita y, de repente, no parece tan dispuesta a irse de mi lado después de todo.

—Oh, Dios, mi mamá está ahí fuera. Y papá. ¡Y Celine!

Celine. Casi me olvido de ella. Debería estar a su lado ahora mismo. No me cabe duda de por qué los Bellasio han elegido este día para atacar.

Y aquí estoy, protegiendo a la hermana equivocada.

Por supuesto, es la hermana que lleva a mi bebé, así que supongo que está justificado.

Me digo a mí mismo que esa es la única razón por la que me mantengo al margen, asegurándome primero de que Taylor está a salvo antes de unirme a la refriega.

Lo hago por el bebé.

No por la pequeña tigresa que ha vivido en mis sueños desde el momento en que casi la embadurné en mi parachoques.

—¡Ilarion, mi familia!

—Me aseguraré de que estén bien —le aseguro—. Solo quédate detrás de mí y haz lo que te digo.

—¿Por qué demonios hay armas aquí? —pregunta, desquiciada por su terror—. ¿Quiénes son?

No, tacha eso: ¿quién demonios eres *tú*?

Todas buenas preguntas. Todas preguntas legítimas. Pero no estoy en el estado de ánimo adecuado para responderlas. Agarro mi teléfono cuando siento que vibra en el bolsillo de mi pantalón.

—Dima, ¿dónde estás? Sí, lo tengo... No, estoy en el corredor este... Tengo carga. Ven a buscarla para que pueda lidiar con esta mierda.

En cuanto cuelgo, Taylor me fulmina con una mirada ofendida. —¿Carga?

—Tienes otras cosas de las que preocuparte que de mi elección de palabras, princesa. Agacha la cabeza.

Asomo la cabeza por la esquina. A través de la puerta abierta, veo al menos tres *mudaks* de Bellasio a tiro. Uno de ellos me ve, pero antes de que pueda apuntar, disparo dos veces.

El primero falla. El segundo se entierra en su frente.

Oigo un grito ahogado detrás de mí, pero no tengo tiempo de mimar a Taylor tras su primera visión del derramamiento de sangre. Disparo a los otros dos italianos en rápida sucesión, la cojo de la mano y la arrastro fuera del pasillo.

—Tú... los mataste —jadea, forcejeando contra mí.

—Merecían morir.

Mi visión periférica capta a otro imbécil que viene hacia nosotros. Me doy la vuelta, empujando a Taylor detrás de mí antes de soltar otras dos ráfagas. El matón del Bellasio cae al suelo como una mosca muerta. Quito el cuerpo de en medio de una patada y evalúo nuestras opciones.

El oeste lleva de nuevo a los jardines, donde está la gente. Donde está Celine.

El sur es a través de las cocinas, la ruta más rápida a la seguridad.

Al sur, entonces.

—¿Qué estás haciendo? —grita Taylor cuando empiezo a tirar de ella hacia la cocina.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —gruño—. Te estoy sacando de aquí.

—¡No me voy! —protesta—. Mi familia está aquí.

Estoy tan sorprendido por su estupidez como impresionado por su lealtad. En cualquier caso, no dejaré que quede en fuego cruzado para demostrar que no es cobarde.

Antes de que pueda decirle que deje de ser idiota, grita. —¡Cuidado!

Me giro, pero es demasiado tarde. Me golpea el idiota que ha decidido tirarme al suelo. La pistola vuela de mi mano y sale disparada por el pasillo.

Salgo rodando y me pongo en pie de un salto. —Ha sido una estupidez —gruño al matón del Bellasio. Me devuelve un parpadeo mudo. Esto no ha salido como él esperaba.

Primero le doy un puñetazo en el estómago y, mientras se tambalea por el golpe, le lanzo un

fuerte derechazo a la cara. Su órbita se rompe bajo mis nudillos y suelta un grito impío que se apaga rápidamente. Se despertará en una o dos horas con la nariz rota y un montón de remordimientos.

O, más probablemente, uno de mis hombres lo matará antes de que tenga esa oportunidad.

Cuando levanto la vista, veo que Taylor vuelve a estar horrorizada. Suenan tres disparos más en rápida sucesión. Se estremece ante cada uno de ellos.

Entonces, sus ojos revolotean sobre mi hombro. Me giro para ver lo que está viendo, justo a tiempo para que Mila aparezca desde el jardín. Su vestido crema se ha rasgado por un lado, dejando al descubierto un muslo casi tan inapropiado como el de Taylor.

—¿Dima me ha dicho que tienes carga? —me pregunta.

Hago un gesto a Taylor. —Sácala de aquí.

Puedo ver la pregunta en los ojos de Mila. *¿Por qué me preocupa tanto esta hermana?*

Antes de que pueda responder, Taylor se suelta de mi lado y pasa corriendo junto a nosotros.

—¡Taylor! —grito. Pero ella no aminora ni se detiene. Se dirige hacia el jardín, golpeando a una sorprendida Mila en su camino.

Gruñendo, salgo en su persecución.

Me trago la distancia que nos separa en cinco largas zancadas. Luego la arranco del suelo y me la echo al hombro. Se retuerce como si la estuvieran electrocutando y me golpea la espalda con puños inútiles.

—Jodida niña tonta —murmuro en voz baja mientras retrocedo en busca de cobertura.

Aunque ni siquiera finge escucharme. —¡Mamá! —Taylor grita de pánico ante la masa de cuerpos en la distancia—. ¡Mamá!

Más allá de las mesas de jardín volcadas reina el caos. Hay cadáveres esparcidos por la hierba, algunos con máscaras negras y equipo táctico, otros con batas manchadas de sangre.

Fiona Theron sobresale en medio del caos, con su pañuelo como un trozo de luz estelar. Permanece de pie, silenciosa e inmóvil, con los ojos desorbitados de incredulidad mientras observa un cuerpo inerte en la hierba.

Hay una mancha de sangre en su cara. Ni siquiera se agacha para cubrirse. —¡Mamá! —Taylor grita de nuevo—. ¡Muévete!

Fiona mira hacia nosotros dos. Incluso desde aquí, puedo ver el trauma en sus ojos. La mujer ha mirado a la muerte a la cara, pero hay una diferencia entre la muerte que te roba de la habitación del hospital en mitad de la noche y la que te acecha gritando desde el cañón de una pistola.

—¡Déjame ir! —grita Taylor—. Tengo que llegar a ella. Tengo que salvar...

De alguna manera, el disparo siguiente se siente más fuerte que el resto.

Vemos impotentes cómo encuentra su hogar en el pecho de la madre de Taylor.

Fiona pone los ojos en blanco. Sus piernas se doblan. En el momento en que cae de rodillas sobre la hierba, vemos brotar sangre roja que empapa la parte delantera de su vestido azul celeste en un horripilante color azul marino.

—*¡NO!* —grita Taylor en un sonido desgarrador que vibra por todo mi cuerpo—. *¡Mamá!* Mamá...

Intenta liberarse de nuevo de mi agarre, pero cuando la aprieto más, se afloja, como si no pudiera reunir fuerzas suficientes para seguir luchando contra mí.

—Dámela —dice Mila, apareciendo a mi lado con dos de mis hombres—. La sacaré de aquí.

Veo a Dima a lo lejos, pero no veo a Celine ni a su padre. ¿Dónde están? ¿Cuántos han muerto? *¿Cómo he podido permitirlo?*

—¡Ilarion! —Mila grita, obligándome a mirar—. Suéltala.

Solo entonces me doy cuenta de que sigo agarrando a Taylor con fuerza. Me cuesta más esfuerzo del que debería soltarla. Uno de mis hombres se acerca y se la paso de mala gana.

—Ten cuidado con ella —gruño—. No hay que hacerle daño.

El soldado asiente con gesto adusto, se echa al hombro a Taylor, que solloza, y sigue a Mila por la entrada trasera de los jardines.

Cruzo el césped hasta donde está Dima en medio de la locura. Está sudando y ensangrentado, pero ileso.

—¿Dónde está Celine? —raspo.

Arrastra sus ojos hasta los míos. Parece que le cuesta años de su vida hacerlo. —Lo siento, hermano —grazna Dima, el sudor y la sangre mezclándose en una pasta roja en su frente—. La tienen. Al viejo también. Se han ido.

TAYLOR

No puedo respirar. Tengo un dolor en el pecho que parece que me va a agujerear si no paro.

Si no *paran*.

No tengo ni idea de dónde estamos, pero parece un túnel. Las paredes son oscuras, el techo bajo y no hay ventanas a la vista.

Lo que significa que no puedo oír nada más que mis propios gritos. Si todavía hay disparos fuera, estamos completamente aislados de ellos. Solo se oyen los ecos de mi propio terror y de mi corazón frenético y desbocado.

—¡Déjame bajar! —grito, golpeando con mis puños la espalda de hormigón del hombre de rostro adusto—. ¡Déjame bajar!

No sé cómo, pero consigo golpearlo entre las piernas. Me agito como una loca y supongo que mi pie debe haberle tocado las pelotas, porque lo siguiente que recuerdo es que me tira al suelo sin miramientos.

No le doy tiempo a recuperarse; giro en la dirección opuesta e intento volver corriendo al jardín. Doy dos pasos y me encuentro con la boca de un arma.

Eso me detiene en seco.

Me quedo inmóvil, mirando a su dueña más allá de la pistola. Es la hermosa mujer de pelo oscuro que me recuerda a Ilarion. Probablemente porque ambos llevan armas como si fueran parte de su atuendo.

—Tendrás que empezar a escuchar, cariño —dice, su tono es cualquier cosa menos dulce—. O mi dedo podría resbalar.

Algo dentro de mí parece haberse partido en dos. Pensé que vivía en un mundo, el mundo en el que iba a la universidad, llevaba a mamá a la quimio y me metía en peleas con mi padre que se resolvían en la mesa de la cocina.

Ahora, sin embargo, me he dado cuenta de que hay un mundo alternativo. Uno en el que las fiestas de compromiso acaban a tiros y mi hermana está prometida con un hombre que lleva armas y dice cosas como: *Los Bellasio están aquí.* Un mundo en el que mi madre está moribunda o muerta y a mí me arrastran en dirección contraria.

La mujer me apunta con una pistola a la cara, así que mi instinto debería ser hacer todo lo que me pide sin cuestionarlo. Pero no me acobardo ni me echo atrás. Me mantengo firme y la miro a los ojos.

—Acaban de dispararle a mi madre.

—Lo sé —esta vez, detecto una pizca de simpatía bajo ese tono gélido—. Pero volver solo hará que te disparen junto con ella. Y mi hermano no es de los que toleran la insubordinación.

—¿Eres su hermana?

—Mila Zakharov. Un placer conocerte. Ahora, adelante.

—No me muevo.

Ella amartilla su arma. —Entonces me temo que tendré que empezar a disparar.

—Adelante —aprieto los dientes—. No abandonaré a mi madre. No dejaré que mi familia muera.

Tal vez Ilarion tenga razón sobre mí: mi sentido de la autoconservación es tristemente escaso. Hay una delgada línea entre la valentía y la estupidez, y ahora mismo estoy dando volteretas sobre ella.

Mila me mira con reticente interés. Luego, tras llegar a una conclusión que no parece dispuesta a compartir conmigo, baja la mano. No puedo evitar suspirar de alivio. A pesar de lo dura que parezco, no me siento así.

Pero entonces mira por encima de mi hombro y señala con la cabeza al hombre que está detrás de mí. Por un instante, creo que le está diciendo que me suelte.

Entonces, sus manos me rodean los brazos y me doy cuenta de que he perdido.

—¡No! —grito—. No, no puedes hacer esto.

Mila sacude la cabeza y enfunda su arma. —Cuando te enfrentas a un enemigo más fuerte, lo más inteligente es callarse y aceptar tu destino. Yo lo aprendí por las malas. Te aconsejo que no sigas mis pasos.

—Entonces te has rendido demasiado rápido —replico. Pero mis palabras no tienen tanto impacto si tenemos en cuenta que me están transportando como, ¿cómo me llamó Ilarion? oh, sí, una *carga*.

Mila sonríe sombríamente. —Puede que haya algo de verdad en eso.

Hay una cualidad críptica y atormentada en sus palabras. Pero le sugiero que lleve esa mierda a un psiquiatra, porque no soy yo quien va a ayudarla a deshacer su equipaje emocional. Mi madre está ahí fuera, sangrando y sola. Me imagino la sangre empapando el borde de su pañuelo amarillo y me quiero morir.

—¿A dónde me llevas? —digo con voz gruesa.

—A algún lugar seguro.

—Disculpen si no me siento segura con ustedes.

Mila no responde. Vuelve a asentir y, un segundo después, la luz incide en mi visión periférica. Cuando salimos por el otro lado, me doy cuenta de que hemos salido de la propiedad de la Casa Zakharov. Un pasadizo secreto, es la única forma de describirlo.

¿Qué clase de gente tiene pasadizos secretos en su casa?

¿Qué tipo de personas necesitarían uno?

—¿Quiénes son? —pregunto mientras vuelvo a ponerme en pie.

—Gente con la que no te conviene meterte —responde Mila sin molestarse en mirarme.

—Alguien claramente lo ha hecho.

Se encoge de hombros, como si acabara de mencionar un detalle intrascendente, en lugar de, ya sabes, *un puto tiroteo gigante en una maldita fiesta de compromiso*. —Algunas personas tienen que aprender por las malas —suspira—. Ahora, sube al coche.

Me giro cuando oigo un gruñido mecánico. A un lado hay un sedán negro anónimo, con el motor zumbando y otro bruto corpulento en la puerta del copiloto esperando a que entre.

Cruzo los brazos y me mantengo firme. —No iré a ninguna parte hasta que sepa que mi familia está a salvo.

Pone los ojos en blanco, exasperada. —¿Qué te hace pensar que te daré a elegir?

—¡Por el amor de Dios! —grito, a punto de arrancarme el pelo de raíz—. ¡Ten un poco de humanidad!

—*Humanidad* —repite Mila con neutralidad, como si la palabra le fuera ajena—. ¿Qué humanidad? La humanidad abandonó este mundo hace mucho tiempo, pequeña. Si te quedas el tiempo suficiente, también te darás cuenta. Ahora, métete en el puto coche antes de que te obligue.

No saca la pistola, pero no tiene por qué hacerlo. Puedo ver la determinación en sus ojos, la certeza de que hará exactamente lo que está amenazando con hacer.

No quiero ser la persona que se meta con ella.

Así que hago lo que me aconsejó en el túnel: Acepto mi destino.

Subo al coche y ella me acompaña en la parte trasera. Mientras nos alejamos de la propiedad, miro por las ventanillas. Son tan oscuras que todo el color del mundo se reduce a tonos grises, pero me parece adecuado. No se ve ni rastro de amarillo por ninguna parte. Me retuerzo las manos, rogando a Dios que mamá esté bien.

Aunque sé que no lo está.

TAYLOR

—¡Ay! —jadeo, desplomándome ante una repentina punzada de dolor y agarrándome el estómago.

—¿Qué pasa? —pregunta Mila.

—Yo... no puedo respirar...

Se acerca a mí y me acaricia la nuca. Sus manos están frías y secas. —Pon la cabeza entre las piernas —me empuja suavemente hacia abajo—. Y respira hondo.

—Yo... yo... ¿Y si está muerta? —jadeo, intentando aspirar aire entre mis palabras—. No puede estar muerta... Si está muerta, ¿cómo puede vencer al cáncer...? Oh, Dios, algo me duele...

—Respira hondo —me dice Mila desde arriba. Le ladra algo al conductor en lo que estoy segura que es ruso. Aceleramos. El motor ruge y gruñe debajo de nosotros.

Puedo respirar mejor así encorvada, pero no me ayuda a aliviar el pánico. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de mamá. El impacto, el horror, el entumecimiento. Así estaba cuando el médico le dijo que tenía cáncer. Cuando la encontré en la mesa de la cocina con el teléfono en la mano tarareando un sordo tono de llamada, la llamada hacía tiempo que había terminado pero la noticia de su enfermedad seguía fresca y aterradora.

Y el resto de mi familia... Ni siquiera vi qué ha sido de papá y Celine. ¿Quién sabe dónde están? ¿Si están bien? ¿Si encontraron un túnel como yo, o si las balas los encontraron primero?

Cuanto más pienso, más caigo en espiral. Veo a mamá tendida en la hierba, con la sangre derramándose a medida que se le escapa la vida.

¿Y qué hice?

Escapé.

¿Es esa la última imagen que le quedará? ¿La fugaz visión de su propia hija huyendo en dirección contraria luego de ver cómo le disparaban?

—¡Taylor! —grita Mila.

Me levanto de un tirón, presa del pánico. —Tenemos que volver.

—Estás sangrando.

—¿Q-qué?

Me miro el torso, el mismo lugar donde habían disparado a mamá, esperando ver sangre allí. ¿Es posible que a mí también me dispararan y no me diera cuenta? Eso explicaría por qué me duele el costado.

—Creo que acabas de tener la regla —me dice cansada, como si le hubiera soltado un molesto inconveniente.

Me deslizo por el asiento y me doy cuenta de que he manchado de sangre el cojín negro. —Oh, Dios —jadeo al darme cuenta de lo que puede estar pasando, mientras otra sacudida de dolor me recorre el costado—. Esto no puede estar pasando...

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mila. Mira hacia el conductor—. Por el amor de Dios, Anton, pisa a fondo, ¿quieres? Taylor, ¿hay algo que debería saber?

Debería contárselo a mi propia familia. No a esta violenta desconocida que me amenazó a punta de pistola. Pero las palabras se me escapan de la lengua, alimentadas por el miedo y la creciente conciencia de que quiero a este bebé. Más de lo que pensaba.

Y que, si no digo la verdad ahora, puede que sea demasiado tarde.

—Estoy embarazada —jadeo, aferrándome a los bordes de mi asiento—. Y creo... creo que podría estar abortando.

Cierro los ojos y me recuesto contra el asiento. He pasado tanto tiempo preocupándome por este embarazo que no me había parado a pensar en todo lo que venía con él. Me he estado preocupando por las consecuencias, las reacciones... así que resulta irónico que haga falta algo así para que piense en el bebé al final de todo.

—¿De cuánto estás? —es una pregunta reflexiva, pero sé que no la hace para ser dulce. En ese sentido es como Ilarion: recopila información, es fría, calculadora, siempre evalúa los ángulos y sopesa las probabilidades. Yo solo soy una variable en sus ecuaciones. Mi bebé también.

—Diez semanas —susurro.

Sus ojos se cruzan con los míos, llenos de sospechas. Prácticamente puedo oír los engranajes de su cabeza. *Por favor, no me preguntes*, pienso. Hoy no tengo fuerzas para mentir.

Asiente. —Tenemos un médico en plantilla. Se reunirá con nosotros en el Diamante.

—¿El qué?

—Es otra de las propiedades de la familia Zakharov —dice—. Allí recibirás la ayuda que necesites.

Quiero gritar, pero no tengo fuerzas para más. ¿No lo entiende? Lo único que realmente necesito es saber que mi familia está bien. Lo único que necesito es salir de este jodido mundo tan pronto como pueda.

Y llevarme a mi familia conmigo.

TAYLOR

Resulta que el Diamante es igual que la Casa Zakharov, pero en miniatura. La misma exuberante naturaleza la protege del resto del mundo, los mismos bloques de arenisca ornamentados se elevan en forma de gárgolas y agujas, y las paredes están rebordeadas de pinchos. La única diferencia es la enorme forma de diamante del suelo de baldosas del vestíbulo. Muy sutil.

No es que esté de humor para apreciar la arquitectura. Preferiría estar en el infierno, si eso garantizara la seguridad de mi familia. Seguramente, *seguramente*, Celine no podría saber nada de todo esto. No podría saber que su prometido era una especie de jefe del crimen.

Quiero decir, la probabilidad de que un hombre tan joven como Ilarion Zakharov pudiera haber amasado tanta riqueza sin hacer algo ilegal es de escasa a ninguna, y escasa acaba de dejar la ciudad. Pero, como dije antes, mi hermana elige creer lo mejor de todos.

Incluso cuando no debería.

El coche se detiene, pero no me muevo para salir. Me siento como si flotara dentro de los confines de mi propio cuerpo. Mis miembros están muertos y entumecidos y la boca me sabe a ceniza. La sangre untada en el interior de mis muslos se ha enfriado hasta convertirse en una costra.

No es hasta que Mila me abre la puerta que me veo obligada a volver a mi cuerpo.

—Vamos —dice, un poco más suave que hasta ahora—. Vamos a entrar.

—No quiero entrar.

Suspira audiblemente y se agacha hasta quedar a la altura de mis ojos. —Si estás abortando, Taylor, necesitas un médico.

—Entonces, llévame a un hospital para que pueda ver a uno.

—Tenemos un médico aquí mismo.

—No dejaré que tu médico vudú moralmente corrupto me pinche y luego me declare lista para la eutanasia —digo bruscamente, ignorando el dolor de estómago que acompaña a mi creciente mal genio.

Mila arquea una ceja escéptica. —Entonces, ¿te parece bien perder al bebé? —me estremezco y ella asiente—. Me parecía. El Dr. Baranov nos asistió en el parto a Ilarion y a mí. Es un médico

de familia, no un, ¿cuál fue la palabra que elegiste?, “médico vudú moralmente corrupto”. Y, considerando todo lo que he pasado para sacarte de ese desastre, dejar que te mate no es una de mis prioridades. Lo mismo para tu hijo. Así que, a menos que decidas que no quieres este bebé, te sugiero que muevas el culo y me sigas.

Caramba. Y yo que pensé que *era* directa.

Salgo del coche a regañadientes y, casi de inmediato, la cabeza me da vueltas. —Mierda —jadeo, desplomándome hacia delante.

Mila se lanza hacia delante para agarrarme antes de que me caiga de bruces en la grava. Me impresiona lo robusta que es. No es que sea pequeña ni nada por el estilo, pero no esperaba sentir cómo se flexionan los bíceps de sus delgados brazos al soportar parte de mi peso.

—Vale, cálmate —canturrea—. Vayamos despacio.

Me rodea la cintura con un brazo, pasa uno de los míos por encima de sus hombros y, juntas, subimos el camino, subimos las escaleras y cruzamos la puerta principal.

Me conduce junto a una pared con cuadros de océanos tormentosos hasta una habitación que da a una parte cerrada del jardín. Hay una cama en el centro de la habitación, un escritorio junto a la ventana y un armario de intrincada talla que parece que me llevará a Narnia.

—Túmbate —me dice Mila—. El Dr. Baranov llegará en cualquier momento.

Me ayuda a ponerme boca arriba. Cada movimiento me produce una nueva oleada de dolor, pero aprieto los dientes y lo soporto. No grito. No pido ayuda.

Mamá querría que fuera fuerte.

No estoy en la cama ni cinco segundos antes de hacer la misma pregunta que hice antes—: ¿Quiénes son ustedes?

Su ceño se frunce. Tiene mucho de su hermano en los rasgos. Sus ojos tienen la misma forma, pero, mientras los de él son de un azul brumoso, los de ella son de un marrón chocolate tan oscuro que casi parecen negros. También comparte su mandíbula cuadrada y sus cejas gruesas, aunque sus pómulos altos y sus labios carnosos son únicos.

Es una belleza poco convencional. Sin embargo, hay una especie de violencia contenida inherente a su postura. Incluso cuando está tranquila, da la sensación de estar lista para atacar.

—¿Quién te crees que somos? —su cabeza se inclina hacia un lado mientras espera mi respuesta. Es casi condescendiente.

Pongo los ojos en blanco antes de estremecerme ante la aguda sacudida de dolor que recorre mi columna vertebral. —Odio a la gente que responde a las preguntas con una pregunta.

—Y odio a la gente que hace preguntas de las que ya sabe la respuesta —responde. Nos miramos fijamente, con los ojos entrecerrados y las mandíbulas apretadas. Sería mucho más impresionante si no estuviera tumbada en una cama, ensuciando las sábanas de sangre.

—Vale —digo al fin, cediendo terreno—. Ya sabemos lo que sentimos la una por la otra. Ahora, ¿qué tal si respondes a mi pregunta?

—¿Has conocido a mi hermano?

—Desgraciadamente.

Sus labios ni siquiera se crispan, pero sus ojos brillan como si se estuviera riendo. —Es el *pakhan* de la Bratva Zakharov.

—¿*Pakhan*? ¿B-Bratva? —tartamudeo las palabras desconocidas—. Suena... ruso.

—Ding-ding-ding —dice Mila, tocándose la nariz con un dedo.

—Suena un poco sospechoso, también.

—Nada se te escapa, ¿verdad, ángel?

—Mierda —cierro los ojos y trato de respirar a través de mi conmoción. No es difícil recomponer las cosas. Estoy rodeada por la mafia rusa, lejos de mi familia, que puede o no estar muerta, y todo porque... oh, *doble mierda*.

—¿Lo sabe mi hermana?

Antes de que pueda contestar, si es que iba a hacerlo, se abre la puerta y entra el médico. De repente me creo la historia de Mila de que la ha traído al mundo a ella y a su hermano, porque este hombre parece más viejo que el tiempo. Los pelos de su nariz han vivido más que yo.

Lleva el pelo canoso rapado a la altura del cuero cabelludo y tiene la gracia cansada de un veterano de guerra. Deja su maletín médico de cuero negro en el suelo y me mira a través de sus gafas de montura redonda.

—Hola, querida. ¿Cómo te llamas?

Me habla como si nos acabaran de presentar en una fiesta de jardín. Presumiblemente una que no estaba invadida por psicópatas armados. —Taylor.

—Taylor —repite con una sonrisa amable que me tranquiliza—. Soy el Dr. Baranov. ¿Te importaría responderme a unas preguntas?

Asiento, en parte porque parece auténtico y competente, y también porque puedo sentir a Mila acechando a mi lado, y no dudo de que le encantaría sacar su pistola y convencerme de que hablara con el Dr. Baranov si tuviera alguna idea de lo contrario.

Me dedica otra cálida sonrisa. —Maravilloso. ¿De cuánto estás, Taylor?

—Diez semanas. Fui a una revisión esta mañana, de hecho.

—Excelente, excelente. ¿Te importa si te examino, Taylor? Sentirás una leve molestia, pero no dolor.

Vuelvo a asentir en silencio.

—Mila —dice el Dr. Baranov mientras se coloca un par de guantes de látex negro—, ¿te importaría darnos a Taylor y a mí algo de intimidad?

Mila no parece muy contenta, pero sale de la habitación sin discutir. En cuanto se cierra la

puerta, suspiro. —Bueno, es un alivio. Dime, doctor, ¿salió del vientre de su madre con el ceño fruncido?

Se ríe entre dientes mientras empieza a hurgar en mi estómago. —No, ese fue su hermano. Mila salió con lágrimas en los ojos. Casi como si estuviera hecha para sufrir.

Me estremezco mientras miro al anciano con nueva curiosidad. —Eso es... desolador.

—La vida es realmente sombría a veces, en esta casa más que en la mayoría —asiente solemnemente—. El hecho de que estés aquí lo demuestra.

No tengo ni idea de si se refiere a que yo esté aquí con los Zakharov o a que yo esté aquí abortando. Honestamente, es un cara o cruz, y no tengo ganas de pedirle que lo aclare.

—¿Puedo hacerte una pregunta y prometes ser honesto?

—Todo lo honesto que pueda ser —rebusca en su bolso algún aparato médico de aspecto complejo y empieza a deslizarlo por la superficie de mi estómago.

—Esa es una respuesta turbia.

Vuelve a reírse. Me gusta; me hace sentir más a gusto. Me hace sentir que las cosas no pueden ir tan mal mientras exista ese sonido en el mundo.

—Sí, supongo que sí. Solo puedo prometer que lo haré lo mejor que pueda.

—Eso no es mucho mejor, pero lo tomaré. ¿Eres un médico de la mafia?

Ni siquiera alza una ceja. —Soy lo que necesito ser para servir a la familia Zakharov.

—Tomaré eso como un sí.

Sonríe y me mira por encima de sus gafas. —¿Dónde te han encontrado, pequeña contadora de la verdad?

—No lo hicieron —digo con voz ronca—. Encontraron a mi hermana. Yo solo soy... un daño colateral —la verdad de esa afirmación golpea más hondo de lo que pretendía.

El médico niega con la cabeza. —No, creo que no. No eres un daño colateral.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Un daño colateral nunca habría pasado de la puerta.

—¿Intentas decirme que soy especial? —resoplo—. Porque tengo que decírtelo, Doc, acabo de ver cómo disparaban a mi madre. No tengo ni idea de dónde están mi hermana y mi padre. No tengo ni idea de si alguno de ellos está vivo o muerto. No confío en ninguna de las personas de aquí, y, sin ánimo de ofender, porque realmente pareces encantador, eso te incluye. Y encima de todo eso, estoy abortando. Lo cual debería querer, pero el hecho es que no quiero.

Las lágrimas resbalan por mi cara cuando termino de hablar, pero estoy demasiado destrozada para que me importe. El doctor Baranov apoya su mano manchada sobre la mía y me dedica una sonrisa que me hace sentir culpable por haberle dicho que no confío en él.

—Te enfrentas a muchas cargas —dice—. Pero abortar no es una de ellas.

—¿Q-qué?

—El feto está intacto, Taylor —me informa, ayudándome a sentarme—. He oído un latido y es fuerte como un buey. Sigues embarazada y, por lo que he oído, parece que seguirás así.

Observo cómo guarda sus herramientas. Me ha hecho un examen completo y yo estaba demasiado ocupada hablando como para darme cuenta.

—Pero... estaba sangrando.

—Resultado del trauma que acabas de sufrir, con toda seguridad. Ha sido provocado por el estrés —explica—. A veces pueden producirse hemorragias, incluso durante los embarazos más relajados. Es lo que se conoce como "período de ruptura". Incluso teniendo en cuenta lo que has sufrido hoy, no es nada que un poco de descanso no pueda curar.

Me desplomo contra la almohada y miro al techo un momento. —No perdí al bebé —susurro—. No perdí a mi bebé.

No perdí a *nuestro* bebé.

Respiro hondo y es un alivio darme cuenta de que me sale un poco más fácilmente.

Entonces, la puerta se abre de golpe...

E Ilarion irrumpe.

Sus ojos se posan en mí y es como si me hubiera dado con una picana. Me incorporo sobre los codos y el corazón se me acelera en el pecho. Tiene el pelo revuelto, la camisa sudada y los nudillos magullados a los lados. Pero, de todas las señales de guerra pintadas sobre él, es su mirada lo que más me asusta.

Parece que podría matar sin pestañear. —¿Grisha? ¿El bebé...?

—Está sano, feliz y perfectamente seguro —le dice el Dr. Baranov antes de que pueda terminar la frase.

Asiente una vez, brusco y distante. Es casi suficiente para convencerme de que le importa un bledo una cosa u otra. Pero de ninguna manera irrumpiría en una habitación y exigiría saber el resultado si no le importara, ¿verdad?

¿Verdad?

Se me pasa por la cabeza que tener a Ilarion pendiente de este embarazo es un inconveniente que preferiría evitar. Sobre todo, teniendo en cuenta que no pretendo que forme parte de la vida de este niño. Es un sentimiento al que me aferro por todos nosotros, incluida y *especialmente* mi hermana.

Si está viva, claro.

—Gracias, Grisha. Por favor, danos un momento.

—Por supuesto, señor —dice el médico, recoge su bolso y se dirige a la puerta. Cuando sale, veo

a Mila acechando en el pasillo.

Lo bueno es que cierra la puerta tras de sí, manteniéndola a raya.

Lo malo es que me quedo sola con Ilarion.

Y tengo la sensación de que estar a solas con este hombre, en cualquier circunstancia, es un problema.

ILARION

—Mi madre —suplica Taylor, con los ojos muy abiertos y escrutadores—. Si está muerta... dímelo.

Admiro que lo diga sin rodeos. La mayoría de la gente tiene demasiado miedo incluso a nombrar su miedo. Pero no ella.

Se para en medio de la carretera y deja que se dirija hacia ella.

Abro la boca para darle la respuesta que quiere, pero me detengo al notar que empieza a deshacerse en los segundos previos a que hable.

—Tienes que tomarte un respiro —gruño en su lugar.

Baja las piernas de la cama y se levanta con dificultad. Al principio tiembla, pero mantiene los puños apretados, la mandíbula firme y, cuando levanta la mirada para mirarme, la mía no vacila.

—Sé que solo soy un engranaje aleatorio e insignificante en tu rueda...

—Error —interrumpo—. Un engranaje implica que sirves para algo, y no es así —es cruel. Pero no está lejos de la verdad. Ella no sirve para nada en todo lo que estoy haciendo.

Lo exasperante es saber que podría haber servido. Que *debería*.

Pero la cagué. La cagué al pasar por alto algunos detalles muy importantes. Solo puedo culparme a mí mismo del desastre que ha llegado a mi puerta.

Se acerca a mí. Tiene el vestido roto por media docena de sitios, pero ni siquiera parece darse cuenta del estado en que se encuentra. El hecho de estar semidesnuda, con sangre goteando por sus muslos, no parece perturbarla en absoluto.

Esperaba que se desahogara y enfureciera conmigo. Que me escupiera a la cara y me llamara monstruo. Pero lo que hace en su lugar me sorprende.

Hace una amenaza.

—Te diré algo ahora, *Il-ar-i-on*. A partir de hoy, y durante el resto de mi vida, mi propósito será desenmascarar personalmente toda tu operación y meterte entre rejas por toda la mierda criminal de la que estás claramente acostumbrado a salirte con la tuya. Revolveré cada piedra y peinaré cada trozo de prueba que hayas dejado atrás... a menos que me digas exactamente dónde *coño*

está mi familia.

Las pelotas de esta mujer. Nadie, ninguna mujer, hombre o bestia viva, ha hecho ese tipo de amenaza sobre mí, y mucho menos en mi cara.

Y sin embargo, aquí está ella, de la mitad de mi tamaño, la mitad de mi peso y ninguno de mis recursos... y me está *amenazando*.

Notable.

—Tu madre está viva —le digo.

Suelta un grito de alivio. Mitad sollozo roto, mitad risa delirante. Lágrimas gruesas resbalan por sus mejillas sonrojadas. —Oh, gracias a Dios —grita—. ¿Estás seguro? ¿Seguro que está viva? ¿Dónde está? Necesito verla.

—Está inconsciente en este momento.

—Solo dime dónde ir —dice—. No quiero escolta.

—No me importa lo que quieras —gruño—. No irás a ninguna parte sin mi permiso.

—¿Y quién eres tú para decirme adónde puedo ir y adónde no? —se acerca hacia mí, lo suficientemente cerca como para que pueda olerla. Vainilla y avellana. Suficiente para que mi cabeza nade y mi polla se ponga tiesa.

—Suponiendo que me hayas dicho la verdad, soy el padre de tu hijo —le recuerdo—. Y teniendo en cuenta que donde tú vayas va mi bebé, sí tengo derecho a decirte dónde puedes ir y dónde no.

—¿O qué? —pregunta, con sus pies rozando mis dedos—. ¿Me atacarás con tus grandes y malvados secuaces? ¿Sacarás tus armas? ¿Me amenazarás con violencia?

—No me tientes.

Se ríe maliciosamente. —Estoy embarazada de ti. No puedes tocarme.

Oh, mujer de poca fe, pienso para mis adentros. *Hay un millón de maneras de romperte que no implican un solo toque.*

Pero mis manos permanecen a mi lado. Hay algo en su firme determinación con lo que me identifico. Ella es de un mundo diferente, pero es alguien que moriría por su familia. De hecho, empiezo a tener la impresión de que es alguien que *mataría* por su familia.

Sé *exactamente* lo que se siente.

—Tu madre está en el Hospital Northwestern —le digo en voz baja.

Asiente. —Fantástico. Gracias por compartirlo —empieza a rodearme, pero cuando la intercepto, frunce más el ceño—. No debes saber escuchar muy bien. Creía que ya habíamos dejado claro que no tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—¿Eso hicimos?

Su pecho sube y baja. La desesperación llena sus ojos. —Ilarion —dice, con la voz entrecortada

por el peso del miedo—. Por favor.

Lo odio. Preferiría que luchara contra mí, con las garras fuera y las fosas nasales abiertas. Esta fragilidad es mucho más difícil de manejar.

—Mírate, Taylor —señalo—. No estás en condiciones de que te vean en público.

Se mira el vestido roto, como si acabara de darse cuenta de lo que ha pasado y del precio que ha pagado por ello. —Mierda —murmura en voz baja—. ¿Debe haber algo aquí que pueda tomar prestado...?

Hago un gesto hacia la puerta corredera al otro lado de la cama. —Ve a asearte y buscaré algo para que te pongas.

Se queda inmóvil, escéptica ante mi repentina generosidad. Como si estuviera esperando a que caiga el otro zapato. —No vas a encerrarme ahí, ¿verdad?

Casi sonrío. —No, Taylor. No voy a encerrarte ahí.

Pero maldita sea, me gustaría poder hacerlo. Haría todo mucho más simple.

ILARION

Asiente una vez y se dirige al baño. Tiene las piernas manchadas de sangre. Me quedo mirándola hasta que desaparece por la puerta.

Entonces salgo de la habitación y Mila me espera al otro lado de la puerta.

—¿Qué...?

—¿Embarazaste a la hermana equivocada? —me mira boquiabierta con incredulidad—. ¿Cómo mierda te pasó eso?

Me encojo de hombros. —No tengo tiempo para esto. Tráeme algo que Taylor pueda ponerse.

Mila no se mueve. Aprieto los dientes. Conozco esa expresión de bulldog: quiere respuestas y las quiere *ya*.

Pero ella sabe tan bien como yo que no es el lugar adecuado. La tensión le recorre la mandíbula antes de ceder. —Hay una bata en el baño que puede usar.

—Ella no está aquí para un tratamiento de spa —gruño—. Algo que pueda llevar fuera. Haremos una pequeña excursión.

Mila levanta las cejas incrédula. —¿De verdad crees que es una buena idea?.

—Por supuesto que no, pero quiere ver a su madre.

—¿Y? —Mila pregunta—. No puedes decirle que no, ¿es eso?

Me paso una mano cansada por el pelo. —No parece que Fiona Theron vaya a llegar al amanecer —le digo—. Será mejor que vea a su hija antes de irse.

La última tenacidad de Mila se desvanece. —Mierda. ¿Lo sabe?

—No. Todavía no.

Ella asiente. —Tengo algo de ropa aquí. Le traeré algo.

Desaparece escaleras arriba. En cuanto vuelvo al dormitorio, oigo cómo se cierra la ducha. Estoy mirando los mensajes de Dima en el móvil cuando se abre la puerta del baño y asoma la cabeza de Taylor.

—¿Cuál es el tiempo estimado de llegada de esa ropa? —está media escondida junto a la puerta, pero puedo ver un hombro desnudo y el borde de una toalla de rizo blanca que le envuelve el torso. El pelo le cuelga en rizos oscuros y húmedos.

Una serie de recuerdos pasan rápidamente por mi cabeza.

El pelo pegado a la garganta por la lluvia.

El sabor de sus labios.

La vibración de sus gemidos.

Sacudo la cabeza y me arrastro forzosamente de vuelta al presente. —Mila la traerá en un momento.

Su cara se tuerce. —¿Me prestas la ropa de Mila?

—A menos que prefieras vestirte con uno de los uniformes de repuesto de las criadas, esa es tu única opción.

—Honestamente, eso podría ser mejor.

—Veo que las dos han empezado con buen pie.

—Si dices algo sobre una pelea de gatas, te tiraré algo. Mi hermana y yo solíamos... —entonces algo pasa por su cara, y todo el viento en sus velas desaparece—. Celine. Ni siquiera he... Mierda, soy la peor persona del mundo. ¿Están ella y papá con mamá? —parece olvidar el hecho de que aún está en toalla. Sale del baño descalza, pero se detiene al ver la expresión sombría de mi cara—. No, ¿verdad?

De todos los momentos para mentir, es este. Entonces, ¿por qué no puedo? —No.

—Entonces...

—No están muertos —le digo rápidamente—. Así que no empieces a asustarte.

—¡Entonces no me digas estupideces que me vuelvo loca! —replica—. ¿Dónde están mi padre y mi hermana?

—Los Bellasios los tienen.

—"Los Bellasio los tienen" —repite—. ¿Se supone que debo saber lo que eso significa?

—Si has prestado algo de atención hoy, deberías saber.

Respira hondo. —¿Tienen algo que ver con el hecho de que eres un jefe de la mafia?

—Jefe de la Bratva —gruño. Técnicamente, el término es "*pakhan*", pero no estoy de humor para ser quisquilloso.

—Desde mi punto de vista, es lo mismo. Entonces, ¿quiénes son los Bellasios para ti?

—Una mafia enemiga cuyo líder ha estado obsesionado con acabar con la Bratva Zakharov desde que estoy al mando.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —pregunto, incrédulo—. Para tener más poder. ¿Por qué si no?

—Jesús —murmura—. Hombres —sacude la cabeza para despejar los pensamientos y vuelve a mirarme—. Tienes que rescatarlos.

—Buena idea —replico, poniendo los ojos en blanco—. Déjame ir a pedírselos amablemente.

—¿Lo has probado?

La fulmino con la mirada. —¿De verdad crees que dejaría que mis enemigos se largaran con mi prometida sin hacer nada al respecto? Por el amor de Dios, confía en que soy capaz.

—¡Ja! —carcajea a todo volumen—. ¿Confiar? ¿Confiar en *ti*? Mi hermana confió en ti ¡y mira dónde acabó! No, gracias. Prefiero confiar en gente con la que sé que puedo contar.

—¿Como quién? ¿Ese puto Bradley que intentó manosearte cuando nadie miraba?

—Mi padre. Mi madre. Mi hermana —dice sin romper el contacto visual—. Eso es todo. Toda la gente a la que pusiste directamente en peligro —antes de que pueda responder, sigue—. Tuve un mal presentimiento sobre esta relación desde el momento en que me habló de ti. Ni siquiera me dijo tu nombre, pero sabía que había algo raro en todo esto. Celine es pacifista de corazón. También es la persona más moral que conozco. Si supiera algo de lo que haces...

—¿Qué te hace pensar que no lo sabe?

Ella se burla, agitando una mano en mi cara. —Celine no habría aceptado salir contigo, y mucho menos casarse, si supiera que eres un villano.

Levanto una ceja. —¿Estás tan segura?

Le tiemblan los labios y su confianza se derrumba. Me dirijo hacia ella, haciéndola retroceder hasta que choca con el marco de la puerta.

—Qui*zá* no conoces a tu hermana tan bien como crees, Taylor. Ella lo sabía. Lo sabía todo, porque yo se lo dije. Le dije exactamente quién era... y aceptó casarse conmigo de todos modos.

TAYLOR

Ojalá pudiera decir que miente.

Pero en realidad no estoy tan segura. Se siente tanto como una mentira. Conozco a mi hermana, y Celine no puede haber estado de acuerdo con el hecho de que Ilarion sea quien es. Lo vi matar gente con mis propios ojos. No se puede negar la verdad. La cruda, fría, brutal y horriblemente fea verdad de ello. De *él*.

Siempre cabe la posibilidad de que le haya vendido una versión rara y Disneyficada de su vida como jefe Bratva, pero no creo que Celine se lo trague. Es ingenua, amable, nació con gafas de color de rosa, pero no es estúpida.

—Celine me lo habría dicho si fuera cierto —digo con rudeza. Odio lo insegura que sueno.

Se ríe con crueldad. —Ni siquiera te dijo mi nombre completo. ¿Qué te hace pensar que te habría dicho algo más?

¿Cómo lo sabe? ¿Qué es lo que *no* sabe?

Es entonces cuando por fin me doy cuenta. La única razón por la que podría saber tanto es si Celine se lo dijo.

Lo que significa que confiaba en él.

—¿Sabes qué? Podemos tener esta conversación más tarde, cuando Celine pueda unirse —digo bruscamente—. Pero por ahora, todavía me gustaría ver a mi madre.

Ilarion no pierde el ritmo. Pasa de mí y hace un gesto a quienquiera que esté en la puerta para que entre. Me giro y veo que Mila está allí con un montón de ropa colgada de los brazos. Seguro que lleva un rato escuchando.

Estupendo. Ahora, me estoy humillando delante de toda la maldita familia. Mila me entrega en silencio el montón de ropa. Doy las gracias a regañadientes.

—Intenta no mancharme la ropa —dice, totalmente inexpresiva, antes de girar sobre sus talones y volver a salir.

Me escabullo hasta el baño y cambio la toalla húmeda por los vaqueros y la camiseta.

Me quedan ajustados, porque Mila es una ramita, pero sirven.

Disfruta de esto ahora. Todo será demasiado pequeño en unos pocos meses.

Cuando estoy vestida, salgo de nuevo al dormitorio, donde me espera Ilarion. Intento esquivar su mirada mientras lo sigo fuera de la habitación y por la casa, pero es tan fácil como esquivar un camión que viene de frente. Me observa como si fuera a salir corriendo en cualquier momento.

No lo haré.

Bueno, no exactamente.

—Yo... perdí mi teléfono en el caos —le digo—. Si pudieras llamarme un taxi...

—No hace falta —interrumpe cuando llegamos la entrada, donde nos espera un coche negro brillante—. Yo te llevaré.

No me gusta nada esa idea. —No hay necesidad.

—Te lo diré de esta manera —corrige—. Si no te llevo, no irás.

Es un milagro cómo esa imperiosa certeza en su voz, que era tan excitante la noche que nos conocimos, puede ser tan absoluta e imposiblemente exasperante ahora.

—¿Hablas en serio?

—Adivínalo.

El instinto de resistencia está ahí, pero estoy demasiado desesperada para perder más tiempo. Mi madre me necesita más de lo que yo necesito luchar por mi dignidad.

—Bien —digo—. ¿Quieres hacer de chófer? Adelante.

Me siento en el asiento del copiloto y doy un portazo. Él no dice nada, rodea la parte delantera del coche, se sienta en el asiento del conductor y enciende el motor.

Odio que siempre parezca ir por delante de mí. No importa cuánto me esfuerce, parece que siempre me quedo atrás. Y, por mucho que odie admitirlo, siento que una parte de eso es obra de Celine.

No lo habría hecho intencionadamente, por supuesto. Estaba compartiendo partes de su vida con un hombre en quien confiaba. Mi problema es la rapidez con la que decidió confiar en él.

Quiero decir, soy su hermana, por el amor de Dios. Me conoce desde hace mucho más tiempo que a él. ¿No me vale eso un poco más de lealtad? ¿Un poco más de diplomacia, por lo menos?

—¿Cómo piensas recuperar exactamente a mi hermana y a mi padre? —pregunto, sobre todo porque permanecer en silencio es como arrojar líquido encendedor sobre el fuego de mis pensamientos aterrorizados.

—Primero tenemos que localizarlos. Una vez que sepamos dónde se los han llevado, iré con un equipo.

—¿Estarán en peligro? —pregunto ansiosa—. Los Bellasio... No les harán daño, ¿verdad?

Se encoge de hombros sin molestarse en mirarme. —No puedo asegurar eso.

Lo miro atónita. —¿Hablas en serio?

—Déjame ahorrarte tiempo y asegurarte que siempre hablo en serio. No puedo prometerte algo que no puedo controlar, Taylor. Lo más probable es que Celine y tu padre estén a salvo. Se los llevaron vivos por una razón. No creo que Benedict los mate, ¿pero hacerles daño...? Eso es diferente.

Solo puedo mirarlo boquiabiertz durante un buen rato, intentando y sin conseguir entender cómo es posible que un ser humano sea tan frío.

—¿Qué? —pregunta al fin.

—Es tu *prometida* —susurro, por si se le olvidó—. Y actúas como si no significara nada para ti.

—¿Quieres que me caiga a pedazos? —pregunta con el mismo tono distante—. ¿Eso te haría sentir mejor?

—En realidad, sí —este hombre me hace querer simultáneamente gritar y poner los ojos tan en blanco que vea mi cerebro. Al menos uno de los dos tiene uno—. Me tranquilizaría saber que no te has declarado a mi hermana por alguna nefasta y manipuladora razón de mierda. Y como está claro que siente algo por ti, espero que no.

—Cuéntame más sobre lo que esperas —dice sarcásticamente—. Fingiré que soy el puto Papá Noel y entregaré todos tus regalos en la puerta de tu casa.

Qué espero. Excelente pregunta. ¿No es eso lo que me preguntó la noche que nos conocimos? *¿Qué es lo que quieres?* Entonces supe lo que quería: a él. Y ¿cómo respondo ahora? Mientras el coche zumba y mastica la carretera, pienso en ello con la misma respiración entrecortada que entonces. Y cuando la respuesta aflora, sé en el fondo de mi corazón que es verdad.

Quiero dos cosas. Dos cosas que están en contradicción directa entre sí, en realidad.

Quiero mantener al bebé en mi vientre.

Y quiero que mi hermana sea feliz con el hombre que me dejó embarazada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunto en voz baja. Puedo prescindir de las discusiones por cinco minutos de conversación sincera.

—Adelante.

—¿Qué te hizo declararte a Celine tan rápido como lo hiciste?

Estoy bastante segura de ver sus nudillos apretando el volante. Pero podría estar imaginándolo. Cuando habla, no hay nada que sugiera que tiene algo que ocultar.

—Fue un soplo de aire fresco —me dice—. Fue tan abierta y honesta y... dulce. Es difícil no quererla.

—Bonita respuesta —realmente lo es. También es muy vaga—. Pero suena como si lo hubieras leído de una tarjeta de Hallmark. Es difícilmente indicativo de un romance torbellino que es salvaje, y apasionado, y ardiente, y ... y que todo lo consume.

Levanta las cejas en una pregunta silenciosa.

—Bueno, tendría que serlo, ¿no? —presiono—. Para haber inspirado una propuesta en tan poco tiempo, quiero decir.

—El tipo de amor que describes suena doloroso.

—¿El tipo de amor? —repito, sacudiendo la cabeza—. Ese es el único amor que existe, Ilarion. El amor de verdad es doloroso. Es desordenado, caótico y desgarrador. Si no duele, lo estás haciendo mal.

Nos detenemos en un semáforo en rojo y me mira con una expresión mitad curiosidad y mitad lástima.

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de lo joven que eres.

Entrecierro los ojos. —Que te jodan.

Gira bruscamente la esquina en cuanto el semáforo se pone en verde. —¿Quieres saber por qué no me caigo a pedazos, *tigrionok*? Porque no puedo permitírmelo —una vena de su mandíbula hace tictac mientras se toma un momento para masticar cualquier pensamiento que esté rodando por su mente—. Yo soy el *pakhan*. Todos, y digo *todos*, dependen de mí. Si no mantengo la compostura, todo se desmorona. Si ves que me desmorono, es cuando debes entrar en pánico. Porque eso significa que se acabó.

—¿Intentas asustarme?

—No intento hacer nada —murmura—. Pero, si estás asustada, entonces tal vez eres más inteligente de lo que pensaba, después de todo.

Aparto la cara de él y miro por la ventana. —No se trata de ser inteligente —le digo en voz baja —. Se trata de haber visto cosas más aterradoras.

Eso llama su atención.

—La primera vez que a mamá le diagnosticaron cáncer fue la primera vez que experimenté miedo puro y duro. Del tipo que se te hunde en el alma tan profundamente que tienes pesadillas todas las noches hasta que lo has procesado. El cáncer me asustaba. Perder a mi familia también me asusta. ¿Todo lo demás? Puedo superarlo.

—El cáncer se puede combatir —sugiere en voz baja.

Resoplo. Si fuera otra persona, habría pensado que intenta consolarme. Pero sé que no es así.

Consuelo. No conoce el significado de la palabra.

—El cáncer lucha, pero no lucha limpio. *Tú* puedes luchar, y tomar decisiones, y elegir entre mostrar piedad o no. Sabes a quién apuntar y a quién evitar. Al cáncer no le importa si las víctimas son jóvenes o mayores, ricas o pobres. Ni siquiera le importa si eres Bratva.

Ilarion tiene los labios fruncidos. No me mira, pero de algún modo sé que me está mirando. —Eso no significa que te rindas. Eso no significa que dejes de luchar.

Sacudo la cabeza. —¿A qué precio? Mi madre lleva años luchando contra el cáncer. La ha desgarrado por todos lados, dándole mordiscos hasta que lo que queda de ella está irreconocible. A veces me preocupa que ni siquiera tengamos un cuerpo que enterrar.

Asiente lentamente. Ahora me mira. —Peor que una bala en la cabeza.

Oigo un atisbo de compasión en su voz. No estoy segura de estar preparada para recibirla. No en este momento. No mientras vamos en coche a ver a mi madre, que ahora se enfrenta al cáncer y a las balas.

—Todos éramos personas diferentes a.C. Y ahora... Bueno, esta es la parte que no te cuentan. No es fácil cuidar a alguien que está enfermo. También te pasa factura a ti, por mucho que lo quieras.

—¿Qué te ha quitado? —pregunta con dulzura.

—Se llevó a mi madre. También se llevó a mi padre, en cierto modo. Se llevó mi adolescencia y mi inocencia a la vez —repito mi respuesta en mi cabeza y me encojo—. Sueno como una zorra egoísta, ¿verdad?

—Suenas como alguien que se niega a mentirse a sí misma. Eso es admirable.

Lo miro de reojo. Estoy aquí derramando mi corazón y mi alma sobre el salpicadero y, sin embargo, no hay ni una grieta en su férrea armadura. —Mi madre se está muriendo, Ilarion —suspiro pesadamente—. Y estoy resentida porque no puedo llevar una vida normal. Porque tengo que faltar a fiestas para llevarla a la quimio. *Fiestas*. Putas fiestas estúpidas y sin sentido. Si eso no es egoísmo, no sé qué lo es.

—Eres humana —dice—. Se te permite.

—Soy una humana en segundo lugar. Primero soy la hija de mi madre.

El fantasma de una sonrisa baila en la comisura de sus labios. Me trae vívidos recuerdos de la noche en que nos conocimos. Esos labios carnosos y seguros recorriendo el plano de mi hombro... hasta mis pechos... el roce de su barba contra mis muslos...

¡Alto!

—¿Eso es todo, entonces? —pregunta Ilarion—. ¿Toda tu identidad gira en torno a otras personas?

—¿No es así para todo el mundo?

—No —dice en voz baja—. No es así para todo el mundo —sus ojos son más oscuros ahora, y me pregunto si está pensando en cosas que preferiría olvidar, igual que yo—. No todo el mundo tiene gente en su vida por la que merezca la pena sacrificarse tanto. Tú tienes suerte en ese sentido.

Levanto la ceja. —¿De quién estás hablando? —el aire tiene la sensación cargada que se tiene cuando alguien guarda en la cabeza un recuerdo que aún le duele. Cuando el aire fresco llega a algún lugar al que no ha llegado en mucho, mucho tiempo.

Entonces sus ojos parpadean hacia mí, y esa armadura de acero vuelve a su sitio. —¿Qué te hace

pensar que estoy hablando de alguien?

Suspiro. Debí haber esperado que se retirara.

Ilarion no es solo un jefe de la mafia sin corazón y endurecido. Hay un alma en algún lugar debajo de todo ese hierro. Hay heridas enterradas en lo más profundo que intenta ocultarme. No quiere que yo ni nadie lo vea... pero sí lo veo.

Lo que hace que realmente me importe lo que piensa de mí.

Es lo último que debería permitirme.

TAYLOR

Dos hombres gigantes se paran a la puerta de la habitación de mi madre, como si fueran porteros de discoteca. Algunos miembros del personal del hospital los miran con recelo. Otros hacen como si no los vieran.

—Trabajan para mí —explica Ilarion cuando me ve mirar—. No iba a dejar a tu madre sola en una habitación de hospital sin ningún tipo de seguridad.

No digo nada, pero agradezco el gesto. Supuse que la había dejado en la entrada del hospital y se había marchado. Me habría sorprendido gratamente si hubiera parado el coche antes de tirarla a la acera. Esto está... por encima y más allá de mis reconocidamente bajas expectativas.

Estamos subiendo cuando se abre la puerta y sale una enfermera. Como todas las buenas enfermeras que he conocido, es una mujer mayor y cansada, con un rostro curtido que oculta sus emociones.

—¿Es Celine Theron? —pregunta.

Se me corta la respiración y, por alguna razón, me vuelvo hacia Ilarion. —Es Taylor —completa, porque, al parecer, me convertí en una imbécil que ni siquiera puede hablar por sí misma.

—¡Ah! Taylor —dice la enfermera con una suave sonrisa de reconocimiento—. Su madre ha estado preguntando por usted. Por sus chicas.

Sus chicas. Así es como solía referirse a Celine y a mí todo el tiempo. Éramos las chicas de Fiona. Celine solía bromear sobre tener un nombre de banda listo si alguna vez nos hacíamos famosas.

—¿Está despierta?

La enfermera asiente, pero la sonrisa de su rostro vacila de un modo que no me gusta.

La calma forzada de alguien que maneja una crisis. —Está despierta. Pero está... débil.

—Tiene cáncer.

—Sí, nos dieron un informe completo de su estado cuando ingresó —me dice la enfermera—. El Sr. Zakharov nos pasó sus datos médicos.

Miro sorprendida a Ilarion. —Oh. Uh, vale. Bueno...

—¿Por qué no se sienta, Sra. Theron? Haré que venga su médico y...

—No necesito sentarme —le digo educada pero firmemente—. Quiero que me digas qué está pasando.

Mira a Ilarion por encima de mi hombro. Me deslizo para interceptar su mirada. —Con el debido respeto... —leo su etiqueta y termino—: Madison. Con el debido respeto, Madison, puede que fuera él quien la admitiera, pero yo soy su hija. Si hay alguien aquí con quien deberías compartir información, es conmigo.

Madison hace una pausa y asiente con simpatía. —No es probable que el estado de su madre mejore, Sra. Theron. Ahora mismo la tenemos conectada a una máquina, pero es la única razón por la que todavía respira.

Mi cuerpo se hiela rápidamente. —P-pero... Ella ha estado preguntando por nosotras. Por mí. Por mí y Celine. ¿No es eso lo que dijiste?

—Todavía puede hablar, pero la cansa.

Trago saliva y asiento. —De acuerdo. Gracias.

Se aparta para dejarme pasar, pero yo no me muevo. No puedo. Estoy congelada en el sitio, aterrorizada por lo que me espera en esa habitación. No puedo ver a ninguno de los dos, pero percibo la mirada que Ilarion y la enfermera intercambian por encima de mi cabeza.

Entonces siento su aliento haciéndome cosquillas en la oreja. —Taylor —dice, más suave de lo que jamás hubiera pensado que sería capaz—, ¿necesitas que entre contigo?

No. Es mi instinto. Y es el correcto, creo.

Pero, por alguna razón, por simple que sea, no puedo hacer que mi boca forme la palabra. Ni me atrevo a pedirle ayuda. No este tipo de ayuda, al menos. La única persona que debería apoyarse en él de esa manera es Celine.

Su prometida.

Pasan unos segundos en los que solo se oye el murmullo de los pitidos y gemidos del hospital que nos rodea. Se toma mi silencio como lo que es: terror.

—Vamos —dice, con su mano presiona suavemente la parte baja de mi espalda—. Un paso cada vez.

Respiro hondo mientras me empuja hacia la puerta.

La habitación de más allá es mucho más grande de lo que esperaba. El cáncer te familiariza íntimamente con los hospitales. Aprendes la cadencia de los pitidos de las máquinas, el sabor del desinfectante, el chirrido de los zapatos de las enfermeras sobre las baldosas. Empiezas a sentir el espacio y la forma de una habitación y lo que la temperatura del aire te dice sobre las personas atrapadas en su interior.

Estaba preparada para que esta se sintiera como la muerte.

Pero, para mi sorpresa, no es así. El sol entra a raudales por las ventanas que van del suelo al

techo y llena el espacio hasta unos techos un poco más altos de lo que estoy acostumbrada.

No se siente como la muerte. Al menos todavía no. Queda un resquicio de esperanza.

Obligo a mis ojos a mirar a la mujer enferma que yace en la cama. Es difícil conciliarla con la madre que me crió. Para empezar, no lleva nada amarillo, y no le queda bien.

Aún no me ha visto. Tiene los ojos cerrados y la cara inclinada hacia un lado, como si se hubiera quedado dormida rezando. Parece tan...

Vuelvo a girar bruscamente y me estrello contra el pecho de Ilarion. Con la frente pegada a él, sacudo la cabeza. —No puedo hacerlo. No puedo despedirme de ella.

—Entonces no lo hagas —dice—. Solo saluda.

Me roza la barbilla con dos dedos y me levanta la cara. Nuestras miradas se encuentran. El azul de sus ojos es tranquilo hoy. Un océano en reposo. Lo suficientemente sereno para tranquilizarme, para hacerme sentir que tal vez, solo tal vez, todo salga bien.

Aunque sea mentira, lo necesito desesperadamente. —Estaré aquí —murmura.

Y, que Dios me ayude, le creo.

Giro y me acerco lentamente a la cama de mamá. Deslizo mis dedos entre los suyos, con toda la ternura que puedo, y sus ojos se abren. Sin embargo, cuando gime suavemente y entrecierra los ojos para mirarme, su mirada está en blanco. Por un momento, me pregunto si me reconoce.

Entonces veo esa oleada familiar de amor, y mi corazón se rompe de nuevo.

—Oh...cariño...

Hay tanto alivio en su voz que el dique que había construido para contener mis lágrimas se desmorona y se derraman. Me agacho y me cierno sobre su pecho mientras sollozo. Sollozos grandes, fuertes, como de niña fea, de los que duelen al salir. Mamá me acaricia la cabeza con susurros suaves y me deja llorarlo todo.

Cuando por fin levanto la cabeza, me siento aliviada y avergonzada a la vez. —Lo siento mucho —murmuro—. Tú eres la que está en el hospital y yo la que llora.

Intenta limpiarme las lágrimas de la cara, pero su mano tiembla por el esfuerzo. La cojo y me la llevo al pecho mientras me subo a la cama junto a ella.

—Sé que es una pregunta estúpida y sinceramente me odio un poco por hacerla, pero... ¿cómo estás?

—He estado mejor —grazna. Su boca se tuerce en una sonrisa que es demasiado débil para completarla—. ¿Celine? ¿Archie?

Miento de inmediato y sin un ápice de culpabilidad. —No te preocupes por ellos, mamá. Están bien.

Mamá frunce el ceño. —Vi... a Celine. Ellos... s-se la llevaron.

Me pongo rígida, pero no es momento para verdades desgarradoras. Mamá necesita esperanza.

Curación y esperanza. No seré yo quien se la robe. —Ilarion fue y la recuperó —la tranquilizo—. A papá también. Ambos están a salvo en una de sus casas. Me dijeron que te enviara su cariño.

Tose. Es tan débil que casi podría empezar a llorar de nuevo. —Gracias por mentirme —susurra mamá—. Pero prefiero la verdad.

Me muerdo el labio. En la escuela no te preparan para este tipo de cosas. Aprendes cálculo, aprendes que la mitocondria es el centro neurálgico de la célula, pero ¿quién te enseña si debes o no mentirle a tu madre moribunda?

—Ilarion los recuperará a ambos —le prometo—. Pronto estarán junto a tu cama —se encoge, y estiro la mano para acariciarle un flequillo suelto de la frente—. ¿Te duele algo?

—He tenido dolor durante mucho tiempo, cariño. Ahora estoy cansada. Luchas y luchas y luchas y entonces... Oh, Dios. Hay días en los que solo quiero parar.

Se me revuelve el estómago. —No puedes hablar así, mamá —insisto. Nunca la había oído decir nada parecido. Siempre ha sido muy estoica con su enfermedad—. Solo estás débil y...

—Estoy *cansada* —interrumpe—. Ahora solo quiero descansar.

Aprieto fuerte su mano. —Piensa en papá —le ruego—. Piensa en Celine. Te necesitan.

—No —dice. La voz le tiembla y se le quiebra—. No, no me necesitan. Yo soy la que los ha necesitado a los tres todos estos años. Y odio lo mucho que les ha costado a todos.

—¿Lo que nos ha costado? ¿De qué hablas? Te queremos, mamá. Todos te queremos mucho.

—Cariño, ¿crees que no lo sé? Pero no quiero que ninguno de ustedes se pase la vida haciendo de enfermero de una vieja enferma. Quiero que vivan.

—¡*Estoy* viviendo!

—¿En serio? —me pregunta. Incluso en un estado tan débil, se las arregla para entrecerrar los ojos con ese *te veo por lo que realmente eres* que solo una madre puede hacer—. La última vez que lo comprobé, te estabas especializando en un campo que odiabas, en una universidad que elegiste solo porque estaba cerca de casa.

—Quería hacer eso por *ti*.

—Exacto —mamá asiente—. Pero no deberías hacer nada por mí. Deberías hacer cosas por ti misma. Tú y Celine, las dos.

Soy un desastre, y punto. Lágrimas, lloriqueos, todo. Nunca me había dolido tanto el corazón en toda mi vida. —Todavía te necesito, mamá.

—No —me dice—. Hace mucho tiempo que no me necesitas —cierra los ojos y una lágrima solitaria resbala por su mejilla—. Y Celine... todo el mundo la subestima. Pero es más fuerte de lo que creen. Cuando yo no pude ser tu madre, ella dio un paso adelante por las dos.

—Mamá, por favor —le ruego de nuevo—. Deja de hablar como si fuera el final. Hoy no te vas a morir —las protestas se me atascan en la garganta. Sacudo furiosamente la cabeza. No puedo aceptarlo. *No* aceptaré su rendición—. Mamá, no...

Pero mis palabras mueren en mis labios cuando ella dobla sus finos dedos sobre los míos. —Cariño, cuando me dispararon, recuerdo que estaba tumbada en la hierba, mirando al cielo. No me dolía nada. De hecho, dejé de sentir dolor. Lo único que sentí fue *alivio*.

Quiero decirle algo para que cambie de opinión. Pero mi madre, mi madre amante de los girasoles, que baila en la cocina mientras cocina y que no puede conducir ni aunque de eso dependiera su vida, nunca ha escuchado a los demás cuando le dicen que no.

Y no puedo encontrar las palabras de todos modos. Están todas atrapadas en mi garganta, todas las cosas que no dije lo suficiente. *Te quiero, te echo de menos* y *gracias por compartir una parte de ti conmigo*. Pero mi voz no funciona y todo el aire que consigo llevar a mis pulmones se quema en un instante como vapores inútiles.

Entonces, siento una presencia en mi hombro y, de repente, puedo respirar de nuevo. Es una presencia grande. Poderosa. Huele a whisky, a cuero y a lluvia de verano.

La mano de Ilarion se apoya pesadamente en mi nuca. —Fiona, no tienes nada de qué preocuparte —le dice en voz baja—. Me aseguraré de que tus hijas estén seguras y cómodas el resto de sus vidas.

—Quiero ambas cosas para ellas, Ilarion —susurra—. Pero sobre todo quiero que sean *felices*.

Miro a Ilarion. En su rostro se dibuja una guerra. La promesa que intenta arrancarle no es algo que él pueda darle. Porque no hay forma de que pueda hacernos felices a las dos.

Es una o la otra. Celine o yo.

Y, si fuera por mí, preferiría la felicidad de Celine a la mía cualquier día.

TAYLOR

—¡Basta! —grito, rompiendo el momento de tranquilidad—. ¡Los dos, paren!

—Taylor, cariño...

—¡No! —me pongo en pie de un salto—. No te vas a morir, mamá. Jamás. Y tú —gruño, mirando a Ilarion—. ¿Cómo te atreves a venir aquí y actuar como si dejarla rendirse fuera un regalo que se le debe?

—Mírala, Taylor —hay simpatía real en sus ojos, pero no quiero verla. En absoluto.

—Es mi *madre* —siseo—. Es nuestra madre. ¿Crees que Celine te agradecerá que la animes a tirar la toalla?

—Cariño —dice mamá—, ven aquí.

Veo cómo su mano vacila y vuelve a caer sobre las finas sábanas del hospital. Los sollozos se agolpan en mi pecho y las ganas de gritar me abruman. Entonces vuelvo a mirar a Ilarion. Su rostro no carece de emoción, pero es como si viera esa emoción a través de una gruesa pared de hielo.

Necesito algo de eso en mi vida. Todo parece demasiado caliente, punzante y *real*. Parece que podría mirar a la Muerte a la cara sin pestañear.

Los ojos de mi madre se parecen más a los míos que a los suyos. Son líquidos de miedo. No miedo a la muerte, sino miedo a lo que, y a quién, deja atrás.

Me invade una oleada de culpa. Me dejo caer en su cama y le agarro la mano. —Lo siento, mamá.

—No tienes nada que lamentar —susurra. Cada respiración, cada palabra es un esfuerzo, y me aferro a cada una como si estuviera a punto de convertirse en la última—. Has sido la mejor hija. No podría haber pedido mejores chicas —me besa la mano y luego la suelta—. Ilarion, me gustaría... —se detiene un momento, con una mueca de dolor—. Quiero hablar contigo.

Se acerca a su cama. —Estoy aquí.

Hay algo tranquilizador en su presencia aquí. Pregúntame hace dos horas, y habría dicho que él es la última persona en la Tierra que querría conmigo en un momento como este. Pero ahora... Ahora, mi mundo está girando fuera de control, y él es la gravedad misma.

Es estable.

Es sólido.

No va a ir a ninguna parte.

—Celine nunca lo admitirá, pero la decepcioné más veces de las que puedo contar —la confesión de mamá me sorprende—. Era una niña tan fuerte e independiente que parecía no necesitarme. La verdad es que... supongo que no sabía cómo ser su madre —mamá cierra los ojos un momento—. Incluso cuando era pequeña, solía prepararme el desayuno por las mañanas. Me servía un vaso de zumo y tostadas y me lo llevaba mientras amamantaba a Taylor. Así es ella, Ilarion. No ama fácilmente, pero cuando ama, ama con fuerza.

—Nunca se ha sentido desatendida por ti, Fiona —la tranquiliza Ilarion.

Algo dentro de mí se contrae. Sabe tanto sobre nuestra familia. Sabe más de Celine de lo que creía posible.

—Entonces ha hecho un buen trabajo ocultándotelo —mamá intenta reírse un poco.

Sale más bien como una serie de jadeos. —Pero sé que siente que Taylor es la hija favorita. Nunca me lo diría a mí, ni a su padre, porque es generosa en alma y espíritu. Puede que no haya hecho todo lo que debería por Celine, pero sigo conociendo a mi hija —vuelve a hacer una mueca de dolor, y me doy cuenta de que le cuesta mucho esfuerzo seguir hablando—. Prométeme que la cuidarás, Ilarion. Se merece ser feliz. Se merece que alguien cuide de ella, para variar.

Se arrodilla y toma su mano entre las suyas. La visión de sus frágiles dedos junto a los míos me resulta chocante. Es casi horrible ver lo esquelética que es en comparación con él.

Todo está mal en muchos niveles diferentes. Estoy viendo algo que no encaja como debería.

Pero no tiene nada que ver con ellos.

Soy *yo*.

Yo soy el problema.

Porque, cada vez que miro a Ilarion, no veo al prometido de mi hermana; veo al padre de mi hijo. Y cuando lo veo hablar con mi madre, siento esa extraña sensación de calidez que debería pertenecer a Celine, no a mí.

—Sé que eres un hombre peligroso, Ilarion. Pero... —tose y vuelve a empezar—. Pero esta mañana me he dado cuenta de que no me importa que seas un hombre peligroso, siempre que no lo seas para ella.

—No tienes nada de qué preocuparte en ese frente.

Mamá suspira. Su cuerpo se relaja lentamente y se mete en la cama. —De acuerdo —dice, como si fuera a despedirse por esta noche.

Me aterra que se vaya para siempre.

—Mamá —le cojo la mano otra vez—. *Mamá*. Escúchame, ¿por favor?

Vuelve la cara hacia la mía y me ofrece una sonrisa de ensueño. Es una sonrisa que ya está en otra parte, en algún lugar que no puedo alcanzar. Así que, en lugar de hacer todo lo que quiero hacer, suplicarle y rogarle que se quede conmigo, hago lo único que me queda por hacer.

Me inclino hacia ella y la abrazo.

Me abraza como puede. A pesar de lo frágiles que son ahora sus brazos, aún me recuerdan a mi infancia. Nos mudamos de casa tres veces, cambiamos de coche seis. Perdimos abuelos, mascotas y vecinos a los que queríamos. Pero esos brazos siempre fueron constantes.

No puedo perderlos ahora. No cuando me envuelven a mí y al bebé que llevo dentro.

—Vete a casa —me susurra mamá al oído—. Descansa un poco.

—Ven —me murmura Ilarion cuando me demoro un momento de más—. Ella también necesita descansar.

De mala gana, me separo de ella y me levanto. Se queda dormida antes de que rompa el abrazo. Tiene los ojos cerrados y la respiración entreabierta.

Me pone la mano en la espalda y me dirige hacia la puerta. Al salir, las suelas de mis zapatos rozan las baldosas blancas y limpias, dejando a mi paso algunas marcas de rozaduras. Ni siquiera miro a mamá de reojo. Estoy demasiado metida en mi cabeza, luchando contra una oleada incesante de miedo.

Es una batalla que no puedo ganar.

TAYLOR

En cuanto estoy en el pasillo, me doblo y apoyo los codos en las rodillas. Las lágrimas me escuecen en los ojos y me arde el estómago. —Oh, Dios...

—Taylor.

Tiene razón. Solo ha dicho mi nombre pero oigo todo el maldito discurso contenido en esas dos sílabas. *No puedes perder la cabeza ahora. Contrólate. Levántate y sigue adelante. Acéptalo y sigue adelante.*

¿Quieres que me caiga a pedazos? Eso es lo que me preguntó cuando venía hacia aquí. Era obvio lo que pensaba: que caerse a pedazos no le sirve a nadie. No puedes ayudar a nadie a mantenerse entero si tú mismo te dispersas al viento.

Así que por mi madre, por mi hermana, por mi padre, respiro hondo y me levanto.

Giro en redondo sobre Ilarion. —¡Tienes que hacer lo que sea para recuperarlos! —exijo—. Viste a mamá ahí dentro. Necesita que los tres nos unamos en torno a ella, para que detenga esta locura...

—¿Tan loco es? —pregunta bruscamente.

Lo miro como si de repente le hubieran salido tres cabezas. —¿Perdón?

—Estás siendo egoísta —se encoge de hombros. Mi madre se está muriendo literalmente al otro lado de la puerta, y él se *encoge de hombros*.

—¿Estoy siendo egoísta? —pregunto—. ¡¿*Estoy* siendo egoísta?!

Por supuesto que asiente. Por supuesto que se reafirma. No es el tipo de hombre que se retracta de sus palabras. Tampoco es el tipo de hombre que las dice a la ligera. Lo sospeché la noche que nos conocimos, y me pareció un rasgo atractivo en ese momento. Pero ahora...

Ahora quiero sacárselo de la puta boca.

—Está claro que no sabes una mierda de familia.

Sus ojos se entrecierran y esos iris azul oscuro se oscurecen. —Sé mucho más que tú —sisea, encajonándome tan cerca que puedo contar todas y cada una de esas gruesas pestañas—. Sé que no obligas a sufrir a alguien a quien quieres solo porque se te dan mal las despedidas.

Me tiembla la mano de ganas de golpear algo. Preferiblemente a él. Pero tengo la sensación de que me haría daño a mí misma, así que mantengo el puño a un lado.

—Escucha, hijo de puta: puedes estar comprometido con mi hermana, por ahora, pero eso no te hace parte de esta familia.

—¿No? —me pone una mano en el torso para empujarme contra la pared. Siento su palma, plana y enorme, contra mi estómago—. ¿Y qué pasa con el bebé que llevas dentro? ¿No me incluye eso en la familia?

—Te convierte en el donante de esperma, nada más. Un misterioso donante de esperma sin nombre. No hay razón por la que necesites formar parte de la vida de mi bebé.

—Si crees que soy el tipo de hombre que se alejaría de su propio hijo, estás soñando.

—En realidad, estoy haciendo exactamente lo contrario de soñar —me enfurece lo temblorosa que está mi voz—. Desde que te conocí, mi vida ha sido una pesadilla gigantesca. ¿Por qué te sorprende tanto que quiera despertarme?

—Tú...

Lo que está a punto de decirme se ahoga en un canto de sirena que hace que las enfermeras parezcan aterrorizadas. Empiezan a correr de un lado a otro, pulsando botones, cogiendo equipos que no reconozco. Luego, forman una estampida que se dirige...

En *nuestra* dirección.

—¿Q-qué está pasando? —balbuceo. Una de las enfermeras me roza para entrar en la habitación de mamá. En el momento en que desaparece por la puerta, siento que se me va la sangre de la cara—. No...

Estoy a punto de irrumpir en la habitación cuando Ilarion me agarra por detrás. Sus brazos son de acero. Tan inamovibles como él mismo.

—¡Ilarion! ¡Déjame ir!

—*Déjala* ir, Taylor —su voz es baja en mi oído. Tan suave como firme es su agarre. Mantiene mi espalda pegada a su pecho, y no importa cuánto me agite, no consigo liberarme ni un centímetro—. Es la hora.

—¡No! —grito, haciendo fuerza contra su peso—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Por favor, Ilarion!

Para mi sorpresa, me suelta. Salgo volando hacia delante y golpeo la puerta con tanta fuerza que me duelen las palmas de las manos por el impacto. Pero, cuando entro en la habitación, el alboroto se ha calmado. Hay un silencio inquietante. Tres enfermeras rodean impotentes la cama de mi madre y ninguna parece saber qué hacer.

—¿Q-qué están haciendo? —grito—. ¡Ayúdenla! ¡Arréglenlo!

Siento una brisa en la parte posterior de las piernas cuando se abre la puerta. Supongo que es Ilarion, pero en su lugar entra un médico alto con bata blanca. Giro sobre mis talones para pedirle ayuda. —Doctor, por favor... mi madre...

Se acerca a su cama y mira a mi madre. Podría estar durmiendo. Esa sonrisa soñadora sigue en sus labios.

Suspira. Es el único sonido en la habitación. Luego, se vuelve hacia mí con una máscara de simpatía profesional. Todo lo que dice es—: Lo siento.

—No lo entiendo —sollozo mientras busco apoyo en la pared—. Estaba... ¡*Acabo* de estar aquí dentro! Estaba despierta, respiraba...

El médico coge un gráfico de los pies de la cama y frunce el ceño. No oigo lo que dice ni cómo responden las enfermeras. Los latidos de mi corazón retumban demasiado en mis oídos como para prestarles toda mi atención. Pero oigo lo suficiente.

—Sacó la intravenosa...

—...A la fuerza...

—...Dificultad para respirar...

—...Suicida...

El médico me mira. Dice algo que es vagamente una disculpa. En lugar de coger el desfibrilador o jeringuillas o cualquier otra cosa que pudiera traerla de vuelta, las enfermeras cogen las sábanas y se las ponen cuidadosamente sobre la cara.

Estoy a punto de gritarles que hagan lo que sea para devolvérmela. Que se dejen de tonterías y hagan su trabajo.

Entonces, veo a Ilarion junto a la puerta.

Esa es la visión que lo hace todo real. Él ahí de pie, enmarcado por la moldura rectangular, alto y enorme y con cara de mala leche. Cuando lo veo, sé que no estoy soñando. Tampoco estoy teniendo una pesadilla.

Esto es real.

No puedo respirar. Las condolencias del médico se ahogan en mi propia desesperación. Solo quiero cerrar los ojos y dormir para siempre. Cuando se me doblan las rodillas, espero que el dolor venga inmediatamente después.

Pero alguien me atrapa. Sé quién sin tener que mirar.

Y, a pesar de todo...

Sienta bien que te atrapen.

ILARION

Taylor se duerme incluso antes de que lleguemos al Diamante. La llevo al dormitorio principal y la tumbo en la cama. Su pelo rubio cenizo se agita alrededor de su cara, pero no se mueve, ni siquiera cuando le quito los zapatos y le pongo una sábana sobre la piel de gallina.

¿Cuándo fue la última vez que arropé a alguien así?

El recuerdo se forma claro como el día. Fue hace años, y yo estaba a punto de convertirme en *pakhan*. Mila no estaba tan inmóvil como Taylor ahora. Había dado vueltas en la cama, con un sueño tan fracturado y roto como la pesadilla que era su vida despierta. Nunca olvidaré la mancha de sangre en la comisura de su boca. El labio roto. Las huellas dactilares prácticamente tatuadas en su garganta.

—¿Qué estás haciendo?

Hablando del diablo. Me vuelvo hacia la puerta y me encuentro a Mila de pie, viéndome observar a Taylor.

—Se quedó dormida en el coche —explico bruscamente, desviando la mirada.

—No me refería a eso —entra en la habitación y se detiene a mi lado—. Quiero decir, ¿qué demonios crees que haces casándote con una hermana y saliendo con la otra?

—Mila...

—No, no me digas *Mila*. Usas ese tono cada vez que sabes que estás equivocado, pero sigues intentando superarme. Puede que seas el *pakhan*, pero sigues siendo mi hermano.

—E insistes en recordármelo.

—Solo porque te niegas a escuchar —dice ella—. El bebé es tuyo, ¿no?

Negarlo no tendría sentido en este momento, y no tengo la energía para pasar por todo este tango. —Sí.

—Por el amor de Dios —suspira Mila—. ¿Cómo pudiste...?

—¿Crees que esto estaba planeado? —al oír lo fuerte que sueno, hago una mueca y bajo la voz. Aunque esté inconsciente, no quiero arriesgarme a despertar a Taylor de su tan necesario sueño —. ¿Crees que yo *elegí* esto?

Mila arquea una ceja. —¿Esperas que crea que esto es una coincidencia?

Aprieto los dientes y me apoyo en el poste de la cama. —Conocí a Taylor primero. Casi la atropello en Evanston. Celine y yo no nos conocimos hasta dos semanas después.

—¿La conociste en Evanston? —pregunta Mila—. ¿Y eso no te dio ninguna pista?

—¿Cómo demonios iba a saberlo? Hay cien mil personas hacinadas en esa ciudad. Y no es que las dos se parezcan.

Mila se burla. —Claro, y tampoco es que hayas tenido mucho tiempo para investigar. Reunir información. *Verificar relaciones*.

Taylor se remueve un poco en sueños. Indignado, agarro a Mila por el codo y la saco de la habitación. Me sacude cuando estamos al otro lado de la puerta, con la nariz arrugada por el desdén.

—¿Dónde está Dima? —pregunto.

—Oh, no, ni te atrevas —dice—. Estábamos en medio de una conversación.

—Que preferiría no tener.

—Lo siento por ti, debemos tenerla. Aunque solo sea para controlar los daños de este *enorme descuido*.

—Puedo manejarlo yo mismo.

—¿Eso crees? —se burla—. Porque, desde mi punto de vista, todo esto es una bomba de relojería a punto de explotarte en la cara.

—Celine, puedo manejarlo —gruño—. Taylor... encontraré la manera de manejarla.

Mila levanta una mano, peligrosamente cerca de presionarme la cara. —Todavía intento entender cómo te perdiste esto. ¿No revisaste a la familia antes de hacer esto?

No lo suficientemente bien. Me rechinan las muelas. Sé que me precipité en lo que debería haber sido un reconocimiento mucho más exhaustivo. Pero no puedo permitirme admitirlo abiertamente.

—...Sí.

Sé que puede oler la mierda. —¿Y Celine no mencionó tener una hermana? ¿Ni siquiera casualmente?

—Sí, lo mencionaba —admito—. A menudo. Pero la mujer que casi atropello con mi coche no me dio su nombre.

—¿Convertiste una casi fatalidad de tráfico en una aventura de una noche? Incluso para ti, Ilarion, eso es caer muy bajo —intenta ocultar su risa burlona detrás de la mano.

Quiero ahogar su risa. No porque sea irritante, sino porque es irritantemente merecida.

Estuve a punto de cometer un homicidio vehicular, y mi primera inclinación fue tirarle un bebé a

la desprevenida peatona.

Otra cosa que no puedo permitirme admitir abiertamente delante de la Bratva. Estas son las personas que dependen de mí para tomar decisiones sabias y actuar siempre con un plan estratégico cuidadosamente pensado. La gente que confía en que dirijo con mi cerebro y no con mi polla. La gente que se amotinaría si supiera lo que he hecho.

—Mila...

—Guau —respira antes de que pueda entonar mi mea culpa—. Debe haber sido una noche caliente. Le da un nuevo significado a la palabra "dividido".

La fulmino con la mirada. —No estaba destinado a pasar. Fue... un error de juicio por mi parte.

Se ríe. —¿Tú crees? La verdad es que es increíble. Te mantuviste al margen durante tanto tiempo y, cuando por fin te lanzas a la piscina de las citas, ¿atrapas a la hermana de tu prometida? Cuando dicen que hay más de un pez en el mar, no creo que se refieran a que solo haya dos.

—Me alegro de que encuentres todo esto tan divertido. Yo no. Fue...

—Sí, un lapsus de juicio, ya lo has dicho. Sé lo que fue. ¿Sabes qué más fue? Una estupidez. Fue tan jodidamente *estúpido*, Ilarion. Y tu plan, al que aparentemente sigues apegado, es una locura.

—Que es exactamente por lo que va a funcionar. Los Bellasio no van a ver venir esto.

—Puede que no. Pero tampoco tu mujer. Perdón, *mujeres* —señala Mila—. En algún momento, Celine se va a dar cuenta. No es tonta.

—Está enamorada de mí —digo, sin poder evitar que el arrepentimiento se refleje en mi tono—. Puedo convencerla de cualquier cosa.

Mila me dedica una sonrisa sarcástica. —Encantador. Me encanta ese plan. ¿Y qué pasa con *ella*? —mira hacia la puerta del dormitorio—. Algo me dice que esta no será tan fácil de manipular emocionalmente.

—Como he dicho, lo resolveré.

Tan pronto como mi hermana termine de psicoanalizar cada uno de mis movimientos.

Mila se cruza de brazos y sonríe. Me pregunto cómo pude pasar por alto su transición de niña risueña que solía seguirme a todas partes como un cachorro a esta mujer escandalosa que me cuestiona constantemente. Desafiándome constantemente a ser mejor líder.

La quiero por eso, pero, Dios mío, es un coñazo. —Va a haber un bebé en unos meses, Ilarion.

—Entiendo cómo funcionan los embarazos.

Pone los ojos en blanco y suspira. —Supongo que nada de esto importa hasta que recuperemos a Celine. *Si* es que lo hacemos.

—No hay ningún *si*. Recuperaremos a Celine —digo—. Esa parte es imperativa.

Se encoge de hombros. —Pero aún así. Si no... al menos tenemos una de repuesto.

Mueve la barbilla en dirección a la habitación de Taylor. Sus ojos están encapuchados con oscuridad, sus rasgos frustrados juntos con profesionalismo desapegado.

¿Es nuevo o siempre ha estado ahí?

Había sido una niña tan alegre. Su risa era fácil y su sonrisa constante. Alrededor de su decimocuarto cumpleaños, perdió esa sonrisa y nunca la recuperó del todo.

Incluso después de haberle entregado la cabeza de su monstruo.

Esto demuestra que matar a tus demonios no acaba con el tormento. Los monstruos de verdad dejan daños. Puedes matar a la bestia un millón de veces, pero las cicatrices que infligen duran para siempre.

ILARION

—Ven —digo, llevando a Mila a mi despacho.

Hay mucha luz aquí. Hice que arrancaran las cortinas cuando hice de este sitio mi hogar lejos de casa. Odio los espacios oscuros. Siempre los he odiado. Mila también. Es la razón por la que todavía duerme con una luz encendida.

Hace que sea más fácil detectar cuando se acerca un monstruo.

Tomo asiento en el sofá de cuero marrón. Mila pasa por alto la zona de asientos y se dirige directamente a la barra. No tiene que preguntarme qué estoy bebiendo, me sirve dos vodkas y me los trae.

Jugueteo con ella durante un largo rato, arrastrando el dedo en lentos círculos por la condensación. Ella termina casi toda su bebida antes de que yo haya dado un sorbo a la mía.

—¿Ya sabes algo de Dima? —le pregunto cuando deja el vaso.

—Sigue encubierto —explica—. Recibí un mensaje suyo hace unas horas, pero nada desde entonces. Dijo que tenía una pista. La está siguiendo mientras hablamos.

Asiento. —Necesitaré que vigiles a Taylor por mí.

Mila suspira. —Me lo imaginaba. ¿Qué quieres que extraiga?

—No quiero que extraigas nada —le digo—. Solo necesito que la cuides.

Frunce el ceño. —¿Cuidarla?

—Ella perdió a su madre esta noche.

—Oh —se queda muda.

Madre. En lo que respecta a Mila, es una mala palabra.

—Vamos a tener que ayudarla a enterrar a Fiona, y no creo que Celine o Archie vayan a estar cerca para apoyarla en el proceso.

—¿Así que tengo que hacerlo *yo*? —resopla—. Ilarion, sabes que no soy buena con ese tipo de cosas. Me estás preparando para el fracaso.

—Podría ayudarte. Ya sabes, tener una mujer de tu edad con la que pasar algún tiempo.

Entrecierra los ojos. —¿Estás tratando de emparejarme con la madre de tu hijo?

—Estoy tratando de mantenerla aquí. No es seguro para ella estar suelta por ahí con los Bellasios al acecho. Si solo fuera ella, sería una cosa. Pero lleva a mi bebé.

—Ah, ya veo —reflexiona Mila con astucia—. Quieres que lo haga yo para no tener que hacerlo *tú*.

Me erizo y no digo nada. Me ha descubierto y lo sabe. No tiene sentido echar leña al fuego.

—Realmente te ha impactado, ¿verdad?

Me erizo. —Está embarazada. Mi interés por ella termina ahí.

—Hace meses que no estás con una mujer, querido hermano —dice con una sonrisa juguetona—. ¿Qué tenía este espécimen en particular que captó tu interés?

—No sabes nada de con quién he estado.

—Dima habla —responde desdeñosamente—. Como una vieja pescadera, en realidad.

—Ese maldito...

Ella levanta las manos. —Oh, cálmate. Solo estábamos preocupados por ti.

—¿Les preocupaba que no tuviera sexo?

—Bueno, Dima estaba preocupado por eso. A mí solo me preocupaba que te estuvieras fijando demasiado en Benedict Bellasio. En realidad, me importa una mierda tu vida sexual.

—Ustedes tienen que buscarse algún oficio.

Pone los ojos en blanco. —No has respondido a mi pregunta.

—No escuché ninguna pregunta allí.

—¿Qué te interesó de Taylor?

No espero que una docena de respuestas diferentes floten hasta mis labios en el momento en que la pregunta sale de los de Mila.

Sus ojos cálidos. Sus deliciosos labios. Cómo suenan sus gemidos en un coche bañado en sudor cuando la lluvia golpea el techo...

Pero mientras repaso la lista en mi cabeza, me doy cuenta de que tuvo más que ver con la forma en que se defendió. La forma en que me enfrentó, zancada a zancada, sin ningún miedo. La forma en que templó esa fuerza con la suficiente vulnerabilidad para hacerme entender qué alimentaba toda su rabia.

La forma en que se abrió y me dejó entrar. La forma en que me hizo sentir como un hombre. No un jefe de la mafia. No un asesino.

Solo un hombre.

—¿Y bien? —Mila presiona—. Soy toda oídos.

—Nada. Nada de ella me interesó —gruño—. Solo estaba cachondo.

TAYLOR

Delante de mí hay un océano de flores. Rosas pastel y naranjas que queman los ojos y blancos en crema, marfil y cáscara de huevo. La cacofonía de colores hace que mi cabeza nade.

—¿Quieres claveles o gladiolos?

Parpadeo y miro a Mila, preguntándome por qué está aquí. Está claro que no quiere. No es que haya dicho nada en ese sentido. Es solo esa mirada distante en sus ojos. que me da la impresión de que preferiría estar en cualquier otro sitio antes que aquí.

No la culpo; yo tampoco quiero estar aquí.

El escaparate tiene *Chapman's Floral Boutique* impreso en elegante letra dorada sobre el cristal. He pasado por delante de este lugar más de una vez. Hace tres años, entré para comprarle flores a mamá por su cumpleaños cuarenta y seis. Eran tan caras que salí de allí con una sola rosa roja en la mano, porque era todo lo que podía permitirme con mi presupuesto de estudiante universitaria.

Llené una copa de champán con agua y metí la rosa dentro. Celine y yo la pusimos en un lado de la bandeja del desayuno y me juré que algún día volvería a Chapman's y le compraría a mamá un ramo de flores en condiciones cuando pudiera permitírmelo.

Ahora, aquí estoy.

Demasiado tarde.

—¿Taylor? —cuando no me doy la vuelta, Mila se pone delante de mí, forzándose en mi línea de visión—. Necesito que tomes algunas decisiones. ¿Qué tipo de flores quieres en la corona funeraria de tu madre?

Me encojo y sacudo la cabeza. —No me importa —susurro—. Elige tú.

—Ella no era mi madre.

—Bueno, quizá si lo hubiera sido, tú habrías sido mucho más amable —digo maliciosamente antes de dar media vuelta y caminar hacia el otro extremo de la tienda.

Me detengo ante un abrevadero lleno de orquídeas. Son preciosas. Suaves y etéreas.

Pero, por muy bonitas que sean, mi mirada se dirige a los girasoles amarillos junto a ellas, en un tosco jarrón de cemento.

Una lágrima resbala por mi mejilla. *A veces el mundo es oscuro. Creo que no le vendría mal un poco de luz*. Palabras de mamá, no mías. Como siempre, las odiaba cada vez que las oía. Como siempre, tenía razón.

—Toma.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que Mila me ofrece un pañuelo. Lo cojo con cuidado y me limpio las lágrimas. Estoy tan destrozada que ni siquiera me importa llorar delante de ella. Me importa un bledo quién me vea sollozando. Ella, su hermano o todo el maldito mundo, que me vean.

Que todos sepan que la quería.

—Lo siento —dice Mila con la voz torpe y cortante de alguien poco acostumbrado a disculparse —. Yo... no soy buena con este tipo de cosas.

—¿Con la muerte? —murmuro. Contengo el impulso de arquear una ceja. Ya he visto con cuánta muerte debe ser "buena".

—No —dice—. No la muerte, per se. Solo la sensibilidad que debería acompañarla. Enterré a dos padres y no lloré en ninguno de sus funerales. Ni siquiera fui al de mi madre.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros. —Solo tenía nueve años cuando murió. Supongo que estaba más interesada en jugar con mis muñecas. No me di cuenta de que era algo permanente —frunce el ceño al ver que me quedo boquiabierta—. No hace falta que sientas pena por mí. No estaba hecha para ser madre.

—Aún así, no debe haber sido fácil.

Levanta los ojos hacia los míos y, por un segundo, vislumbro un destello de su trauma interior. Cicatrices vistas desde lejos, pero lo suficientemente feas y retorcidas como para desencadenar un momento de dolor compasivo.

—Tuve a Ilarion —dice suavemente—. Él me facilitó las cosas.

Es la primera cosa que dice que la hace sentir humana. También es la primera vez que me doy cuenta de que su amor por Ilarion es mucho más profundo de lo que creía. Solo que está oculto tras un barniz de desinterés distante.

—Ojalá Celine estuviera aquí conmigo —admito. Por fin tenemos algo en común y voy a aprovecharlo—. A veces no me doy cuenta de lo mucho que me apoya, hasta que no está para hacerlo.

—Quizá eso sea bueno —sugiere Mila—. Depender de otras personas es una buena forma de salir… decepcionada.

Salir herida. Esas son las palabras que evitó decir. Y plantea la pregunta: ¿cuántas personas la han herido?

Suficiente para haber roto a la niña ingenua que solía jugar con muñecas, claramente.

Mila se aclara la garganta, una táctica obvia para cambiar de tema. —¿De verdad quieres que elija las flores?

—Yo... —me quedo mirando los girasoles. Son bonitos, pero una flor demasiado alegre para un funeral—. Tienes razón. Debería ser yo quien las eligiera.

Y entonces rompo a llorar.

Es un patrón con el que he estado lidiando en las últimas veinticuatro horas: Estoy bien, lidio con todo, y luego no. Ahora es peor porque estoy en público.

Unas cuantas cabezas giran en mi dirección, pero no puedo evitar que los sollozos temblorosos salgan a borbotones. El dique está roto y tengo suficiente experiencia para saber que intentar detener las lágrimas solo hará que salgan con más fuerza.

—*Blyat'* —oigo murmurar a Mila en voz baja mientras me conduce a un rincón apartado de la tienda.

Me sienta en una silla acolchada junto a una gran maceta de barro llena de lirios. —Probablemente todos piensen que estoy loca —murmuro una vez que Mila agota sus pañuelos.

—Oh, que se jodan —pone los ojos en blanco y se sienta a mi lado—. Preocuparse por lo que piensen los demás es una pérdida de tiempo.

La miro de reojo. La pregunta ha estado en la punta de mi lengua todo este tiempo, pero ahora me parece más apropiado hacerla. —Mila, ¿por qué estás aquí?

—¿Prefieres estar sola?

—No, quiero decir, ¿por qué saliste conmigo hoy? Ni siquiera te gusto.

—No me gusta nadie —dice, como si fuera un hecho evidente. En cierto modo, lo es—. Así que no te lo tomes como algo personal. Y en cuanto a por qué vine contigo hoy... —suspira—. Nadie debería estar solo en su dolor.

—¿Esa es tu manera de decir "mi hermano me obligó"? —adivino con una risa dolorida.

Sonríe. —Ambas cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo.

Me muerdo el interior de la mejilla y me pico las uñas al mismo tiempo. Todos mis hábitos nerviosos entran en juego a la vez. —Tu hermano sabe lo que hace, ¿verdad?

Ella asiente con la comprensión de la pregunta detrás de la pregunta. —Te preocupa que no pueda rescatar a tu hermana.

—Y mi padre —le recuerdo—. Quiero que vuelvan los dos.

Asiente de nuevo, su expresión vuelve a caer en la impasibilidad. —Si alguien puede recuperarlos, es Ilarion —Lo dice como si lo creyera. Eso hace que yo también lo crea.

Algo así.

Me paso una mano por la cara. —He estado repasando ese día una y otra vez en mi cabeza —susurro con voz ronca—. ¿Por qué se llevarían a Celine? Ella no tiene nada que ver con la

disputa que tengan con Ilarion.

—Sí, pero los Bellasio se enteraron de su compromiso. Ven a Celine como una moneda de cambio que pueden usar para controlar a Ilarion —explica.

Odio que tenga tanto sentido. —¿Y mi padre?

Su expresión sigue siendo difícil de leer, pero tengo la sensación de que intenta no disgustarme más. —No lo sé, Taylor —dice tras una larga pausa vacilante—. Quizá se lo llevaron como seguro. No puedo decir que sepa cuál es el plan de Benedict Bellasio.

Sacudo la cabeza. —Celine no puede haber sabido nada de todo esto. Los Bellasio, la disputa, nada de eso. Nunca se habría involucrado con Ilarion si lo hubiera sabido.

Mila levanta una ceja. —O quizá no conoces a tu hermana tan bien como crees.

—Sabes, me estoy hartando de que la gente me diga eso —espeto, poniéndome en pie de un salto —. A lo mejor son ustedes los que no nos conocen.

—De acuerdo —Mila me sigue con su mirada calculadora—. ¿Crees que conoces tan bien a tu hermana? Dime: ¿cómo reaccionará ante tu embarazo?

Mis manos revolotean hacia mi estómago automáticamente. —Yo... Eso... —respiro hondo—. Por lo que a mí respecta, Celine no tiene por qué saber quién es el padre de este bebé. Pero aun así se alegrará por mí.

Me siento como una imbécil por pensarlo, pero es el único camino que veo.

Mila asiente. —Hay cosas que no le cuentas a tu hermana. Quizá a ella también le pase lo mismo. Puedes conocer a una persona toda tu vida y aun así no conocerla realmente.

—¿Quién te ha hecho daño? —la pregunta sale volando de mi boca antes de que mi cerebro pueda siquiera registrarla.

Espero que evite responder, pero me mira fijamente a los ojos. —Mi madre fue la primera. Mi padre fue el segundo y el último. La única persona que siempre me ha apoyado es Ilarion. Por eso sé que recuperará a tu hermana. Todo lo que mi hermano hace, lo hace por la familia. Por su Bratva. Y no deja que las emociones se interpongan en lo que sabe que debe hacer —suspira y se levanta—. Sé que es duro, pero tienes que elegir las flores para el funeral de tu madre. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Algo me atormenta el cerebro mientras sigo a Mila hasta la entrada de la tienda. *No deja que las emociones se interpongan en lo que sabe que debe hacer*. Mila podría pensar que es una característica positiva.

Pero me da mucho miedo.

—¿Y bien? —dice Mila cuando estamos frente a la florista—. ¿Qué vas a escoger?

—Quiero amarillo —le digo a la señora del mostrador—. Girasoles amarillos. Tantos como tenga.

—¿Amarillo? —la florista me mira, un poco insegura—. ¿Está segura, señora? La gente suele

elegir el blanco para los funerales.

Por cómo me siento ahora mismo, estaría recogiendo flores negras podridas si pudiera encontrarlas. Pero esto no se trata de mí o de lo que yo quiero. Se trata de lo que mi madre hubiera querido.

Y quería irse.

Lo menos que puedo hacer es que sus últimos momentos sobre la tierra sean un poco más brillantes.

ILARION

Estoy en el gimnasio haciendo pesas cuando Dima me encuentra.

Va vestido con una sudadera negra desaliñada y unos vaqueros cortos rotos que le llegan justo por encima de las rodillas. —¿Qué demonios llevas puesto? —me burlo, mirando su ropa con desagrado mientras preparo las pesas.

—Bésame el culo, hombre. Estaba encubierto.

—¿Cómo qué? ¿Un idiota deportista de instituto con el coeficiente intelectual de un niño de cinco años?

Dima pone los ojos oscuros en blanco y se sienta en el banco de enfrente. —¿Quieres saber lo que he averiguado o no?

—Bien.

Se levanta las mangas y cruje los nudillos al empezar su informe. —Mi información sugiere que están siendo retenidos en lugares separados. Tengo una pista que está cerca de descifrarse. Solo tengo que encontrar el incentivo adecuado para hacerla hablar.

—Los puños suelen funcionar.

—Se cazan más moscas con miel que con vinagre —dice Dima, pasándose la mano por el corte de pelo.

—Tenía un *vor* que solía decir eso. Ahora está muerto.

Dima pica un hilo deshilachado en el banco. —No te preocupes; usaré mis puños si es necesario. El tipo es débil. Está a punto de cantar como la gorda, y cuando lo haga, podré entregarte tanto a Celine como a Archie.

—Si hay que elegir...

—No te preocupes —obviamente se resiste a volver a poner los ojos en blanco—. Sé cuál elegir.

—Bien —cargo cien kilos más en la barra y me pongo en posición para otra serie. Me tiemblan y me arden los brazos, pero sé mejor que nadie que el dolor es una perra hambrienta. Si te rindes ante él, solo te pide más y más, hasta que no te queda nada que dar ni nada que mostrar por tu esfuerzo.

Ignoras el dolor. Nunca lo alimentas.

La lujuria es exactamente lo mismo.

Dima me observa con expresión agria. —No hace falta que presumas. Lo entendemos. Eres fuerte —suspira y se rasca la nuca—. Por cierto, ¿cómo van las cosas por aquí?

Me tenso y me siento, abandonando por completo las pesas. —Mila está ayudando a Taylor a planear el funeral de su madre.

Hace un gesto de dolor. —Joder. ¿Fiona está muerta?

—Se me olvida lo mucho que te pierdes cuando vas de encubierto —musito—. Murió ayer. Se perforó la carótida después de arrancarme una promesa en su lecho de muerte.

—Cristo —maldice Dima. Sus ojos se abren de par en par—. ¿Cuál era la promesa?

—Que cuidaría de su hija.

—¿Sí? ¿De cuál? —entrecierro los ojos y él me dedica una sonrisa de disculpa—. Vamos, hermano, he visto cómo miras a Taylor.

Eso me molesta, porque no la miro de ninguna manera específica. De hecho, evito mirarla.

—Dime: ¿cómo la "miro"? —exclamo.

—Como un hombre que odia el hecho de no poder *dejar* de mirarla —se encoge de hombros—. Los vi a los dos en el pasillo hablando durante la fiesta de compromiso.

—¿Y? —digo—. Fue una pequeña charla.

—Hermano —Dima me reprende—, no parecía una pequeña charla. Parecía una discusión en toda regla entre dos...

—¿Dos qué?

—Bueno... dos amantes —explica—. Y, solo un aviso, no fui el único que se fijó. Celine estaba mirando cuando me acerqué a ella. Intenté hablar con ella, apartar su atención de ti, pero estaba definitivamente... *distraída*.

—¿Quién estaba distraída? —pregunta Mila, entrando. Se detiene en seco al ver a Dima—. ¡Dima! —grita, volando hacia él y arrojándose a sus brazos.

La coge en un abrazo de oso y le da un beso en la mejilla. —¿Has estado ocupada mientras yo no estaba?

—Supongo —dice, soltándolo y sentándose en el banco de al lado—. El jefe me asignó trabajo aburrido. Creo que es la primera vez en mi vida que tengo que fingir que me importan las flores. Salió como esperaba.

—He oído lo del funeral —dice Dima, volviéndose hacia mí—. ¿Cuándo va a ser?

—Mañana —respondo—. Ya se han hecho los arreglos.

—¿Vas a hacerlo sin Celine? —pregunta Dima. Suena tan incrédulo como parece.

—Fue decisión de Taylor —levanto las manos en defensa propia—. Al parecer, Fiona quería ser enterrada lo antes posible tras su muerte. Le dije que podíamos mantenerla en hielo, esperar a que pasara. Ella se negó. Vocalmente.

Observo a Mila, esperando a que me dé más información sobre el día que pasaron juntas, pero no me dice nada sobre la excursión.

—¿Qué averiguaste? —pregunta, chocando los hombros con Dima.

—Nada todavía, pero debería tener algo pronto.

Mila sacude la cabeza. —Por eso deberías haberme enviado a mí. Celine habría estado aquí para el funeral.

Dima se burla. —Por favor, ¿te crees mejor que yo?

—Sin duda —dice Mila, su sonrisa sale un poco más fácil ahora que Dima está de vuelta—. Por cierto, ¿qué demonios llevas puesto? Pareces el modelo de un anuncio de *Di no a las drogas*.

—Caramba —murmura Dima, frunciendo el ceño—. Los hermanos Zakharov y sus exigentes estándares de moda. ¿Esto los hará felices a los dos? —se levanta y se saca la sudadera por encima de la cabeza.

Lleva una camiseta de tirantes blanca de algodón acanalado que deja ver sus musculosos brazos, y la sudadera con capucha atrapa momentáneamente el dobladillo y lo arrastra hasta su estómago. Pillo a Mila echándole una larga mirada antes de apartar la vista. No es la primera vez que la veo mirarlo, pero supongo que si “eso” no ha ocurrido en todo este tiempo, nunca ocurrirá.

Las cicatrices en el corazón de mi hermana podrían ser demasiado.

—Ahora pareces una rata callejera —murmura Mila, aunque sus mejillas están sonrojadas.

—No hay forma de hacerte feliz, ¿verdad?

—Algunas personas no están destinadas a ser felices —solo parte de su tono suena sarcástica—. De todos modos, ¿de qué estaban hablando antes de que entrara?

—Nada —suelto.

Dima me mira con las cejas levantadas.

—Aw, vamos, no pueden dejarme al margen —se queja Mila—. ¿Dima? Suéltalo.

—No importa —murmura y mira hacia otro lado, su versión de despedirla. Sabe leer la habitación mejor que mi hermana. Entre los dos, suele ser el que sabe cuándo dejar pasar las cosas.

—¿Tiene esto algo que ver con el bebé?

Dima parece sobresaltado. —¿Qué bebé?

Mila lo mira asombrada y luego me mira a mí. —¿No se lo has dicho?

—¿Decirme qué? —presiona Dima—. ¿Que hay un bebé del que no sé nada? ¿De quién?

¿Dónde? ¿De qué especie?

—Mío —gruño, recordando de repente por qué prefiero estar solo la mayoría de los días—. Taylor está embarazada.

Dima no hace más que parpadear durante un largo rato. —Perdona, ¿acabas de decir que Taylor está embarazada? ¿Taylor, como la hermana de Celine?

—Esa misma —dice Mila, con cara de estar disfrutando demasiado—. Hablando de hermanas, ¿eh?

—No tienes gracia —le gruño, antes de mirar a Dima—. Iba a decírtelo. Todavía lo estoy procesando.

—*Mieeeeerrdaaa* —gime Dima—. Esto es... grande.

—Eso es lo que sigo diciendo. También arruina todo el plan —Mila pone los ojos en blanco y suspira.

—No arruina nada —escupo—. Es un bache en el camino, eso es todo. Lo resolveré.

—¿Cómo? —Dima arquea una ceja muy escéptica—. Celine parece una chica de primera y todo, muy relajada, pero de ninguna manera estará de acuerdo con que tengas un bebé con su hermana.

—Maldición, si yo fuera Celine, te apuñalaría en el corazón —bromea Mila, mostrándome una sonrisa lobuna.

Aprieto los dientes. —Mi primera prioridad es recuperar a Celine. Del resto me ocuparé después.

—O, escucha esto —sugiere Dima—. Podrías casarte con Taylor en lugar de Celine.

—Puta mierda —refunfuño, poniéndome en pie. Siempre he sido de los que caminan para drenar el enfado, y ahora mismo estoy a punto de enfurecerme. Pero no tiene nada que ver con Dima o Mila. Se trata de todo el control que he logrado perder en cuestión de días—. Ni de coña.

—¿Por qué no? —insiste Dima—. Necesitas una esposa. El hecho de que sean hermanas es bastante conveniente. Tienes tu oportunidad *y* tu heredero. Es perfecto.

Mila suspira y sacude la cabeza. —Excepto por el hecho de que Taylor nunca estaría de acuerdo.

—¿Tiene que estarlo? —pregunta Dima en un tono inocente.

—Aunque ella estuviera dispuesta, yo no —insisto. Algo me da un tirón en el pecho cuando lo digo, pero lo ignoro rápidamente.

—¿Qué intentas demostrar, hermano mayor? —pregunta Mila con astucia.

La miro fijamente hasta que baja la mirada. —Celine es enseñable. Taylor no. Necesito una esposa que pueda hacer el trabajo, y Taylor es demasiado obstinada y combativa. Celine, en cambio... Será fácil de moldear.

Mila se retuerce de asco. Pero me importa un bledo su sensibilidad.

Necesito casarme con Celine porque ella es un medio para un fin. ¿Taylor, por otro lado? Ella

podría ser el comienzo de algo que nunca pedí en primer lugar.

Desastre.

TAYLOR

—¿Estás bien?

Le doy la espalda al hombre alto que ha hablado. Lo he visto al lado de Ilarion con bastante frecuencia. Vuelvo a mi hiperventilación, esperando que capte la indirecta y se marche.

En cambio, veo que su sombra se agranda a medida que se acerca a mí.

Me llevó algún tiempo encontrar este pequeño rincón de la iglesia. Está parcialmente oculto por altas columnas y escondido detrás del imponente arreglo de girasoles que encargué en Chapman's con la tarjeta de crédito de Ilarion. Aquí atrás olía a mamá, solo un tufillo fugaz, y me pareció el lugar perfecto para sentir pánico, llorar y derretirme sin que nadie me viera.

No me gusta que invada mi oasis.

No es que tenga la energía, o el oxígeno, para mandarle a la mierda.

—Respira con el diafragma —me dice. Odio lo suave y tranquilizadora que suena su voz—. Intenta ralentizar tus pensamientos.

Lo fulmino con la mirada desde mi posición encorvada. —Si... si pudiera... hacer eso... podría... *respirar*.

Sonríe plácidamente. Es guapo. No de la forma oscura, melancólica y confrontadora de Ilarion, sino más bien con un encanto juvenil. No es amenazador. Es accesible. Tengo la sensación de que el corte de pelo desteñido es una forma de dar a esos bonitos rasgos algo de garra, pero no estoy segura de que tenga el efecto deseado.

—Toma —dice, ofreciéndome algo en la mano—. Toma uno.

—No consumo drogas —le informo, haciendo caso omiso de la bolsita que lleva en la palma de la mano.

—Tú te lo pierdes —dice—. Pero por cierto, no son drogas. No del tipo dañino, al menos.

Me enderezo lentamente y echo otro vistazo a su palma. En una inspección más cercana, parecen ser... —¿Son caramelos de café?

Asiente. —*Iriski*. Los hacen especialmente en una pequeña cafetería de Kazán. Son caramelos de café con un centro de chocolate. Tienes que trabajar para llegar al chocolate, pero déjame decirte

que vale la pena.

Lo miro con desconfianza. —No están adulterados ni nada, ¿verdad?

Retrocede horrorizado. —¿Parezco el tipo de persona que haría una cosa así?

—No. Lo siento —alargo la mano y cojo uno de los caramelos de su bolsa.

—No a todo el mundo le ofrezco un *iriski* de mi alijo personal, así que considérate afortunada —coge uno y se lo mete en la boca.

—Me disculparás si hoy no me considero afortunada.

Me mira y me dedica una sonrisa comprensiva. —Oye, lo entiendo. Querías a tu madre. No quieres tener que despedirte. Pero, ¿conoces ese dicho cursi?

—¿Cuál?

—Algo sobre despedidas difíciles y gente a la que quieres.

—Tengo suerte de tener a alguien que hace que decir adiós sea tan difícil.

Chasquea los dedos, satisfecho. —Ese mismo es. De Walt Whitman, creo. O tal vez Gandhi. No lo recuerdo.

—Es de *Winnie Pooh*.

—¿Lo es? Bueno, qué coño. Eso no suena tan sofisticado. ¿Seguro que no era Gandhi?

Una comisura de mis labios quiere esbozar una sonrisa, pero el resto de mi ser sigue apesadumbrado. —Sí. Mamá nos leía cuentos de *Winnie Pooh* cuando Celine y yo éramos niñas. Teníamos toda una colección. Aún está en el desván. Nunca tiraba nada.

—¿Sabes lo que me leía mi madre cuando era niño? —pregunta. Hace una pausa dramática antes de soltar el chiste—: La ley antidisturbios.

Pongo los ojos en blanco mientras me trago una carcajada. —Seguro que era una historia de nunca acabar.

Resopla. —No sabes ni la mitad. Tampoco se limitaba a leerme la cartilla. Tenía un bastón al que llamaba Horacio, y le gustaba decir que "Horacio iba a venir a visitarme" si no me portaba bien. Eso sí, su definición de "portarse bien" cambiaba cada día. Algunos días significaba que no podía ensuciar la casa. Otros días, era si no apretaba el tapón del cartón de leche a su gusto. Horacio dolía lo mismo de cualquier manera.

—¿Es esta tu manera de recordarme que tengo suerte de haber tenido a mi dulce y cariñosa madre que me leía libros de cuentos antes de dormir?

—Uf, me alegro de que lo entendieras. Me preocupaba haber sido demasiado sutil.

Finalmente, no puedo evitarlo: sonrío. Pero es de mala gana. —¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Dima.

—Dima —repito, desenvuelvo por fin el caramelo y me lo meto en la boca. El caramelo golpea

mis papilas gustativas como un subidón de adrenalina pura, y siento que mi cuerpo se anima por el subidón de azúcar—. ¿Mila te envió aquí?

—No, ¿por qué lo haría?

—Porque está cansada de ser mi niñera.

—Ninguno de nosotros es tu niñero —dice en un tono que es naturalmente y, dada su línea de trabajo, extrañamente compasivo—. Solo estamos... preocupándonos por ti.

—¿Por qué?

Eso lo hace retroceder. —Porque eres importante —lo dice como si yo ya lo supiera.

Chupo el caramelo y miro por encima del hombro de Dima. Pronto empezará el servicio. Veo gente entrando por las puertas. Esta mañana he informado a nuestra familia ampliada con la esperanza de que la mayoría no pudiera venir. Tenemos un montón de tíos, tías y primos en Denver que no podrán venir. Pero veo que el tío Peter y la tía Mónica entran en la iglesia con sus mejores galas de luto.

Debería salir a saludarlos. Pero es mucho más fácil estar aquí, chupando un caramelo detrás de un muro de girasoles, hablando con un extraño violento pero extrañamente reflexivo sobre libros de cuentos y madres muertas.

Es como si el mundo que siempre he conocido ya hubiera quedado atrás. Y nunca, nunca lo recuperaré.

Vuelvo a centrar mi atención en Dima. —¿Soy importante? Lo que realmente quieres decir es que mi bebé es importante. ¿Estoy en lo cierto?

Se limita a sonreír. —Me gustas, Taylor —dice simplemente—. Tienes ese *je ne sais quoi* que no admite tonterías que siempre he apreciado en una mujer.

—Entonces, deberías salir con Mila —bromeo a medias—. Esa mujer es la personificación de no admitir tonterías. Probablemente por ese palo gigante que tiene en el culo.

Resopla de risa, lo que atrae la atención de Mila. Está de pie al otro lado de los bancos, hablando con un tipo con traje y gafas oscuras. Un miembro del equipo de seguridad, sin duda.

Dima plancha su sonrisa y finge que no acaba de reírse en un funeral. —Es gracioso, ella dice lo mismo de ti.

—Acabo de perder a toda mi familia en el lapso de unas pocas horas. ¿Cuál es su excusa?

—Oh, ella también tiene algunas excusas trágicas —dice en un tono críptico.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero ella vuelve a mirar hacia nosotros y decido dejar la pregunta para más tarde. Miro hacia el otro lado de la iglesia para ver si veo a su hermano, pero estoy segura de que, si estuviera aquí, ya lo habría visto. Ilarion no es el tipo de hombre que puede pasar mucho tiempo sin llamar la atención.

—Ninguno de los dos tiene por qué estar aquí.

—Lo sé. Yo… —gime mientras sus pestañas se agitan como si estuviera llegando al orgasmo—.

Oh, sí ... Finalmente llegué al chocolate. ¿Ya llegaste?

Sacudo la cabeza. —Todavía no —me muevo en el mismo sitio durante un minuto antes de armarme de valor y volver a mirar a Dima—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Esa es una.

Pongo los ojos en blanco. —¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Esa es otra.

—Oh, por el amor de Dios, estoy tratando de preguntar quién eres.

—¿Quién soy? —repite como un loro.

—Sí, como... —hago un gesto con la mano—. En todo esto. ¿Quién eres para Ilarion?

—Su mano derecha, por supuesto —responde—. Y el colirio para los ojos, obviamente. Aunque estoy seguro de que has adivinado esa parte.

—¿Así que lo conoces desde hace tiempo?

—Desde que teníamos diecinueve años —arruga la cara, pensativo—. Así que... nueve años ya. Mierda. Estoy viejo.

Ignoro sus bromas. El hombre es constitucionalmente incapaz de hablar en serio. —¿Y crees que ama a mi hermana?

Lo observo lo bastante cerca para no perderme cómo se pone rígido cuando le hago la pregunta. Desde el otro lado de la iglesia, Mila nos lanza miradas interrogativas como si percibiera que nos adentramos en terreno peligroso, pero Dima no se da cuenta.

—Quiero decir, él le pidió que se casara con él. Creo que el amor está implícito.

—Podría pensarse —acepto adustamente—. Pero algo que dijo Mila el otro día me hizo pensar. Ella cree que su hermano no hace nada sin una razón. También cree que no deja que las emociones se interpongan en sus decisiones.

Dima no dice nada. Creo que empieza a darse cuenta de lo fino que es el hielo bajo nuestros pies.

—Un hombre así nunca se casaría impulsivamente. Y un compromiso después de solo dos meses... Parece fuera de carácter para él, ¿no te parece?

Dima se encoge de hombros. —Si crees en lo que dice *Winnie Pooh*, el amor es el tipo de cosa que te hace hacer cosas fuera de lo normal —dice—. Y a Ilarion no le gusta ser predecible.

Sacudo la cabeza. Reconozco una evasiva cuando la oigo. —¿Crees que soy idiota, Dima? —pregunto. Es directo, quizá incluso un poco grosero.

Pero también lo es tratar de eludir lo obvio.

Arquea la ceja, pero hay una sonrisa divertida bajo su sorpresa. —No, Taylor. A cada segundo que pasa, menos.

Asiento. —Bien. Entiendo por qué estás dispuesto a mentir por Ilarion. Aprecio la lealtad. Estás

protegiendo a tu familia. Solo recuerda: eso es exactamente lo que yo hago por la mía.

Respiro hondo y me preparo para enfrentar la música. No puedo esconderme para siempre, como se suele decir. —Gracias por el *iriski* —digo antes de salir de mi escondite.

De mala gana, me dirijo hacia el pequeño grupo de parientes Theron reunidos en torno al ataúd que contiene a mi madre. Es un ataúd cerrado, pero eso no ha impedido que la gente se acerque para darle el último saludo.

—¡Cariño! —dice la tía Mónica, viéndome primero cuando me acerco a ellos. Me agarra y me atrae hacia su cuerpo suave y expansivo—. Cariño, no sabíamos que el cáncer había avanzado tanto.

Asiento, odiando la mentira que me obligué a decir. —Fue muy repentino.

—¿Dónde está Celine? —pregunta el tío Peter—. ¿Y tu padre?

Y ahí está, la pregunta que he estado temiendo desde que recogí las malditas flores.

Que, ahora que las veo aquí en la capilla, son demasiado amarillas. —Celine está con Archie.

Me sobresalto al sentir una mano cálida que me aprieta el costado. Ilarion entra en nuestro círculo como si perteneciera a él. Como si *siempre* hubiera estado ahí. Mis tíos lo miran con los ojos muy abiertos, llenos de asombro.

No puedo culparlos exactamente. El hombre tiene una forma de comerse el ambiente de una habitación. Se hace más difícil respirar, más difícil moverse, más difícil hacer otra cosa que mirar boquiabierto.

—Siento interrumpir. Aún no nos conocemos —dice Ilarion, cogiendo primero la mano de mi tía y luego la de mi tío—. Soy Ilarion, el prometido de Celine.

—¡Oh! —la tía Mónica respira, sus ojos recorren a Ilarion con asombro—. Fiona me mencionó el compromiso la última vez que hablamos. Creo... ¿No fue el día del compromiso cuando me llamó? Oh, qué terrible para Celine, haber perdido a la querida Fiona tan pronto antes de poder verlos casados.

—Dijiste que Celine está con Archie —refunfuña impaciente el tío Peter, prescindiendo del cortés pésame—. ¿Dónde están?

—La muerte de Fiona fue repentina —explica Ilarion. Probablemente sea la única vez que agradezca su interrupción—. Archie... no lo tomó bien.

Tacha eso. Debería haberme consultado antes de tomar las riendas e inventarse cosas. —Así que Celine está en una clínica privada con él, tratando de calmarlo en este día tan difícil. Estoy aquí representando a Celine. Y por supuesto, para apoyar a Taylor —me hace un gesto con la cabeza, incorporándome como una ocurrencia tardía.

El tío Peter se aclara la garganta bruscamente. —Claro. Sí, claro. Lo siento, Taylor. Esto no puede ser fácil para ti.

—No —digo, mirando a Ilarion—. No lo es. Yo…

—Si me disculpan —dice Ilarion bruscamente—. Tengo que ir a hablar con el sacerdote antes de que empiece el servicio. Ha sido un placer conocerlos. Ojalá hubiera sido en circunstancias más felices.

Se da la vuelta y se aleja, llevándose consigo esa presencia que todo lo consume.

¿Lo más chocante de todo?

La verdad es que me decepciona que se vaya.

TAYLOR

Una extraña sensación de entumecimiento me invade cuando veo cómo bajan el ataúd a tierra.

Casi dejo de sentir. Me concentro en el persistente dulzor del *iriski* en mi boca y el rico aroma de Ilarion en mis fosas nasales.

No es que esté cerca de mí.

Se ha apostado en el lado opuesto del enorme abismo de tierra. Parece estratégico, deliberado, aunque no sé si lo que pretende es que lo mire o que me sienta sola. En cualquier caso, funciona.

Mila y Dima me flanquean a ambos lados. Podría ser conmovedor, si no fuera porque sé que les ordenaron hacerlo.

No están aquí para consolarme.

Están aquí para vigilarme.

En el momento en que el ataúd se posa en la tierra profunda, me doy la vuelta y me alejo. Noto que todos se quedan boquiabiertos, pero, para mi sorpresa, nadie me detiene.

Encuentro un lugar bajo un sauce llorón rodeado de anillos concéntricos de lápidas erosionadas. Me siento en el mullido lecho de hierba y leo la inscripción más cercana.

Maya Crane. Amada esposa de Thomas Crane. Madre devota de Daisy y Henry Crane.

Tenía cuarenta y dos años cuando murió. Incluso más joven que mamá.

Me sorprende lo extraño que es que embellezcamos los cementerios. No puede ser por los muertos por lo que cuidamos la hierba y regamos las flores, ¿verdad? Quiero decir, obviamente ellos no están para apreciarlo. Tiene que ser para nosotros, entonces. Para los vivos. Los que quedamos atrás.

Me pregunto qué robó a Maya de su familia. ¿Un accidente? ¿Una enfermedad? ¿El destino? ¿En el lugar equivocado en la fiesta de compromiso equivocada?

Me río amargamente en voz baja. Mi madre no lleva más de dos minutos bajo tierra y ya estoy haciendo bromas de mal gusto. A lo mejor *estoy* mal de la cabeza.

Levanto la vista y veo que Ilarion me observa desde lejos. Se da la vuelta cuando capto su

mirada. Vuelvo a sentir el escozor que sentí cuando me rozó en la tumba y siguió caminando hacia el otro lado.

No sé por qué esperaba que se pusiera a mi lado. No debería esperar nada de él.

Si está aquí por alguna razón, es por Celine. No por mí.

Necesito seguir recordándomelo. Seguir presionando ese hematoma emocional hasta que por fin, ojalá, deje de doler.

—¿Taylor, cariño?

Levanto la vista y entrecierro los ojos. —¿Tía Marianne? Dios mío.

Me pongo en pie con dificultad cuando me detiene. —No te molestes. Me sentaré contigo —dice con un gesto de los dedos y se deja caer pesadamente sobre la hierba a mi lado.

Me coge de la mano en cuanto se sienta y respira hondo. —Siento haberme perdido la misa. Cogí un avión en cuanto recibí tu mensaje, pero...

—Está bien —me siento como una perra por esperar que nadie apareciera. Esa fui yo siendo increíblemente egoísta—. Siento que fuera tan de última hora.

—Las cosas terribles nunca son oportunas, ¿verdad? —golpea suavemente su hombro contra el mío.

Trago saliva. No tiene ni idea.

—No puedo creer que cruzaras el país volando para estar aquí de un momento a otro.

Suspira y las líneas de dolor consumen su rostro. —No debería decir esto, pero ahora está muerta, así que diré lo que me salga del culo: Fiona siempre fue mi hermana favorita.

Casi resoplo ante la repentina e inesperada palabrota de mi, por lo demás, santa tía. En lugar de eso, le dedico una cálida sonrisa. —Lo sé. Y no debería decir esto, pero eras la suya.

Me da una palmadita en la mano mientras una lágrima resbala por su mejilla. —Mónica no es tan mala, ¿sabes? Solo es quisquillosa. Demasiado seria con todo. Pero tu madre sabía cómo divertirse incluso cuando la vida era una mierda. Y la vida fue una mierda para ella los últimos años.

Me escuecen los ojos con lágrimas frescas. Creía que ya se me habían pasado, pero supongo que no. No estoy segura de si lloro porque la tía Marianne sabe exactamente cuánto me han dolido estos últimos años o porque, cuando cierro los ojos, su perfume huele igual que el de mamá.

No deja de darme palmaditas en la mano. Es como si intentara recordarme que no estoy sola. —Entonces —dice—, ¿ese es el hombre de Celine?

Miro en la dirección en que ella mira y veo a Ilarion hablando con unos primos de mamá. Nunca fuimos muy amigos de ninguno de ellos, pero viven en el estado, así que no podían evitar venir.

—Así es —digo de mala gana.

—Me dijo que era guapo, pero la verdad es que no me esperaba... bueno, *eso*.

—¿Mamá te dijo eso?

—No, Celine lo hizo —dice la tía Marianne—. Hablamos cada semana, más o menos. Y tu madre y yo hablamos, hablábamos, más bien, casi todos los días. Por eso supe que algo iba mal incluso antes de recibir tu mensaje.

Parpadeo y dos gruesas lágrimas resbalan por mis mejillas. Me las seco apresuradamente y me concentro en la forma en que la mano de tía Marianne me mantiene anclada a la realidad.

—¿Qué más te dijo? —pregunto—. Sobre Ilarion, quiero decir.

—Muchas cosas —admite Marianne—. Pero sobre todo le preocupaba que no lo entendieras.

—¿Entendiera qué?

—Por qué quería casarse con él. Por qué se apresuraba a casarse —hago una doble toma, sorprendida—. ¿Ella te dijo eso?

Marianne asiente. —Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que realmente estaba enamorada de él. Sabía que a ti no te gustaría, que tu padre lo odiaría, y lo hizo de todos modos. Fue la primera vez que tomó una decisión por sí misma, sin importarle cómo se sintieran los demás. Creo que Fiona también se dio cuenta de eso.

Escucho atentamente, pero lo que oigo son las palabras entre las palabras. *Celine lo hizo*... Se lo dijo a todos menos a mí, parece. Es un dolor para el que no estaba preparada.

—Yo... —me detengo cuando mis ojos se posan en Ilarion. Ahora está hablando con Dima, pero sus ojos parpadean hacia mí de vez en cuando, casi como si supiera que estamos hablando de él —. ¿Y si...?

—¿Y si qué? —pregunta Marianne.

Aparto los ojos de Ilarion y la miro. Sus rasgos son parecidos a los de mamá, pero mientras ella era delgada, Marianne es más grande, más redonda, hecha para los abrazos. Tiene canas en las sienes y el pelo ralo, y eso me recuerda que nada en la vida es constante. Nada está garantizado.

Tengo una imagen congelada de ella en mi mente de hace unos diez años. Marianne y mamá, ambas tiradas sobre el césped en una manta de picnic, riéndose de su terrible perro de la infancia mientras Celine y yo dábamos patadas a una pelota a su lado.

Ambas parecían tan jóvenes. Había tenido la sensación de que seguirían para siempre. Necesitaba que duraran para siempre. Porque un mundo sin mi hermosa madre, un mundo sin mi intrépida tía, no era un mundo seguro. No estaba segura de querer formar parte de él si ellas no estaban.

Ahora que me obligan a elegir, sigo sin estar segura de lo que quiero.

—¿Cariño?

—Lo siento —murmuro, dándome cuenta de que me he vuelto a aturdir.

—¿Algo te preocupa de él?

Hay tantas cosas que podría decirle que le harían entender lo que pasa. Pero no hay razón para

arrastrarla a algo que no podrá arreglar. Y esto está más allá del poder de un abrazo de la tía Marianne para remediarlo.

—Yo solo... estoy preocupada por Celine. No quiero que cometa un error. No quiero que salga lastimada.

La tía Marianne vuelve a darme palmaditas en la mano. —Hay dos maneras de verlo, si quieres la opinión de esta vieja tonta —comenta—. La primera es que podrías estar equivocada y Celine podría saber realmente lo que es mejor para ella en esta situación.

Suspiro. —¿Y la segunda?

—Que podrías tener razón, y Celine está cometiendo un error. En cuyo caso, es un error que tendrá que cometer y aprender de él. No se puede obligar a nadie a ver la luz, cariño. Y menos cuando se trata de amor.

—Pero...

—¿Te acuerdas de Ronny?

Levanto las cejas. Hacía años que no oía ese nombre. —¿Tu ex-marido?

Ella asiente. —Ese mismo. Tenía treinta y siete años cuando lo conocí, y supongo que me preocupaba que si no me casaba en ese momento, nunca lo haría. Así que me casé con él.

—Lo recuerdo. Celine y yo éramos las niñas de las flores.

Sonríe con cariño al recordarlo. —Lo que probablemente no sepas es que tanto Mónica como Fiona me dijeron que no lo hiciera. Prácticamente me lo exigieron. Tu madre estuvo a punto de encerrarme en un armario hasta que pasara la fecha de la boda.

—¿En serio? —esto es nuevo para mí.

—Mónica pensaba que era inestable, y tu madre pensaba que no era lo suficientemente bueno para mí. Ambas intentaron disuadirme. Pero les dije que les demostraría que estaban equivocadas. Resultó que ambas tenían razón. Acabé siendo una divorciada de cuarenta años sin nada más que una cuenta bancaria vacía y tres años de orgasmos fingidos —se ríe a carcajadas, esa carcajada que llena toda la habitación y que hace tan bien como cualquiera en la Tierra, aparte de mi propia madre—. Pero tampoco me arrepiento, porque reconocí que no habría escuchado a nadie en ese momento. La única forma en que habría sabido que era un error era cometiendo el maldito error. Era mi vida y estaba en mi derecho.

Exhalo cansada y vuelvo a mirar a Ilarion. Deseo desesperadamente contarle a mi tía lo del bebé, pero sé que no podré retractarme una vez lo haga.

Así que me siento allí miserablemente, con los brazos enlazados con el último vestigio vivo de la risa de mi madre, bebiendo en su nostálgico aroma y decidiendo que tal vez los girasoles eran la elección correcta después de todo.

—Tengo miedo, tía Marianne.

—Lo sé —dice, con más lágrimas resbalando por sus mejillas—. Llevo cincuenta y tantos años sin vivir en un mundo sin tu madre. Eso también me asusta.

—Ella quería morir —fuerzo las palabras. Una parte de mí espera que no capte todo su significado. Parte de mí espera que lo haga, solo para no tener que soportar esto sola.

Marianne suspira. —Eso también lo sé. Pero aquí se aplica el mismo principio, cariño: su vida, su elección.

—Sin embargo, no puede retractarse de esta.

—No —asiente Marianne, rodeándome el hombro con un brazo y atrayéndome hacia su calor—. Pero si sirve de algo... no creo que quisiera hacerlo.

ILARION

HAGO QUE DIMA Y MILA LLEVEN A TAYLOR DE VUELTA AL DIAMANTE DESPUÉS DEL FUNERAL.

Luego paso las siguientes veinticuatro horas lanzándome a nuevas pistas, estrategias y tramas de venganza para diezmar a la mafia de Bellasio.

Todos son objetivos bonitos, pero consiguen mantenerme distraído poco tiempo. Dima está de vuelta a su trabajo encubierto, así que no tendré información sólida hasta que vuelva. Y Mila desapareció poco después de que volviéramos del funeral, así que no puedo conseguir que haga mi trabajo sucio.

Que, en este caso, sería ver cómo está Taylor.

Suspiro y me dirijo hacia la habitación de Taylor. Técnicamente, es *mi* habitación. Pero desde que cometí el error de meterla allí, duermo en uno de los dormitorios de invitados de abajo.

Me siento bien en un espacio que me resulta familiar. Mi colección de armas antiguas cuelga en la esquina más alejada de la habitación, y la luz del sol que entra por la ventana las ilumina.

Ahora que lo pienso, puede que alojar a Taylor en una habitación con libre acceso a las armas no haya sido la mejor idea. No es que ninguna de las armas expuestas esté lista para la batalla, pero pueden hacer daño con la fuerza adecuada.

Pero, en cuanto entro en la habitación, me doy cuenta de que Taylor no está de humor para peleas.

Está tumbada en la cama, con los brazos ocultando su cara mientras solloza entre las sábanas. Debería anunciarme, pues ella no tiene ni idea de que estoy aquí, pero no se me ocurre qué decir.

Me acerco y observo cómo sus sollozos recorren su cuerpo. La última vez que vi a alguien llorar así, le hice una pregunta que cambió el curso de nuestras vidas.

No volveré a cometer ese error. —¿Taylor?

Se levanta de un tirón y las lágrimas caen por sus mejillas. —¿Qué haces aquí? —balbucea, mirando hacia la puerta.

—Vine a ver cómo estabas.

—Oh, ¿ahora te preocupas por mí? —se ríe con amargura—. Eso es nuevo.

—Me preocupa la salud del bebé.

Mentiroso.

Bueno, quizá no sea del todo mentira. Pero no es toda la verdad.

Se deja caer de espaldas contra una almohada y se limpia apresuradamente los ojos. —No te preocupes. El bebé está bien. Misión cumplida. Ya puedes irte.

Debería hacer exactamente eso. Ya he cumplido con mi deber de verla. Pero, por alguna razón, me acerco a su cama. —Lo siento, por cierto. Por lo de Fiona.

Eso la coge por sorpresa. —Yo... Gracias —dice, pareciendo pensar mejor el chiste que estaba a punto de hacer a costa mía—. El funeral fue... Fue realmente hermoso. ¿Cuánto te debemos? No puedo pagarte inmediatamente, pero me aseguraré de que lleguemos a algún acuerdo.

—Eso no es necesario. No quiero que me paguen.

Ella me estrecha los ojos. —No quiero tu caridad.

—No es caridad. Lo hice por Celine.

Se estremece. O tal vez tiembla; no estoy seguro. En cualquier caso, no parece estar cómoda. Una lágrima se desliza por su mejilla, pero no tarda en enjugársela.

—Bien. ¿Has oído algo? —pregunta—. ¿Sobre Celine? ¿Papá?

—Estamos cerca de localizarlos.

Ella sacude la cabeza. —Deberían haber estado presentes hoy —todo su cuerpo se desploma cuando suspira. Parece tan delicada y agotada, y me molesta más de lo que me permito admitir —. Deberían haber estado allí para enterrarla conmigo.

—Lo sé.

—Tuve que mentirle a todo el mundo —suelta, mirándome de repente—. Con algunos fue fácil. Pero tuve que mirar a mi tía Marianne a los ojos y contarle la mentira que te inventaste para explicar su ausencia.

—Era una mentira necesaria —me siento como si estuviera regañando a una niña. Sería más fácil si no actuara como tal. Agotada o no, afligida o no, espero que al menos vea el sentido de la estrategia—. No tiene sentido involucrar a más gente en esto. Solo los pone en peligro.

—No me sermonees; sé por qué tuve que hacerlo. Eso no significa que tuviera que gustarme.

Sustituyo mis ganas de poner los ojos en blanco por un fuerte suspiro. —Si lo entiendes, ¿por qué estamos debatiéndolo?

Me mira con recelo, recordándome exactamente por qué no puedo intercambiar a las dos hermanas. Taylor nunca sería capaz de asimilarse a mi mundo. Celine, en cambio, encajará en cualquier caja en la que decida encerrarla.

Cojo un pañuelo de la mesilla y se lo doy. Lo coge a regañadientes, pero en lugar de secarse los ojos, juega con una esquina del pañuelo hasta que los hilos empiezan a deshilacharse.

—Mila mencionó que perdiste a tu madre joven —dice de repente—. ¿La recuerdas?

Me pregunto qué le habrá dicho exactamente Mila. Me sorprende que haya dicho algo. Desprecia hablar de nuestros padres. —Sí, la recuerdo —asiento una vez. Los recuerdos no merecen nada más.

—¿Entiendes lo que siento ahora mismo?

—Si es alivio, entonces sí.

—¿*Alivio*? —me mira boquiabierta—. ¿*Eso* sentiste cuando murió tu madre?

—Fue desdichada durante mucho tiempo —admito, dándome cuenta incluso mientras lo digo de que ninguna explicación puede transmitir adecuadamente lo que sentí cuando su guerra interna llegó por fin a su inevitable conclusión. Lo que viví justo antes de que eso ocurriera tampoco se puede explicar con una simple historia—. Estaba deprimida, entre otras cosas. Fue más fácil verla morir que verla vivir.

Espero enfrentarme a la repugnancia y el juicio. Después de todo, ¿cómo puedo esperar que alguien como Taylor, alguien que realmente ama a sus padres, entienda lo que yo sentía por los míos?

Pero, en lugar de juzgarme, veo cómo arruga la frente... —Supongo que tiene sentido —puede que sea la primera persona que me dice eso.

—Ah, ¿sí?

Me mira, con expresión distante pero pensativa. —Reconociste algo en mamá, ¿verdad? —pregunta—. Algo que viste en tu propia madre.

Siento que las piernas se me doblan por las rodillas y, en contra de mi buen juicio, me encuentro sentado en el borde de su cama. Ella no se aparta de mí. Se limita a observarme con una cansada sensación de curiosidad.

—Fiona estaba lista para irse, Taylor. Ha estado preparada desde hace tiempo. Creo que la bala le dio permiso para decir algo que había estado esperando muchos meses para decir.

Le tiembla el labio inferior. —Es extraño. Sigo desenterrando todos esos viejos recuerdos que ni siquiera sabía que tenía. Es casi como... la forma que tiene la naturaleza humana de distraerme del hecho de que no habrá nuevos recuerdos —Tropieza con las últimas palabras y hunde la cara en la palma de la mano—. No me jodas. Parece que no puedo dejar de llorar.

—Entonces, llora —le digo—. Llora hasta que se te acaben las lágrimas.

—Probablemente deberías, irte entonces —dice—. Dudo que quieras verme llorar con ganas.

—Demasiado tarde.

Resopla entre lágrimas. —Imbécil.

Me río un instante antes de controlarme y cortarlo de un golpe. A decir verdad, debería largarme de aquí de inmediato. Las alarmas se encienden en mi cabeza.

Pero son más fáciles de ignorar ante esos ojos avellana manchados de lágrimas. —Háblame de ella —murmuro.

—Mamá —suspira, sonriendo a través de su dolor—. ¿Por dónde empezar? Tengo tantas cosas para elegir.

—Dime la primera que se te pase por la cabeza.

Empieza a hablar de inmediato, como si la reserva de recuerdos almacenada en su cabeza hubiera estado esperando una excusa para estallar. —Cuando tenía unos ocho años, cogí una neumonía. Fue bastante grave y tuve que estar hospitalizada una semana. Cuando me dieron el alta, estaba tan débil que tuve que guardar reposo. Así que mamá decidió que haría un mural para mí —sonríe un poco más—. Todas las mañanas traía botes nuevos de pintura y, al anochecer, había una nueva historia extendida por una parte de mi pared. Cantaba mientras pintaba. Mal, pero me hacía reír. También se inventaba historias. Algunas de ellas incluso se subieron al mural. Llegué a amar esos días en cama. Cuando papá se iba a trabajar y Celine a la escuela, nos quedábamos solo mamá y yo, inventando historias que ella podía pintar, cantando desafinadamente, viviendo de comida chatarra y risa —sus ojos se cruzan con los míos—. Tengo esta... sensación —dice. Su voz se suaviza de repente y su rostro decae—. Esta sensación de que ya no hay nada que me mantenga entera. Que si me caigo, no habrá nada que me atrape.

Las palabras se me escapan de la garganta antes de poder darme cuenta de lo estúpidas que son.

—Yo te atraparé, *tigrionok*.

Mierda. ¿Le acabo de decir eso a mi futura cuñada?

Sus ojos vacilan, pero no aparta la mirada. No parece que quiera. Su aliento me hace cosquillas en la punta de la nariz. Avellanas y vainilla. Está lo bastante cerca para que pueda trazar el contorno de sus labios.

Mientras la observo, se separan ligeramente. La pequeña franja de negrura entre sus labios es el borde de un precipicio por el que no puedo dejarme caer bajo ninguna circunstancia.

Así que cuando hago exactamente eso, cuando mis labios rozan los suyos, ni siquiera sé a quién culpar. Si fue ella la que me empujó al precipicio o si fui yo. Ni siquiera estoy seguro de que importe.

No cuando me doy cuenta de que quemaría el mundo entero por un solo beso.

ILARION

Ella es la que se aleja.

Sus ojos siguen llenos de lágrimas, pero ahora sospecho que el motivo es otro. —¿Qué haces? —grazna, con la voz ahogada por la culpa.

Me pongo en pie, analizando su expresión con la precisión de la cuchilla de un forense. El instinto me dice que el beso fue culpa de los dos. Ella está vulnerable. Y yo...

Quiero decir que no se trató de nada más que de sus labios, pero siento que la verdad se hace cada vez más evidente en mi cabeza.

Hay algo en esta mujer que me atrajo desde el primer momento en que la vi. Es *ella*. Fuerza y vulnerabilidad a la vez. Lucha en un momento y se derrumba en el siguiente. Feroz y ferozmente leal al mismo tiempo.

El hecho de que sea guapa me parece algo secundario. La guinda del pastel, como se suele decir.

La desesperación hierve en sus ojos. Su propia culpa le grita: *Cúlpalo a él; todo esto es culpa suya*. Y, si fuera un mejor hombre, se lo permitiría.

Pero si fuera mejor hombre, toda esta situación sería mil veces menos jodida.

—Nada que no hayas pedido —gruño en respuesta a su pregunta.

Se encoge, pero no se queda encorvada en su retroceso. Otra vez ese equilibrio. —Estás comprometido con mi *hermana*.

—Un hecho del que tú eres igual de consciente.

Ella aspira, indignada. —¡No se trata de mí! —se levanta y me rodea con los ojos encendidos, mi pequeña *tigrionok* al acecho—. Sabía desde el principio que tus sentimientos por ella no eran reales.

—¿Besarme fue solo una forma de probar tus sospechas, entonces?

—Yo... eso no es... ¡eres un tramposo! —grita. Busca desesperadamente una excusa y ambos lo sabemos—. No sé por qué te casas con Cee, pero sé que no es por las razones correctas.

Sus instintos son más agudos de lo que jamás podría comprender, pero el futuro de mi Bratva

depende de manipularla hasta la sumisión. Como dije, un hombre mejor no tendría que hacer las cosas que estoy haciendo.

Pero llevo tanto tiempo pecando que no conozco otra forma de vivir.

—¿Y cuáles son *tus* razones, Taylor? —pregunto—. Dices querer a tu hermana. Dices querer protegerla. Entonces, ¿por qué sigo sintiendo la forma en que me devolviste el beso?

Sus ojos se abren de par en par. —Yo no...

—Quizá es porque quieres lo que tiene tu hermana —gruño, cortándola—. Tal vez es porque siempre has querido lo que Celine tenía. Ella tenía razón sobre ti.

Eso la detiene en seco. Todo su cuerpo tiembla. No quiere expresar su pregunta, pero sé que no podrá contenerse.

De hecho, cuento con eso. —¿De qué estás hablando?

—¿Crees que Celine no me ha contado cosas? —musito—. Sé más de ti de lo que crees, Taylor Marie Theron. Y sé que, aunque te guste hacerte la inocente, no eres más que una zorra conspiradora que intenta robarle el hombre a tu hermana —me encuentro con su mirada horrorizada y suelto la última bomba—. *Otra vez.*

Algo muere en ella. Por un momento, me pregunto si fui demasiado lejos. Si la rompí irreparablemente. Me doy vuelta para marcharme justo después de ver caer la primera lágrima fresca.

Ya es bastante malo verla llorar.

Es peor saber que fui yo quien creó sus lágrimas.

ILARION

Acabo paseándome por su pasillo durante demasiado tiempo antes de abandonar la segunda planta por los jardines. No llevo la ropa adecuada, pero empiezo a trotar por los senderos. Sigo así hasta que he quemado toda la adrenalina que me envenena la sangre.

No sé lo que me hace. Estoy seguro de que no lo entiendo. Pero sea lo que sea, en su presencia, me convierto en un hombre débil incapaz de contener sus impulsos más bajos. Me convierto en un hombre demasiado sordo para escuchar su mejor juicio.

He pasado meses pensando en el plan perfecto, y que me aspen si lo quemo todo por una mujer. Cualquier mujer.

Incluso por ella.

Cuando mis pulmones agonizan, doy por terminada la carrera y vuelvo a casa.

Encuentro a Mila en la puerta de mi despacho, a punto de llamar.

—Pensé que estabas ahí —explica. Arruga la nariz cuando se fija en la camisa manchada de sudor—. ¿Por qué estás todo asqueroso?

—Salí a correr.

—¿Con esa ropa?

—¿Por qué estás aquí, Mila? —no tengo tiempo ni paciencia para más juegos—. ¿Ha descifrado Dima nuestra pista?

—No que yo sepa —dice—. Pero los de seguridad me acaban de informar de un problema en la entrada.

Me tenso de inmediato. —¿Los Bellasios?

—Los Bellasios, puedes manejarlos. Este problema... no estoy tan segura.

Se divierte demasiado. No estoy de humor para esto. —Corta el rollo y dime lo que has venido a decirme.

Ella reprime una sonrisa divertida. —Taylor está en la puerta principal, y tiene una bolsa preparada.

—Maldición... —aprieto un puño para no empezar a arrancarme el pelo—. Que seguridad la devuelva a su habitación.

—¿No vas a bajar? —antes de que pueda responder, ella comprende al mismo tiempo que la piedra de mis entrañas se hunde—. Ahh. Algo pasó entre ustedes dos.

—No ha pasado nada. Solo es terca y arrogante.

—Hm. Me recuerda a alguien que conozco.

Entrecierro los ojos. —Ve a ver a Dima. Yo me encargo de esto.

—Buena suerte.

Me dirijo directamente a la puerta de seguridad al final del camino de entrada. Al acercarme, veo a Taylor frente a cinco de mis hombres, de espaldas a mí y con una bolsa a sus pies. Han formado un semicírculo suelto a su alrededor, moviéndose incómodos en su sitio mientras se apresuran a coger armas que saben que no deben usar.

Taylor no se da cuenta de que me acerco. —...¡Esto es un secuestro! ¡Espero que se den cuenta! —grita—. ¡Puedo hacer que los arresten a todos!

—Puedes intentarlo.

Se da vuelta. Su cara se enciende con furia renovada. —*Tú*. Aléjate de mí.

Me detengo a unos metros para darle el espacio que quiere. —Vuelve a la casa, Taylor.

—En tus malditos sueños.

Miro por encima de su cabeza a mis hombres. —Descansen, caballeros. Pueden retirarse. Yo me encargo a partir de aquí.

Los hombres se marchan sin molestarse en ocultar su alivio, y me vuelvo hacia Taylor con impaciencia. —Entiendo por qué quieres irte. Y créeme, estoy contando los días para que eso ocurra. Pero no es hoy.

—Tengo un apartamento al que necesito volver.

—Sobrevivirá.

Aprieta los dientes. —No sé por qué me he quedado aquí tanto tiempo. Lo atribuyo al impacto. Estaba aturdida por lo que les pasó a Celine y a papá. Y luego... mamá —respira hondo—. Debería haberme ido ese mismo día. No tienes derecho a retenerme aquí.

—No hagas que esto sea desagradable —le advierto, dando un paso adelante. Ella retrocede, manteniendo la misma distancia entre nosotros. Un tango jodido entre dos personas que no deben estar cerca la una de la otra. Pero que, sin embargo, están atrapadas.

—¿Intentas decirme que soy una prisionera aquí?

—Estoy tratando de decirte que no es seguro para ti ahí fuera.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque llevas a mi bebé, y eso me concierne. Mientras estés embarazada, eso también *te* convierte en mi preocupación.

Mira a su alrededor, frustrada, con los hombros caídos. Está cansada, eso es obvio, pero no está en su naturaleza admitir la derrota.

Otra cosa que tenemos en común. —Nadie sabe que estoy embarazada.

—Es solo cuestión de tiempo.

—No lo es —argumenta—. Pero lo será si me quedo contigo.

Tiene razón, pero no estoy dispuesto a aceptarlo. La idea de verla alejarse de mi protección me parece antinatural. Como perder un miembro. Me digo a mí mismo que es por el hecho de que se irá con mi bebé, pero no estoy seguro de que esa sea la razón.

No puedo permitirme examinar otras posibilidades.

—Los Bellasio consiguieron no solo enterarse de mi compromiso con tu hermana en un tiempo récord, también atacaron mi domicilio particular para secuestrarla. No correré riesgos.

Mueve la cabeza con disgusto y resignación. —Entonces, ¿cuál es el plan?

—El plan es recuperar a tu hermana. Estoy trabajando en...

—No —interrumpe—, me refiero al plan a largo plazo. ¿Qué pasará cuando recuperes a mi hermana? Porque sé una cosa con seguridad: no puedes casarte con Celine y tener un bebé conmigo.

Empiezo a darme cuenta de lo mismo. Pero el imbécil testarudo que hay en mí se niega a aceptar que tiene que ser una cosa o la otra.

—¿Qué me estás preguntando realmente, *tigrionok*? —murmuro—. ¿Me estás pidiendo que deje a tu hermana por ti?

La ira brilla en sus ojos. —Vete a la mierda, bastardo egoísta. ¿Ya has olvidado la promesa que le hiciste a mi madre? Porque desde luego que yo no.

—Lo recuerdo.

—Bien —sisea—. Así que prefiero guardar este secreto a hacer infeliz a mi hermana.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Sé con certeza que lo que diga a continuación no me va a gustar. —¿Qué estás sugiriendo?

—Estaba convencida de que la única manera de seguir adelante era conseguir que mi hermana te dejara —admite—. Pero estaba convencida de que ella no sabía quién eras en realidad. Estaba segura de que lo que sentía por ti era capricho, no amor.

Espero con paciencia. El miedo se me agolpa en las tripas.

—Pero hablando con mi tía, me di cuenta de que Celine no se encapricha. No se enamora a menudo, pero cuando lo hace, lo hace con fuerza. Así que, si aceptó casarse contigo, es porque realmente te ama —me mira fijamente. Veo en tiempo real cómo el fuego de sus ojos se enfría y

se convierte en una densa tristeza—. No me malinterpretes: sigo pensando que está cometiendo un error. Pero es su vida y es su error. Así que no le pediré que te deje. No me interpondré en tu matrimonio. Y eso significa que este bebé tiene que ser mío, y solo mío.

Doy una zancada hacia ella, cubriendo la última distancia que nos separa. Esta vez no retrocede. Se mantiene firme y me mira fijamente con esos asombrosos ojos color avellana.

—Me estás pidiendo que abandone a mi hijo. Que finja que no soy el padre. Que entierre mi puta cabeza en la arena.

Me tiembla la voz de furia contenida ante la mera sugerencia.

¿Y lo peor? *Tiene razón.*

Tiene razón y lo sé. Aunque cada hueso de mi cuerpo me pide a gritos que eche gasolina en el plan que he elaborado con tanto esfuerzo durante los últimos meses, que lo deje todo a un lado y agarre a la exasperante mujer que tengo delante para terminar lo que empezamos en la cama esta noche...

Sé en el fondo de mi médula que no puedo.

—Eso es lo que te pido —acepta—. ¿Todavía vas a casarte con Celine?

Cierro los ojos y digo lo único que puedo decir—: Sí.

Ella asiente. —Entonces solo puedo ser tu cuñada, y este bebé solo puede ser tu sobrina o sobrino. No tu hijo. Ni mucho menos tu heredero.

Todo lo que dice tiene sentido. Demasiado sentido. Que es exactamente por lo que no me dirijo a ella. Le quito la bolsa del suelo y luego la agarro del brazo.

—¡Ay!

Lo ignoro igual que ignoro todas las razones por las que no debería estar haciendo esto mientras la arrastro por el camino de entrada y vuelvo a la casa.

—¡Para! —grita—. ¡Suéltame! —se escapa de mis manos y se gira hacia mí, con el pelo revuelto en una melena furiosa alrededor de la cabeza—. Puedo subir sola. Conozco el camino.

—Estarás aquí todo el tiempo que yo diga —gruño mientras me pongo delante de su cara—. ¿Entendido?

Me mira a los ojos durante un fugaz segundo. Veo tantas cosas escritas en su cara.

Miedo.

Asco.

Y lo peor de todo...

Esperanza.

Luego, asiente. —De acuerdo —coge su bolso y desaparece dentro de la casa.

Siento que pierdo rápidamente el control de la situación, pero al menos aceptó quedarse. Por el

momento, está bajo mi techo.

Mientras esté cerca, puedo encargarme del resto.

TAYLOR

Han pasado veinticuatro horas desde que salí de mi habitación.

He pasado parte de ese tiempo durmiendo, parte leyendo, pero la mayor parte observando las armas antiguas que se alinean frente a la cama. Hay un sable gigante de dos manos que me gusta especialmente. Tiene cien años de mellas y suciedad, pero la hoja parece bastante afilada. No sé mucho de armas, pero podría hacer algo de daño con él. ¿Qué tan difícil podría ser? Apunta con el extremo puntiagudo a la persona que no te gusta y balancéala, ¿no?

Celine se horrorizaría conmigo. Ni siquiera le gustan las películas demasiado sangrientas. Una vez pisé una mariposa por accidente cuando éramos pequeñas y lloró durante una semana.

Eso hace aún más cómico que se case con un hombre como Ilarion. Un hombre que cuelga hachas de batalla manchadas de sangre en sus paredes y que inspira a gente inocente como yo a soñar despierta con cometer actos violentos contra esa sonrisa petulante.

Cuando se abre la puerta, no me sorprende en absoluto ver a Mila en lugar de su hermano. Supongo que no tiene prisa por hablar conmigo desde nuestras “negociaciones” afuera.

Me parece bien.

Bajo las piernas de donde las tenía apoyadas en el respaldo del sofá y la miro con desinterés. —Dime, Mila: ¿alguna vez te ha molestado tener que seguir las órdenes de tu hermano como una lacaya amaestrada?

Se encoge de hombros. —Soy una lacaya. Solo que no muy bien amaestrada —luego se deja caer en el extremo opuesto del sofá, se quita los zapatos y levanta los pies—. No has estado comiendo.

Pongo los ojos en blanco. —Que te secuestren puede quitarte el apetito.

—Estás siendo protegida, no encarcelada.

—Es un buen argumento. Tu hermano y tú deberían plantearse dedicarse a la política.

—Solo porque no estés de acuerdo con ello no significa que no sea verdad. Llevas al heredero del imperio Zakharov. Eso no es poca cosa.

La forma en que lo dice me pone la piel de gallina. —Para —le digo, levantando una mano—. Mi bebé no es heredero de nada, ¿vale? Es *mi* bebé... Y, como Ilarion y Celine insisten en

casarse, los hijos que tengan juntos serán los herederos. Déjame a mí y a los míos fuera de esto.

Esperaba que mi tono enfadara a Mila (bueno, una parte de mí lo esperaba), pero en lugar de eso, se echa hacia atrás y me mira con curiosidad. —¿Qué te hizo decidir quedarte con el bebé?

Desconfío de que esté presionando para obtener información. —Mi decisión no tuvo nada que ver con Ilarion.

Mila levanta una ceja. —No estaba insinuando eso.

Siguen diciendo que no soy una prisionera ni un animal enjaulado, pero lo cierto es que me siento como uno u otro. Y me comporto como tal. Mi primera conversación tras un día de aislamiento autoimpuesto y estoy dispuesta a arremeter contra cualquiera que se acerque demasiado.

—Tengo veinte años —digo al fin—. Tener un bebé nunca se me pasó por la cabeza. Ni siquiera había pensado en tenerlo en el futuro. Pero entonces vi esas líneas en la prueba, y vi esta pequeña pepita en mi vientre cuando fui al médico, y... —levanto la vista y Mila me observa atentamente —. Y... no sé. Es difícil de explicar. Pero sentí una extraña necesidad instintiva de proteger a este pequeño alienígena. Sabía que no soportaría deshacerme de él, y si no podía hacerlo... conservarlo era la única opción.

Lo asimila todo con un solemne movimiento de cabeza. —¿Crees que serás una buena madre? — no es una pregunta insultante ni grosera. Solo es curiosidad.

—No tengo ni idea —admito—. Pero tengo un buen ejemplo a seguir. Mi madre era... —me atraganto, pero consigo contener el sollozo—. Era la mejor.

—Sí, lo sentí en el funeral. Viéndote llorar sobre su tumba... sentí tu amor por ella.

Cuando miro a Mila, empiezo a darme cuenta de que tal vez su curiosidad tenga que ver con el hecho de que, quizá por primera vez en su vida, está viendo un tipo diferente de dinámica familiar. Por lo poco que han compartido, parece que los hermanos Zakharov vivieron una infancia muy diferente con sus propios padres.

—¿Te acuerdas de tu madre? —tengo cuidado con la pregunta porque no sé cómo puede reaccionar. Siempre que ha salido el tema, aunque sea tangencialmente, se paraliza y se cierra en banda.

Hoy, sin embargo, se encoge de hombros. —Algunas cosas —dice—. Sobre todo, que no tenía ningún interés en ser madre. Nos tuvo a Ilarion y a mí porque estaba obligada a tener herederos. Éramos parte del trato que hizo con nuestro padre.

Su voz se entrecorta al decir “padre”, pero no quiero interrumpirla.

—Tenía más años de los que me gustaría admitir cuando me di cuenta de que mi niñera no era en realidad mi madre. Que no tenía ningún parentesco conmigo y que en realidad le pagaban por cuidarme. Eso fue un cubo de agua helada, déjame decirte —me mira a través de sus largas pestañas—. Creo que es admirable que quieras proteger a tu bebé, y ni siquiera nació todavía. Creo que solo eso ya te convierte en una buena madre.

Sigue un silencio incómodo. No puedo evitar preguntarme: *¿Cuándo empezó a respetarme?* No

quiero adelantarme, pero es innegable que el suave brillo de sus ojos es eso: respeto.

Empiezo a dudar de que pueda llegar a entender a esta gente.

—Entonces... ¿hay alguna razón por la que hayas decidido ser la lacaya de tu hermano? No estoy juzgando ni nada. Solo tengo curiosidad.

Mila se burla. —Mentira. Estás juzgando. Y no puedo culparte exactamente. Yo te juzgaría si los papeles estuvieran invertidos.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Suspira y, al hacerlo, su postura se repliega. Como si intentara mantener algo embarazoso entre sus brazos para que yo no pueda verlo. —¿Sinceramente?

—Si puedes hacerlo.

Me lanza una mirada, pero hay humor detrás de ella. —Porque es mi héroe —levanto las cejas y ella se ríe—. Lo sé, suena ridículo, ¿verdad?

—No —digo suavemente—. No si lo dices en serio.

—Cuando era pequeña no tenía padres —explica—. No de verdad. Pero tuve a Ilarion. Y fue el mejor hermano mayor que nadie podría esperar tener. Mataría por mí. Literalmente.

Me estremezco. —Sí, esa es la parte con la que tengo problemas.

—No se tarda tanto en acostumbrarse como cabría pensar.

—Eso no es lo que quiero para mi hijo —le digo—. Ni para mí.

—Bueno, entonces elegiste al hombre equivocado para acostarte.

Me paso la mano por el pelo, atrapando unos cuantos nudos dolorosos en el proceso. En algún momento tendré que pasarme un cepillo. Una cosa es aislarme aquí arriba y otra dejarme llevar por completo. Que me sienta como un animal enjaulado no significa que tenga que verme como uno.

—¿Tu hermano ama a mi hermana? —pregunto sin rodeos. Soy consciente de que a estas alturas parezco un disco rayado. Pero nadie me ha dado nunca una respuesta directa.

Al menos, no una creíble.

La expresión de Mila no cambia, pero sospecho que es porque se está esforzando mucho por no revelar nada. —¿Cuál es la respuesta que esperas oír?

Me erizo. —Eso no es justo —y tampoco es la dirección que quiero que tome esta conversación. Se trata de Ilarion y Celine, no de mí.

Hace una mueca de dolor y levanta las manos. —Lo siento. Por si no te has dado cuenta, mi configuración por defecto es “zorra”.

No puedo evitar sonreír. Tan molesto como era estar en desacuerdo con ella, resulta igual de molesto descubrir que me gusta. No quiero que me guste nada de Ilarion ni de su mundo ni de la

gente que ha elegido unirse a él.

—Quieres a tu hermano, ¿verdad? —le digo—. Bueno, yo siento lo mismo por mi hermana. Y resulta que creo que sus sentimientos por ella no son puros.

—Nada en la vida es puro, Taylor —dice Mila. Es la primera vez que oigo su voz quebrarse así. Una grieta que revela un atisbo de algo debajo de ella. Dolor. Angustia. *Daño*—. Incluso si encuentras algo que se acerque, es solo cuestión de tiempo que se manche.

Sacudo la cabeza. —Eso no es verdad.

—Sí, así es. Lo máximo que podemos esperar de la vida es sobrevivir. Mi hermano se lo propuso; tu hermana lo aceptó. Eso es todo. Solo tenemos que quitarnos de en medio.

Me limito a asentir miserablemente. Algunas líneas no se pueden cruzar. Le he pedido a Mila que hable en contra de su hermano y tengo que aceptar que nunca lo hará. —Vale, lo entiendo. Le cubres las espaldas.

—Pase lo que pase —confirma.

—Y yo hago lo mismo por mi hermana —suspiro—. Por eso ella nunca puede saber nada de este bebé, Mila —me tiembla la mano sobre el estómago—. Tienes que convencer a Ilarion de que este es el único camino a seguir. No puede reclamar este bebé como suyo.

Mila parece recelosa. —Estás pidiendo mucho, Taylor.

—Pido lo que es necesario. Es la única manera de avanzar. Ilarion quiere casarse con Celine; bueno, ella no va a casarse con él si sabe que estoy embarazada de él.

Mila murmura algo y se pone en pie. Creo que está a punto de desestimar mi petición, pero se vuelve hacia mí con una sonrisa comprensiva. —Llevas mucho tiempo encerrada en esta habitación. Vamos.

—¿A dónde vamos?

—Afuera. Un paseo por los jardines nos vendrá bien a las dos. A menos, claro, que prefieras quedarte aquí y ponerte aún más pálida de lo que ya estás.

Pongo los ojos en blanco, pero me uno a ella. —Necesito broncearme. Me parece bien. ¿Pero por qué te sentará bien a ti? ¿Te pasa algo?

—Oh, eres una súper detective, ¿no? —pone los ojos en blanco—. No hay ninguna razón en particular, sinceramente. Ya no. Me acostumbré a pasear por los jardines cuando era más joven. Supongo que era un intento de escapar de mis demonios.

Frunzo el ceño. —¿Tienes muchos de esos?

—Los tenía —responde—. Pero ahora mi padre está muerto. Así que hay uno menos.

TAYLOR

Es difícil no quedarse boquiabierta. Los jardines de Diamante son un laberinto interminable de frondosos setos y árboles centenarios. En una esquina hay una gruta rodeada de agua; en otra, un entramado de estatuas que vigilan la noche.

Mila me pilla con la mirada perdida. La oigo reír por lo bajo. —Es mucho, lo sé. A veces lo olvido. Es difícil recordar que no todo el mundo crece con...

—¿Castillos de cuento en todas las costas?

Vuelve a reír. Es curioso cómo le cambia la cara cuando sonríe. Sobre todo, me hace darme cuenta de lo poco que lo hace. —Cierto. La gente cree que eso es motivo suficiente para ser feliz, pero no he conocido una sola propiedad que me haya hecho sentir tan bien como puede hacerlo una persona.

La miro de reojo. —¿Quién es tu persona especial?

Mila pone los ojos en blanco. —No hay ninguna persona en especial. Era una afirmación general.

—Claro. Y yo soy tía de un mono.

Me hace un gesto con el dedo mientras finge rascarse la nariz. —Vamos, listilla —murmura, señalando un enorme árbol que domina el resto de la propiedad desde lo alto de una suave colina. Se sienta contra el tronco y acaricia la hierba a su lado.

—¿Cómo es tu padre? —suelta una vez que me acomodo—. ¿Te llevas bien con él?

—Más cuando era niña —admito—. Cuando Celine y yo nos hicimos mayores... las cosas cambiaron.

—¿Qué tipo de cosas?

—No lo sé. Quiero decir, solía pensar que el cáncer de mamá lo llevó al límite. Lo volvió paranoico y asustado de su propia sombra. Pero, honestamente, empezó antes de que ella fuera diagnosticada. Empezó a ver *peligro* mayúsculo por todas partes. Dejó de darnos permiso para que Cee y yo hiciéramos pijamadas; solía insistir en llevarnos y recogernos de la escuela porque no quería que tomáramos el autobús. Si hubiera podido implantarnos chips rastreadores en el cráneo, ni lo habría dudado.

—Parece mucho.

—Por no decir otra cosa. Las cosas empeoraron después de que diagnosticaran a mamá. Es como si pensara que el mundo iba a por él.

—¿Pero aún lo quieres?

—Por supuesto que sí. Es mi padre. Y por muy molesto que sea tenerlo encima de nosotras todo el tiempo, Celine y yo sabemos que lo hace porque nos quiere. Quiere mantenernos a salvo, como cualquier otro padre.

Mila resopla. —No todos los padres son como el tuyo, Taylor. Tampoco todas las madres.

Inclino la cabeza para mirarla en la penumbra. Tiene el perfil cincelado de Ilarion, aunque ligeramente difuminado, feminizado en los bordes más ásperos. —Dijiste que tu padre era tu demonio.

En realidad no es una pregunta, y no espero una respuesta. Es más bien un juego. Me pregunto qué tema será el que la haga callar. Hablar con esta gente es como caminar sobre cáscaras de huevo, si todos los huevos tuvieran bombas dentro.

—No creo que fuera capaz de ser otra cosa. No todos los *pakhans* de Bratva son como Ilarion.

—¿Qué significa...?

—Significa que Ilarion no es cruel sin causa. No es sádico ni tiene sed de poder. Se enfrenta a la violencia con violencia, pero siempre dentro de lo razonable. Y, si tú no eres violenta, él tampoco.

—¿Hay alguna razón para ser violento?

Mila me mira. —Solo alguien que se ha criado en un hogar feliz con dos padres cariñosos y protectores diría algo así.

Es una reprimenda, y tiene el efecto deseado. Me callo y miro hacia el jardín que tenemos debajo. Las luces de la ciudad centellean en la distancia. La cálida brisa nocturna me hace cosquillas en la nariz.

A mi lado, Mila suelta un suspiro cansado. —Siento mucho lo de tu madre —dice—. A veces, es difícil recordar que otras personas quieren a sus padres. Es una especie de concepto extraño para mí.

Supongo que, en cierto modo, puedo simpatizar con eso. Ciertamente, puedo apreciar la disculpa considerada. —Gracias por ayudarme con el funeral.

Se encoge de hombros. —Me lo ordenaron.

Me resisto a poner los ojos en blanco. *Qué manera de arruinar el momento*. También se parece a Ilarion en eso. —Actúas como si siguieras las órdenes de tu hermano, pero tengo la sensación de que no haces nada que no quieras hacer.

Ella sonríe con timidez. —De acuerdo, te concedo eso.

—Sabes que tengo razón, ¿verdad? —está de buen humor, así que me arriesgaré a entrar en

terreno prohibido—. Sobre convencer a Ilarion de que me deje decir que mi bebé pertenece a otro tipo cualquiera. Cualquiera menos él.

Frunce los labios con desagrado. Admiro su lealtad hacia él; es profunda. Pero aunque la respeto, no me importa tratar de reducirla si eso significa que puedo ahorrarle algo de dolor a Celine.

Porque mi lealtad también es profunda.

Su cara gira en mi dirección y sus ojos son reflexivos. —¿De verdad te parece bien dejar que tu hermana se case con el padre de tu hijo?

—Las cosas no sucedieron exactamente en orden cronológico —intento hacer un chiste para aligerar el peso de mi pecho, pero funciona solo un poco—. Quiero decir, ella lo quiere. Al menos, eso es lo que todo el mundo me dice.

—¿Quién es "todo el mundo"?

—Mi madre, mi tía —admito—. Celine también me lo dijo, pero no con tantas palabras. De hecho, fue muy reservada con respecto a Ilarion hasta la fiesta de compromiso.

—Eso parece inusual, especialmente para hermanas que parecen tan cercanas.

—Somos cercanas —le aseguro—. Pero también es... complicado.

—¿Ves lo que quiero decir? —suelta Mila—. Nada es puro.

Empiezo a jugar con las piedras al alcance de mis dedos. El suelo está compactado alrededor de la base del árbol, pero aún hay pequeñas enredaderas que crecen de la tierra. Pequeños brotes de vida que salen a la superficie contra todo pronóstico. —Celine es una de esas personas reservadas. Ella mantiene sus sentimientos guardados bajo candado. Supongo que supuse que si sentía algo, nos lo diría... o al menos me lo diría a mí.

—Ah —Mila asiente con complicidad—. Estamos hablando de chicos.

Doy un respingo. Suena tan trivial cuando lo dice así. En mi corazón, parece cualquier cosa menos eso. —Ojalá fuera algo mejor. Algo más importante —la miro a los ojos—. Se llamaba Alec. Él y sus padres vivían en la casa de enfrente cuando nos mudamos a Evanston. Era el único chico del barrio de nuestra edad. Cuando es así, uno gravita hacia el otro.

Los recuerdos empiezan a inundar mi mente. Recuerdos que mantuve enterrados desde que todo ocurrió hace casi una década.

Incluso a los trece años, se podía decir que Alec Miller había nacido para romper corazones. Pelo rubio, ojos azules, el tipo de sonrisa que hacía que las chicas inteligentes hicieran estupideces.

No es que me diera cuenta, por supuesto. Tenía once años. Lo que más me gustaba era que siempre estaba dispuesto a correr conmigo en patinete los fines de semana.

—Las dos se enamoraron de él —deduce Mila.

Asiento con tristeza. —Hubo un momento en que sospeché que Cee podría estar enamorada de Alec. Pero, cada vez que le preguntaba, lo negaba rotundamente. Me decía que eran amigos y nada más.

—¿Y le creíste?

Suspiro. —Ella y Alec pasaban mucho tiempo juntos. Yo volvía a casa del entrenamiento de natación y Celine estaba en casa de los Miller, pasando el rato con Alec en su habitación. Eran de la misma edad, tenían más cosas en común... Tenía sentido. A veces me sentía excluida, pero esperaba que esa amistad, ya sabes... evolucionara.

—¿No lo hizo?

Sacudo la cabeza. —Celine cumplió quince años, luego dieciséis y después diecisiete.

Trajo a su primer novio a casa y se lo presentó a papá y mamá. Alec consiguió novia unas semanas después. Supuse que eso era todo.

Miro a Mila, preguntándome si toda esta historia le resulta tan extraña como su vida a mí.

—Entonces, justo antes de mi decimosexto cumpleaños, Alec rompió con su novia. Cee llevaba soltera unos meses y un día la sorprendí mirándolo. Volví a preguntarle si había algo ahí y, de nuevo, lo negó.

—Así que te sentiste libre para salir con Alec —conjetura Mila.

—Me besó en mi decimosexto cumpleaños. No me lo esperaba. De verdad, no me lo esperaba. Quiero decir, él era dos años mayor y, cuando estás en el instituto, esa diferencia de edad parece grande. Pensé que me veía como la hermanita marimacho de Celine. Pero supongo que no. De todos modos, lo mantuvimos en secreto durante un tiempo. No queríamos que nuestros padres lo supieran, porque suponíamos que se pondrían raros. Resultó que Celine fue la que se puso rara.

—¿Qué hizo cuando se enteró?

Me estremezco y cierro los ojos. Todavía puedo ver su cara como si estuviera grabada en la parte posterior de mis párpados. Lágrimas. Mejillas enrojecidas. El pelo alborotado, y la forma en que su voz tembló antes de quebrarse por completo...

—Fue la primera vez que sentí que Celine no volvería a hablarme —abro los ojos y miro a Mila, que no se ha movido—. Rompí con él. Dejó de hablarme y al final se mudó fuera del estado para ir a la universidad.

—¿Y Celine?

—Celine tardó un tiempo, pero al final empezó a mirarme como si volviera a ser su hermana —le digo—. Pero nunca dejó de tratarme como si conspirara para robarle todo lo que tenía.

Mila asiente. —Así que por eso no te habló de Ilarion.

—Nunca me va a creer si le digo que lo conocí antes que ella. Demonios, ni siquiera yo me creo, y yo estaba *allí* —gimo, sintiendo que se me hunde el corazón al pensar en volver a ver sus mejillas así de rojas—. No puedo lastimarla así. No por segunda vez.

Respira suavemente en la noche. —¿Qué coño se supone que tenías que hacer?

Sacudo la cabeza. —Se suponía que debía cubrir las espaldas de mi hermana. Debería haber...

—No, Taylor. Deja de pagar el precio de sus errores. Tienes tu propia vida por la que dar cuenta

—su mirada se dirige a mi estómago.

Resoplo. —Sí, claro. Créeme, *mis* sentimientos no volverán a interponerse en mi camino —Mila alza las cejas y me doy cuenta de lo que acabo de revelar sin querer—. No es que sienta algo por Ilarion.

Mierda. ¿Por qué no me callé la bocaza? Nada suena más culpable que una admisión de inocencia.

—¡Mila!

Nos incorporamos bruscamente cuando Dima aparece en el camino. Nos saluda y Mila se levanta de un salto. —¿Cuándo has vuelto? —exclama.

Él no le devuelve el entusiasmo. —Hace un par de minutos. Te necesitamos en el estudio.

Mis hombros se tensan. —No te preocupes —me dice Dima cuando me ve nerviosa—. Tenemos la situación bajo control.

Mila se vuelve hacia mí. —¿Por qué no vuelves a tu habitación y descansas, Taylor? Te alcanzaré más tarde.

Asiento. —De acuerdo —sé cuándo soy despachada.

Alarga la mano y sus dedos tocan mi hombro. —Gracias por compartir todo eso conmigo —me dice.

—Sobre eso... ¿Podemos mantenerlo entre nosotras?

Mila asiente. —Me lo llevaré a la tumba.

La miro subir por el sendero hasta que ella y Dima se funden en la masa de sombras en la boca de los jardines.

Cuando estoy segura de que ya no pueden verme, los sigo.

ILARION

—...¿quieres decir que “salió mal”? —Mila pregunta, llevando su conversación con Dima al estudio.

Estoy de pie, de espaldas a la ventana, mirando fijamente el maldito trozo de papel sobre mi escritorio. No puedo apartar la vista de él. Ni siquiera cuando Mila y Dima entran y cierran la puerta.

—Quiero decir que la pista que perseguía está muerta.

—Así que Benedict sabía que estaba a punto de quebrarse.

Levanto la vista justo a tiempo para ver a Dima negar con la cabeza. —No fue Benedict quien apretó el gatillo —dice, con sus andares llenos de adrenalina apenas contenida—. El tipo lo hizo por su cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Se disparó en el cuello mientras yo estaba a un palmo de distancia —explica Dima—. Realmente pensé que iba a contármelo todo. Estaba tan seguro de que estaba a punto de quebrarse.

—Maldición —escupe Mila. Se vuelve hacia mí como si yo tuviera todas las respuestas—. Entonces... ¿qué sigue?

Señalo sin palabras la nota que tengo sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Lo encontré en el cuerpo. En el bolsillo de sus pantalones —cojo la nota y se la doy a mi hermana.

Arruga la nariz mientras la coge y la examina detenidamente. Por encima de su hombro, Dima frunce el ceño. —Esto es sangre... ¿Por qué la escritura me resulta tan familiar...?

—Espera —Dima mira la nota—. Son coordenadas. Es una localización.

Asiento. —Correcto.

—Mierda —murmura en voz baja—. Realmente escupió algo. No me lo esperaba. Pero no lo

entiendo. ¿Por qué no me dio la nota?

—Tengo la sensación de que él no lo sabía —especulo—. Es solo una corazonada, pero algo me dice que esa nota se deslizó en su bolsillo sin su conocimiento.

—Es una gran especulación.

—Pero no estamos tratando con un espía normal. Este es inteligente.

—Vale —dice Mila, con su cara de juego—. Tenemos una localización. Pero, ¿la ubicación de quién?

—Tiene que ser de Celine —digo con confianza.

—Bien, entonces tenemos su ubicación —Dima camina de un lado a otro—. ¿Podemos asumir que esta nota significa que el viejo está muerto?

—Es sangre —señala Mila—. No es un cuerpo. Podría seguir vivo.

—No trabajamos con suposiciones —digo con firmeza.

—Tenemos que suponer algunas cosas —replica—. Especialmente si vamos a irrumpir y recuperar a Celine. *Suponiendo* que esas coordenadas sean para ella —ella se detiene en seco cuando ve la mirada en mi cara—. ¿Crees que puede ser una trampa?

—Es posible —estoy repasando todos los escenarios posibles en mi cabeza y sí, una trampa al acecho para nosotros está definitivamente en la parte superior de la lista. Me imagino derribando una puerta y tragándome una bala por las molestias.

Mila y Dima intercambian una mirada. Él se aclara la garganta. —¿En qué estás pensando?

Miro por la ventana un momento, con una docena de posibilidades dando vueltas en mi cabeza. No tengo mucho tiempo para pensar en ninguna. La ubicación que me han dado podría ser legítima, lo que significa que también podría cambiar en cualquier momento. No hay garantías de que Benedict mantenga un bien tan preciado como Celine en el mismo lugar durante mucho tiempo.

—Si esa nota fue falsificada por Benedict, entonces vamos directos a una trampa —reflexiono en voz alta.

—La alternativa es ignorar la nota por completo —sugiere Dima.

—No —gruño—. Ignorarla no es una opción.

—Pero si Benedict falsificó...

—Incluso si lo hizo, ignorarlo implica debilidad. En lo que respecta a los bajos fondos, Celine es mi prometida. Si no hago ademán de intentar recuperarla, mi fuerza quedará en entredicho. No puedo liderar una Bratva si mi reputación empieza a resentirse.

—Así que tenemos que ir —Dima se cruza de brazos y se apoya en la pared. La expresión de su cara me dice que tiene su propia lista de escenarios dando vueltas, y ninguno de ellos es mejor que el mío—. Pero preparados para lo peor.

—¡Esperen! —Mila alza una mano mientras pasea por la habitación—. Tomémonos un momento. Tiene que haber otra manera. Algo en lo que no estemos pensando.

—¿Cómo qué? —pregunta Dima—. ¿Como enviar a alguien de incógnito? Ese tipo de misión requiere años de preparación. No podemos permitirnos ese lujo.

Ambos me miran con incertidumbre. Me pregunto si notan que algo no va bien. Es extraño que el caos me tranquilice. Nunca tengo la mente tan clara como cuando hay que elaborar un plan de acción y sortear mil obstáculos.

Normalmente.

Pero esta vez es diferente.

Esta vez es personal.

—No tenemos que plantar a nadie —dice Mila. Hace una pausa y suspira—. Envíame a mí.

Dima suelta una carcajada. Cuando mi hermana lo fulmina con la mirada, se queda boquiabierto. —No lo dices en serio.

—¿Por qué no lo haría? —exige.

—¡Porque es ridículo! —gruñe—. Díselo, Ilarion. Dile que está jodidamente loca.

—Tiene razón —concuerdo—. De ninguna manera te voy a enviar.

—¿Por qué? ¿Porque soy una mujer? ¿O porque soy tu hermana?

—Cualquiera. Ambas —me encojo de hombros sin disculparme—. Pero sobre todo lo segundo.

—Vete a la mierda.

Lo ignoro. —Entraremos armados —decido, volviéndome hacia Dima—. Tenemos que estar preparados para un ataque a gran escala. Puede que todo sea en vano. Puede que Celine ni siquiera esté allí, pero...

Mila se me acerca antes de que pueda terminar y me empuja a la cara. —Puedo entrar sin ser detectada —sisea—. Puedo explorar el lugar, ver si puedo saber dónde está retenida Celine. Si no está en la propiedad, salgo antes de que te arriesgues y arriesgues a tus hombres en una búsqueda inútil.

La miro fijamente, recordando lo testaruda que es y que siempre ha sido. El fuego y el azufre estaban ahí incluso de niña. Solía seguirme al campo de tiro cuando apenas tenía edad para sostener una pistola. Una vez le dije que no y se coló en la parte de atrás de mi coche para que la llevara.

Si hubiera sido un niño, nuestro padre se habría sentido orgulloso. Tal como estaban las cosas, la golpeó tanto que no pudo sentarse durante un mes.

Ahora, me siento indeciso. No se equivoca; para ella sería muy fácil colarse, evaluar la situación y marcharse sin que la pillaran. Pero no sé si complacer su orgullo es lo mejor para ella. En última instancia, es la misma pregunta que siempre me hago y que nunca consigo responder: ¿su infancia la moldeó... o la rompió?

—No voy a arriesgar tu vida para saciar tu orgullo, Mila.

—Claro, por supuesto que no —dice amargamente—. Porque *tu* orgullo es lo único que importa, ¿no es así? Tu orgullo, el orgullo de Dima... el orgullo de papá. El orgullo de un hombre vale mucho más que el de una mujer.

—No hagas de esto algo que no es.

Se burla amargamente. —No niegues que es todo menos eso.

—Esto no es sobre tu habilidad —hago una mueca y me froto las sienes—. Mi trabajo es protegerte.

—¡Quizá no quiero que me protejan!

—Desafortunadamente, no te voy a dar la opción.

—¡Yo no soy Taylor! —chasquea los dientes—. Yo nací en este mundo, igual que tú. Puedo manejarme en él. No soy una alhelí asustada a la que tienes que mimar.

Mi hermana es una mujer inteligente. También es observadora. Y sabe exactamente lo que está haciendo. Taylor se ha convertido rápidamente en una bomba para mí, y si Mila quiere que la mierda explote, todo lo que tiene que hacer es apretar el botón.

Me divertiría tranquilamente si no estuviera ocupado estando jodidamente furioso.

Agarro a Mila de la mano y la arrastro para inmovilizarla contra la pared más cercana. Es un recordatorio sin palabras de que yo también conozco sus desencadenantes.

—Suéltame —gruñe, el miedo cruza sus ojos y yo me cierno sobre ella—. Lo haré cuando empieces a escuchar. No entrarás en territorio Bellasio por tu cuenta. ¿Está claro?

Brota la tensión. Llega a su punto álgido. Luego se calma. Apretando los dientes, Mila suelta su muñeca de debajo de mis dedos, dejando débiles marcas de uñas en su suave piel. —*Da, Pakhan* Zakharov.

La miro fijamente a los ojos durante otro largo rato antes de darme por satisfecho. Solo entonces la dejo ir.

Se libera y se aleja dando pisotones hacia el otro lado de la habitación.

—Podría ir yo —sugiere Dima con un encogimiento de hombros despreocupado desde detrás de mí.

Mila se ríe sin humor. —Que los jodan a los dos —mira hacia la puerta como si solo quisiera librarse de nosotros. Pero no sale de la habitación. Su orgullo no se lo permite.

—No —me vuelvo hacia Dima—. Te reconocerían. No, esta es una situación de todo o nada. Nada de medias tintas. Ya sea que decida creer en la autenticidad de esa nota o no, tenemos que comprometernos a un curso de acción —hago un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Ve a preparar a los hombres. Asegúrate de que sepan que esto no es solo una misión de rescate; estamos haciendo una declaración.

—Entendido, jefe.

Dima se escabulle hacia la puerta mientras Mila se vuelve hacia mí, con el resentimiento aún ardiendo en sus ojos. —Odio que sigas viéndome como una víctima.

Suspiro. *Allá vamos*. —No te...

—No me mientas —sisea—. Veo cómo me miras a veces. Como si fuera la misma chica que encontraste llorando en su cama hace tantos años.

—Mila...

—Si recuerdas, me defendí. Me enfrenté a él. Lo *hice*.

—Lo recuerdo.

Siempre lo recordaré. Fue el peor día de mi vida. De nuestras vidas.

—Entonces deja de tratarme como si no fuera tan parte de esta Bratva como Dima.

—No intento excluirte, Mila.

—Bien. Porque voy contigo —ella cuadra sus hombros—. No jugaré a la niñera con la mamá de tu bebé.

He visto esa mirada en su cara antes, y decido elegir mis batallas dejando que ella elija la suya. —Bien.

Ella levanta las cejas. —¿Bien?

Asiento. —Puedes tener tu propio equipo.

Me dedica una sonrisa tentativa. Son raras y fugaces estos días. Como copos de nieve que se disuelven en cuanto tocan el suelo. —No te decepcionaré.

—Nunca me has decepcionado, Mila —le digo mientras se dirige hacia la puerta—. No es a ti a quien subestimo. No eres tú quien me decepcionó.

Su ceño se suaviza. —Todo ha quedado atrás, Ilarion.

Pero no es así. Sé que no lo es. Estoy bastante seguro de que ella también lo sabe.

Esto no ha hecho más que empezar.

TAYLOR

Los latidos de mi corazón me duelen físicamente cuando retumban contra mi pecho.

Me duele incluso al tragar.

—¡Contrólate, Taylor! —siseo en voz baja.

Pero ahora que el pánico se ha apoderado de mí, no es tan fácil apartarme. He pasado los últimos minutos en el cuarto de escobas, enfrente de la guarida donde Ilarion, Dima y Mira discutían.

Tuve que cubrirme cuando Dima salió de la habitación, lo que significa que no tengo ni idea de lo que han decidido. ¿Va Mila con ellos? ¿Ilarion va en serio con lo de recuperar a Celine? ¿Quién escribió la nota con la ubicación?

Ya solo sé una cosa con certeza, y es que no confío en Ilarion. Todos mis peores instintos sobre él resultaron ser acertados.

Necesito hacer una demostración de fuerza.

Y, para hacer eso, tengo que recuperar a Celine.

En lo que al mundo concierne, ella es mi mujer.

¿"En lo que al mundo concierne"? ¡Que se pudra! ¿Qué pasa con Celine? ¿Qué pasa con lo que a ella concierne?

Por mucho que mi hermana me oculte cosas, hay cosas que simplemente no haría. Y casarse con un hombre que la usa como un accesorio en lugar de una persona está en la parte superior de esa lista.

Vuelvo a oír que alguien se va y pego la oreja a la puerta del armario. Los pasos son más ligeros que los de Dima, lo que significa que probablemente sean los de Mila.

Entonces oigo un segundo par de pasos, estos más pesados. Tiene que ser Ilarion.

—¿Mila?

Me quedo inmóvil, esperando ansiosamente.

—¿Sí? —responde ella.

—¿Dónde está Taylor?

El sonido de mi nombre me pone la piel de gallina.

—Acabo de dejarla en el jardín. Seguro que subió a su dormitorio.

—Échale un vistazo antes de irnos. No reveles nada.

Mila no responde, así que asumo que asintió. Espero a que los pasos se alejen y me arriesgo a abrir la puerta y asomarme. El pasillo está despejado, pero hay ventanas a un lado que podrían delatarme si no tengo cuidado.

Salgo a hurtadillas del cuarto de las escobas y me abro paso entre las puertas cerradas, agachada para que nadie me vea a través de los cristales de las ventanas. Llego al vestíbulo, pero tengo que llegar a mi habitación antes que Mila.

Unos cuantos hombres se reúnen en el patio, pero ninguno mira hacia la casa. Me dirijo en dirección a los jardines y cambio de ruta desde allí. Me tropiezo con dos criadas cuando subo a la habitación, pero estoy segura de que nadie ha visto de dónde vengo y de que no pensarían nada si lo vieran.

Cuando llego arriba, me doy cuenta de que Mila se me adelantó. Está de pie en el centro del espacio, mirando a su alrededor desconcertada cuando entro. Trago saliva con fuerza y borro mi expresión. Aún no tengo un plan en firme, pero hay uno que empieza a tomar forma. Y no puedo permitirme estropearlo antes de haber cogido impulso.

—Hola —digo, haciendo lo posible por sonar informal—. ¿Qué haces aquí arriba?

Mila se vuelve hacia mí. Su rostro está cuidadosamente desprovisto de emoción. —Solo... comprobaba cómo estabas. Pensé que ya estarías aquí arriba.

Me encojo de hombros y me acerco al asiento de la ventana. —Decidí pasear un poco más por los jardines. Era agradable estar al aire libre.

Mila asiente, pero sus ojos permanecen entrecerrados con suspicacia. —¿Viste los rosales en el lado oeste?

—No fui tan lejos. Solo por la pasarela con todas las gipsófilas en los lados. Es muy bonito allí —conozco el juego que está jugando, y puedo jugarlo igual de bien—. Entonces, ¿qué quería Dima?

No revela nada. Ni siquiera se inmuta. Incluso sus hombros están relajados. —Solo seguía una pista sobre tu hermana. Cree que podría tener nueva información que podría ser útil.

—¿La han encontrado? —finjo ansiedad y esperanza.

—No, todavía no. Pero lo haremos. Aunque puede que tardemos unos días.

—¿Y papá?

—Hacemos lo que podemos, Taylor. Ten paciencia, ¿vale? A veces, estas cosas tardan más de lo que esperamos —luego se vuelve hacia la puerta—. Voy a salir un rato, pero te veré mañana.

—Seguro que sí —digo con una risa áspera—. No es que pueda ir a ninguna parte.

Se marcha y veo cómo se cierra la puerta. Cuento hasta cincuenta y salgo al amplio pasillo. Está lo suficientemente abierto como para que no sea difícil verme desde la escalera, pero me acerco de todos modos. Cuento con que todos estarán demasiado concentrados en la misión como para prestar atención a nada más.

Consigo bajar las escaleras antes de oír voces que se acercan. Miro a mi alrededor y me escondo detrás de la primera puerta que encuentro. Resulta ser una especie de bar: taburetes forrados de cuero, un mostrador lujosamente largo, estantes y repisas de botellas de cristal opaco y todo lo que un jefe del crimen increíblemente rico podría desear en su alijo personal de licores.

Mantengo la puerta entreabierta para poder ver lo que ocurre fuera. A través de la rendija, veo a Dima. Se ha cambiado de ropa y se ha puesto un equipo táctico negro y ajustado. De sus caderas cuelgan dos pistoleras, cada una con una empuñadura engrasada y reluciente.

Ilarion se le une un momento después. Intercambian lo que parecen pequeños walkie- talkies. La estática crepita mientras prueban los canales. Los dos hombres intercambian unas palabras y salen a la calzada.

Segundos después, Mila pasa por delante de mi campo de visión. Se detiene en la entrada y mira hacia atrás por encima del hombro. —¿Disen? —le dice a alguien que no puedo ver.

—Estamos cargando el último Hummer —dice un hombre con voz ronca y una espesa mata de pelo rubio cenizo—. Deberíamos poder salir en tres.

El pánico me hace perderme cosas, así que me muerdo la lengua hasta que el dolor borra todo el ruido adicional. Tengo que hacerlo. A la mierda con el miedo.

—Dile a Ilarion y Dima que se muevan —ordena Mila—. Los alcanzaremos en el camino.

Empujo la puerta un poco más y veo cómo sale Disen. Mila está lustrando su pistola contra la pernera de sus vaqueros. Cuando termina, se estira hacia atrás y la mete en una funda que lleva en el trasero.

Perfecto.

Lo difícil será acercarse sigilosamente antes de que se dé cuenta.

Se apoya en el umbral de la puerta. Cuando solo veo su espalda, decido que es ahora o nunca. Y si uno de sus hombres o una de las criadas decide aparecer en los próximos diez segundos, estoy jodida.

Pero, por una vez, elijo no pensar en todo lo que podría salir mal. Elijo centrarme en las cosas que van como yo quiero, para variar.

Me digo a mí misma que puedo hacerlo, y cuanto más me lo repito, más fácil me resulta creerlo. Hay una delgada línea entre la confianza y el engaño.

El alboroto de los neumáticos y el chasquido de las armas en el exterior enmascaran mis pasos y mi respiración agitada a medida que me acerco.

Más cerca.

Más cerca.

Mila está a tres pasos, luego a dos, luego a uno. Luego está a mi alcance. Inhalo profundamente...

Entonces, hago mi movimiento.

TAYLOR

Para cuando Mila se ha dado la vuelta, le estoy apuntando directamente a la cara con su propia pistola. Está sorprendida, pero ni siquiera ahora tiene miedo. Tendré que preguntarle cómo lo hace, una vez que todo esto termine, por supuesto.

—¿Qué haces, Taylor? —pregunta con calma.

—Apuntándote con un a-arma.

—Ya lo veo —se ríe con un movimiento de cabeza—. Lo que no sé es por qué.

—¿De verdad crees que voy a dejar que dependa de tu hermano recuperar a mi padre y a mi hermana? —me burlo—. No lo creo.

Es insultante lo relajada que parece ahora mismo. Ni siquiera tiene las manos en alto como yo esperaba. Me hace preguntarme si ella ve algo que yo no sé.

—Ilarion está...

—¡Ilarion está usando a mi hermana! —grito, ganándome la atención de los hombres del patio. Algunos sacan sus pistolas, pero los ignoro y me concentro en Mila—. ¡Lo he oído todo! Sé que, sean cuales sean las razones de Ilarion para casarse con Celine, seguro que no es porque ella le importe.

Mila asiente de nuevo con la comprensión dibujándose en su rostro. —No te quedaste en el jardín.

—Aprecié nuestro pequeño momento de camaradería, realmente lo hice, pero jódete si crees que puedes manipularme con esa mierda. Al contrario de lo que crees, no soy una patética alhelí que necesita ser salvada.

Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de lo que he oído de su conversación. Luego deja de mirar la pistola que tengo en las manos.

—Te vas a hacer daño, Taylor —dice en voz baja—. Baja el arma.

—Déjame decirlo otra vez: jódete.

Sus hombres nos han rodeado lentamente. Diez de ellos, armados hasta los dientes, se despliegan en un semicírculo irregular. Nos miran a Mila y a mí, listos para actuar en cuanto ella dé la

orden.

No importa. No voy a bajar mi arma. —Voy contigo.

Mila levanta la ceja. —No, no lo harás.

—Sí, así es. No tengo fe en que ninguno de ustedes vaya a hacer todo lo posible para traer de vuelta a Celine o a papá. Así que voy con ustedes para asegurarme de que lo hagan.

Mila mira a sus hombres. —Te das cuenta de que te superamos en número, ¿verdad? Diablos, incluso si no fuera así, podría desarmarte en segundos.

No vacilo. Amartillo la pistola, apunto a un punto cercano a los pies de Mila y disparo. El disparo es más fuerte de lo que esperaba y el retroceso me pincha la mano. A duras penas consigo sujetar el arma.

Aun así, tiene el efecto deseado. Los hombres retroceden, y Mila retrocede también, con la sorpresa y la incredulidad nublando su rostro. —Tú... acabas de dispararme.

—Ha sido un disparo de advertencia —le digo. El temblor de mi brazo desaparece; ambas nos damos cuenta de que puedo cumplir mi amenaza y de que lo haré. Y a pesar de mi inexperiencia, es difícil fallar a quemarropa—. Te lo he dicho, no estoy bromeando. Quizá tus hombres puedan desarmarme, pero te haré daño antes de que eso ocurra.

Me mira como si me viera claramente por primera vez. Luego levanta un brazo. —Retírense —cuando nadie la escucha, frunce el ceño—. Háganlo.

Los hombres bajan sus armas, pero nadie me quita los ojos de encima. Mila me mira y sonríe. —Mi hermano me matará por dejarte venir.

—No me estás “dejando” hacer nada. Te estoy obligando.

—De alguna manera, no creo que lo vea así —se ríe—. Solo fallaste por unos centímetros, así que ya tienes mejor puntería que Dima —se pone de puntillas en el suelo y me mira con un brillo desconcertado en los ojos—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Asiento y trago saliva, aunque tengo la boca seca como papel de lija. —Positivo.

—De acuerdo entonces —Mila se vuelve hacia sus hombres—. Tenemos una persona más a bordo, caballeros, y es una carga valiosa. No necesitan saber por qué. Todo lo que necesitan saber es que nadie se puede acercar a ella. ¿Entendido? Si alguien le toca un pelo de la cabeza, lo matan. Si alguien la mira demasiado agresivamente, lo matan. Si no, todas nuestras vidas están en juego. El *pakhan* se asegurará de ello.

Satisfecha de que su mensaje haya sido recibido, se vuelve hacia mí. —¿Y bien? —pregunta—. ¿Vienes o no?

ILARION

—¿Y bien? —pregunta Dima, pasándome los prismáticos.

—No es una trampa —digo con confianza—. La carta es legítima.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Mira la seguridad alrededor del lugar —señalo cada uno de los escuadrones que podemos ver —. Treinta hombres en la parte delantera y solo veinte en la trasera. Si hubieran previsto un ataque, habría tres veces más de guardia.

Gracias al espeso bosque que rodea la finca de Bellasio, podemos escondernos aquí y explorar el lugar sin miedo a que nos vean. Por supuesto, enviamos a un explorador media hora antes para asegurarnos de que el bosque estaba despejado. Ahora que hemos establecido una base, es fácil anticipar cómo se desarrollará el ataque.

—Jefe —dice Petro, acercándose a nosotros desde detrás de uno de nuestros camiones blindados —, un vehículo acaba de salir de la propiedad.

Vuelvo la vista hacia los altos muros de color rojo óxido de la propiedad, buscando cualquier señal sobre lo que pueda estar pasando. —¿Quién estaba dentro?

—Gregor Bellasio.

Ah. No Celine, sino el hermano menor de Benedict. —No sabía que esa pequeña mierda estaba en el país.

—Yo tampoco —admite Dima—. Pero he oído que ahora trabaja estrechamente con Benedict.

—Parece que el único en quien Benedict puede confiar es en su hermano —refunfuño, girando los prismáticos hacia las ventanas del tercer piso del feo edificio—. Pon a dos de los nuestros sobre Gregor.

—¿Dos son suficientes? —pregunta Dima—. Probablemente viaja con más hombres que eso.

—El hecho de que haya abandonado la propiedad sugiere que no esperan ningún problema — razono—. Solo quiero tenerlo vigilado. No vamos a enfrentarnos a él abiertamente.

Dima asiente y vuelve a mirar el móvil. Frunce el ceño cuando sus notificaciones están vacías. —¿Dónde está Mila? No es propio de ella llegar tarde. No puede haber salido más de unos

minutos después que nosotros.

—Le dije que tomara posición al otro lado de la propiedad. Nos avisará si hay novedades. Hasta ahora, solo ha confirmado lo que ya sabemos: no se esperan esto. Nosotros...

Antes de que pueda terminar, mi teléfono vibra en el bolsillo lateral. —Hablando del diablo. Ahí está —miro la pantalla y leo su mensaje—. Ha notado movimiento en la tercera planta. Unos cinco guardias patrullan la planta. Cree que Celine está retenida en una habitación del cuadrante sur.

Dima se ilumina. —Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Salto del Hummer blindado y me vuelvo hacia mis hombres. —A mi señal, atravesamos esas puertas y tomamos todo el lugar por asalto. Dima, tú vienes conmigo. Petro y Goga, necesito que nos flanqueen cuando estemos dentro. Tenemos que subir al tercer piso. Y en cuanto a prisioneros... no necesitamos ninguno. Si un cabrón de Bellasio se les acerca, mátenlo ahí mismo.

La adrenalina y la sed de sangre se agitan en los ojos de los hombres. No hay nada como el furor de la batalla para unir a los soldados. Puedo sentir cómo aumenta la emoción cuando subo al vehículo y levanto el puño por la ventanilla.

Cuando lo suelto, rugen una docena de motores.

La alarma Bellasio suena justo antes de que atravesemos las puertas y abramos fuego contra todos los hombres que vienen corriendo hacia nosotros. La flota de vehículos recibe impactos, abolladuras y arañazos y una lluvia de balas intenta reducirnos, pero es lastimosamente fácil atravesar sus barreras y arrasar a los pobres bastardos que eligieron la hermandad equivocada. En un abrir y cerrar de ojos, dos docenas de matones de Bellasio han muerto.

La fachada de la casa está formada por grandes ventanas de cristal que flanquean una fea puerta de hierro. Dima me mira y sonríe. —¿Estás pensando lo mismo que yo?

Asiento. —Destrúyelas.

Dima silba y pisa el acelerador. Salimos disparados como un murciélago y, cuando llegamos a las ventanillas, no nos detenemos.

El estruendo de los cristales al romperse es ensordecedor, un “jódete” auditivo para los cabrones que creyeron que podían atacarme en mi propia casa y salirse con la suya. Suena como si el cielo se abriera de par en par.

El Hummer se detiene con los neumáticos humeantes en el vestíbulo de bienvenida. Cuando Dima y yo bajamos del vehículo, hay cristales rotos por todas partes. Crujen bajo nuestras botas mientras nos dirigimos al ascensor dorado de la esquina más alejada.

Dima, Petro, Goga y yo nos montamos y subimos tres pisos. —Prepárense —les digo a mis hombres cuando nos acercamos a nuestro destino.

Como era de esperar, los hombres Bellasio nos esperan en cuanto se abren las puertas. Nos pegamos a los lados del ascensor y abatimos a varios de los hombres antes de forzar el tiroteo fuera del espacio cerrado.

Huelo la conmoción y el miedo en los secuaces Bellasio mientras me abro paso por el pasillo hacia las puertas sin marcas que bordean el vestíbulo contiguo.

Mi prometida tiene que estar detrás de una de ellas. Mientras mis hombres me cubren, derribo cada puerta, buscándola. Oigo otra ronda de disparos.

—¡Mierda! —grita alguien. Definitivamente, uno de los míos. O Petro o Goga.

—¡Vamos, Ilarion! —grita Dima—. Los podemos repeler. El equipo de Mila acaba de unirse al redil.

Disparo dos balas más, salvando a Dima de un ataque a ciegas por encima del hombro, y luego corro por el pasillo. La encuentro tras la tercera puerta que derribo de una patada.

—¡Celine!

Está encogida bajo una cama de cuatro postes con las manos sobre las orejas. En cuanto me ve, sus ojos se llenan de lágrimas de alivio. —Ilarion —solloza, saliendo a trompicones de su posición detrás de la cama—. ¡Oh, gracias a Dios! Gracias a Dios —corre hacia mí y, antes de que me dé cuenta, me rodea el cuello con los brazos y se aferra con todas sus fuerzas—. Sabía que vendrías —jadea—. Sabía que vendrías por mí.

—Respira —le digo, le quito las manos con cuidado y se las vuelvo a poner a los lados—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

Ella sacude la cabeza. —No, no estoy herida.

Doy un paso atrás. Lleva un vestido de algodón suave que le queda grande, no es su estilo, pero está claro que es nuevo. No hay daños visibles en su piel. No hay sangre. A juzgar por su aspecto general, la han tratado bien.

Echo un rápido vistazo a la habitación. Las ventanas han sido selladas, pero ofrecen una vista agradable a través de las cortinas corridas. Hay una bandeja de bronce junto a la cama, con un plato de ensalada vacío.

Así que tampoco ha pasado hambre.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —pregunta Celine mientras otra ronda de disparos surca el aire.

La mantengo cerca de mí mientras me acerco a la ventana. Mis hombres están ocupados defendiéndose de una nueva oleada de gruñones Bellasio que llegan desde algún lugar oculto. No puedo espiar ni a Dima ni a Mila, pero apuesto a que ambos están asegurando el terreno para que podamos sacar a Celine.

—Quédate aquí —ordeno. Empiezo a ir hacia la puerta.

—¡No! —grita Celine. Se tira a mi lado, metiéndose bajo mi brazo—. Por favor, no me dejes.

Su pelo rubio fresa huele a limón y lila. Es como si mi nariz buscara avellanas y vainilla. Sus ojos me miran con curiosidad. Probablemente se pregunta por qué no parezco más feliz de verla.

Es una pregunta justa.

—Celine, escúchame —le digo con urgencia—. Mi prioridad es sacarte a salvo. No tenemos

tiempo que perder.

Me zafo de sus brazos y me voy al otro lado de la habitación. La distancia me ayuda. Dejo a un lado las dudas que amenazan con deshacer todo lo que conseguí en los últimos meses. Me concentro únicamente en los próximos minutos, abro la puerta y echo un vistazo al pasillo.

No hay nada a la derecha, pero, cuando giro a la izquierda, capto los ojos de dos guardias Bellasio que han conseguido colarse hasta aquí.

Se precipitan hacia mí. Me meto de nuevo en la habitación y saco mis dos pistolas. —Celine, cúbrete. ¡Ahora!

Palidece visiblemente y se deja caer al suelo. Pero sigue descubierta. No hay nada entre ella y ellos, excepto yo.

—Puta mierda —gruño—. ¡La cama! Ponte detrás.

Intenta arrastrarse hasta la cama cuando la puerta se abre de golpe. Golpeo al primer *mudak* justo entre los ojos, pero el segundo evita un destino similar al usar a su compañero muerto como escudo.

Se gira hacia un lado y me dispara tres veces seguidas. Esquivo los tres disparos y me abalanzo sobre el soldado, presa del pánico, lo agarro por la cintura y lo tiro al suelo. Noto cómo tiembla el suelo cuando me pongo a horcajadas sobre el imbécil y le doy un puñetazo en la cara antes de que pueda soltar otra ráfaga.

Le doy tres tiros más antes de que ponga los ojos en blanco y pierda el conocimiento.

Entonces, agarro su pistola y le disparo bajo la barbilla. La sangre le salpica y deja de moverse.

—Celine —llamo mientras me pongo de pie—, ¿estás bien?

Lo único que obtengo como respuesta es un chillido asustado. Miro hacia la cama y la encuentro mirándome por una de las patas. —No puedo salir de esta habitación... Vendrán por mí...

Me acerco a ella y miro a la aterrorizada mujer que elegí para formar parte de mi mundo. —Celine —le digo, intentando ser lo más amable posible—, no tienes por qué preocuparte. Ahora estoy contigo.

Se le escapa una lágrima. —¿Atrapaste a Benedict? —pregunta.

—No tienes que preocuparte por él. Está lejos.

Ella frunce el ceño. —¿Q-qué?

—Nuestra inteligencia dice que no está en el país.

Su ceño se frunce hasta el horror. —Sí, sí está. Vino a verme unos minutos antes de que empezara el tiroteo.

Oh, mierda.

Estoy a punto de coger mi arma cuando siento que la sombra desciende.

—Haz otro movimiento y te vuelo los sesos, Zakharov.

Me quedo inmóvil, captando solo su silueta en mi visión periférica.

—Bien. Ahora date la vuelta lentamente.

Mantengo las manos donde pueda verlas mientras giro hacia la puerta.

Benedict Bellasio está ahí de pie, vestido con unos pantalones oscuros a medida y una camisa de manga larga. Sus ojos azul claro me miran con el hambre burlona de un depredador.

—Benedict —digo en tono sombrío.

Me dedica una sonrisa irónica. —Un placer verte, Ilarion.

ILARION

La primera vez que vi a Benedict Bellasio, tenía diecisiete años.

Ese año le tocó a mi padre ser el anfitrión de la reunión del consejo de jefes. También era la primera vez que asistían los Bellasio. Andrea Bellasio había traído a su único hijo y yo observé a escondidas desde la escalera cómo discutían.

—¿Por qué no puedo entrar contigo? —se quejó Benedict—. ¡Tengo veinte años!

—Esta reunión es para los hombres, no para los niños. Sigue discutiendo y tendré que darte un escarmiento. Un día, dirigirás a mis soldados, y no te van a tener respeto como su jefe si han visto cómo le disciplinaba su padre.

Benedict frunció el ceño y miró a su alrededor en busca de transeúntes. Incluso entonces, tenía un aire furtivo del que cualquiera con medio cerebro desconfiaba inmediatamente. Yo no habría confiado en él ni para que me dijera la hora.

—Tienen que verme como un igual —protestó—. Necesitan respetarme ahora, si voy a ser su jefe después.

Andrea le agarró por el cuello de la camisa y tiró de él hacia delante. —*No* eres un igual —le espetó a su hijo a la cara—. ¿Quieres su respeto? Gánatelo. Y eso empieza por someterte a mí. No me hagas corregirte otra vez. Los que lo vean nunca lo olvidarán.

Empujó a Benedict y entró en la sala de reuniones. Fue entonces cuando Benedict se volvió hacia un lado y me vio. Aún recuerdo cómo se le torció la cara en una mueca de horror.

Fui testigo de su humillación.

Trece años después, está claro por la expresión de su cara que aún no me ha perdonado lo que oí por casualidad.

—Podría dispararte ahora mismo —comenta, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

—¡No! —grita Celine—. ¡Por favor, Benedict, no!

Miro sorprendido cómo usa su nombre de pila. Hay una familiaridad que no esperaba. —Celine, querida —dice Benedict, sacudiendo la cabeza—, he disfrutado de nuestro tiempo juntos. Pero no lo suficiente como para convencerme de perdonar a este *stronzo*.

—¿Perdonarme? —pregunto—. Eso implica que tienes la sartén por el mango, amigo.

Me mira con el ceño fruncido. —Yo soy el que tiene el arma.

—Las balas de hombres mejores no me han detenido antes. ¿Qué te hace pensar que las tuyas lo harán?

Él entrecierra los ojos. —Siempre te has creído mejor que yo.

A fin de cuentas, para Benedict todo se reduce a eso: respeto y humillación. Mejores y peores. Su mundo es un juego de toboganes y escaleras, un montón de ratas que se retuercen compitiendo por la primera posición para poder cagarse encima de todos los que tienen debajo.

Por eso no puede meterme una bala en la cabeza y acabar con esto.

Necesita que *sepa* que ganó.

—¿Acaso el mejor hombre pierde a su propia prometida el día de su compromiso? —continúa, acercándose con la pistola sostenida con soltura en sus manos pálidas y sin cicatrices—. ¿Qué clase de hombre *permite* que secuestren a su mujer?

A Celine se le escapa un grito ahogado, pero no me atrevo a mirarla. Mantengo los ojos fijos en Benedict. Ahora sonríe de oreja a oreja. Sus caninos están afilados y brillan a la luz.

—¿Importa? —pregunto—. Estoy aquí, la tengo de vuelta, y al final de todo esto, habrá una boda.

Benedict se ríe. —Eres un tonto si crees eso.

—Tonto es quien comete el mismo error una y otra vez. Ya me subestimaste una vez, ¿verdad? Y aquí estás, haciéndolo de nuevo.

La sonrisa se marchita en su rostro. Tiene los ojos brillantes y saltones. —La muerte sería una cortesía contigo —sisea.

—Hazlo, entonces —gruño—. Aprieta el puto gatillo.

—¡No! —grita Celine, poniéndose en pie. Se coloca justo delante de mí—. Por favor, Benedict, no lo mates.

Oh, por el amor de Dios. ¿Qué les pasa a estas mujeres Theron? Es tan tonta como su hermana. Voy a apartarla de mi camino, pero, en cuanto mi mano toca su cadera, la voz de Benedict se eleva en un chillido agudo.

—¡*NO*! ¡No se muevan! Los masacraré a los dos.

Los dos nos quedamos paralizados al mismo tiempo. A través de mi mano en su cintura, puedo sentir el terror que recorre el cuerpo de Celine. Pero se mantiene firme, justo delante de mí.

En eso también es como su hermana.

Obstinada hasta la exageración.

—Qué conmovedor —bromea Benedict, con una expresión que dice que es cualquier cosa menos

eso—. Realmente es un premio, Ilarion. ¿Dónde la encontraste?

La dulzura empalagosa de su tono me pone nervioso por un momento. Si decide descubrir mi mentira, todo este baile habrá terminado. Me ahorro la respuesta cuando Benedict se lanza a hablar, espoleado por el amor que siente por su propia voz.

—Guapa, lista, interesante... irremediablemente leal —zumba.

—¿Hay algo que quieras dar a entender? —pregunto, poniendo los ojos en blanco.

—Dime, ¿qué cualidad considerarías la más importante en una mujer? —pregunta Benedict—. Porque, si me preguntas a mí, sugeriría que la lealtad está por encima del resto. Y, sin embargo... ciertamente disfrutó de mi compañía.

Celine se pone rígida. —¿Qué estás...?

—Estuvo más que feliz de hablar conmigo, de escucharme. De hacer todo lo que le pedí.

—Ilarion, no lo escuches. Nada de eso es verdad.

—¿Nada de eso? —arquea una ceja—. Yo no iría tan lejos, *fiore mio*.

Vacila. Sus ojos van y vienen entre los dos. —Quiero decir, hablamos. Tuvimos conversaciones. Todo lo que hice fue escuchar.

—¿Eso es todo lo que hiciste, Celine? —intenta girarse para mirarme, pero Benedict ruge—: ¡No te muevas! No volveré a avisarte —luego cambia su mirada hacia mí. El odio arde profundamente en esos ojos lánguidos—. Me la follé innumerables veces en esa misma cama. Tu propia futura esposa, gimiendo como una puta a menos de medio metro de donde estás ahora mismo.

—¡No es verdad! —gime Celine—. Te lo juro, Ilarion. No es verdad!

—Por supuesto que te mentiría —escupe Benedict—. Por supuesto que te diría que no sucedió. Mírala. ¿Parece una mujer que ha estado cautiva?

Esta vez lo ignora y se gira para mirarme. —Ilarion, te juro que no es verdad. Me trató bien. Pero seguía siendo una prisionera. No podía salir ni recibir llamadas. Venía a hablar conmigo todos los días y yo... lo escuchaba, pero...

—Basta —levanto la mano.

Se calla inmediatamente. Sus ojos se agitan de miedo. Pero no teme por su vida.

No, tiene miedo de *perderme*.

La promesa que le hice a su madre resuena en mi cabeza. Hice ese juramento de buena fe, y no voy a incumplirlo ahora. No solo porque he descubierto que soy más humano de lo que creía.

Las lágrimas caen en cascada por las mejillas de Celine. Espera a que yo diga algo. Tengo un ojo puesto en Benedict, que sigue sonriendo como un maníaco, convencido de que ha conseguido abrir una brecha entre nosotros.

Estará muy decepcionado en un momento.

—Te creo, Celine —le digo.

Su cara se tuerce de alivio al mismo tiempo que la cara de Benedict se sonroja de ira. —Estás mintiendo.

Sacudo la cabeza y le miro a los ojos. —¿Te parece que miento? —me río—. ¿Sabes por qué le pedí a Celine que se casara conmigo? Porque sabía que podía confiar en ella.

Sus ojos brillan como pequeñas brasas. Su mano sudorosa empuña y vuelve a empuñar el arma una y otra vez, como si todos sus problemas se fueran a resolver si la sujeta bien.

—Quieres creerlo —gruñe—. Por eso...

—No —sacudo la cabeza—. Le creo a Celine. En cualquier caso, puedo estar tranquilo sabiendo que, después de que una mujer ha estado conmigo, no está dispuesta a conformarse con menos. Y tú, Benedict Bellasio, eres mucho menos.

Le rechinan los dientes. —Hijo de puta...

Me apunta con su arma justo cuando Celine se lanza hacia él para interponerse entre nosotros. Me abalanzo tras ella, rugiendo, listo para arrastrarla al suelo y cubrirla por encima, cuando de repente...

¡PUM!

El disparo resuena en el aire.

Celine cae contra mi pecho, con un grito ahogado en la garganta. Levanto la vista, esperando ver la punta humeante de la pistola de Benedict, lo último que veré antes de que acabe con mi vida.

Pero no está ahí.

Su mano está vacía. Su arma está en el suelo.

No fue él quien disparó.

Ya ni siquiera está de pie. Está tirado en el suelo, gimiendo incoherentemente, mientras la sangre brota entre los dedos que se aferran a la carne de su hombro. Y sobre él, de pie, enmarcada en la puerta, con la mandíbula abierta y una pistola empuñada con dos manos inexpertas...

Taylor.

TAYLOR

Por un momento, nada se mueve. Ni el espacio, ni el tiempo, ni los latidos de mi corazón.

Oigo la voz de mi hermana. La veo de pie frente a Ilarion, como un soldado dispuesto a jugarse la vida. Veo a un hombre esqueléticamente delgado, de pelo oscuro, de espaldas a mí y con su arma apuntando a Celine.

Y actúo por instinto.

No tengo ni idea de cómo manejar un arma, pero Mila me dio una lección rápida mientras esperábamos en el bosque. En realidad no esperaba que la usara. Demonios, en realidad nunca esperé usarla, pero, cuando el caos descendió sobre nosotros, no pude solo sentarme en el vehículo blindado y esperar a que alguien me trajera a mi hermana.

Así que esperé hasta que todas las tropas Bratva, incluidos Dima y Mila, estuvieran ocupadas. Entonces, me colé en la casa.

Hasta que entré en aquella habitación, todo parecía suceder a gran velocidad.

Disparos, gritos, alaridos de rabia, órdenes a gritos y gemidos de hombres moribundos. Olía a humo, a sangre y a muerte en el aire. Me crucé con más cadáveres de los que pude contar.

Pero la velocidad ayudó. Era como si adelantara la experiencia para ahorrarme algún trauma más adelante. Porque, ¿a quién queremos engañar? No puedo permitirme pagar terapia.

Y entonces vi a mi hermana. Miré al hombre que la sujetaba a punta de pistola. Nadie se fijó en mí.

Levanté mi arma, recordando todo lo que Mila me enseñó, y disparé. En realidad, ni siquiera apunté a matar. Solo sabía que tenía que disparar antes que él.

Aspiré fuerte cuando la bala impactó en su brazo. Pero, aunque no fue un disparo mortal, consiguió obligarlo a soltar el arma. Fue entonces cuando miré a Ilarion.

Y fue *entonces* cuando la alta velocidad disminuyó hasta la quietud absoluta.

Nuestros ojos se cruzan y veo la sorpresa en su cara. Es agradable ver algo que nunca había visto antes. Entonces, el asombro desaparece lentamente y es reemplazado por la emoción predeterminada de Ilarion.

Ira.

Los tres largos segundos que siguen mantienen una conversación entera en el embarazoso, *sin doble sentido*, silencio. Y entonces el ruido vuelve a filtrarse en mis oídos. La vida pulsa el botón de *Reproducir*.

—¡Taylor! —grita Celine.

Parpadeo y arremeto contra mi hermana, pero Ilarion la rodea y me cierra el paso. —¿Qué coño crees que haces aquí?

Me arrebata la pistola de la mano, me coloca detrás de él y apunta a Benedict, que está tumbado en el suelo.

—¡No! —dice Benedict en un grito estrangulado—. No, no puedes matarme.

—¿Y por qué coño no?

—Mi her-hermano —la saliva vuela de su boca mientras se agarra el brazo como si estuviera a punto de caérsele, aunque creo que apenas lo rocé—. Mi hermano... Tenemos un ejército... Él vendrá por ti...

—No tengo miedo de tu maldito ejército.

—¡No! —gritamos Celine y yo al mismo tiempo.

—Nuestro padre. ¡Todavía tiene a papá! —le digo.

Benedict deja escapar una burbuja de risa sangrienta. —Exactamente... Yo... tengo a su padre. Y si muero... él se une a mí.

Ilarion nos mira a las dos, con ojos turbios por el conflicto. Los pasos retumban en las escaleras mientras esperamos a que tome una decisión.

—Ilarion —jadeo, agarrándolo del brazo y obligándolo a mirarme—. Por favor, es nuestro padre.

Un instante después, con el arma de Ilarion aún en la balanza, Dima aparece en el umbral de la puerta, con varios hombres agrupados a su espalda. Recorre la habitación y ve a Benedict. —Ah, ya veo que has cogido a la sabandija. Me alegro de haber llegado a tiempo para ver cómo aplastas al bicho.

La mandíbula de Ilarion se crispa salvajemente, pero, cuando la dureza se instala en esos ojos azules empañados, sé que tomó una decisión.

—Hoy no —le dice a Dima—. Amordázalo y átalo. Nos lo llevamos con nosotros.

TAYLOR

—¿Q-qué? —balbucea Dima, mirando perplejo a Ilarion. Su mirada se desvía hacia mí y me mira dos veces—. ¡¿Taylor?!

Le guiño un ojo. El choque de adrenalina me está mareando, como si estuviera drogada o soñando. —Hola, Dima. No tendrás un *iriski* en el bolsillo, ¿verdad?

Sigue mirándome con la boca abierta.

—¡Dima! —Ilarion ladra, sacándolo de su estado de perplejidad.

—Claro —murmura Dima—. De acuerdo. Hablamos más tarde. La situación está contenida abajo, por cierto. Cada hombre Bellasio en el sitio está muerto.

Sacude la cabeza y se vuelve para supervisar a los hombres mientras atan y amordazan a Benedict. Ilarion espera a que lo saquen de la habitación antes de volverse hacia mí. —¿Qué *coño*, Taylor?

Quiere que me acobarde y me derrumbe ante su ira. Pero no lo haré. Montaré esta ola de tener la sartén por el mango todo el tiempo que pueda.

Solo Dios sabe cuándo tendré otra oportunidad.

—Te lo dije antes: No soy una violeta marchita. Puedo cuidar de mí misma. Y, lo que es más importante, puedo cuidar de mi familia.

—No es tu responsabilidad...

—Es mi hermana —interrumpo, furiosa—. Por supuesto que es mi responsabilidad.

—Y una mierda —gruñe, da un paso adelante. Ahora está tan cerca de mí que, si se inclina unos centímetros más, las puntas de nuestras narices se tocarán—. ¿Quién te trajo?

—Nadie me trajo. Robé la pistola de Mila y le disparé en el pie. Algo así. Luego le robé su Hummer y la obligué a traerme.

—¿De verdad esperas que me lo crea? —pregunta fríamente—. Pensándolo bien, no importa. Idiota. Una puta idiotez. ¿Por qué demonios pensaste que correspondía que estés aquí?

Hago un gesto incrédulo hacia el rastro de sangre en la alfombra. —¿Estás ciego? ¡Por eso!

¡Acabo de salvarlos! A *los dos*.

Ilarion se pasa una mano frustrada por el pelo. —Estás loca.

—Esa es una manera extraña de decir, *Gracias*.

Balbucea de rabia. —¿"G-gracias"? No. *No*. Baja de una puta vez. ¡Ya!

Me agarra de la mano y me gira hacia la puerta, y yo le doy con las uñas en la cara. Estamos a punto de enzarzarnos en nuestra propia batalla cuando ambos oímos un grito que nos detiene en seco.

—¡Basta! ¡Los dos!

La culpa y la vergüenza me invaden cuando me doy cuenta de que he olvidado por completo la presencia de Celine. Me zafo del brazo de Ilarion y me giro hacia mi hermana.

Nos mira a los dos con una expresión que tiene una parte de asombro, dos de incredulidad y diez de enfado. Puedo contar con una mano las veces que vi sus mejillas tan rojas.

—Te das cuenta de que yo también estoy en la habitación, ¿verdad? —exige—. ¡Yo soy la que fue secuestrada!

—Celine...

Se vuelve hacia Ilarion, esperando que termine su frase. Pero, por una vez, se queda sin palabras.

—De acuerdo. Está claro que me perdí muchas cosas —susurra con la voz temblorosa—. Y sé que esta es una situación intensa. Pero estoy aquí, estoy a salvo, y todo está bien.

—No, no lo está, Cee —le digo, cogiendo su mano para recordarme que está viva y que todo va bien. O mejor dicho, que todo irá bien, una vez que rescatemos a nuestro padre y alejemos a nuestra familia de Ilarion para siempre—. No puedes confiar en él. No es quien crees que es.

—Tay...

—Por favor, escúchame.

—Te estoy escuchando —insiste—. Eres tú la que nunca me escucha.

Le suelto la mano. —¿Qué?

—Te lo he dicho antes: *Elegí* a Ilarion. Confío en Ilarion. Y eso significa que, te guste o no, tendrás que aceptar el hecho de que estoy con él.

Estoy a punto de decir algo cuando levanta la mano. Lo mismo que hacía papá cuando me ponía bocazas con él. Cierro los labios y mis mejillas arden de vergüenza.

—Ya basta. Crees que no sé con quién me caso. Me caso con Ilarion Zakharov, *pakhan* de la Bratva Zakharov. Me dijo quién era en nuestra primera cita, Tay. Conocía los riesgos de nuestro compromiso y elegí aceptarlos.

—Él realmente no te…

—¡PARA! —Celine grita tan fuerte que doy un paso instintivo hacia atrás—. Para —respira

hondo—. Te quiero por querer protegerme, pero no tienes por qué. No necesito tu protección. Necesito que confíes en mí. Que confíes en que sé lo que hago —me mira y me sostiene la mirada—. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Por favor?

Cuando me lo pide así... ¿qué otra opción tengo? Ni siquiera miro a Ilarion mientras asiento en silencio a mi hermana.

Sonríe y flota hacia delante para abrazarme. —Gracias —me susurra al oído—. Sé que esto no es fácil para ti, pero todo saldrá bien. Ya lo verás.

Y Ilarion me llamó *a mí* delirante.

Suelto a Celine y ella se vuelve hacia su prometido. —Ilarion —murmura—. Yo... ¡Dios mío! ¡Estás sangrando!

Sus ojos parpadean hacia los míos durante un breve instante antes de desviarse de nuevo hacia Celine. —No es nada. Solo un rasguño.

—Déjame verlo —insiste Celine, cogiéndole del brazo con ternura.

Me doy la vuelta y salgo de la habitación lo más rápido que puedo. No me detengo hasta llegar al camión en el que llegamos. Mila está de pie junto a la puerta abierta del pasajero, con una pierna sobre el corredor y la otra en el suelo del bosque.

—Dima me puso al corriente —dice, observándome con incrédulo respeto—. ¿Le disparaste a Benedict Bellasio?

—Sí. Pero fallé. Prácticamente.

Me mira fijamente durante otro largo rato. Luego, se echa a reír. —Estás llena de sorpresas, Taylor Theron. No puedo esperar a ver qué haces ahora.

Sí, pienso que miserablemente. *Yo tampoco.*

ILARION

—Estoy bien —gruño—. No tienes que seguir acariciándome, coño.

Celine se congela. Sus manos se ciernen a centímetros de mi piel.

Maldigo para mis adentros mientras intento comportarme como un ser humano normal con mi prometida. —Maldición. Olvídalo. Yo solo estoy...

—Al límite —completa—. Lo sé. No pasa nada.

Levanto la vista y veo que sus ojos se llenan de lágrimas. —Celine, te creo, ¿vale? —digo—. No tengo fe en una palabra de lo que nos dijo el maldito.

Sonríe cohibida, pero niega con la cabeza. —No, eso no es lo que... Quiero decir, me alegro de que me creas, por supuesto.

—¿Tienes algo más en mente?

Ella asiente. Su mano sigue revoloteando como un pájaro herido sobre mi brazo. —Tú y Taylor parecen realmente...

Contengo la respiración, esperando a ver qué sigue. ¿Sospechas? ¿Acusaciones? ¿Instintos? En cualquier caso, estoy tentado de responder con la verdad.

No es que sepa cuál *es* la puta verdad a estas alturas.

—Realmente molestos el uno con el otro —concluye—. ¿Pasó algo?

—Pasaron muchas cosas, Celine —le digo con una mueca—. Tú y tu padre fueron secuestrados, para empezar. Por si lo habías olvidado.

—Bien —mira hacia abajo y arrastra los pies sobre la alfombra. —Eso debe haber sido duro para mamá y Taylor.

Un relámpago de inquietud me golpea de la nada. *Oh, mierda*.

No sabe nada de su madre.

Debería decírselo de inmediato, pero cuando abro la boca para hacerlo, cambio de opinión. ¿Por qué no darle unas horas más de feliz ignorancia? Ya ha sufrido mucho. Y cuando llegue el momento, ¿por qué voy a ser yo quien se lo diga?

—Recuperarás a papá, ¿verdad? —insiste—. ¿No le harán daño, sobre todo ahora que tienes a Benedict?

—Gregor no es conocido por refrenar sus peores instintos —murmuro. Solo cuando veo la expresión de horror en la cara de Celine me doy cuenta de que estoy diciendo demasiado—. Pero no va a arriesgar la vida de su hermano. No te preocupes.

Suspira. —Todo lo que hago es preocuparme.

Es difícil mirarla y ver a una persona. Veo esas lágrimas y puedo imaginar lo que se siente al ser quien las llora, pero al mismo tiempo, ella no es una persona para mí. No puedo permitirme que lo sea.

Ella es un peón. Es parte de un plan. Es la hermana de Taylor. Todas buenas razones para mantener las distancias.

—Vamos a llevarte a casa —le digo cansado—. Mila y Taylor nos estarán esperando.

—¿Taylor se está quedando contigo?

Hago una nota mental para reunirme con mi querida hermana una vez que confirme que, de hecho, no cojea de un pie. Tenemos que coordinar las mentiras. —Taylor ha estado viviendo en el Diamante hasta que la Casa Zakharov sea reconstruida. No creí que fuera seguro para ella volver a su apartamento.

Celine sonríe tímidamente. —Me alegro. Tay puede ser testaruda a veces. Me alegro de que hayas conseguido convencerla de quedarse donde es seguro.

Resoplo mientras la guío hacia la salida. —No la convencí de hacer nada. No se lo pedí, para ser sincero.

Celine frunce el ceño. —Empiezo a entender por qué parece odiarte tanto.

Me trago otro suspiro. *Ojalá fuera cierto*.

ILARION

Cuando volvemos abajo, veo que Dima ha cargado al inmovilizado Benedict en la parte trasera de uno de los camiones blindados. Está rodeado por todos lados por miles de libras de leales soldados de Zakharov.

—No lo pierdas de vista —le ordeno a Dima.

—Ni hablar —me asegura—. ¿A dónde lo llevamos?

—Casa Zakharov. Podemos mantenerlo confinado en los sótanos hasta que decida el siguiente movimiento. Conduciremos contigo hasta la interestatal y nos separaremos allí.

El resto de la caravana de camiones espera, con los motores ronroneando, a que subamos a bordo y partamos. En el vehículo de cabeza, Mila y Taylor permanecen hombro con hombro.

Las miro dos veces. Taylor va vestida igual que mi hermana, con vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes oscura que deja ver sus brazos tonificados. La sangre, la suciedad y el sudor se mezclan en su piel bronceada y captan la luz hasta que parece brillar. Pero lo que más me llama la atención es la firmeza de su mandíbula, el fuego de sus ojos, la gracia de su postura.

No parece un pez fuera del agua. No como Celine.

Parece...

Como si perteneciera a este mundo.

Aparto la mirada de Taylor y me centro en mi hermana. Mila me dedica una sonrisa culpable y empieza a caminar hacia mí. —Celine —le digo—. ¿Por qué no entras? Solo tardaré un minuto.

No me pregunta nada. Se limita a asentir y se mete en el asiento trasero de uno de los coches. Cierro la puerta y me vuelvo hacia Mila, cuyos pies parecen relativamente intactos.

—Más vale que esta explicación sea buena —gruño.

No tiene que preguntar para saber de qué estoy hablando. —Me apuntó con una pistola. ¿Qué se supone que debía hacer? —no está tan arrepentida como esperaba.

—¿Es una broma? Podrías haberla desarmado en segundos. Por no mencionar el hecho de que la superabas en número diez a uno.

Mila se encoge de hombros. —Es más dura de lo que esperaba —mira hacia donde Dima se burla en silencio de Benedict—. Y mucho mejor tiradora.

—No tienes un agujero en el pie, así que supongo que su puntería no es tan buena —mantengo la voz baja, consciente de que Taylor nos observa desde lejos—. Eres tan predecible.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que te ablandó, ¿no?

Mila levanta las cejas. —¿Me estás diciendo que no te impresionó a ti también?

Miro hacia abajo. —Cuidado, *moya sestra*.

—Solo digo...

—Bueno, no lo hagas. Tengo que llevar a las dos a casa de inmediato. Tenemos a Benedict, pero Gregor no es exactamente una margarita marchita. Podría volver en cualquier momento con refuerzos.

—Me voy, me voy —refunfuña, retrocediendo hacia su contingente con las manos en alto en señal de rendición. Mira a Taylor y me señala con el pulgar. Taylor me echa un vistazo y niega con la cabeza. Luego, sube al mismo Hummer que Mila.

Apretando los dientes, subo al asiento trasero con Celine y golpeo el techo del vehículo. En cuanto lo hago, empezamos a andar.

Mantengo los ojos en la ventana, pero noto que Celine me observa. —Estás disgustado por algo —dice bruscamente cuando dejamos atrás los árboles ardientes de la propiedad rota de Bellasio.

Me obligo a volverme hacia ella con la sonrisa más paciente que consigo. —No, no lo estoy.

Ella frunce el ceño. —Sé que no hace mucho que nos conocemos, Ilarion, pero me doy cuenta de que algo no va bien contigo —como no digo nada, suspira—. Mereces saber qué pasó mientras estaba con Benedict.

—Ya te dije...

—Me ofreció un trato —explica, apresurándose a pronunciar las palabras como si temiera no tener el valor de decirlas si aguanta más—. Me dijo que se casaría conmigo si aceptaba poner fin a mi compromiso contigo.

Mi sangre empezaba a calmarse tras el tiroteo, pero al oír esas palabras, empieza a agitarse de nuevo. —¿Él hizo *qué*?

Asiente. —No sacó el tema enseguida. Venía a verme cada dos horas y me hablaba.

—¿Sobre qué?

Se encoge de hombros. —Su infancia, su familia, sus intereses. Era casi como si quisiera que lo conociera. Que viera que no era tan malo. Entonces, hacia el tercer día... fue cuando me ofreció el trato. Me dijo que el matrimonio vendría con seguridad para toda mi familia, con propiedades y riqueza y viajes. Todo lo que mi corazón deseara. También me dijo que no lastimaría a mamá.

—¿Y tú dijiste...?

Sus ojos se congelan en mí por un momento. Atraviesa el impacto y vira rápidamente hacia el dolor. —No estarás... ¿De verdad me estás preguntando eso?

—Celine...

—Te quiero, Ilarion —suelta—. ¿De verdad crees que soy tan voluble como para tirarte por la borda por lo que me prometiera algún mafioso enloquecido?

—Colgó la seguridad de tu padre delante de ti, Celine. Todo lo que intento decir es que no te habría culpado por considerar tus opciones.

Me mira enfadada. —Sí, bueno, tal vez eso habría sido suficiente para convencerte, pero no fue suficiente para convencerme. No iba a confiar en un hombre que amenazaba con matar a mis seres queridos si no le entregaba mi vida.

—Así que dijiste que no.

—Por supuesto que dije que no. No voy a mentir; estaba aterrorizada. Pensé que él... dejaría de pedírmelo y me *obligaría* en un momento dado. Pero solo me dijo que un día me arrepentiría de mi decisión. Luego, se fue.

—¿Te ha tocado? —juro que detendré toda la caravana y golpearé al cabrón hasta casi matarlo si le puso un dedo encima.

Ella sacude la cabeza. —No. Creo que solo quería hacerme creer que lo haría. Que podría. Le dije que, si me forzaba, sólo demostraría lo débil que era.

Siento un renuente brote de orgullo. —Chica lista.

—Y —añade—, sabía que vendrías por mí.

Vuelvo la cara hacia la ventanilla para que no pueda verme hacer muecas. Mientras el bosque se pierde en la carretera, pienso en cómo le gritó a Taylor que se apartara. Solo me conoce desde hace unos meses y estaba dispuesta a luchar por mí. Contra su propia hermana.

Cuanto más hablo con ella, cuanto más tiempo estoy en su presencia, más me doy cuenta de algo de lo que no puedo escapar: es una mujer que merece saber la verdad.

El problema es que *no puedo darle lo que me pide.*

—No deberías haber discutido con tu hermana por mí.

—Vas a ser mi marido —dice con firmeza—. Taylor tiene que respetar eso. Entiendo que esto ha sido un infierno para ella también. Se ha visto envuelta en el caos de todo esto. Pero no tiene derecho a decirme qué hacer con mi vida. Nadie lo tiene.

—¿Y tu padre? —sugiero suavemente—. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, podría estar de acuerdo con Taylor.

—No importa —responde—. No cambiará mi decisión. Sé lo que quiero, Ilarion. Te quiero a *ti*. Tal vez sea egoísta teniendo en cuenta todo lo que he hecho pasar a mi familia, pero... no puedo dejar de quererte.

Que me jodan. Supe desde el momento en que conocí a Celine que nunca podría amarla.

Pero nunca previ esto.

De repente, el hecho de que Taylor esté embarazada de mí me parece un secreto demasiado grande para ocultárselo a esta mujer inocente y abierta. Parece una traición, teniendo en cuenta lo mucho que está dispuesta a sacrificarse por mí.

—¿Qué pasa? —pregunta, extendiendo la mano y ahuecando mi cara con la palma.

El hecho de que quiera escabullirme de su alcance solo consolida mi decisión. Tengo que decírselo. —Escucha Celine... hay algo que necesito decirte.

Frunce el ceño. La inquietud y el miedo vuelven a sus ojos. —Vale...

—Yo…

La explosión que suena en ese momento es como si el mundo se partiera en dos. Casi me estallan los tímpanos. Cada pensamiento, cada recuerdo, cada sensación que experimenté se condensa en un miedo fuertemente anudado en mi pecho. Y ese miedo tiene un nombre.

Taylor.

ILARION

Nos detenemos con el chirrido ensordecedor de los neumáticos. Celine está demasiado aterrorizada para gritar. La empujo hacia el hueco de la rueda, le agarro la cara y la obligo a mirarme.

—Quédate aquí. ¿Lo has entendido? Quédate aquí.

No espero a ver si cumple las órdenes. Salto del coche y mis botas golpean con fuerza la grava. —¿Qué coño ha sido eso? —le pregunto a Iván, mi chófer, mientras baja conmigo y amartilla su pistola.

—No estoy seguro, *pakhan*. Parece que alguien intenta bloquear nuestro camino.

Miro hacia la parte delantera de la caravana. Todos los demás camiones se han detenido como nosotros, esparcidos en ángulos incómodos por la carretera. El humo sale en todas direcciones. No veo más allá de diez o veinte metros.

—Tiene que ser Gregor. Vuelve al coche y quédate allí con Celine. Cierra las puertas. No las abras para nadie más que para mí.

Tampoco espero a ver si lo entiende. Simplemente desenfundo mi arma y cargo hacia el origen de la explosión.

Dima y Mila se adelantan por el camino. Miro a mi hermana mientras todos corremos con las armas en la mano. —Está...

—Taylor está bien —me tranquiliza—. Intentó seguirme, pero logré encerrarla en el coche.

—Bien. Mantenla ahí mientras averiguo qué coño está pasando. Si hace un escándalo, amenázala con violencia.

Mila resopla. —Como si eso hubiera funcionado antes.

Pero hace lo que le digo, retrocediendo para asegurarse de que la pequeña *tigrionok* se queda donde debe estar.

—No creo que sea buena idea que vayas —dice Dima cuando reanudo mi trote hacia la primera fila. Me agarra del hombro para que me detenga—. Déjame comprobar primero.

—Por supuesto que iré —lo quito de mi camino. Suspira, pero oigo cómo acelera el paso para

seguirme.

Mi coche era el sexto de la fila. Benedict estaba dos coches por delante del mío. Me acerco al suyo y abro el maletero para descubrir al líder Bellasio atado como un pavo de Acción de Gracias, con media docena de pistolas Bratva apuntándole a la cara. Pocas imágenes me dan más placer.

Aunque veo un destello de excitación detrás de la mirada venenosa de sus ojos. Cree oler un rescate en el aire.

—Hoy no, hijo de puta —gruño. Luego cierro el maletero para tapar su sonrisa imbécil.

Recorro a grandes zancadas el último tramo del camino hasta el primer coche de la comitiva y enseguida veo el problema. Un enorme árbol ha caído sobre el camino, levantando tierra que confundí con humo. Tiene tres metros de diámetro y es demasiado grande para cortarlo en pedazos sin equipo especializado. Tampoco se puede dar vuelta con el coche, pues hay una arboleda espesa a ambos lados.

Mis hombres, que se arremolinan en torno al lugar del accidente, ya han llegado a la misma conclusión: la única salida es desandar el camino y volver por donde vinimos.

—Maldición —murmuro, mirando hacia atrás por encima del hombro. Esto no está bien. Algo falta en esta ecuación. —He oído una explosión.

—Por aquí, señor —dice Stepan a unos pasos de la carretera. Lo veo entre los árboles, en cuclillas, examinando algo en el suelo.

—¿Qué es? —pregunto, acercándome.

—Esto no ha sido un acto extraño de la naturaleza —señala los restos carbonizados y negros de tierra donde alguien había detonado una explosión lo bastante grande como para derribar el monstruoso árbol.

—Hijos de puta —gruño.

Dima se endereza de inmediato. —Esto tiene las huellas de Gregor por todas partes —dice—. Ilarion, tenemos que ponernos a cubierto. Viene un ataque.

Me vuelvo hacia los vehículos donde están las mujeres. Los vehículos blindados tienen un límite. Todavía estamos demasiado expuestos para mi gusto, y dispersos a lo largo de la carretera.

Somos blanco fácil.

Me agarro a Dima. Por una vez, lo dejo ver lo asustado que estoy. —Protégela a toda costa —gruño. Mis ojos recorren los bosques en busca señales de la lluvia de muerte que seguramente está en camino—. Por sobre cualquiera. ¿Me oyes?

—Hermano... —dice Dima suavemente, forzando mi mirada hacia él—. ¿Qué proteja a *quién* a toda costa? ¿A cuál?

No hace mucho, tenía el mundo en la palma de la mano. Tenía el plan perfecto, todos los resultados estaban perfectamente dispuestos ante mí. Yo era el maldito titiritero.

Ahora, es un desastre. Todo por culpa de un cachorro de tigre que cruzó corriendo la carretera sin mirar y se quedó llorando bajo la lluvia cuando le pregunté qué quería de su vida.

¿Cómo coño salió todo tan mal?

—Taylor —digo sin dudar—. Protege a Taylor.

Dima asiente solemnemente. —Con mi vida.

—¡Hombres! —grito.

Los que están más cerca de mí se reúnen a mi alrededor, mientras los demás se suben a sus vehículos para poder oírme y verme. —Los Bellasio creen que pueden acorralarnos aquí y eliminarnos —mi sonrisa es lobuna, pero no llega a mis ojos—. Estamos a punto de demostrarles lo estúpidos que son.

Me responden con un fuerte grito de guerra que hace que la sangre bombee con más fuerza por mis venas. —Aguantaremos los próximos diez minutos mientras nuestros exploradores comprueban la zona. Luego, damos la vuelta y buscamos otra ruta a casa.

Dan su aprobación al plan. Satisfecho, camino hacia...

Me detengo en seco cuando me doy cuenta de que no estoy seguro de cuál es el primer coche en el que me detengo.

¿El de Taylor?

¿O el de Celine?

ILARION

Me quedo demasiado tiempo en tierra de nadie, sabiendo que, a pesar de los cristales tintados, las dos mujeres pueden verme desde donde están sentadas. Alzo la vista. Mi hermana me mira desde donde está apoyada en otro de los vehículos.

—Esto es más de lo que puedes abarcar, ¿eh? —dice con una sonrisa cómplice.

—Esto no es nada —digo con firmeza—. Resulta que Taylor es la madre de mi hijo.

Mila asiente. —Y también resulta ser lo suficientemente valiente como para haber captado tu interés y mantenerlo. Veamos, ¿cuántas mujeres han hecho eso en el pasado? —finge tomarse un momento para pensarlo—. Oh, claro, ninguna.

—La suerte está echada, Mila —pero, apretando la mandíbula, me dirijo al coche de Celine.

Cuando abro la puerta, está sentada con las manos juntas, mirando por el parabrisas, con la tensión nerviosa dibujada en el rostro. —¡Ilarion! —jadea en cuanto me ve—. ¿Qué pasa?

Mi plan era decirle la verdad, prepararla para un ataque inminente. Pero en cuanto veo el pánico en su cara, sé que no puedo hacerlo. La destrozaría, y ya es tan frágil.

—Nada que no pueda manejar —le digo con confianza—. No te muevas, ¿vale?

—¿Aún no nos vamos?

—Todavía no. Hay un obstáculo bloqueando la carretera, así que puede que tengamos que volver.

Es evidente que sospecha que pasa algo, pero no pregunta. Se muerde la lengua y se reclina en su asiento. —Está bien. Esperaré aquí.

Realmente le creo. Realmente se sentará donde le digan y mantendrá la cabeza gacha. No irrumpirá donde no debe. No robará una pistola y le hará un agujero en el pie a mi hermana y lo arriesgará todo por sus seres queridos. Nunca, nunca se interpondrá.

Quizá ese sea el problema.

Cierro la puerta y me acerco al vehículo de Taylor. Acabo de abrir la puerta del coche cuando un pie sale volando y casi me golpea en el pecho. —¡Mierda! —gruño mientras Taylor suelta un grito de sorpresa. Se agarra al asiento para salvar su vida, ya que casi se cae—. ¿Qué demonios

crees que estás haciendo?

Detrás de mí, Mila intenta reprimir la risa.

Taylor parece sonrojada, pero se endereza pronto. —Yo... intentaba tirar la puerta abajo —entrecierro los ojos y ella alza las manos, frustrada—. ¡Pues Mila me encerró!

—Con razón —replica Mila—. Habrías hecho algo estúpido si no lo hubiera hecho. Hiciste algo estúpido de todos modos, en realidad.

Taylor resopla. —Merezco saber qué está pasando.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz. De una cosa no hay duda: esta hermana es el mayor dolor de cabeza. —Lo que pasa es que Gregor Bellasio ha provocado una explosión que ha derribado un árbol enorme. Nuestro camino a casa está bloqueado.

—¿Podemos dar la vuelta? —pregunta.

—Gracias, genio. No se me había ocurrido.

Pone los ojos en blanco. —Supongo que estarás anticipando un ataque —dice, con un hilo de ansiedad en la voz. Pero de nuevo, a diferencia de su hermana, parece prepararla en lugar de paralizarla.

—Sí. Tenemos que asegurarnos de que no nos cojan desprevenidos antes de dar la vuelta a estos vehículos.

Un sonido me detiene en seco. Un estruendo lejano. ¿Trueno? ¿Un terremoto? ¿Un... motor?

Un motor.

—¡*A CUBRIRSE*! —grita alguien desde unos metros de distancia.

En cuanto lo dice, un enorme camión sale disparado del bosque y se estrella contra el Jeep en el que se encuentra Celine.

El camión hace girar lateralmente el Jeep, lanzándolo varios metros antes de que vuelque sobre su costado. Da una, dos, tres vueltas de campana antes de estrellarse contra los árboles del otro lado de la carretera.

El metal cruje. El cristal se hace añicos. —No —oigo jadear a Taylor. Luego, empieza a gritar—. ¡*NO*! ¡*CELINE*!

Salta del Hummer, pero la agarro por la cintura antes de que toque el suelo. —No —gruño, mientras los matones Bellasio salen corriendo del camión—. ¡Vuelve dentro!

—¡Celine! —sigue gritando, ignorándome por completo—. ¡Suéltame! ¡Es mi hermana!

Quiero decirle que me ocuparé de ello. Que no dejaré que nadie salga herido. Pero no tengo tiempo para palabras, así que la lanzo de vuelta al coche y cierro la puerta sobre sus gritos furiosos. Mila y Dima ya están devolviendo el fuego a los refuerzos Bellasio.

Es una puta locura otra vez. Tengo que abrirme paso a tiros entre la avalancha para llegar al coche volcado de Celine.

Pero es como luchar contra las langostas. Están por todas partes, docenas y docenas. Cada una por separado es aplastada con facilidad, pero, en conjunto, son demasiadas.

—¡Aseguren al prisionero! —grito, pero mi voz se pierde en el caos de gritos y disparos.

Me subo al capó de uno de los camiones y escalo hasta el techo. Permanezco allí, contemplando toda la escena.

No sé dónde ir primero. Benedict, Celine, Taylor, Mila, Dima... tengo demasiados puntos débiles. Demasiadas vulnerabilidades.

Una vez más, tengo que preguntarme: *¿Cómo ha salido todo tan mal?*

—¡Ilarion! —grita Dima desde el suelo a mi lado—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Eres demasiado visible ahí arriba!

Un segundo después, una bala pasa como una guadaña junto a mi cabeza, fallando por poco. Siento el pinchazo de la presión del aire al pasar a mi lado. Ni siquiera puedo localizar al tirador. Están pasando demasiadas cosas.

—¡Cúbreme! —le grito a Dima. Elijo tres, cuatro, cinco hombres Bellasio, y cada uno de ellos muere por mi arma.

Pero, con el pequeño grupo de soldados acercándose a Celine, me veo obligado a tomar una decisión en una fracción de segundo.

¿Salvarla?

¿O mantener a Benedict?

La cara de Taylor me viene a la mente justo antes de saltar y correr hacia Celine.

Golpeo con la empuñadura de mi pistola en la cara de un matón Bellasio pérdido mientras lucho por llegar al coche. Dos intentan derribar la puerta desde arriba para entrar. Disparo a uno en la nuca y al otro entre los ojos.

—¡Celine! —grito. No hay respuesta.

Tardo unos minutos en liberar el torturado metal de la puerta. Mis músculos se tensan mientras tiro, tiro, antes de que finalmente ceda. Me agacho en la oscuridad ahumada del coche.

Por un momento, no la veo. *¿He llegado demasiado tarde?*

Pero entonces… ahí.

Está desplomada contra la ventana de enfrente, con los ojos cerrados, la cara pálida, la sangre untada en el cristal y goteando de su cuero cabelludo.

Me arrastro hasta ella, levanto su cuerpo inerte y la saco. Su cabeza se inclina sin vida contra mi hombro mientras la libero.

—Joder —sisea Mila, materializándose del caos con una pistola en cada mano—. ¿Está viva?

Presiono mis dedos en su cuello. —Tiene pulso.

Miro más allá de Mila y me doy cuenta de algo: de repente todo está más tranquilo. Los hombres Bellasio vuelven por donde vinieron, desaparecen en el bosque. Mis hombres, los que sobrevivieron, están desplomados contra los coches o agachados en posiciones defensivas. Mire donde mire, el polvo se arremolina y los hombres Bratva heridos hacen muecas de dolor.

Y, en mis brazos, Celine sigue sin moverse.

Una silueta se acerca a través de la penumbra y el humo. Toma forma: Dima. Tiene sangre y sudor y el pelo enmarañado en la frente. Antes de que se acerque, sé que viene con malas noticias.

—Se ha ido, ¿verdad? —pregunto apretando los dientes.

Dima asiente con pesadez. —Lo siento, hermano. Los Bellasio lo recuperaron.

TAYLOR

Acuno la cabeza de mi hermana entre mis manos mientras atravesamos las calles a toda velocidad.

Enterré a mi madre hace solo unos días. No tengo fuerzas para enterrar a mi hermana junto a ella. Así que me aferro a Celine como si fuera lo único que la mantiene a flote. Le hablo con la esperanza de que alguna pequeña parte de ella pueda oírme.

—Todo va a ir bien —susurro una y otra vez hasta que la garganta se me queda ronca por el humo y las lágrimas—. Todo va a salir bien.

Dima, Mila e Ilarion están en el mismo Hummer que nosotras. Ninguno de ellos me mira mientras continúo con mi flujo constante de afirmaciones sin sentido. Ninguno dice nada. Como si ya la hubieran descartado.

Yo no.

No voy a rendirme.

Cuando el vehículo se detiene por fin, me abren la puerta. Dima me mira con el tipo de dolorosa simpatía que no quiero volver a ver en mi vida.

—Dámela, Taylor —dice suavemente—. Tendré cuidado.

Puedo confiar en él, ¿verdad? Tiene una sonrisa amable y un bolsillo lleno de caramelos que está dispuesto a compartir. Nunca me atropellaría con su coche. Nunca me enseñaría a qué sabe la libertad y luego me la arrancaría junto con todo lo que siempre amé.

Soy consciente de que mi lógica es muy errónea, pero no tengo el ancho de banda mental para analizarla ahora mismo. *Tiene caramelos. Debe ser amable*. Eso tiene que ser suficiente.

Así que le ayudo a levantar a Celine del asiento. La coge con toda la ternura que puede. Cuando tengo los brazos libres, salgo tambaleándome del Hummer y miro a mi alrededor por primera vez.

Cuando Mila se pone a mi lado, me vuelvo hacia ella, horrorizada. —Esto no es un hospital —exclamo—. ¡Esto es el Diamante!

—No te preocupes —me tranquiliza—. Tenemos un médico arriba, esperándola. Tiene todo el equipo médico que necesita para...

—¡Necesita un médico *de verdad*! —grito—. ¡Y un hospital *de verdad*!

—Aquí está en buenas manos —interrumpe Ilarion, poniéndose delante de su hermana antes de que pueda responder.

—¿Buenas manos? —repito, furiosa—. ¿Buenas manos *de quién*? ¿*Tuyas*?

Ilarion aprieta los dientes. —Mila, entra y habla con el Dr. Baranov. Quédate con Celine y hazme saber lo que hay que hacer.

Mila asiente y se escabulle de mi ira. Me parece bien; no es con ella. —¿Por qué coño no estamos en un puto hospital de verdad? —le exijo al hombre al que culpo de todo esto.

—Porque eso plantearía demasiadas preguntas innecesarias. No necesitamos que la policía se involucre.

—Oh, ¿así que comprometes la vida de mi hermana porque no quieres lidiar con las molestias de un puñado de policías haciendo unas muy buenas preguntas?

—No se está comprometiendo nada, Taylor. El Dr. Baranov sabe lo que hace.

—¡Quiero que la lleven a un hospital!

—Solo la quieres lejos de mí —se queja—. Es comprensible, pero desaconsejable. Aquí recibirá el mejor tratamiento posible.

Lo miro fijamente, su hermoso y aterrador rostro manchado con la sangre y el sudor de la batalla. Es un marcado contraste con lo tranquilo que está, con lo tranquilo que siempre está. Incluso en medio del caos, su respiración es constante y uniforme.

Ni siquiera puedo explicar cuánto lo odio.

Es otro recordatorio de que tanto Celine como yo solo somos peones en este juego. El dolor es personal. Y eso corta más profundo de lo que debería.

Quizá sea porque es el primer momento de calma que tuve en horas, pero noto que el cansancio se apodera de mi cuerpo. No estoy segura de qué me mantiene en pie, pero me siento traicionera, como si las cuerdas que me sostienen fueran a romperse en cualquier momento.

—Necesitas descansar —dice, acercándose a mí.

—¡No! —me alejo de sus manos—. No me toques.

Pero, mientras lo digo, me tambaleo y casi caigo al suelo. La única razón por la que no lo hago es porque Ilarion me agarra, sus brazos me aprisionan contra él, obligándome a rendirme al hecho de que soy demasiado débil para luchar contra él.

—Taylor —susurra, con una voz tan suave que me pregunto si me lo imaginé.

Levanto la vista y me encuentro atrapada en esos ojos azules nublados. Me pierdo en ellos por un momento. Me pierdo en el alivio de saber que estoy bien. Alivio de que él esté bien. Alivio porque, al menos, podemos estar aquí, juntos.

Odio lo bien que sienta que me coja en sus brazos. Odio lo bien que sienta tener a alguien fuerte

en quien apoyarse.

Pero su fuerza no es mía para beneficiarme de ella. Su comodidad no es mía.

Pertenece a mi hermana. Y está tumbada en una falsa cama de hospital en algún lugar del piso de arriba, inconsciente y sangrando por la cabeza.

Sacudo la cabeza y me aparto de él. —Ahora mismo deberías estar con Celine —le recuerdo—. No conmigo.

No pasa por alto la mordacidad de mi tono, la acusación apenas velada. —Necesito asegurarme de que tú y el bebé también están bien —es un recordatorio de que su preocupación no es solo por mí.

No debería importarme.

No me importa.

No puede importarme.

—Estoy bien.

—Dejaré que el Dr. Baranov juzgue eso. Ven conmigo —su expresión se endurece cuando me quedo quieta—. Si no vienes voluntariamente, me veré obligado a llevarte. No creo que ninguno de los dos quiera eso.

Aprieto los dientes y asiento. Satisfecho, se da la vuelta y nos conduce al interior de la casa y al segundo piso. Nunca subí aquí. El piso es amplio y abierto, salvo por un anexo sellado al espacio. El sutil papel pintado estampado lleva el dibujo geométrico de las cimas de las montañas agolpándose en el cielo.

A través de las ventanas del anexo, veo lo que tengo que admitir que es una habitación de hospital impresionantemente bien equipada.

Puedo distinguir al Dr. Baranov a través del cristal. No está solo. Parece que hay dos enfermeras con él, quizá más. En el fondo, las máquinas suenan como una respiración animal.

Mila está apartada en una esquina, mordiéndose las uñas como hacía yo de niña. Al verla, se me despierta el instinto y necesito toda mi fuerza de voluntad para no caer en la tentación.

Se quita la mano de la boca cuando nos ve. En cuanto la miro, la visión de túnel me abandona por completo. Es como si me estallaran los oídos después de un viaje en avión.

Puedo oír. Puedo ver. Puedo pensar.

—Está estable —dice Mila cuando me ve mirar—. Por ahora —pero eso es todo lo que ofrece, aunque su mandíbula apretada y su palidez gris sugieren que hay mucho más sin decir.

Frunzo el ceño. —¿Qué es lo que no me dices?

Pasa de mí y mira a su hermano, cuya presencia puedo sentir acechando detrás de mi hombro como una sombra que nunca quise ni pedí. —No me corresponde a mí decirlo. El doctor Baranov vendrá enseguida. Seguro que lo explicará todo.

—Si está muerta, Mila, dímelo.

—No está muerta —de nuevo, no da más detalles—. Les daré algo de espacio.

Se da vuelta y se va. En cuanto oigo cerrarse la puerta, me vuelvo hacia Ilarion. —Se equivoca al confiar en ti —siseo, soltando las palabras que he estado conteniendo desde que Celine me gritó que parara.

—Dejó muy claro lo que siente.

—¡Pero está equivocada! —grito—. Ella no tiene todos los hechos. Pero yo sí —se tensa, y es lo bastante obvio como para que me dé cuenta—. Así es. Te oí hablar antes con Mila y Dima, antes de que partieras en tu pequeña misión de rescate. Te oí admitir que Celine no es más que una pieza de ajedrez en tu tablero. En realidad no la amas. Nunca la amaste.

Se limita a mirarme fríamente, sin revelar nada. Lo odio tanto. Quiero empujarlo y golpearlo hasta que esa horrible máscara se rompa y muestre que hay una persona de verdad ahí dentro.

Sé que la hay. Lo he visto con mis propios ojos.

Pero ahora, cuando mi hermana y yo lo necesitamos más que nunca, está cincelado en piedra. Sin pestañear. Inquebrantable de la peor manera posible.

—¿Y bien? —presiono—. ¿No tienes nada que decir?

—No —se encuentra con mi mirada, y no hay ni una pizca de disculpa—. Ya has tomado una decisión sobre mí. Nada de lo que diga va a cambiarlo. Así que no perderé el tiempo ni el aliento defendiéndome.

Lo fulmino con la mirada. —¿No te sientes mal? ¿No hay una sola parte de ti que se sienta culpable por haberla puesto en esta situación?

Aparta la mirada de mí. Me pregunto qué intenta ocultar. ¿El hecho de que no siente nada? ¿O tal vez la verdad es que siente demasiado?

Me río oscuramente contra su silencio. —Supongo que este es un resultado más conveniente para ti, ¿no?

—Taylor...

—No lo hagas —replico, odiando cómo oírlo decir mi nombre me hace sentirme rara y pegajosa por dentro. O quizá solo odio lo que eso dice de mí—. Necesito saber por qué le pediste a Celine que se casara contigo. Porque seguro que no fue por amor.

—¿Quieres la verdad? —pregunta.

—No —digo sarcásticamente—, quiero que sigas mintiéndome.

—Bien —aprieta y afloja el puño en el costado, la única señal de que está algo más que perfectamente tranquilo—. Le pedí a Celine que se casara conmigo porque necesitaba una mujer que llevara mi nombre y mis herederos. Tu hermana es guapa e inteligente. También es obediente. Hará lo que yo diga, cuando yo lo diga. Eso me atrajo.

Me echo atrás. —¿Te casaste con ella porque... pensaste que sería un felpudo?

—Porque sabía que no sería un problema. Por decirlo crudamente.

—No es solo burdo; es terrible. Terrible y... superficial. Y locamente egoísta.

Se encoge de hombros. —Quizá tengas razón en eso.

Sacudo la cabeza. —¿Pero seguirás adelante con la boda?

—A menos que haya cambiado de opinión, entonces sí.

—¿Y si elige otra cosa cuando se despierte?

Levanta las cejas. —Entonces, la dejaré marchar. No voy a obligar a Celine, ni a nadie, a casarse conmigo.

Deja la última parte sin decir: *Porque no tendré que hacerlo.*

Su confianza me enfurece, porque sé que tiene razón. Cuando Celine me gritó en la propiedad de Benedict Bellasio, vi la determinación en sus ojos. Sabía lo que significaba.

—¿Le has contado lo que acabas de decirme?

Ilarion pone los ojos en blanco. —¿Qué crees?

—Bien. Entonces, cuando se despierte, se lo diré yo misma.

Asiente. —Haz lo que debas.

Lo miro boquiabierta y vacilante. —No te la mereces.

—No voy a discutir eso. Pero no me impedirá hacer lo que debo, también.

ILARION

Estoy acostumbrado a ganar siempre. Sé lo que se siente, incluso cuando me digo a mí mismo que es necesario para sobrevivir. Es una sensación de orgullo y satisfacción que pocas cosas pueden rivalizar.

Supongo que, lógicamente, sé que Taylor no se equivoca. Yo tengo la sartén por el mango, y ambos sabemos que voy a ganar esta discusión.

¿Por qué no se siente así?

Todo lo que puedo hacer es quedarme aquí, mirándola fijamente con la cara limpia de cualquier emoción real y darle respuestas frías y robóticas que no hacen más que hacer que me desprecie más.

Normalmente, me importaría un bledo. Pero hoy, hay un cosquilleo en mis entrañas que me dice que *sí* me importa. Me importa lo que esta mujer piense de mí.

Y no solo porque lleva a mi bebé.

No importa cuántas veces lance ese hecho entre nosotros como una cortina de humo.

Me dirijo a un rincón de la habitación y le sirvo un vaso de agua de la jarra. Me mira incrédula cuando se lo ofrezco.

—Bebe —le digo—. No está envenenado. Me viste llenarlo.

—No tengo sed.

—Sí, la tienes.

Duda un momento y luego coge el vaso de agua. El primer sorbo es vacilante. Lo termina con el segundo.

—Bien —murmura mientras se limpia los labios húmedos con el dorso de la mano—. Quizá tenía un poco de sed.

—La batalla te hace eso.

Me mira a través de sus largas pestañas. —Pareces acostumbrado.

—Esta guerra con los Bellasio se ha estado gestando durante mucho tiempo.

Su ceño se frunce de curiosidad, pero se abstiene de preguntar nada más. En cambio, murmura —: No puedo creer que Celine esté de acuerdo con todo esto.

—Dale más crédito. Es más dura de lo que crees —pero incluso mientras digo eso, un nuevo desgarro en mis entrañas se une al primero. Ahora he visto a las dos hermanas en el fragor de la batalla, sometidas a un estrés intenso y a situaciones que ponen en peligro su vida... y una lo lleva mucho mejor que la otra.

Una es apta para esta vida. La otra apenas se aferra a ella.

—Oponerse a la violencia no te hace débil —dice—. Te hace moral.

—¿Y es imposible que un ángel como Celine ame a un demonio como yo?

—Tus palabras. No las mías.

Sonrío. —¿Quieres más agua?

—No —dice, antes de añadir un "gracias" de mala gana al final.

Dejo el vaso en una mesita cercana. —Puedo entender tu preocupación por tu hermana. Y tienes razón: no la quiero —abre mucho los ojos, pero no me interrumpe—. Pero la verdad es que no creo que sea capaz de amar a nadie.

—Amar está en la naturaleza humana —dice, como si se sorprendiera a sí misma con esa afirmación.

—Puede ser, pero no está en mi naturaleza.

—¿Estás diciendo que no eres humano?

—Si así te resulta más fácil de digerir, llámame como quieras —me encojo de hombros—. Lo que quiero decir es que el hecho de que no pueda querer a Celine no significa que no vaya a tratarla bien. La cuidaré. Será mimada y protegida.

—¿Como ahora? —Taylor se burla, sacudiendo la cabeza hacia el anexo médico del que el Dr. Baranov aún no ha salido—. Muy impresionante. Hazme un favor y nunca intentes "mimarme", por favor.

Me trago una sonrisa. Nada de esto tiene gracia. La prometida a la que no puedo obligarme a amar se está muriendo en la habitación de al lado. El cachorro de tigre que no puedo dejarme tener me escupe fuego a la cara. Estoy en guerra con un enemigo que se me escurre entre los dedos como arena, sangro por media docena de cortes y todo lo que he estado construyendo durante demasiado tiempo se está desmoronando delante de mí.

Sin embargo, la pequeña *tigrionok* enseña los colmillos y eso me hace sonreír.

No tengo ni puta idea de lo que eso puede significar.

—No eres tan pacifista como dices que es tu hermana —observo.

—Me defiendo de los ataques, si eso es lo que preguntas.

—Tú y yo tenemos eso en común.

—Probablemente lo único que tenemos en común —replica—. Porque el hecho es que amo a Celine. Y no puedo quedarme de brazos cruzados y...

—¿Pensé que ibas a confiar en tu hermana? —le digo—. Su vida, su error. ¿Verdad?

Su mirada vacila y cae al suelo entre nosotros. Cuando habla, es un susurro áspero.

—Eso suponiendo que aún tenga una vida que desperdiciar.

Como si nada, el Dr. Baranov sale de la habitación contigua con el rostro cuidadosamente desencajado.

—¿Está bien? —clama Taylor en cuanto lo ve, sus ojos se desvían hacia la habitación de su hermana—. ¿Está despierta?

El Dr. Baranov se centra en Taylor. Suelta un suspiro cansado y el corazón me da un vuelco en el pecho. —Su hermana ha sufrido un traumatismo craneal importante. Está estable por el momento, pero parece...

—¿Sí?

—Parece que ha entrado en coma.

Taylor jadea, su cuerpo se mece con un sollozo que no sale. —C-coma... ¿Estás seguro?

—Todavía hay una posibilidad razonable de que se recupere. Tendremos que vigilarla de cerca los próximos días y con suerte...

Taylor no espera a saber qué sigue a “con suerte”. —¿Así que no tienes ni idea de cuándo o si despertará?

—Las próximas setenta y dos horas son cruciales —explica el Dr. Baranov con suavidad—. Si despierta en ese plazo, el proceso de rehabilitación será más sencillo.

—¿Y si no lo hace?

Los ojos de Baranov revolotean hacia los míos. —Entonces, la recuperación será más difícil. Puede que haya que volver a enseñarle ciertas cosas. Caminar, hablar y leer, por ejemplo.

Taylor traga saliva. —Está bien. Podemos ayudar...

—Pero...

Su cabeza vuelve a mirar al Dr. Baranov. —Pero ¿qué?

—La probabilidad de que despierte después de setenta y dos horas es... escasa.

Aspira y la noto tambalearse hacia mí. ¿Es instinto? ¿Es pura coincidencia? No espero a averiguarlo. La agarro suavemente del brazo y entrelazo mis dedos con los suyos.

No me aparta. Sus ojos permanecen fijos en el Dr. Baranov. —¿Qué tan escasa es “escasa”?

Su máscara, perfectamente orquestada, se resquebraja lo suficiente para que ella vea cuánta esperanza tiene en la recuperación de Celine: muy poca.

No dice una palabra, pero puedo sentir a Taylor derrumbarse sobre sí misma. —No... —lo susurra tan suavemente. Tan desgarradoramente desesperada.

Respira entrecortadamente y las piernas le fallan. La agarro antes de que pueda flaquear y la levanto en mis brazos. Está ingrávida y flácida. Su cabeza se apoya en mi pecho como la de un cervatillo recién nacido.

—Déjame revisarla —me dice preocupado el Dr. Baranov—. El estrés no puede ser bueno para el bebé.

—No... —murmura débilmente—. Por favor, no...

El leve aroma a avellanas y vainilla persiste en mis fosas nasales mientras asiento. —Mañana. Por ahora, vigila a Celine —le digo—. Asegúrate de que alguien esté con ella las veinticuatro horas del día.

Me doy la vuelta y salgo de la enfermería, llevando a Taylor conmigo. Subo el último tramo de escaleras hasta el tercer piso y la acomodo en la cama. Sus ojos se abren cuando la coloco sobre el suave edredón, pero están vidriosos y desenfocados.

Sus ropas están andrajosas y cubiertas de la grasa y la suciedad de la batalla. Las manchas de sangre me hacen estremecer, pero enseguida veo que no es suya. Ella está bien.

Ella está bien.

—Voy a hacer que una de las criadas suba a ayudarte a cambiarte —murmuro.

Ella no responde. Ni siquiera reconoce que me ha oído.

Suspirando, me enderezo y me doy la vuelta para irme, cuando la mano de Taylor se levanta bruscamente y me agarra de la muñeca. —No necesito cambiarme. Solo... quédate conmigo. Un ratito.

Es la primera vez que la veo tan vulnerable. No, eso no es exactamente cierto. La primera vez que la vi vulnerable fue la noche que casi la atropello. Eso terminó en desastre, por eso ahora estoy más que reacio a acceder a su petición.

Se encuentra con mi mirada. —¿Por favor?

Mierda.

—De acuerdo —suspiro—. Me quedo. No te muevas.

La dejo en la cama y me meto en el cuarto de baño. Me echo agua fría en la cara y luego hago lo mismo con las toallas de mano blancas que cuelgan junto a las toallas de la bañera.

Las llevo a la habitación, me siento en el borde de la cama y las froto suavemente sobre la piel de Taylor. Ella deja escapar un pequeño suspiro. A medida que las toallas se retiran sucias y manchadas, una tras otra, la última tensión de su cuerpo disminuye hasta que se funde con las mantas.

Su voz, cuando por fin habla, me coge por sorpresa. —Celine solía darme masajes cuando me enfermaba de niña.

Dejo que mi mano se apoye en su cadera. Las mantas se interponen entre nosotros, recogidas alrededor de Taylor, pero sigo saboreando el calor de su cuerpo por donde se filtra.

—Tenía bronquitis todo el tiempo. Todos los demás niños del barrio iban a nadar a la piscina pública, pero yo no podía. Lo intentaba, quería aguantar la respiración y jugar con ellos, pero me daban unos ataques de asma locos. Celine podría haber ido con ellos. Podía respirar; podía nadar. Pero no lo hacía. Se quedaba conmigo y me frotaba medicamentos en el pecho hasta que por fin podía volver a inhalar.

Taylor abre un ojo para mirarme. Contengo la respiración, en parte por una extraña simpatía hacia la niña que una vez tuvo falta de aire y en parte porque sé a dónde quiere llegar y ya sé que es imposible que termine sin más dolor.

—Siempre fue muy desinteresada. No pedía muchas cosas. Le bastaba con ser útil. Estar ahí para mí... para todos nosotros. ¿Sabes lo que hizo con su primer sueldo? Se pasó todo un verano vendiendo helados, y en cuanto tuvo dinero, llevó a la familia a cenar.

—Taylor...

—Debería haber sido yo —concluye, con un sollozo escapando de sus labios—. Debería haber sido yo.

—Ella va a estar bien.

—Eso no lo sabes. Y no tienes derecho a prometérmelo.

—Creo que ahora necesitas descansar —apenas resisto el impulso de tocarle la cara. Se siente extraño e incómodo estar sentado aquí con mis manos tan cerca de ella, pero no lo suficiente.

—Debería haber sido yo —vuelve a decir—. Debería haber sido yo. Debería haber sido...

—¡Para! —gruño—. Para, Taylor.

Sus ojos se encuentran con los míos, iluminados desde dentro por una fiebre que solo ella puede sentir. —¿Por qué? ¿Me equivoco?

No respondas, me digo. *No te atrevas a contestar, porque si lo haces, el último pilar que sostiene este maldito castillo de naipes se derrumbará y todo se vendrá abajo.*

Respiro hondo y me dispongo a mentir... Y entonces la verdad sale a la luz.

—Porque te necesito viva —me oigo decir—. Te necesito conmigo.

Taylor parpadea como si estuviera segura de haberme oído mal. Algo empieza a aflorar en sus ojos: esperanza, tal vez. Tiene que ser esperanza. Conozco ese brillo, esa confianza, ese atreverse a creer que un mundo mejor es posible.

Lo vi en mi coche mientras llovía a cántaros a nuestro alrededor y Taylor se me echaba encima.

Esa esperanza tiene que morir.

—Lo siento —dice en voz baja—. No debería haberte pedido que te quedaras.

Bajo la mano y dejo que las toallas sucias caigan al suelo. Luego me levanto y salgo de la

habitación. Intento dejar atrás también el arrepentimiento, pero no tengo mucha suerte. Me sigue a todas partes.

TAYLOR

¿Quién imaginaría que veinticuatro horas podían pasar tan despacio?

Observo cada minuto que pasa con esperanza y temor. Esperanza de que Celine despierte. Temor de que se consuma otro minuto más sin novedades, acercándonos aún más al precipicio de tres días en el que morirán todos mis sueños.

Me quedo en mi habitación salvo que vaya a visitar a Celine. La primera vez que voy, me quedo una hora. Intento hablar con ella, pero nada de lo que se me ocurre decirle me parece correcto. Nada por lo que volvería de un coma si fuera yo quien estuviera en la cama del hospital.

En la segunda visita, susurro unas palabras torpes. Acaba pareciéndome más un elogio que una disculpa. Vuelvo a escabullirme, las lágrimas recorren mi rostro.

Las enfermeras no paran de decirme que descanse. Sé que tienen razón, y no es que no lo haya intentado. Pero, cada vez que cierro los ojos, pienso en el hecho de que Celine no puede abrir los suyos. Pienso en el hecho de que nuestra madre nunca volverá a abrir los suyos. Y entonces recuerdo que papá sigue en manos del psicópata que mató a nuestra madre y secuestró a Celine.

Es demasiado. Me estoy hundiendo bajo el peso de todo.

La única vez que siento una chispa de algo parecido a energía es cuando oigo los pasos de Ilarion por el pasillo. Viene a verme tan fielmente como yo voy a ver a Celine.

Y cada vez, me meto en la cama y finjo dormir. Él entra, se queda parado junto a mi cama el tiempo suficiente para asegurarse de que sigo respirando y luego se vuelve a marchar.

Intento no darle demasiada importancia. También lucho contra el impulso de preguntarle si va a ver a Celine tan a menudo.

Estoy sentada en el asiento de la ventana, mirando fijamente al jardín, cuando vuelvo a oír pasos. Me meto en la cama, me tapo con las sábanas y dejo que mi respiración se acomode a los suaves ritmos de un falso sueño.

La puerta gime suavemente cuando se abre. Apenas oigo a Ilarion mientras rodea la cama y su sombra cae sobre mi cara. Sin embargo, su olor no es el mismo. El almizcle oscuro al que estaba acostumbrada ha sido sustituido por nuez moscada y merlot.

—Corta tus mentiras, chica. No engañas a nadie —mis ojos se abren volando y me incorporo

para ver a Mila de pie sobre mi cama con los brazos cruzados—. Mhmm. Eso es lo que pensaba.

Suspirando, junto las piernas contra el pecho. —¿Están los hermanos Zakharov bajo vigilancia suicida o algo así? Realmente no hay necesidad de todas estas visitas al azar.

Mila parece un poco interesada en ese chisme. —¿Ilarion ha estado viniendo?

Maldita sea.

—Uh… ¿No?

Pone los ojos en blanco ante mi terrible mentira y me aparta las piernas para poder sentarse. Es extraño que ahora me resulte tan familiar. Como una hermana que no sabía que tenía.

—He oído que has estado visitando a Celine sin falta. He venido a decirte que te vas a volver loca.

—¿Y si ya estoy allí?

—Lo dudo —se burla Mila—. Eres un hueso duro de roer. Va a tomar más que eso para romperte.

Su certeza me sobresalta, sobre todo porque no siento nada de eso. —¿Cómo lo sabes si yo ni siquiera lo sé?

—Intuición. Nunca me ha fallado —sonríe mientras sus ojos bailan sobre la bandeja de comida de mi mesilla de noche. Una capa transparente se cierne sobre el sándwich aún sin comer que hay en el plato de debajo—. Tienes que comer, Taylor.

—No tengo hambre.

—No estoy preocupada por ti —dice ferozmente—. Me preocupa el bebé que llevas en el vientre —me estremezco como si hubiera dicho una palabrota. Sus ojos de águila no pasan nada por alto —. ¿Olvidaste que estabas embarazada?

La fulmino con la mirada. —Por supuesto que no. Es que... no me gusta que me lo recuerden.

—Tengo noticias para ti: ver crecer tu barriga será bastante recordatorio.

Me alejo de Mila, desesperada por algo de espacio. A veces siento que me roba el oxígeno para quedarse con todo. Siento lo mismo con su hermano.

—¿Has visto a Celine? —pregunto—. ¿Hay alguna actualización del Dr. Baranov?

—No desde la última vez que fuiste —dice—. Celine sigue alimentada a través de un goteo. Sigue recibiendo oxígeno de las máquinas. Y sigue viva.

Cierro los ojos. —Parece un déjà vu. Primero, mamá; ahora, Cee.

—Basta de pesimismo. No eres ni médica ni adivina. Ahora, cómete la comida —sacudo la cabeza y ella suspira—. No seas terca, Taylor.

—No merezco comer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando el doctor Baranov me dijo que Celine podría no despertar nunca... —me atraganto con un sollozo y tengo que esperar a que se me pase para seguir hablando—. Tuve la horrible idea de que si Celine no se despertaba no tendría que decirle que estoy embarazada de su prometido.

Mila solo me mira, su expresión carece de juicio. —Es un pensamiento comprensible.

—No, no lo es —digo bruscamente—. Es inexcusable. Es... es despreciable. Acusé a Ilarion de querer lo incorrecto por razones egoístas, y aquí estoy, culpable exactamente del mismo pecado.

—Un pensamiento perdido no te define, Taylor. Todos tenemos instintos. Algunos son malos. Eso no *te hace* mala.

Levanto la mirada hacia la suya. Ahora sí que está intentando consolarme, y eso está muy lejos de donde empezamos. —Estás siendo amable.

—Créeme, nadie me ha acusado nunca de eso.

—Entonces, ¿cómo lo llamarías?

—Yo lo llamaría ser fuerte —dice simplemente—. Pasas por suficiente mierda y aprendes a no darle demasiadas vueltas, si entiendes lo que digo. Solo sigues adelante.

—Si es la única manera de hacerlo, prefiero no hacerlo.

—Dices eso, pero ya eres más fuerte de lo que crees. Un cobarde nunca habría secuestrado la misión de rescate y se habría invitado a sí misma a ser parte del equipo. Quiero decir, joder, le disparaste a Benedict Bellasio. No muchos veteranos pueden decir eso.

—Tuve suerte. Solo estaba funcionando a base de adrenalina y miedo.

—Bueno, ¿con qué demonios crees que funcionamos los demás? —resopla—. ¿Fuerza sobrehumana y convicción heroica?

Se ríe, pero siento que me pesa la cara, como si nunca fuera a volver a reír o a sonreír. —En realidad no soy fuerte ni valiente, Mila. Solo finjo serlo.

Se acerca y me da la mano. —Pero, ¿cuál es la diferencia? —pregunta—. Las más fuertes tenemos las cicatrices más profundas. Yo tenía doce años cuando fui violada por primera vez por un hombre que me triplicaba en edad y tamaño. Pensé que me destrozaría; casi lo hizo. Pero sobreviví. Y aquí estoy, dispuesta a luchar un día más. A veces, la vida te patea entre las piernas, Taylor. Solo tienes que volver a levantarte y seguir adelante.

Parpadeo estúpidamente durante demasiado tiempo. Todo lo que puedo conjurar es un débil y patético —Lo siento.

—¿Por qué? —pregunta—. Tú no abusaste de mí.

—¿Ilarion no lo sabía?

—No lo supo hasta que yo se lo conté, y eso no fue hasta años después de que empezara a ocurrir. Por supuesto, intentó salvarme. Siempre intentó salvarme. Aún lo hace.

—¿Salvarte de qué?

—De mí misma, sobre todo. Estuve a punto de decir: “A la mierda todo”, y saltar desde lo alto de la casa —dice con una risa amarga—. Fueron días malos. Pero ahora... estoy bien. Casi siempre. Los únicos días malos que me quedan son aquellos en los que recuerdo cuánto tiempo hace que no dejo que nadie se acerque tanto. Empiezas a preguntarte si alguna vez pasará. Pero quién lo necesita, ¿verdad?

Abro mucho los ojos. —¿Quieres decir que... nunca has...?

—No —dice, con un firme movimiento de cabeza—. No he sido capaz. La idea de que otro hombre, cualquier hombre, me toque así... Me hace sentir... —se estremece y yo me inclino instintivamente para ponerle la mano en la pierna.

Se estremece, pero no se aparta.

—Te entiendo —murmuro—. No pasa nada.

Mila suspira y juguetea con su pulsera. —No hablo de esto con mucha gente. De hecho, no hablo de esto con nadie en absoluto.

—Es un honor.

—No lo es —dice ella—. Es solo un testimonio de que estás tan rota como para que saque a relucir mi propia mierda.

Sonrío. Típico de los Zakharov: atacar para no llamar la atención. —Aún así, te agradezco.

Suspira y se relaja. Observo cómo la tensión de sus hombros disminuye lo suficiente como para dejarme ver más allá de la armadura que construyó a lo largo de los años para protegerse. Como una bestia salvaje que por fin se voltea para mostrarte la espina que tiene clavada en la pata.

—Quizá aún no has conocido al hombre adecuado —sugiero—. Tal vez por eso la idea de estar con...

—No —me interrumpe.

—¿No?

—He conocido al hombre adecuado, pero no puedo derribar mis muros lo suficiente como para dejarlo entrar. Y, como no puedo entregarme a él por completo, sería egoísta involucrarme con él en primer lugar.

Levanto una ceja. —Quizá deberías dejarlo tomar esa decisión.

Sacude la cabeza. —Prefiero estar sola. Así es más sencillo. Solo tengo que preocuparme por mí misma. Ese tipo de independencia es... liberadora.

—Suena así, ¿verdad? —reflexiono—. Pero me parece que amar libremente es más importante que vivir independientemente.

Mila me mira. Sus ojos están turbios de cosas a medio formar. Hay dudas, y cierta inquietud hambrienta que no es capaz de alimentar.

Sobrevivir es una cosa.

Pero, ¿*vivir*? Eso ya es otra cosa.

Se centra en mí y sonríe de forma conspiradora. —Mírate, siendo optimista a pesar de la pena. Tal vez no estés tan rota después de todo.

Sacudo la cabeza y la miro con el ceño fruncido. —Eres tan idiota como tu hermano, ¿lo sabías?

Se ríe y el sonido me infunde nueva vida. —Vaya, gracias. Es una de nuestras mejores cualidades.

ILARION

—¿Qué hueles? —pregunto.

—Pis —responde Dima, arrugando la nariz—. Y mierda.

—Eso no, *mudak* —digo, impaciente—. Azufre. ¿No lo hueles? Está por todas partes. Pegado a las paredes, bajo las tablas del suelo...

Doy una vuelta por el almacén ahora vacío. Por las huellas arrastradas por el polvo y el crujido de la estructura, supongo que lo han desalojado hace poco... y con prisas. —Benedict ha estado usando esto como almacén. Él y ese mierdecilla de su hermano están sacando la artillería pesada. Literalmente.

Enormes ventanas se asoman a ambos lados del gran espacio, pero han sido tapiadas. Solo se cuelan unos deditos de luz, que se extienden hasta tocar la polvorienta extensión del suelo.

Veo cuatro puntos marcados en un cuadrado. Huellas. Un trozo de cuerda. —Estaba asustado —murmuro en voz baja—. Creo que retenía al viejo aquí.

Dima me mira cuando alzo la vista. —El hecho de que mantenga vivo a Archie significa algo.

—Podría significar cualquier número de cosas —lo dejo así, por vago que sea. Me niego a dar voz a las dudas que ya empiezan a perforar mi determinación.

—Sabe que Archie es tu futuro suegro.

—Y, por ahora, eso es lo único que estamos seguros que sabe —replico—. No tiene sentido sacar conclusiones antes de tener toda la información. Estamos jugando al póquer, Dima. Ninguno de los dos quiere mostrar su mano.

—Basándonos en la carta que recibimos...

—Hay demasiadas variables desconocidas —sacudo la cabeza—. Por ahora, el plan es simple. Encontramos a Archie; lo recuperamos.

Dima se acaricia la barbilla, con ojos cautelosos y vigilantes. —¿Has pensado en lo que significaría que Benedict se llevara a Archie? —pregunta—. Sería más sencillo.

Me pongo rígido. No porque se equivoque, sino porque he pensado exactamente lo mismo demasiadas veces.

Nunca me importaron las vidas perdidas en la lucha. Es solo la naturaleza de mi negocio, de mi mundo. Pero esta me sienta desagradablemente. La idea de cavar una tumba para Archie junto a la de Fiona me revuelve el estómago.

Algunos de mis hombres entran por la puerta trasera. Sergei lidera el grupo. —Hemos peinado toda la propiedad, *pakhan*. No dejaron nada atrás.

Asiento. —Enciende los motores. Podemos volver pronto.

Miro el techo deformado mientras Sergei conduce a los soldados de vuelta al exterior, hacia nuestros dos vehículos. Los agujeros de bala perforan el techo aquí y allá. Veo cómo una rata se cuela por uno de ellos y sale a la noche.

Dima se mueve a mi lado, irradiando melancolía. Su silencio empieza a crisparme los nervios. —¿Qué pasa? —le pregunto.

—Si recuperamos al viejo... eso podría ser un problema en sí mismo.

—¿Crees que no lo he pensado ya yo mismo?

Dima cierra la boca, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que no está satisfecho. Murmura en voz baja, rebusca en sus bolsillos y saca un *iriski*. Tira el envoltorio al suelo y se mete el caramelo en la boca.

—¿Todavía llevas esas cosas contigo? —pregunto.

—Sí. Me recuerdan a casa.

Pongo los ojos en blanco. —Naciste en California.

—Sí, pero la patria está muy arraigada.

No podría estar menos de acuerdo. Para Dima, el hogar de nuestros antepasados tiene vida. Misticismo. Historia. Para mí, es una tundra helada que dio a luz al hombre que me dio a luz. De todos sus pecados, ese es de lejos el peor.

Quizá por eso renegué tanto de mi herencia. Porque era la forma más fácil de molestar a mi padre.

Exhalo bruscamente. —Sé que Archie será un problema. Pero no tiene sentido planificar con antelación cuando el camino es impredecible.

—En otras palabras, lo estás dejando para más tarde —dice Dima, dándole vueltas al caramelo en la boca—. Habrá que ocuparse de él, Ilarion. Hay algunos *vors* que lo saben.

—Me ocuparé de ellos —digo—. Mi prioridad ahora mismo es T… Celine.

Dima me lanza una de esas miradas penetrantes que dicen *no me engañas*. —Siempre estás a un segundo de decir el nombre de Taylor —reflexiona—. Un día, puede que se te escape.

Frunzo el ceño y aparto la mirada de él. —Eso no sucederá.

—¿Porque no te equivocarás? —pregunta—. ¿O porque has decidido seguir mi consejo e intercambiar a las dos hermanas?

—Está claro que no sabes mucho de mujeres, ¿verdad? —gruño—. Y aún menos sobre estas dos. Ninguna de las dos lo hará, y no voy a hacer la sugerencia.

—¿Porque te preocupa que diga que no?

Ahora está patinando sobre hielo delgado, pero sigue adelante de todos modos. Es la razón por la que ha durado tanto a mi lado. También es la razón por la que nunca estoy a más de unos segundos de darle una paliza.

—Sé que dirá que no. Esa no es la cuestión. No voy a cambiar una yegua domada por una potra sin domar.

—¿Incluso si sientes algo de verdad por esta última? —pregunta.

—No es más que la mujer que está embarazada de mi bebé.

—Bien. Sabes, nunca me dijiste qué te llevó a esa noche en primer lugar. Dijiste que fue una coincidencia...

—Porque lo fue.

—...Pero había algo en esa mujer que te obligó a romper tu sequía —lo fulmino con la mirada y él se limita a sonreírme sin disculparse—. Sí, llevaba la cuenta. Llevabas años sin echar un polvo antes de que llegara Taylor. Y, en cuanto a Celine, ambos sabemos...

—¿Qué quieres que te diga? —interrumpo—. ¿Que empezaron a sonar arpas? ¿Que hubo una conexión mágica? ¿Una ráfaga de química? ¿Fuegos artificiales de fondo?

—¿En serio? Suena mágico.

—Que te jodan —refunfuño—. Yo estaba cachondo; ella estaba dispuesta. Eso es todo.

Me doy la vuelta antes de que pueda ver algún signo revelador en mi cara. Es más fácil mantener la máscara cuando estás con gente que no te conoce tan bien. Por eso intento evitar a Mila todo lo posible estos días.

—El orgullo de Benedict está herido ahora mismo —comento, cambiando de tema y volviendo a asuntos más relevantes—. Querrá devolver el golpe con fuerza. Querrá borrar la imagen de sus manos esposadas con una mordaza de bola en la boca.

Dima se agacha en el suelo y recoge un casquillo de bala perdido entre las tablas. Juega con él antes de tirarlo a un lado y levantarse de nuevo. —Hay una cosa que estoy intentando averiguar.

—¿Solo una?

—Dos, en realidad. Esto, y "¿Por qué eres tan imbécil todo el tiempo?" —pone los ojos en blanco—. No, mi duda es: *¿Cuál es el objetivo final de Benedict?* Todos estos años, las cosas se han estado cociendo a fuego lento. Él ha querido ser el que esté en la cima, pero ambos tienen poder, propiedades e influencia. Es una abundancia de riquezas y él es dueño de la mitad. ¿Importa que tú poseas la otra mitad?

Pienso en el día en que Benedict y yo nos conocimos. La gente supone que si las circunstancias hubieran sido diferentes, podríamos haber sido amigos. Pero yo supe desde el momento en que vi

al mocoso de Bellasio que eso nunca ocurriría.

Benedict era un narcisista de primera línea sin concepto de lealtad. La esperaba, la exigía, pero no estaba acostumbrado a darla. Por eso se peleaba con su padre tan a menudo.

No es que pudiera reprochárselo. Yo también me peleaba a menudo con mi padre.

Pero él era un maldito monstruo.

—Importa —le digo—. No basta con que tenga éxito. Necesita verme fracasar también.

Dima niega con la cabeza. —¿Porque le ganaste una pelea una vez cuando eran niños?

—No —le digo—. Porque lo humillé delante de sus hombres y de los míos. Y Benedict Bellasio nunca perdona un desaire.

—Es hora de humillar al cabrón una vez más, ¿no crees? —pregunta Dima con una sonrisa socarrona.

Asiento. —Muy pronto. Por ahora, una reunión tendrá que bastar.

—¿Una reunión? —pregunta Dima con incredulidad—. ¿Con Benedict? ¿Después de todo lo que intentó?

—Necesito un punto de partida antes de que esto vaya más allá. Y tenemos que determinar hasta qué punto el viejo será un jugador en el futuro. Para eso, lo necesito vivo.

Dima silba bajo. —Huelo una tormenta de mierda en ciernes.

TAYLOR

Me quedo helada cuando veo sus hombros anchos.

Ignora la silla junto a la cama de Celine. Se queda de pie junto a ella, mirando su rostro pálido y sin vida con el ceño fruncido de un hombre que se enfrenta a un río que no sabe cómo cruzar. No estoy segura de ser la persona adecuada para juzgarlo… tacha eso, *sé* que no lo soy, pero sigo sin ver amor verdadero en él.

No es la primera vez que me doy cuenta de que es cruel hasta el punto de destrozar el corazón que una persona como Celine, que tiene tanto amor que dar, se ate a un hombre que no tiene nada que ofrecerle a cambio.

La enfermera se da cuenta de que estoy en la puerta y me hace un gesto para que entre, pero niego con la cabeza e intento salir de la habitación antes de que Ilarion me vea.

Tengo un pie en el pasillo, a punto de escapar, cuando levanta la mirada y me ve. Su ceño se frunce, no se mueve. La tormenta en sus ojos empeora.

Tengo dos opciones. Puedo mantenerme firme, ser madura y hablar con él. Decirle lo que tengo que decirle y ya está.

O... puedo dar media vuelta y huir.

Ante la agitación emocional de los últimos días, tomo el camino de cobarde.

Golpeo con las palmas de las manos la puerta batiente de la habitación del hospital y casi corro de cabeza contra el Dr. Baranov.

—¡Taylor! —dice, sorprendido.

—Lo siento, doctor —murmuro, maniobrando a su alrededor con la cabeza gacha. En cuanto tengo vía libre, salgo corriendo por el pasillo hacia la escalera.

Oigo gritar al Dr. Baranov por segunda vez cuando la puerta casi le golpea en la cara al irrumpir Ilarion y casi lo acribilla. No espero; empiezo a moverme más deprisa.

Es infantil. Estoy en su casa; no puedo huir de él para siempre.

Pero, ¿me detengo?

No.

Diablos, no.

No hasta que estoy en los jardines del sur. Este tramo de la propiedad está plagado de pequeñas alcobas, pequeños grupos de arbustos y estatuas donde puedo esconderme. Y esconderme es exactamente lo que pretendo hacer.

Ahora mismo, la idea de hablar con Ilarion, de mirarlo a los ojos y fingir... Es más de lo que puedo soportar.

—¿Taylor?

Mierda. Me agacho y encuentro un sitio bajo uno de los arbustos de lilas. Es más pequeño de lo que esperaba y tengo que apretujar mi cuerpo en ese espacio. Las espinas me pinchan la piel. Subo las piernas hasta la barbilla e intento no respirar cuando lo siento acercarse.

—Esto no es un juego, Taylor.

Me muerdo la lengua y no digo nada. Al menos no hasta que sus piernas aparecen frente a mi escondite. Entonces, se pone en cuclillas y me encuentro mirando fijamente esos hipnóticos ojos azules.

—No seas infantil.

Aprieto los dientes y salgo de debajo de los arbustos. —Un hombre más inteligente captaría la maldita indirecta.

—Soy muy inteligente. Solo que no soy muy paciente.

—Bueno, al menos eres consciente de tus defectos.

Palmeo el suave vestido de algodón que llevo en busca de mi compostura. Pero no la encuentro por ninguna parte. Echo un vistazo a mi pequeño rincón bajo las lilas, pero tampoco hay suerte.

Así que, con un suspiro agotado, me enderezo y lo fulmino con la mirada. Me digo que evitar a Ilarion es una simple cuestión de antipatía. —¿Qué quieres?

—Quería ver cómo estabas.

Entrecierro los ojos y empiezo a contar con los dedos. —Bueno, veamos. Mi padre está en paradero desconocido, pero no podemos involucrar a la policía. Mi hermana está en coma y puede que nunca despierte. Y mi madre murió hace unos días y soy la única de mi familia que sabe que se ha ido. Ah, y sí: ¡también estoy embarazada de mi futuro cuñado!

Respiro al final, pero no me siento mejor. Lo intento de nuevo, pero tampoco funciona. Cada vez que respiro siento que me roba oxígeno de los pulmones, que no me lo da. Mi cabeza empieza a latir con fuerza y a desplomarse sobre sí misma y mi pecho se desinfla y, *mierda, mierda, mierda,* jadeo y me retuerzo y el mundo se ennegrece por los bordes y...

—Respira.

Antes de que pueda detenerlo, Ilarion me rodea con sus brazos. Me aprieta la espalda contra el pecho y siento sus labios en mi oreja. —Respira —vuelve a decir con voz ronca. Me apoya las

palmas de las manos en el abdomen, enormes y calientes.

Y de repente, puedo respirar.

En el momento en que esa primera ráfaga de aire entra en mis pulmones, el resto resulta más fácil. Siento que me relajo. La presión se calma. El dolor desaparece.

¿Es esto lo que he necesitado todo este tiempo? ¿Necesitaba que me abrazaran?

¿O simplemente necesitaba que *él* me abrazara?

—Suéltame, Ilarion —murmuro, pero no hay ni un ápice de lucha en mi cuerpo.

Debe sentirlo, porque no me suelta. Ni siquiera afloja su agarre. Me abraza como si nuestras vidas dependieran de ello.

Lágrimas calientes y confusas me escuecen en las comisuras de los ojos. Sobre la lejana línea de árboles, el sol se pone. Algo se me queda grabado en la cabeza. *El sol se pone... El sol se pone...*

Oh, *maldición*. El sol se está poniendo.

Al tercer día.

Han pasado 72 horas.

TAYLOR

—Oh, Dios —susurro. Podría haber caído al suelo si Ilarion no me estuviera sosteniendo—. T-tres días... Han pasado tres días.

—Shh —me murmura al oído con una confianza fácil que hace que me deshaga aún más rápido —. Todo saldrá bien.

—¡No, no es así! —balbuceo entre lágrimas—. Nada saldrá bien. He perdido a mi madre y a mi hermana en la misma maldita semana. Y probablemente también haya perdido a mi padre.

No dice nada al respecto. El silencio solo lo empeora.

Cuando por fin me suelta, lo hace con suavidad. Siento el frío cosquilleo del aire pellizcando mi piel expuesta. Siento como si serpientes invisibles me mordieran desde todos los ángulos. Me siento vulnerable a flor de piel, a flor de alma. Más vulnerable de lo que nunca me he sentido en toda mi maldita vida.

Mantengo la mirada fija en el sendero de grava que hay debajo de mí. Sigo sin poder mirarlo a los ojos. Si lo hago, tengo miedo de que vea toda la traición que he estado cargando en mi cabeza estos últimos días.

—Deberías estar ahí arriba con ella —le recuerdo.

—¿Por qué? —pregunta con esa brusquedad que siempre siento como un latigazo, incluso cuando me lo espero—. Ella no sabe que estoy ahí. No creo en gestos vacíos.

Suspiro. —¿En qué crees, Ilarion?

—¿Antes de ti? En muy poco. Pero últimamente... más que antes.

Hice la pregunta, pero ahora tengo miedo de seguir con la conversación. Ya no me toca y odio que mi cuerpo lo eche de menos. Incluso la distancia entre nosotros me parece ofensiva.

No es tuyo...

Y, sin embargo, tampoco se siente ya de Celine.

—Se merecía algo mucho mejor que esto —susurro—. Podría haber sido mucho más.

—Todavía hay una oportunidad...

—Ilarion —le suplico, con la voz entrecortada por el resplandor de la tarde—, por favor, di las cosas que realmente quieres decir, en lugar de las que crees que me harán sentir mejor. Ahora mismo prefiero la fría realidad a las falsas esperanzas.

—La gente siempre dice eso. Rara vez lo dicen en serio.

Enderezo los hombros y lo miro a los ojos. —Bueno, lo digo en serio. ¿De verdad crees que se va a despertar de esto?

Sus ojos pasan por mi cara, rápidos y fríos. —No —dice brevemente—. No creo.

Sé que me lo busqué y no me arrepiento de haberlo hecho. Simplemente no espero mi reacción. Esas serpientes invisibles se deslizan sobre mí ahora. Frías, escamosas y devastadoras. Creo que nunca me había sentido tan sola.

Todas las personas que formaron parte de mi infancia se han ido. No volveré a hablar con Celine ni con mamá. Estoy perdiendo rápidamente la esperanza de volver a ver a mi padre en esta vida. Es todo tan cruel, tan inhumanamente cruel, una pesadilla por la que grito y grito pero de la que no encuentro la forma de despertar.

Es la única explicación que se me ocurre para lo terrible que es todo: esto no es real.

Debo estar teniendo una pesadilla.

—Ninguno de ellos sabía siquiera de mi embarazo —una lágrima se desliza por mi mejilla. Siento el calor de Ilarion mientras se acerca a mí. Odio que me haga sentir mejor—. Sé que a mamá le habría encantado. Papá habría entrado en consciencia en cuanto hubiera visto al bebé. Y Celine... —levanto la vista hacia él, preguntándome si debería dar voz a ciertos pensamientos o dejarlos flotando en mi cabeza.

—Dime —me dice.

Sus labios tienen forma de arco. Es el único rasgo de su rostro que da algo de ligereza y calidez a un rostro frío y extraño como la cresta de una montaña.

—Si le hubiera dicho la verdad desde el principio, me habría odiado al principio... pero creo que habría recapacitado. Siempre fue rápida para perdonar —sacudo la cabeza mientras mi voz se tambalea y se quiebra—. Dios, soy horrible.

—¿Por qué haces eso? —es casi un gruñido. El crepúsculo se cierne sobre nosotros, desdibujando el mundo en tonos moteados de negro y añil.

—¿Hacer qué?

Me mira y me sostiene la mirada. —Castigarte por ser humana.

Frunzo el ceño, preguntándome cuántos de mis pensamientos están escritos en mi cara y cuántos de ellos puede leer él. Se supone que no puede leer nada. En realidad no me conoce, más que una noche vulnerable en su coche. Al menos, eso es lo que me he estado diciendo desde que llegué a su casa. Hasta ahora, ha sido una creencia cómoda a la que aferrarme.

Hasta que dice cosas que me hacen sentir como si me abriera el pecho y pasara las yemas de sus dedos por los surcos cicatrizados de mi alma.

—Está bien admitir que quieres cosas que no deberías querer —continúa. Levanta la mano hacia mi mejilla y me quita las lágrimas con el dorso de los nudillos.

Está peligrosamente cerca. Tan cerca que su olor está desplazando cualquier pensamiento razonable en mi cabeza. Tan cerca que mi sentido de la autoconservación se dispara.

—Ilarion...

Sus labios se acercan a escasos centímetros de los míos. He estado luchando por mantener esa distancia, pero que Dios me ayude, me estoy debilitando mucho. ¿Cuántos golpes puede recibir una persona y mantenerse en pie? Estoy lo suficientemente débil como para necesitar algo que me sostenga. Para mantenerme en pie. Para seguir avanzando.

Mis labios se separan como si tuvieran mente propia. —No... no... tengo que...

No termino mi frase apenas inteligible, me doy la vuelta y me alejo tropezando de él.

—¡Taylor! —me llama, pero huyo al oír su voz. Tuve la idea correcta antes. Nada bueno puede salir de que estemos cerca el uno del otro.

Celine sigue tumbada en esa cama de hospital. Puede que no esté completamente viva, pero tampoco está muerta. Y, sin embargo, aquí estoy, mirando fijamente los labios de su prometido, imaginando un futuro distinto a este.

No está bien. No es...

Grito cuando mi pie se engancha en una piedra suelta y mi tobillo se tuerce. No es lo bastante doloroso, pero sí lo suficiente para derribarme. Me golpeo con fuerza contra el suelo y, cuando lo hago, permanezco ahí. Me tumbo en la hierba, con los dedos peinando las hojas, mientras intento encontrar una salida a la confusión de mi cabeza.

La sombra de Ilarion aparece por el recodo. Veo cómo se extiende por el sendero a medida que se acerca. Cómo lo consume todo a su paso: la grava, la hierba y, finalmente, a mí. Me parece apropiado ser engullida por ella. Por él. Que su oscuridad me devore por completo.

—¿Estás bien? —retumba.

—No —Cuando sacudo la cabeza, la hierba me hace cosquillas en el labio hinchado—. No, ni siquiera estoy cerca de estar bien.

Lo oigo suspirar. Su olor se intensifica cuando se agacha y me coge en brazos. Protestaría, pero ¿para qué? No me escucharía. Daría igual.

Me acompaña hasta el enorme roble que hace de centinela en la esquina del jardín. Me deja en el otro extremo, donde ya no se ve la casa. Donde solo hay agua, hierba y un cielo nocturno cada vez más oscuro. Aquí, casi parece que estemos en un lugar totalmente distinto. Como si hubiéramos dejado la realidad en los jardines a nuestra espalda.

Me acomoda contra el tronco y se agacha para examinarme el tobillo. —Es un esguince leve. Te pondrás bien.

—Me merezco algo peor.

Me mira. —¿Siempre has sido tan dura contigo misma? —sus dedos hacen círculos alrededor de mi tobillo. A pesar de que su tacto no es invasivo en este momento, sigue pareciéndome demasiado. Demasiado íntimo, demasiado... reconfortante. Un consuelo que no merezco y en el que no puedo permitirme caer.

—Por favor, para —susurro.

Me mira, pero no deja de tocarme. —¿Que pare qué?

—Eso —digo—. Esto. Todo. Ayudarme... Tocarme...

Retira los dedos de mi pantorrilla. Pero mi alivio dura poco cuando se desliza a mi lado. Nuestros hombros chocan mientras él exhala suavemente. —¿Te sientes culpable?

—Por supuesto. ¿Tú no?

Es irónico lo despejados que están ahora esos ojos azules empañados. —No —dice.

Y luego, me besa.

TAYLOR

No sé lo que está pasando. Puedo sentirlo, soy consciente de lo que está haciendo, pero realmente no lo *sé*.

Hasta que lo huelo.

Entonces, el mundo florece en color.

Me tiembla el estómago, se me cierran los ojos y me derrito dentro de él. No me hago preguntas ni lucho. Mi mente se ha quedado en blanco y todo se reduce a una elección tan estúpidamente obvia que ni siquiera sé por qué me molesto en preguntarla: *¿le devuelvo el beso o no?*

Es un sí, por decirlo suavemente. Es un sí desde la punta de mis pies hasta la coronilla de mi cabeza. Desde el susurro de mi respiración hasta lo más profundo y oscuro de mí.

Y mientras esté unida detrás de este sí, me siento bien. Si puedo aferrarme a ese sí un poco más, puedo disfrutarlo más. Puedo aguantar un poco más antes de tener que devolver a Ilarion Zakharov a donde realmente pertenece.

Su lengua se enreda con la mía al mover sus labios, suaves y tiernos. Tiene una mano apoyada en mi mejilla, y es como si fuera lo último que me mantiene en pie cuando todo el maldito universo intenta arrastrarme al suelo.

Es todo lo que necesito.

Que, al final, es exactamente por lo que tengo que alejarme.

No llego muy lejos. Lo suficiente para romper el beso. No soy lo suficientemente fuerte para hacer mucho más que eso.

Ilarion me mira con ojos ardientes. Todo lo que me quema a mí también arde dentro de él. Ni siquiera tengo que preguntar para saber que eso es cierto.

—Te deseo, *tigrionok* —su mano baja hasta mi cadera—. Estoy tan jodidamente cansado de negarlo.

Qué fácil sería hundirse en esas palabras. Olvidar todas las razones para huir y aferrarse a la única razón para quedarse aquí.

Pero no puedo.

Aparto su mano de mi cadera y sacudo la cabeza. —Por favor, te lo ruego... No lo hagas. Tienes que dejar de tocarme. No... no puedo pensar con claridad cuando me tocas.

—Taylor...

—¡No! —jadeo, la palabra sale de mí como una oración desesperada—. ¡No! Duele demasiado.

Se detiene en seco. Sus ojos ven todo lo que no estoy diciendo. —Taylor.

—Voy a tener a tu bebé. Eso es todo lo que hay entre nosotros. Eso es *todo*.

Oh, cómo me gustaría que fuera verdad. Pero no parezco convincente. Ni ante Dios, ni ante Ilarion, ni ante el gorrioncillo del árbol que hay sobre nosotros.

Incluso ese pájaro me está juzgando. Puedo sentirlo. Me lo merezco.

—La noche que nos conocimos —continúo con una ronca lágrima—, fue un error. Yo estaba vulnerable, y...

—¿Te arrepientes?

—Yo... me arrepiento de haberle hecho eso a Celine.

—No se le hizo nada a Celine —insiste—. Tú y yo nos conocimos. Tuvimos sexo. Celine no tuvo nada que ver. Yo no la conocía entonces. Todavía era una extraña para mí. Lo que pasó entre nosotros fue... singular.

Parpadeo y otra lágrima se desliza por mi mejilla. Siento como si hubiera derramado toda una vida de lágrimas en el lapso de unos días.

Y, sin embargo, siento que en realidad no estaba viviendo hasta que lo conocí.

Se inclina hacia mí, pero apoyo la palma de la mano en su pecho y evito que se acerque más. —No. No puedo...

—Pero lo deseas.

¿Se da cuenta de lo mucho que me está pidiendo? ¿Sabe que me duele respirar cerca de él? ¿Y mucho menos admitir que quiero lo que pertenece a mi hermana?

—Tú eras mía antes de que yo fuera suyo —susurra.

Cometo el error de mirarlo a los ojos. Cometo el error de caer en sus palabras. De confiar en algo que apenas puedo entender.

—Sé lo que estás pensando —retumba—. Estás pensando que no puedes hacerle esto a Celine. Que es lo que pasó con Alec otra vez.

Respiro y siento que los músculos de mi estómago se tensan dolorosamente. —¿Te lo contó todo?

Ya estoy otra vez, haciendo preguntas para las que no estoy segura de querer las respuestas.

—Sí, incluyendo el hecho de que ella sabía que tú no tenías la culpa de lo que pasó —confiesa —. Le preguntaste por sus sentimientos hacia Alec y te mintió. Cuando te involucraste con él, le

dolió. Pero tú no la traicionaste, Taylor. Ella lo sabía.

Ella lo sabía. Lo sabía, y aun así me castigó por algo que *sabía* que yo no había hecho. Dejó que nuestros padres me castigaran por algo que no era mi culpa.

Y me hizo cargar con esta culpa desde entonces.

Me sorprende lo insensible que soy a la idea de que Celine ha caído en el tiempo pasado ahora. Igual que mamá.

Sacudo la cabeza. El futuro que Ilarion me ofrece es demasiado tentador como para permitirme alcanzarlo. Lo deseo demasiado como para tener esperanzas.

—Lo que pasó entonces no importa. Puede que no fueras su prometido cuando nos conocimos —le digo—. Pero lo eres ahora. Celine lo cree, y eso es lo que importa.

—Celine ya no cree nada —sus ojos brillan en la noche cada vez más oscura—. Ella se ha ido, Taylor. Creo que ambos lo sabemos.

—Ella sigue ahí arriba, Ilarion. Aún respira. Yo solo... no puedo dejar de pensar... no puedo dejar de...

Me pasa un dedo por los labios y mis palabras mueren ante su contacto. —Piensas demasiado —murmura—. Es hora de parar.

—Ilarion...

—Escúchame. Voy a besarte hasta que dejes de pensar. Voy a tocarte hasta que dejes de preocuparte. Voy a hacer lo que haga falta para que te olvides de todo y de todos los demás dentro de esa bonita, testaruda y desordenada cabeza tuya... hasta que no quede nadie más que tú y yo.

—Pero...

—No —gruñe, me agarra la cara y la acerca a la suya. Pero no me besa. Sus pestañas revolotean contra mi mejilla mientras pasa sus labios desde mi mandíbula hasta mi oreja—. En este momento, eres mía. Y solo mía.

Su voz es profunda y grave, su tono denota posesión y poder. Tiene tantas cosas que a mí me faltan. Fuerza, constancia... Es tan sólido que siento que apenas estoy atada a la tierra. Deseo con todas mis fuerzas anclarme a él lo suficiente para atravesar el aquí y ahora de todas las mareas de dolor que se abaten sobre mí una y otra vez.

—Es egoísta...

—¿Es egoísta ser sincera sobre lo que quieres? —exige, con voz sedosa de resolución—. Porque llevo mintiéndome a mí mismo desde que te conocí. Y es agotador.

—¿Mintiéndote a ti mismo?

Ni siquiera pestañea. —Lo sabes, Taylor. Lo has sabido desde el principio —vuelve a acariciarme la mejilla. Me estremezco bajo su contacto—. Esto no es solo por el hijo que vamos a tener juntos. Con o sin ese bebé, seguiríamos aquí.

—No digas eso.

—Diré eso y más —gruñe.

—Ilarion...

—Eres mía. Fuiste mía desde el principio. De una manera que Celine nunca fue, nunca será, nunca podrá ser. Lo sabes, ¿verdad? —se acerca más. Su cara es todo lo que puedo ver. Puro, aterrador y hermoso—. Sabes que eres mía. Y quiero oírtelo decir.

Cierro los ojos, pero no antes de que se me escape otra lágrima. —Yo... yo...

—Más alto.

—Soy tuya.

Asiente. —Bien. No lo olvides nunca.

Entonces, por fin, sus labios presionan los míos. Me roba el aliento como si fuera a sustituirlo por el suyo. Caigo de espaldas sobre la suave hierba y él me envuelve.

Me besa la garganta mientras me desabrocha los botones del vestido. Jadeo y gimo suavemente mientras mi visión de los árboles que se extienden sobre nosotros se desdibuja en pinceladas de verde y negro. A lo lejos, asoman los últimos rayos de sol.

Siseo cuando Ilarion me quita los tirantes y el aire frío penetra en mis pezones dolorosamente duros. Al instante se pone a chupar con su boca caliente mientras me acaricia el otro pecho.

Deslizándose aún más por mi cuerpo, me sube el vestido hasta que me rodea las caderas. Vuelvo a sisear.

Se endereza lo suficiente para mirarme a los ojos. El hambre en su rostro me asusta por un momento.

Sobre todo porque es un recordatorio de que no hay vuelta atrás. Para ninguno de nosotros.

Y no creo que quiera hacerlo. Eso me asusta aún más.

Me baja las bragas por las piernas y las tira a un lado. Me besa el tobillo izquierdo y luego sube por la pierna hasta que su lengua pasa delicadamente por mi dolorido centro.

Sus manos son fuertes y firmes en mis caderas mientras me separa con sus labios y sorbe mi deseo.

Veo estrellas. Por muy cursi que suene, no hay otra forma de describir las explosiones de placer que me nublan la vista mientras él mueve la lengua y me acaricia el clítoris entre los firmes tirones de sus suaves labios. Lame, chupa y pellizca hasta que me agarro a su pelo de raíz y me estremezco en medio de un orgasmo que se lleva un pedazo de mi alma.

Cuando por fin dejo de retorcerme, se eleva sobre mí, impidiendo ver el cielo y los árboles. Le cubro la cara con las manos y tiro de él hacia mí. Lo beso desesperadamente, como nunca me había atrevido a soñar que podría volver a besarlo.

Le rodeo la cintura con las piernas y él me coge en brazos para subirme a su regazo.

Su polla se desliza dentro de mí con tanta facilidad y naturalidad como si yo estuviera hecha para él. Me agarra el culo mientras lo cabalgo, dura y urgente, hambrienta y necesitada, para siempre jamás.

Encuentro su mirada y él encuentra la mía. Ninguno de los dos puede apartarla. Puedo ver sus demonios luchando dentro de esos ojos cautivadores. Intenta ocultármelos, pero sé que están ahí.

Eso es lo que pasa cuando dejas que alguien se meta en tu piel. Les das un poder sobre ti que puede ser peligroso y destructivo.

También puede ser liberador.

Aprieta la mandíbula y tira de mí con más fuerza. Los músculos de sus brazos se flexionan mientras me alinea con su polla y empuja, arrancándome un gemido. Trazo sus labios con el pulgar y él chupa la punta, haciendo que mis paredes internas se agiten con fuerza arriba y abajo de su polla con cada pulsación de esa boca perversa.

—Mierda... —gruñe. Dentro de mí, siento cómo se retuerce y explota. Sus dedos se clavan en mis caderas de forma casi dolorosa, pero el calor que me llena y el orgasmo que me recorre los dedos de los pies borran todo lo que no sea puro placer.

Vuelve a tumbarse en la hierba y me arrastra con él. Me rodea la espalda con el brazo, me acaricia la columna vertebral con la mano y me presiona el corazón con la cabeza. Cierro los ojos y escucho cómo el salvaje latido se ralentiza poco a poco hasta convertirse en un latido constante.

Cumplió su promesa. En este momento, nadie más existe.

Solo estamos él y yo.

ILARION

Se tumba en mi pecho durante lo que parece una eternidad. No me enfado. De hecho, hago todo lo posible para que no se mueva.

El cielo es un océano negro. Solo cuando las primeras estrellas empiezan a iluminar, Taylor levanta la cabeza de mi pecho y me mira.

No sonríe del todo, pero es lo más parecido a una sonrisa que veo en ella en mucho tiempo. Cuando le paso la mano por la espalda, me doy cuenta de que tiene la piel erizada.

—Tienes frío.

La rodeo con los brazos y nos tumbo de lado. La hierba es reconfortantemente suave, pero aún desearía que hubiera una cama debajo de nosotros. Y mantas. Se merece ambas cosas.

—¿Mejor?

Ella asiente dócilmente. —Sí.

No estoy acostumbrado a que esté tan callada. Le acomodo un mechón de pelo. —¿Estás bien?

Apoya un momento la frente en mi pecho. El calor de su exhalación me recorre la piel. —Creo que sí —dice al fin—. Solo... procesando.

—No proceses demasiado. Te dará migraña.

—Las cosas son más simples para ti —suspira—. No amas a Celine como yo.

Esperaba que pasara más tiempo antes de mencionar su nombre. Pero la familia de Taylor ocupa cada segundo pensamiento de su cabeza. No hay forma de que podamos evitar esto por mucho tiempo.

—Puede que no. Pero me preocupo por ella.

Suspira. —Perversamente, eso ayuda. Solo un poco.

—Yo…

—¡Ilarion!

Taylor se levanta bruscamente y busca su ropa con pánico antes de que llegue quien acaba de

gritar mi nombre. —¡Mierda, mierda, *mierda*! —recojo sus bragas desechadas y se las paso mientras se pone torpemente en pie.

Apenas se ha reacomodado para quedar algo presentable cuando Dima aparece en el sendero curvo que rodea la colina sobre la que se alza el roble.

—Ahí est... —se detiene cuando nota a Taylor—. Oh. Uh, siento interrumpir...

—No interrumpes nada —suelta Taylor con demasiado énfasis.

—Claro. Por supuesto que no. Solo necesito hablar con Ilarion sobre algo.

—Los dejaré a solas —avanza por el camino de piedra, con las mejillas encendidas. La dejo caminar unos pasos por delante de nosotros antes de ponerme al lado de Dima.

—Lo siento, amigo —murmura—. Yo no... um... ¿Había algo...?

—¿Qué está pasando? —pregunto. Intento no parecer impaciente. Sé que debe de ser importante.

Pero también lo es tener a esa hermosa mujer en mis brazos. —Benedict nos respondió sobre la reunión.

Veo que Taylor nos mira por encima del hombro, pero está demasiado lejos para oír nada. —¿Y? ¿Qué va a ser?

—Está dispuesto. Envió una ubicación, así como sus condiciones para la negociación.

—¿Irrazonable?

—Más bien... sospechoso —aclara Dima—. Quiere reunirse contigo en el Hotel Caravaggio mañana a las diez. Cada uno lleva un hombre. Sin armas.

—Hm. Razonable.

—Precisamente por eso es sospechoso —subraya—. Podría estar mintiendo.

—Probablemente. Pero no voy a ser yo quien rompa un pacto de caballeros.

Dima resopla burlonamente. —Benedict Bellasio no es un caballero.

Asiento, con los ojos aún fijos en Taylor. Acaba de entrar en el aura de luz que emana de la casa. Así iluminada, puedo distinguir su perfecta silueta de reloj de arena a través de la suave tela de su vestido. Se me ocurre que dentro de pocas semanas podré verle una suave hinchazón en el vientre.

A pesar de que nuestro retozo en la hierba apenas ha durado unos minutos, ese pensamiento despierta nuevas ansias.

Suspiro. —No, pero quizá sea hora de que intente serlo.

Los ojos de Dima se desvían de mí hacia Taylor. Traga saliva. —Buena suerte con eso, hermano.

Cuando llegamos a la casa, Taylor está de pie en la terraza, con los pies descalzos pálidos sobre la oscura piedra azul. Dima se desliza delante de mí. Yo me quedo atrás un momento.

Le dirijo una mirada curiosa. —¿Planeas acampar en el patio esta noche?

Su cara se sonroja y baja la mirada. —Es solo... una noche agradable —murmura—. Pensé en disfrutarla un poco más.

Asiento lentamente. —Quieres decir que no quieres entrar.

Taylor se ruboriza, atrapada en una mentira. —Huele a muerte ahí dentro —susurra—. Al menos, a mí me huele así. Probablemente estoy alucinando.

Observo cómo sus ojos giran en sus órbitas con ansiedad, cómo sus manos se flexionan y se destensan una y otra vez a los lados. La curva de su cuello me parece tan delicada, como la de un cisne.

—¿Has comido algo hoy?

Frunce el ceño mientras lo piensa. —No me acuerdo.

—Vamos —tomo su codo, suave pero lo suficientemente firme para borrar cualquier discusión —. Te prepararé algo.

Dima se ha ido cuando entramos. Taylor se sienta tímidamente en un taburete de la encimera mientras yo rebusco en la despensa y empiezo a cocinar.

Picar es relajante, meditativo. Corto la cebolla en dados y machaco el ajo, relajándome en las sencillas sensaciones del trabajo. Me siento bien haciendo algo tan sencillo.

Mañana, las cosas se complicarán. Me reuniré con Benedict. Tal vez tenga a Archie, tal vez no. Tal vez esté muerto, tal vez no.

Quizá sobreviva a la reunión. Tal vez no lo haga.

Pero, cuando levanto la vista y veo a Taylor mirándome, y cuando veo su sonrisa, esa sonrisa lenta, suave y tímida que dice *no debería mirarte así, pero no puedo parar...*

Cuando veo eso...

...sé que haría cualquier cosa por verlo otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Mientras ambos vivamos.

ILARION

Dima y yo estamos sentados a la puerta del Hotel Caravaggio en mi Porsche. Han pasado treinta minutos desde que llegamos, y diez desde que Benedict Bellasio entró en la entrada circular del gran hotel de estilo italiano, bajó de su ostentoso Ferrari amarillo y entró en el vestíbulo con un hombre melancólico pisándole los talones.

Dima mira su reloj. —Quince minutos para la reunión.

Asiento. —¿Qué te parece?

—Que parezca legítimo no significa que lo vaya a ser —refunfuña—. Además, no me fío de esa serpiente.

—No, yo tampoco. Pero necesito saber qué quiere.

—Lo quiere todo —dice Dima—. Más de lo que le corresponde. No es diferente de cualquier otra vez que nos hemos encontrado con él. Nada nuevo y nada bueno puede salir de este encuentro.

—Sí, puede —aunque tiene razón, estoy decidido a hacer algo útil de esta exhibición de perros y ponis—. Podría ser capaz de negociar algún tipo de intercambio por Archie.

—Nunca va a renunciar a Archie. Es su única moneda de cambio.

Miro a Dima con las cejas levantadas. —¿De qué sirve tener una moneda de cambio si no estás dispuesto a cobrarla cuando sea necesario?

Dima suspira. Saca su pistola y la coloca en la guantera. —Bueno, maldición... Realmente haremos esto —respira hondo—. No deberías haberle hecho ninguna promesa.

Asiento. —Lo sé.

Y, sin embargo, lo hice.

También lo volvería a hacer.

—Así que... Viendo que puede que no salgamos vivos de esta, voy a preguntarte algo que de otra forma nunca te habría preguntado.

—Lo dudo. Pero adelante.

Dima sonríe. —¿Es amor?

Me tenso, con el aliento atascado en la garganta. —Yo... no lo sé —pero, ¿hasta qué punto es cierto? Hay momentos en los que siento que sí lo sé.

No sé qué respuesta me revuelve más la sangre: *Sí, la amo...* o no, *no la amo...* pero de todas formas he hecho demasiado por ella.

—*Mieeeerrdaaa* —se ríe Dima—. Nunca pensé que vería el día. Después de todo, la cosa tiene sentimientos. Me empuja para dejar claro a lo que se refiere con "la cosa".

—Vamos —Salgo del coche antes de tener que soportar más preguntas indiscretas o miradas irritantes.

Atravesamos las puertas doradas y nos dirigimos a la conserjería. El vestíbulo se encuentra bajo una enorme cúpula de vidrieras y las paredes están decoradas con un extenso mural pintado en azules bebé y rosas delicados. Querubines de mejillas gordas revolotean entre las nubes y diosas con el pecho descubierto cotillean junto a las estrellas.

—Vengo a reunirme con Benedict Bellasio —le digo al hombre de bigotes de lápiz que está detrás del mostrador.

—Por supuesto, señor —dice el hombre con un marcado acento francés—. Lo espera en la sala Palazzo Roma. Sígame.

Dima y yo lo seguimos por los pasillos ornamentados. Cada adorno es exquisito, extravagante y tremendamente innecesario. No me sorprende en absoluto que Benedict eligiera este lugar para reunirnos.

Nos conduce hasta una puerta de bronce en el primer piso. A ambos lados de la entrada hay dos nichos con estatuas de Venus desnudas sosteniendo antorchas de mármol blanco.

—Aquí estamos, caballero —dice con una cortés reverencia. Le hago un gesto seco con la cabeza y abro la puerta.

La alfombra es de terciopelo carmesí y se extiende a lo largo del estrecho espacio.

Todas las paredes están decoradas con óleos y lámparas de cristal. Las cortinas del fondo se han corrido sobre las ventanas arqueadas, sofocando toda la luz del sol.

Benedict está sentado en un sofá de terciopelo estampado. Una enorme lámpara de araña dorada cuelga sobre nosotros, proyectando un tenue resplandor ámbar sobre su traje de brocado y el llamativo reloj Patek Philippe que lleva en la muñeca.

—Mírate, Benedict —comento mientras Dima cierra la puerta tras nosotros—. Haces juego con la habitación.

—Pensé en vestirme para la ocasión —se ríe sin levantarse. Su hombre se para detrás del sofá como un perro amaestrado con traje negro, mirándonos con la misma suspicacia que sentimos nosotros.

—Ah, Dima —continúa Bellasio—. Qué bien que hayas venido. Aunque tengo que admitir que yo me habría quedado con mi mejor títere en casa. Ya sabes... por si acaso.

—Lo hizo —responde Dima—. Mila probablemente está revisando la despensa mientras hablamos.

Benedict suelta una carcajada. —¡Inteligente! Y sabio. No es bueno perder a dos Zakharov. Sería una pena que toda la familia se extinguiera de una vez.

Ocupo el sillón orejero frente a Benedict. Dima ocupa el segundo asiento a mi lado. —Hoy no se va a extinguir nada, Benedict. Esta es una reunión pacífica. Hicimos un pacto de caballeros. Sé que nunca lo romperías.

Benedict me mira con desprecio. —Ya lo creo. ¿Cómo está tu hermosa prometida? ¿Sobrevivió al accidente?

La forma despreocupada en que pregunta por Celine me cabrea. Dejo que vea la ira en mis ojos, aunque solo sea para que se dé cuenta de la conexión que cree que tengo con ella. Que tampoco es mentira. Técnicamente.

Seguimos conectados.

Simplemente... no como lo había planeado originalmente.

—De hecho, lo hizo —digo suavemente—. Ahora está muy bien.

—Ah, me alivia oír eso. Me cae bien.

—Seguro que sí —digo, canalizando más autocontrol para que las palabras no salgan entre dientes apretados—. ¿Por qué si no habrías querido casarte con ella en mi lugar?

Su sonrisa decae un instante. Un milisegundo, en realidad, pero no pestañeo durante esta conversación.

—Ella te lo dijo, ¿verdad? Solo pensé que era lo suficientemente lista como para apostar por el caballo adecuado.

—No soy un caballo, Benedict —gruño—. Soy un león.

Benedict se echa hacia atrás mientras el gigantón de su hombre mira fijamente entre Dima y yo con una expresión vacía en la cara. —¿Conoces la tragedia de los leones? Viven en manadas. Solos, perezosos, y dejan que las hembras hagan todo el trabajo —se señala el brazo, donde el traje es un poco más grueso, sin duda acolchado por los vendajes de donde Taylor le disparó—. Así que tu metáfora te queda perfecta.

—¿Y eso en qué te convierte a ti?

Me sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. —Sé cómo ganar, Ilarion. Corro duro, trabajo duro y no acepto la derrota. No soy solo el caballo ganador: soy un *campeón*.

Resoplo. —Creo que tu padre no estaría de acuerdo.

El puño de Benedict aprieta el reposabrazos. —Mi padre era un tonto. Me subestimó. Y no es el único que comete ese error. Lo admito, solía molestarme... pero ya no.

Apoyo los codos en las rodillas y me inclino. —Aceptaste esta reunión, así que asumo que quieres resolver esto sin más derramamiento de sangre.

Benedict frunce los labios. —Si quieres.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco y voy al grano. —¿Qué quieres?

—¿Yo? —pregunta en un tono inocente—. Yo no soy el que pidió charlar.

—Corta la mierda, Bellasio. No habrías aceptado la reunión a menos que quisieras una tribuna en la que pararte y algo que ganar. Así que dime, ¿qué se necesita para que te vayas a la mierda?

Se ríe entre dientes. —Empecemos con una conversación honesta antes, ¿de acuerdo?

Dima y yo intercambiamos una mirada. —Soy capaz de una —digo—. ¿Y tú?

Sus ojos se entrecierran, pero consigue mantener esa sonrisa enfermiza. —Archie Theron. Lo quieres de vuelta.

—Obviamente.

—Soy consciente de quién es.

—¿Quieres un premio por eso? —pregunto con sarcasmo—. En cuanto a quererlo de vuelta, es mi futuro suegro. No es realmente una cuestión de lo que *quiero*.

—Me pregunto qué pensaría tu prometida de tu generosidad de espíritu —se quita una pelusa imaginaria de los pantalones y vuelve a cruzar las piernas—. Dime: ¿El dinero cambió de manos *después* del compromiso, o antes? ¿La viste y regateaste, o fue Archie el chulo?

No miro a Dima. Si lo hago, Benedict va a sospechar algo. Sabrá que lo sé. Disimulo mi puño tamborileando con los dedos en el brazo de la silla. —Fue una coincidencia.

—Aunque probablemente no para el viejo. Es más astuto de lo que crees.

Oh, no lo sé.

—Su hija, sin embargo, no tanto, ¿verdad? —dudo, y él se ríe—. No te preocupes. Ya sé que no tiene ni idea de lo que está pasando. La mujer es guapa, pero no muy lista.

—Diría que estás proyectando, pero, de nuevo, tú no eres ni brillante *ni* guapa, ¿verdad?

Su frente se enrojece al instante. El hombre es tan fácil de pinchar. Cada uno de sus nervios está expuesto y en carne viva, esperando a alguien que sepa cómo está conectado para llevarlo al borde de la locura.

—Te habría rechazado por mí —gruñe—. Un par de días más haciendo mi magia y no habría podido negarse.

—No me extrañaría que lo intentaras, por infructuoso que fuera —arqueo una ceja para hacer juego con mi sonrisa—. Siempre has querido lo que tienen los demás.

Me fulmina con la mirada, con la ira brillando en sus ojos. —Vi la expresión de su cara cuando me vio —escupe—. Me deseaba. La perra. La *puta*.

—Celine nunca estaría interesada en un gusano como tú.

Sonríe ampliamente. —No estoy hablando de Celine.

No puedo evitarlo. Mis manos se cierran en puños. Respiro para calmarme y él lo oye.

Benedict se ríe como si acabáramos de compartir algún secreto juguetón. —Ah, eso es, ¿no? Rompí esa compostura glacial tuya y ni siquiera tuve que decir su nombre. No te gusta cuando hablo de tu hermanita, ¿verdad, *Jefe* Zakharov?

—Hermano... —advierte Dima desde donde está sentado a mi lado.

Contengo mi rabia. —Deja de dar rodeos. No aceptaste esta reunión para preguntarme por mi prometida o mi futuro suegro.

—¿No? —pregunta tímidamente Benedict—. Pero tengo tanta curiosidad por tu familia elegida, Ilarion. Hay tanto que me gustaría saber.

—Ya has curioseado bastante por esta noche. Ahora, dime lo que quieres antes de que me vaya de aquí.

Cruza las manos sobre el regazo. Detrás de él, su guardia mudo sigue escudriñando de un lado a otro, de un lado a otro, tan robótico como un aspersor. —¿De verdad crees que puedes ocultarle este secreto a Celine para siempre?

—No es mi decisión.

Benedict asiente. —¿Qué estás dispuesto a hacer para recuperarlo?

—Y ahí está. Por fin, maldición —suspiro aliviado—. Por enésima vez, ¿qué quieres?

Benedict me dedica otra sonrisa lobuna. —Tu casa ancestral en Rusia transferida al nombre de Bellasio. Además de la mitad de tus mayores propiedades en este continente, más la mitad de tus negocios y la participación en los beneficios de cualquier otra empresa que decidas mantener a tu nombre.

Levanto la ceja. —¿Eso es todo?

—Dos cosas más. Dejarás de perseguir a mis hombres, punto. No más incursiones, no más disparar primero, preguntar después sin sentido. Y... —hace una pausa, mirándome con verdadera seriedad ahora—. Quiero a Mila.

Dima y yo nos levantamos de un salto. Ahora, él está tan cabreado como yo. —Y una mierda —gruñe. Le hago un gesto sutil para que se calme, pero no tengo ningún problema en dejarle hablar por los dos en ese sentido.

—Así es —dice Benedict con una sonrisa—. No te preocupes, no quiero casarme con ella ni nada de eso. Solo una noche será suficiente. Sinceramente, es más por su bien que por el mío.

—Hijo de puta —gruño—. Esto es un puto juego para ti.

Extiende las manos con el mismo estúpido encogimiento de hombros y la misma estúpida sonrisa. —Tú preguntaste. Yo respondí.

—Sin duda eres un soñador, Benedict —digo, dando un paso hacia él. Él y su guardaespaldas se tensan al unísono cuando me acerco—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y eso nunca

ha cambiado.

Le tiendo la mano. Parece estupefacto por el gesto, pero la coge. Lo agarro con fuerza y lo pongo de pie, pegado a mí, para poder gruñirle al oído—: Métete tus exigencias por el culo, patética excusa de hombre.

Entonces, lo empujo lejos de mí. Su hombre se queda parado con cara de asombro y sin saber qué hacer. Benedict cae de culo sobre el sofá desequilibrado y su rostro se torna brillante y mortificado.

Le doy la espalda al *mudak* y me dirijo a la salida.

—¡Si te vas de aquí, mataré al viejo! —Benedict grita detrás de mí.

Le lanzo una mirada fría por encima del hombro. —Adelante. No vale tanto para mí como crees.

—¿Qué le dirás a tu prometida? ¿De verdad crees que estará tan dispuesta a casarse contigo después de que condenaras a muerte a su padre?

—Celine creerá lo que yo le diga —me encojo de hombros. Es un medio encogimiento de hombros, medio calentamiento en caso de que, de hecho, tenga que matarlo con mis propias manos—. Incluido el hecho de que fuiste tú quien incumplió su parte del trato y mató a su padre antes de que pudiera hacer nada al respecto. ¿A quién crees que creerá, Benny? ¿Al hombre que ama o al que la secuestró y luego intentó seducirla?

Tengo la mano en el pomo de la puerta cuando oigo el sonido de un arma.

Todo lo que puedo pensar es *qué predecible*.

TAYLOR

Mila echa un vistazo al reloj que cuelga sobre la cavernosa nevera de dos puertas. —¿No es la hora de tu visita?

Sacudo la cabeza, ignorando el plato de ñoquis que me acaba de poner delante. —N-no puedo.

Mila me mira fijamente, con esa mirada directa y audaz suya. —Oye. Sé que la gente pone a los médicos en una especie de pedestal. Pero lo cierto es que son humanos. Y son tan propensos al error como el resto de nosotros.

Parpadeo. —Disculpa, ¿se supone que eso es reconfortante?

—En este caso, debería serlo —dice—. Sé que el Dr. Baranov puso un temporizador de tres días en la vida de Celine, pero a la mierda con eso. No todo el mundo es igual. Quizá se despierte el quinto día y todo vaya bien.

Todo vaya bien. No veo cómo eso puede ser cierto.

—No. Aunque se despierte, nada estará “bien”.

—¿Por tus sentimientos hacia mi hermano? —cuando me ve boquiabierta, alza una mano—. No tienes que decir nada, ya lo sé. Es bastante obvio. Por cómo lo miras. Cómo él te mira a ti.

Me ruborizo. —Yo... tendré su bebé. Así que, obviamente, hay historia. Algo así. Es un poco confuso.

—Yo pensaría que tener este bebé lo hace menos confuso —ofrece—. Los dos quieren estar juntos. Ahora tienen la excusa perfecta.

En el momento en que lo dice, siento que se me cae el corazón. —Para que eso suceda, Cee tiene que... Ella...

—No, Taylor —Mila suspira, se inclina y pone su mano sobre la mía—. No me refería a eso. Incluso si Celine se despierta, creo que le sinceridad. Dile la verdad y deja que pase lo que tenga que pasar.

Sacudo la cabeza. —No. De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Porque la quiero —le explico—. Es mi hermana, mi mejor amiga. Siempre, siempre nos hemos cubierto las espaldas. ¿Por qué dejaría de hacerlo ahora?

—¿Porque lo viste primero?

Hago una pausa. Quiero tener una buena respuesta, pero no la tengo.

Mila se encoge de hombros. —Mira. Has estado cargando con esa culpa como si le estuvieras robando a su hombre. Técnicamente, ella te lo robó a ti —abro la boca para objetar, pero ella alza una mano una vez más para detenerme—. No me importa cuáles sean o hayan sido los tecnicismos. El hecho es que tú e Ilarion vieron algo el uno en el otro, o sintieron algo, o la mierda romántica que hiciera falta para que los dos se subieran a un asiento trasero y tuvieran un hijo. Antes de que Celine supiera siquiera que existía.

Suspiro y me froto los ojos. —Eso no cambia el hecho de que le haya pedido matrimonio. Además, ella merece ser feliz. Él puede hacerla feliz.

Ella frunce el ceño. —Has cambiado de tono.

—Porque me di cuenta de que bajo toda esa dureza de macho, en realidad es un hombre decente —admito—. Y le creo cuando dice que la cuidará.

Mila niega con la cabeza. —¿De verdad estás dispuesta a sacrificar tu propia felicidad por la de Celine?

—Sí —digo sin perder el ritmo.

Sonríe en silencio y suspira. —Joder.

—¿Qué?

—Realmente no quería que me gustaras.

—Me han dicho que tengo una personalidad magnética —bromeo, revolviéndome el pelo juguetonamente. Me siento bien experimentando un pequeño momento de alegría en medio de toda la oscuridad por la que he estado pasando.

El silencio se asienta y se espesa. Ambas miramos a los rincones de la habitación, preguntándonos si tal vez hay alguna respuesta escondida allí que resuelva toda la mierda que se arremolina a nuestro alrededor.

—Mila... —me muerdo un momento el interior de la mejilla—. ¿Puedo preguntarte algo? Antes mencionaste que Benedict se ha dedicado a vengarse de Ilarion. Me preguntaba...

—¿No has oído la historia?

—No sé si lo sabes, pero tu hermano no es muy hablador.

—Yo tampoco lo soy. Pero aquí estamos, charlando todo el día —me acerca el plato de la cena —. Te propongo un trato: tú comes y yo hablo. ¿Te parece bien?

—Maldita sea —murmuro—. Implacable.

—Solo estoy cuidando a mi sobrinito o sobrinita.

Eso me hace sentir cálida y confusa por dentro y, al mismo tiempo, increíblemente nerviosa. Pero dejo a un lado la preocupación y corto un ñoqui con el tenedor. Las puntas se deslizan como un cuchillo por la mantequilla. Me lo meto en la boca y suspiro.

—Vale, estoy comiendo —murmuro entre bocados—. Creo que tienes una historia que contarme.

Mila se apoya en el mostrador. —Cuando éramos niños, nuestro padre solía celebrar reuniones con los hombres más influyentes del Estado. Era una especie de evaluación mutua, encubierta tras una fachada de civismo profesional. Los protagonistas se turnaban como anfitriones, y un año le tocó a mi padre. El líder Bellasio decidió traer a su hijo.

—¿Benedict?

—Benedict —confirma Mila en un tono sombrío—. Tenía diecinueve o veinte años entonces. Ilarion era un par de años más joven. Ambos estaban en un punto en el que se les incluía en algunas cosas relacionadas con el "negocio familiar", pero no en todas. Supongo que Benedict se sentía lo bastante mayor como para tener un sitio en la mesa, y se enfadó cuando su padre le cerró la puerta en las narices.

—¿Qué tiene que ver Ilarion con esto?

—Ilarion lo vio todo —explica—. Y, a partir de ese momento, Benedict tuvo que demostrar que era el alfa —se inclina y me roba un ñoqui del plato—. Empezó a pavonearse por aquí y por allá en el patio, a dar órdenes a los hombres, a pelearse con los de seguridad, demasiado testarudo para darse cuenta de que ninguno de los *vors* se enfrentaría a él por su apellido. Así que decidió buscar pelea con Ilarion. Le propuso que hicieran un combate. Nada demasiado serio. Solo un concurso de mangueras.

—¿Ilarion estuvo de acuerdo con eso?

—Al principio, no —admite, con la piel enrojecida—. Ilarion tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros. No quería meterse con Benedict, y lo dijo. Eso enfadó aún más a Benny. Supongo que pensó que Ilarion lo miraba por encima del hombro o algo así. Así que decidió darle a Ilarion una razón para pelear.

—Oh, no...

Mila suspira. —Benedict pensó que la forma más rápida de molestar a Ilarion sería meterse conmigo.

—¡No! —jadeo sin poder contenerme—. Por favor, dime que no... que no... —no puedo pronunciar la horrible palabra—. ¿Lo hizo?

Mila alza las cejas. —Oh, joder, no. No llegó tan lejos. Aunque me dio un beso a la fuerza.

—Mierda —respiro—. ¿Cuántos años tenías?

—Trece, más o menos.

Abro mucho los ojos. —Mila...

Ella sacude la cabeza. —No te preocupes, no fue mi primer beso. Pero no sabes cuántas veces he

deseado que lo fuera.

Eso me coge por sorpresa. —¿Qué?

Parece recomponerse. —No importa. No debería haber dicho eso.

Pero ni siquiera eso se oye bien. Es casi como si se sintiera mal por *decirlo*, más que por sentirlo. Por sufrirlo.

Sea lo que sea.

—En fin, Benedict tenía la mano a medio camino de mi falda cuando Ilarion me oyó gritar. Me quitó a ese bastardo de encima y aceptó su "combate" allí mismo.

—¿Y venció a Benedict?

Ella sonríe. —Oh, sí. Le dio una paliza a Benedict, rodeado de hombres de Zakharov y Bellasio. Los vítores sacaron a los viejos de su reunión y nuestros padres vieron cómo Ilarion le daba una paliza —hace una pausa y suspira—. Creo que fue la primera vez que vi a nuestro padre tan orgulloso.

—¿Qué pasó con el padre de Benedict?

—Como cualquier jefe de la mafia, dominaba la cara de póquer, pero hasta yo pude ver lo enfadado que estaba al ver cómo avergonzaban a su heredero elegido delante de todos los pesos pesados. Una vez que Ilarion lo dejó levantarse, el viejo se acercó a su hijo, le puso el pie en el pecho y lo escupió. Luego, se marchó con sus hombres. Benedict tuvo que encontrar alguna forma de volver a casa por su cuenta.

Me estremezco. —Eso es horrible.

—Sé que te parece brutal. Pero así es la vida de la mafia.

—¿Lo es? —pregunto—. Me parece que es el infierno.

—Quizá tengas razón —Mila suspira—. Pero si esto es el infierno... ¿qué pasará cuando muramos?

ILARION

El chasquido del arma de Benedict resuena en la habitación. Suelto el pomo dorado de la puerta, suspirando por lo cerca que estaba de salir de aquí sin derramar sangre.

Entonces, me giro para mirar al *mudak* al que ya avergoncé demasiadas veces para contarlas.

Él y su títere están erizados. Ambos tienen armas en sus manos, apuntando en nuestra dirección.

—¿Un arma, Benny? —pregunto—. ¿En serio? Y nada menos que después de aceptar tus condiciones.

Benedict entrecierra los ojos. —¿Intentas provocarme, Ilarion?

—Intento *enseñarte*, amigo mío. Ya lo hice una vez, pero supongo que la lección no caló. Así que aquí está por segunda vez: cuando quitas todo el exceso, toda la fanfarronería y bravuconería, la palabra de un hombre es lo único que queda. Confianza, Benedict. La confianza puede valer mucho más de lo que crees.

—¿Cuánto tiempo crees que puedes seguir en tu pedestal? —se burla Benedict—. Te dejará tirado más pronto que tarde. De hecho... —mira su reloj—. Apuesto por “más pronto”.

Resoplo. —Claro que ahora eres un gallito. Tienes dos pistolas contra dos hombres desarmados. Pero supongo que es tu mejor oportunidad de ganar.

Su expresión se vuelve negra. —Hacerme enfadar ahora mismo no es tu elección más sabia, Zakharov.

—¿No lo entiendes, Benedict? Puedo hacer y decir lo que quiera. No te tengo miedo. Nunca lo tuve, si recuerdas. Y nunca lo tendré.

Su rostro se enrojece de ira cuando saco a relucir El Incidente. Puede que sea él quien tenga una pistola, pero el pasado es la única arma que necesito para ponerlo de rodillas.

—Quedará mal, ¿no crees? —musito, serpenteando en su dirección—. ¿Matarme a mí y a mi hombre en lo que se suponía que sería una reunión pacífica? No es como si nuestras respectivas familias no supieran lo que pasó hace quince años. Diablos, ¿quién no lo sabe? Media ciudad estaba mirando. Pues hazlo, vale, pero quedarás como un cobarde. Para sorpresa de nadie, por supuesto.

—Estarás muerto —gruñe—. Puedo contarle al mundo la historia que quiera y tendrán que

creerme.

—¿Tendrán que creerte? —pregunto—. No, no lo creo. Ambos tenemos reputación. Mis hombres saben quién soy. Saben que nunca deshonraría un pacto de caballeros. Ni siquiera por ti. Tú, por otro lado... —muevo mi mirada a su matón—. Tus hombres saben muy bien que eres un cobarde.

Se encoge y se acerca a mí, aunque se detiene a un brazo de distancia. Le tiembla el dedo en el gatillo.

Dima se acerca a mi lado. Lo conozco lo suficiente como para adivinar sus planes de apartarme si es necesario.

Pero entiendo a Benedict mejor que él. Mejor que nadie. No me atacará hasta que tenga la última palabra. Hasta que sienta que ganó la discusión.

—Mírate —escupe—. El único jefe que conozco con una brújula moral. Dime, Ilarion: ¿dónde estaba tu brújula moral cuando asesinaste a tu padre?

Levanto una ceja. —Estaba apuntando el arma.

—Ah, sí —asiente—. Eso es lo que se dice, ¿no? Excepto que sé que nunca matarías a tu padre. Era tu *pakhan*. La lealtad es todo para ustedes los Zakharov. Bueno, para la mayoría de ustedes, al menos.

Me tenso mientras sigue hablando, pero también aprovecho para acercarme a él. Está tan absorto en la melodía de su propia voz que apenas parece darse cuenta.

—Pero hay que reconocer a un hijo que usurpa el puesto de su padre. Era tuyo y el viejo estaba cometiendo errores. Debe haber sido fácil para tus hombres aceptarlo.

—Como dije, mis hombres tienen fe en mí.

Benedict asiente sombríamente. —¿Tienen la misma fe en tu encantadora hermana?

Mis ojos se entrecierran cuando menciona a Mila. Dima está igualmente tenso a mi lado. —No sé de qué estás hablando.

—¿No? —se burla—. Porque, según tengo entendido, no fuiste tú quien mató a tu padre. *Fue ella*.

ILARION

Que lo jodan. Que se joda este hijo de puta. Si las circunstancias fueran diferentes, lo dejaría pudrirse en un rincón de mi prisión más oscura.

—No sé quién es tu fuente, pero está equivocada.

Benedict sacude la cabeza con una risita altiva. —No, no, no lo creo. Creo que mi fuente sabe exactamente de lo que están hablando. Esa pequeña gata infernal tiene una mirada en los ojos... Es capaz de cualquier cosa. Lo vi en ella hace quince años.

—Tenía trece años, pervertido —gruño—. Era una niña.

—Dicho como un hermano mayor protector —bromea—. Uno dispuesto a mirar hacia otro lado cuando su hermana realiza el último acto de traición. Dime, ¿estarían tus hombres tan dispuestos a perdonar si supieran que fue Mila quien mató a su *pakhan*?

Siento una oleada de incredulidad y confusión en Dima. Quiere preguntarme. Quiere que le diga que no es verdad.

Pero no puedo.

—Es mentira —me limito a decir—. Mila no tuvo nada que ver con la muerte de nuestro padre. Fui yo.

—Ah, hermano mayor hasta el final. Qué suerte tiene esa dulce florecilla.

—Es una flor con espinas, Benedict. Yo que tú no me acercaría demasiado.

Se ríe. —¿Fue una de las espinas lo que acabó con tu padre, entonces? —el arma cae; está claro que el cabrón empieza a disfrutar—. Mierda, me habría encantado verlo. Seguro tuvo un aspecto glorioso. ¿Fue sangriento? ¿O lo hizo limpiamente? Veneno, tal vez. Puedo imaginarla amando cómo se veía la vida escapando lentamente de los ojos de tu padre.

—Realmente te encanta el sonido de tu propia voz, ¿verdad?

Me enseña los dientes. —Al contrario, a la gente le encanta oír mi voz. Se me conoce por hacer que las mujeres se mojen sin siquiera tocarlas. Tu hermanita lo estaba cuando le metí los dedos en el coño.

Dima gruñe por lo bajo. No necesito ser vidente para saber que me está maldiciendo

mentalmente por no dejarlo traer su pistola.

Sacudo la cabeza y le hago una sutil señal a Dima. Luego, arremeto contra Benedict, me agacho y le doy un fuerte codazo en las tripas.

¡BANG!

El disparo me revienta el oído y siento que el dolor me recorre el costado del cuerpo de un golpe caliente. Mi cerebro calcula rápidamente los daños. Sé que me han disparado, pero no es mortal. Es solo mi brazo, que se congelará en unos minutos, pero no antes de que lo aproveche al máximo.

Tiro a Benedict al suelo y él cae con un fuerte gruñido, tanteando su pistola en el proceso. Le doy un puñetazo en la cara, un rodillazo en las tripas y agarro la pistola.

Otro disparo atraviesa el aire, pero esta vez, el arma de Benedict no es la fuente. No tengo tiempo de ver cómo está Dima. Me concentro en desarmar a Benedict, que lanza la maldita arma por el suelo. Gira violentamente y desaparece bajo uno de los sofás estampados.

Golpeo con el puño la cara de Benedict. Sus ojos se tambalean, pero vuelve a centrarse en mí casi de inmediato. —*Déjà vu*, ¿eh? —le pregunto.

Intenta escupirme, pero lo esquivo y le parto la nariz.

—Ilarion, tenemos compañía —advierte Dima desde la puerta. Echo un vistazo por encima del hombro. El matón mudo está desplomado inconsciente a sus pies, y el arma del *mudak* está en la mano de Dima—. El personal del hotel está de camino. La policía está en camino.

Asiento, vuelvo a abofetear a Benedict y me bajo de él. Hago un gesto hacia la pistola en la mano de Dima y él me la entrega. La amartillo y apunto directamente a la cara de Benedict. —¿Dónde está el viejo?

—¡*Vaffanculo*! —gruñe.

No necesito hablar italiano para entender que no está cooperando.

Por mucho que quiera hacerle un agujero tras otro en sus podridas tripas hasta que me diga lo que necesito saber, ahora mismo no tenemos tiempo para eso. El dolor de mi brazo se acentúa y puedo oler el débil aroma metálico de la sangre. Benedict está medio empapado. He perdido más de lo que pensaba.

—Podría matarte ahora mismo —le señalo a Benedict.

—Sí —gruñe—. Pero entonces, mi hermano mataría al viejo. ¿Y qué diría tu preciosa prometida al respecto?

—Ella diría que hice todo lo que pude...

—¡Mentira! —grita—. ¡Mentira! ¡Ella te odiaría! Y mi hermano se encargaría de que ella muriera tan dolorosamente como ese viejo *stronzo* al que llamaba padre.

—Ilarion, tenemos que irnos si queremos evitar un lío —Dima no quiere acabar con mi diversión, lo noto, pero tampoco está dispuesto a arriesgarse a que lo arresten. Hay demasiado en

juego para pasar tiempo en una celda.

Le doy una patada en el costado a Benedict, que se hace un ovillo de dolor y gemidos. —Te dejaría un regalo de despedida —gruño—, pero parece que estamos en paz. Un brazo por un brazo. Pero para asegurarme de que has aprendido la lección...

Le doy una patada entre las piernas. Grita como si lo hubieran castrado. Dramático, incluso para sus estándares.

Entonces, Dima me abre la puerta y corremos como locos.

Corremos por los pasillos, pasando a los sorprendidos huéspedes que se lanzan a los lados para evitarnos, atravesamos las cocinas y salimos por la puerta trasera al callejón que hay detrás.

—Deberías haberlo matado —suspira Dima—. ¿Por qué no lo hiciste?

Sacudo la mano, salpicando de sangre húmeda el asfalto bajo mis pies. —Archie.

Sacude la cabeza. —Esto no se trata de Archie en absoluto, ¿verdad? Se trata de las chicas. Aunque cuál de ellas, no lo tengo claro —levanta los ojos para mirar los míos—. Creo que tú tampoco.

—Ahora no es el momento —le advierto.

Se aparta el pelo sudoroso de los ojos y vuelve a suspirar. —¿Es verdad? —pregunta—. ¿Fue Mila?

Evito su mirada. —Ahora tampoco es el momento para eso.

TAYLOR

Llevo tanto tiempo cogiendo la mano de Cee que ya no siento la mía.

Cuando se abre la puerta, espero ver al doctor Baranov o a una de las enfermeras, pero es Mila. Lleva una botella de limonada que me ofrece.

—Toma un poco. Necesitas mantenerte hidratada.

—No necesitas cuidarme, Mila.

—Bueno, ciertamente no te estás cuidando —replica ella—. Y de todos modos, tener algo que hacer es una buena distracción —sus ojos miran el reloj de su delgada muñeca.

—¿No deberían haber vuelto ya?

—Han sido unas horas —concede Mila—. Nada fuera de lo normal —no acabo de creerle. Un segundo después, su calma forzada se rompe y veo que está tan ansiosa como yo—. Dicho esto, si no vuelven en una hora, reuniré a los hombres e iremos por ellos.

—Pero...

—¡Nunca debieron aceptar esos estúpidos términos de mierda! Mi hermano honra sus acuerdos, pero Benedict Bellasio es un pedazo de mierda sin honor.

—Tiene a Dima —ofrezco, intentando decir algo reconfortante. No es fácil cuando yo necesito que me consuelen tanto como ella.

Se le tuerce el labio. —Ese es el problema.

—Dios mío —suelto sin pensar—. Estás enamorada de él.

Mila levanta la cabeza. —¿Quieres la maldita limonada o no?

—Mila.

—Bien —se encoge de hombros—. Más para mí.

—Mila —vuelvo a decir.

Me fulmina con la mirada. —Dima y yo nos conocemos desde hace años. Entrenamos juntos, comemos juntos, prácticamente vivimos juntos. Somos buenos amigos.

—Pero...

Ella aprieta los dientes, gira los ojos como un animal acorralado. No debería haberla puesto en este aprieto. No entiendo por qué no están juntos después de tanto tiempo. A menos que...

He conocido al hombre adecuado. Pero no puedo derribar mis muros lo suficiente como para dejarlo entrar. Y, como no puedo entregarme a él por completo, sería egoísta involucrarme con él en primer lugar.

Las palabras de Mila. Tan claras como el cristal. —¿Lo sabe?

—No —dice bruscamente—. Nadie lo sabe. Quiero decir, Ilarion probablemente sí. Nada se le escapa. ¿Pero Dima? No. Él cree que somos amigos.

—Dios mío, Mila. Siempre imaginé que ibas tras lo que quisieras, pasara lo que pasara.

—Eso es porque no me conoces. La verdad es que no.

—Me gustaría. Me gustaría entender.

—Créeme: te arrepentirás de haber dicho eso.

—Pruébame.

Ella sacude la cabeza. —Hoy no, ¿vale?

Puedo ver el dolor escrito en su cara, y estoy agradecida de que al menos me permita verlo, si no hacer nada al respecto.

—De acuerdo —concedo—. Otro día entonces.

Me vuelvo para mirar a mi hermana. Es tan extraño pensar que podría no despertarse. Parece que está durmiendo como un bebé. Los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando, el pelo recogido alrededor de la cara.

Despierta, le suplico en silencio. *Despierta y hazme hacer lo correcto. Porque, cuanto más tiempo permanezcas dormida, más fácil me resultará convencerme de que está bien sucumbir a algo que está tan, tan mal...*

Mila frunce el ceño de repente y ladea la cabeza hacia la derecha. —¿Oyes eso?

—¿Oír qué...? Espera.

Golpes. Pasos que corren. Luego voces elevadas, neumáticos crujiendo sobre la grava, el traqueteo de hombres aterrorizados moviéndose en muchas direcciones.

Mila y yo corremos hacia la ventana de la esquina más alejada de la habitación y descorremos las cortinas. Pero, como estamos de cara a los jardines y no a la entrada principal de la casa, no podemos ver nada.

—Deben ser ellos —dice Mila, irradiando un aire de pánico—. Iré a ver.

—Voy contigo —insisto.

Salimos juntas del ala médica y corremos hacia la escalera. Acabamos de llegar al primer piso

cuando veo un rastro de sangre goteando sobre el mármol blanco.

Uno de los hombres de seguridad me adelanta, pero, antes de que llegue lejos, lo agarro del brazo y tiro de él hasta que se detiene. —¿Qué pasó? —le ruego—. ¿Qué está pasando?

No me contesta inmediatamente, pero entonces su mirada se desvía hacia Mila. —Es el *pakhan* —dice—. Le dispararon.

TAYLOR

La culpa es mía.

Ese es el primer pensamiento que me viene a la cabeza en cuanto registro la noticia. Estoy maldita. Soy un amuleto de la mala suerte. Debería venir con una advertencia.

¡No se acerquen demasiado a mí! Si lo hacen, es probable que les disparen, los secuestren o los dejen en un coma interminable.

—¿Taylor?

Me sobresalto cuando siento la mano de alguien en mi hombro. Mila me mira con esos ojos suyos que me recuerdan, por primera vez, a los de su hermano.

Tiemblo bajo su contacto. —Yo... no puedo... Si está muerto...

—No lo sabemos. No sabemos nada. Nosotras no… ¡Dima!

El alivio inunda su rostro y echa a correr, saltando al abrazo de Dima. Él la rodea con sus brazos y suelta un gruñido cuando sus cuerpos chocan. —¡Uf! ¿Has ganado unos kilitos?

—Cabrón —gruñe, golpeándolo en la espalda pero aferrándose a él todo el tiempo.

—Estoy bien —dice—. En serio, todo está bien.

—¿E... Ilarion? —exclamo, con la voz temblorosa—. ¿Le dispararon?

—Vamos —dice Dima—. Seguro que querrá verte.

Dirige a Mila y nos lleva a la guarida. Eso tiene que ser una buena señal, ¿verdad? Si fuera grave, lo habrían llevado al ala médica. A menos, por supuesto, que sea tan grave que no pueda ser movido.

Mi corazón está a segundos de desplomarse. —Dima...

Pero no me oye. Empuja la puerta y veo que Ilarion no yace inconsciente en la camilla, desangrándose por una herida de bala en el pecho. Está sentado, apretando los dientes, mientras el doctor Baranov le cose el brazo.

Alza la vista en cuanto entramos. Nuestros ojos se cruzan. Todos los conflictos morales internos que han estado rondando mi cabeza desde que me trajeron al Diamante se desvanecen.

Lo único que importa es que está vivo.

Por eso corro hacia él del mismo modo que Mila corrió hacia Dima. El Dr. Baranov se aparta sabiamente justo antes de que abrace a Ilarion.

—Gracias a Dios —susurro—. Gracias a Dios.

Me devuelve el abrazo con su único brazo bueno, rodeándome la cintura y acercándome todo lo posible.

Siempre he dicho que él era el ancla que me ataba a un mundo que intenta sacarme de él. Uno a uno, mis salvavidas han sido cortados.

Perdí todo lo demás. Perdí a *todos* los demás. Mi padre, mi madre, mi hermana.

Ilarion Zakharov es la única persona que me parece invencible. Y, durante un largo y horrible momento, creí que el mundo iba a robármelo a él también.

—No pasa nada —susurra, apretando los labios contra mi cabeza—. Todo está bien.

Sigo sin soltarlo. No puedo. Él tampoco parece impaciente por eso. Simplemente se aferra a mí mientras el Dr. Baranov se cierne en el fondo.

—Espero que hayas dado tanto como recibiste, hermano —dice Mila desde detrás de mí. El alivio en su voz es tan obvio como el mío.

Se ríe entre dientes. —Hice lo que pude.

—Sr. Zakharov, tengo que terminar de coserlo —interviene torpemente el Dr. Baranov.

Esa es mi señal para soltar a Ilarion y dejar que el doctor haga su trabajo. Pero no puedo. Probablemente me arrepentiré de esta vergonzosa exhibición de como sea que llamen esto, pero por ahora, aferrarme a él es autopreservación.

—Está bien, Doc. Trabaja a su alrededor —dice Ilarion. Me cambia a su lado izquierdo para que el Dr. Baranov pueda trabajar en su brazo herido.

Aprieto la frente contra el cuello de Ilarion y cierro los ojos. No estoy segura de cuánto tardan los puntos, pero al final oigo al Dr. Baranov alejarse arrastrando los pies y la puerta se cierra.

Cuando estamos solos, respiro el aroma almizclado de Ilarion y me deleito en el hecho de que esté aquí. De que respire. Que su corazón lata al mismo ritmo que el mío, un latido constante cada vez.

Está aquí.

Es mío.

No se va.

—Siento haber sido infantil —susurro después de un rato—. Puedo soltarte ahora si quieres.

El sonido de la risita de Ilarion hace que un rayo de excitación zigzaguee por mi interior. —Me gusta que estés aquí —me tranquiliza—. Pero no te preocupes, *tigrionok*: no desapareceré si me

sueltas.

—¿Lo prometes?

—Lo juro.

Con esa seguridad, suelto lentamente las manos que tenía alrededor de su cuello. Pensaba quedármelas para mí, pero parece que tienen vida propia, así que se deslizan hasta su pecho.

—¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza. —Más tarde.

No me gusta esa respuesta, pero no estoy de humor para discutir. Mi mirada se desvía hacia el vendaje de su brazo derecho. —¿Es muy grave?

—¿Esto? Esto es prácticamente una picadura de insecto.

Casi sonrío. —Estaba muy asustada, ¿sabes? No puedo perder a nadie más.

—¿Ni siquiera a mí?

Sacudo la cabeza. —Especialmente no a ti.

Sus ojos se oscurecen, pero no es la oscuridad tormentosa de la ira. Es más que eso. Lo que lo hace mucho más aterrador.

—Ilarion...

Sus labios aplastan los míos y jadeo. Soy incapaz de contenerme y correspondo a su fervor, correspondiendo a sus besos hambrientos con los míos. Siento su deseo en el estómago y suelta un gruñido cuando me froto contra él.

Me tira de la camisa con una mano y me abre los pantalones. Lo ayudo levantando los brazos y moviendo las caderas para quitarme la ropa, porque cada capa que nos separa es una capa de más.

Sus ojos se iluminan mientras me engulle. Pero no es hasta que su mano me acaricia el pelo por encima del hombro cuando se me ocurre otra cosa: ¿a él también le preocupaba? ¿Le preocupaba no llegar nunca a casa?

Lo beso de nuevo. Lenta pero profundamente. Necesito que me sienta. Los dos necesitamos sentirnos: él está en casa, está a salvo, y yo también, y los dos estamos aquí.

Mientras eso sea cierto, todo irá bien.

Le estoy quitando la camisa de los hombros cuando hace una mueca de dolor. —¡Mierda! —grito, suelto las manos y me alejo de él—. Tu herida. Lo siento.

—Parece que tendrás que ser amable conmigo —se ríe entre dientes, se levanta del escritorio y se acerca al sofá que hay al otro lado de la habitación.

Él mismo se quita la camisa, pero yo le desabrocho el cinturón antes de que pueda llegar a él. Lo desnudo con suavidad, tomándome mi tiempo, maravillada por los contornos bellamente

esculpidos de su cuerpo.

Quiero besar cada centímetro de su cuerpo.

Quiero probarlo.

Quiero sentir cómo se mueve dentro de mí.

—No deberíamos estar haciendo esto —digo con voz ronca mientras mi mano rodea su polla.

Me mete los dedos bajo la barbilla y me inclina hacia él. —Ya hemos resistido bastante —gruñe —. Ya nada nos detiene.

Pero eso está mal. Está jodidamente mal. Lo que nos detiene está arriba, aún vive y respira.

Pero, ¿y si no es así? ¿Y si una parte de ella, la parte importante, su alma, su vida, ha desaparecido?

¿Y si se ha ido y no va a volver?

Una lágrima rueda por mi mejilla. —Soy una horri...

—Para —su voz es rápida pero no áspera—. Para. Lo único que eres es *mía*.

Se inclina y me besa la lágrima de la mejilla, y cuando sus labios se deslizan de nuevo sobre los míos, su sabor es salado. Me estoy saboreando a mí misma, mi dolor, en su lengua, y me siento bien.

Como si compartiéramos el dolor, y eso lo hace más llevadero.

Saber que no estoy sola.

Uno por uno, todos los que he amado me han sido arrancados. Pero no Ilarion. Él no me dejará. Él nunca, nunca me dejaría.

Me tumba encima de él en el sofá, de modo que estoy a horcajadas sobre sus caderas y ese eje palpitante entre sus piernas se acaricia como una provocación contra mi humedad. Se inclina y succiona un pezón entre sus labios, mordiéndolo con la suavidad suficiente para provocar un grito ahogado y una oleada de placer.

Sus labios y su lengua acarician mi sensible pezón sin piedad, y cada succión, cada movimiento y cada tirón provocan nuevas sacudidas en mi coño. Mete la mano entre los dos, arrastra las yemas de los dedos por mi raja y me acaricia el clítoris hasta que gimo pidiendo más.

Es entonces cuando hunde dos dedos dentro de mí.

Jadeo y chillo, cabalgando sobre sus dedos mientras me acaricia el pezón. Yo soy la que está encima, la que debería tener el control, pero Ilarion me lo arrebata y lo único que soy es un desastre en sus manos. Gimo, gimo y le pido más.

—Ahora —gruñe, una vez que mis pensamientos son papilla y mi cuerpo es un cable vivo—. Móntame, mi pequeña *tigrionok*.

No soy tan ingenua como para creer que todo está resuelto. Por ahora me siento bien, pero

siempre es así cuando nos reunimos. Es lo que hay en medio lo que complica todo.

Pero no quiero pensar en eso ahora.

El ahora es para dar y tomar. Para desmoronarse.

Mi boca se abre en un grito silencioso de placer mientras empujo hacia abajo, metiéndolo dentro de mí. Ilarion vuelve a agarrarme de la cadera y tira de mí los últimos centímetros.

Maldición.

Maldición, sí.

Muevo las caderas adelante y atrás, escuchando a mi cuerpo, alimentándolo después de todas esas tortuosas semanas de negarle lo que realmente quería.

Tengo el control y quiero perderlo con él.

Nuestras respiraciones se entremezclan mientras me inclino hacia delante para mantener el equilibrio y le rodeo la nuca con las manos. Jadea tan fuerte como yo y, con el roce de mis pechos contra el suyo, noto que su corazón late tan rápido como el mío.

Se me pasa por la cabeza que este es el tipo de pecado que podría llevarme al círculo más bajo del infierno. Pero con cada embestida, cada roce delicioso contra el punto dulce que toca a la perfección dentro de mí, me doy cuenta de algo que decidí inconscientemente hace mucho tiempo.

Si pecar se siente tan bien, el infierno podría valer la pena.

ILARION

Cuando termina, la acompaño a su habitación. Todo el tiempo que serpenteamos por la casa, lo único que quiero es cogerla de la mano.

Pero una cosa es follársela en el sofá.

Tocarla *así* es algo totalmente distinto.

Está callada mientras caminamos, y el silencio es sombrío. Está pensando en Celine.

Le preocupan las consecuencias de lo que hicimos. No cruzamos la línea una vez; lo hemos hecho dos veces.

Ya no podemos llamarlo un simple error.

Cuando llegamos a su puerta, se detiene y se da la vuelta antes de abrirla. —No creo que debas entrar —dice bruscamente, como si llevara todo el camino armándose de valor para decirlo.

—De acuerdo.

Su frente se arruga de ansiedad. —Tampoco deberíamos haber tenido sexo.

—¿Cuándo?

Las arrugas de su frente se hacen más profundas. —Dios... —murmura, dejando caer la cara entre las manos. Tiro de su cuerpo contra el mío y se estremece—. Sé que suena estúpido, teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer, pero no podemos pasar la noche juntos. Sé que Celine no se despierta, pero... sigue pareciéndome mal compartir la cama.

Asiento, aflojando mi agarre sobre ella lo suficiente para decirle que la estoy escuchando. —No haremos nada con lo que no te sientas cómoda.

Suspira, pero es más un sonido de cansancio que de alivio. —Gracias.

—Tengo una idea.

No hay nada que desee más que hacerla olvidar todas las consecuencias imaginarias que teme. Bueno, eso no es cierto, hay una cosa que deseo más: hacer lo que acabamos de hacer una y otra y otra vez.

La forma en que me montó... la forma en que se vino encima de mí...

Recordaré esa mierda hasta el día de mi muerte. —Uh-oh —dice Taylor—. ¿Qué idea?

—Vámonos un rato.

—¿Perdón?

—Solo por unas noches. A algún lugar tranquilo y remoto. Solo nosotros dos.

Le brillan los ojos, pero algo la retiene. —Suena bien, pero... no sé. Se siente tan egoísta dejar todo atrás e irse.

Acerco tanto los labios a su cara que corro el riesgo de volver a besarla. Pero me contengo, por imposible que parezca. Quiero que oiga esto.

—No me importa —gruño—. Quiero ser egoísta por un rato, y quiero ser egoísta contigo. A menos que vayas a quedarte ahí y decirme que no me quieres.

—Creo que lo que acaba de pasar entre nosotros es la prueba de que sí te quiero —dice tímidamente—. Ese es exactamente el problema.

—Entonces vámonos. Quiero poder tocarte cuando me dé la puta gana —canturreo, empujándola hacia la puerta—. Quiero poder besarte, abrazarte y follarte cuando y donde y como me dé la puta gana.

Mi mano recorre su muslo mientras hablo. Taylor se estremece contra mí y separa los labios en una exhalación suave y silenciosa. Me apoya una mano en el pecho, pero no es ni remotamente convincente cuando intenta apartarme.

La agarro por la muñeca. —Si no lo quieres, dilo. Mírame a los ojos y miénteme, Taylor. Si lo dices, cederé. Si no...

Se muerde el labio durante un buen rato antes de arrastrar por fin su mirada hasta la mía. —Vale —murmura—. Vámonos.

Asiento y me alejo, dándole el espacio que no creo que realmente quiera. —Bien. Me alegro de que lo hayamos aclarado. Nos iremos por la mañana.

—¿Y mi padre, Ilarion? —pregunta de pronto—. Todavía está con ese lunático.

—No te preocupes —le aseguro—. Ya he puesto en marcha las cosas para que vuelva. Lo tengo todo bajo control. Solo... confía en mí.

Duda un momento, como si estuviera pensando cómo decirme que eso es lo último que debería permitirse. Luego, asiente. —Confío en ti.

Sonrío. —Bien.

—¿Qué ha pasado hoy? —pregunta—. En la reunión con Benedict.

—Hizo lo que siempre hace —digo encogiendo el hombro bueno—. Faltó a su palabra.

Me roza el brazo vendado con los dedos. Mi polla vuelve a la vida y lo único que quiero es llevarla a su habitación y follármela en la cama. Mi cama.

—¿Eso significa que peleaste con él mientras estaba armado? ¿Y tú no lo estabas?

Le dirijo una sonrisa lo más despreocupada que puedo, dadas las circunstancias y el martilleo de mis venas. —Algo así.

Taylor traga saliva. —Bien. Bueno, solo quería decirte... gracias. Por volver —luego se pone de puntillas, me besa suavemente la mejilla y se retira a su dormitorio—. Buenas noches, Ilarion.

—Buenas noches, *tigrionok.*

La puerta se cierra. La cerradura se cierra con un clic.

Miro mi erección. —Mierda —murmuro. Pero esto ya no tiene arreglo, así que bajo en busca de Dima y Mila.

Los encuentro en el porche, junto a la piscina. Los dos están completamente vestidos y empapados. Mila se encoge de hombros cuando capta mi mirada crítica. —Me empujó, así que lo tiré conmigo.

Dima me lanza una sonrisa maliciosa. —Necesitaba desahogarme después de esa reunión de mierda.

Pongo los ojos en blanco. —¿No sueles hacerlo follándote a la primera mujer desafortunada a la que le pones los ojos encima?

En cuanto lo digo, Mila se pone visiblemente rígida. No es la primera vez que Dima y yo hacemos comentarios así, pero es la primera vez que ella parece afectada.

—¿Estás bien? —le pregunta—. ¿Tienes frío?

—No —dice Mila rápidamente—. No, solo... Sí, en realidad. Tengo frío.

—Te ofrecería mi ropa, pero yo también estoy mojado —le dice, guiñándole un ojo.

Ella pone los ojos en blanco. La expresión de fastidio que pone es bastante convincente. Pero ahora me doy cuenta. Aprendí a leer las señales hace mucho tiempo.

Cuando ya era demasiado tarde.

Los dos se enderezan mientras yo tomo una de las sillas de la piscina frente a ellos. —¿La has puesto al corriente? —le pregunto a Dima.

—Sí. Hasta el estúpido traje que llevaba ese bastardo —refunfuña.

—Odio decir que se los dije —dice Mila, mirando entre los dos—. Pero... se los dije.

—¿Has dicho que odias decirlo? —pregunta Dima—. Porque no me da esa impresión

Lo ignora y se vuelve hacia mí. —Conoces a Benedict —señala—. ¿Por qué demonios elegirías confiar en el *mudak*?

—No se trataba de confiar en él. Se trataba de mantener mi propia reputación.

—Básicamente, la reunión de esta noche no ha servido para nada —pregunta, cruzándose de brazos como solía hacer nuestra madre. No es que vaya a decírselo. Probablemente preferiría que

le escupiera en la cara.

—Oh, no. Yo no diría eso.

Dima y Mila intercambian una mirada. —¿Qué quieres decir? —pregunta él.

—¿Recuerdas cuando agarré su pistola?

Dima levanta la ceja. —¿Para salvarte de que te disparara? ¿Otra vez?

Me burlo. —Mierda, no. Necesitaba una excusa... —digo, sacando un pequeño rastreador negro de mi bolsillo—. Para plantarle uno de estos.

A Dima se le saltan los ojos cuando mira el pequeño aparato que sostengo. —No puede ser. No puedo... No lo hiciste... ¿De verdad?

—Por supuesto —me burlo—. ¿Por qué si no me lanzaría por un arma? Ahora tenemos una ubicación, y estoy dispuesto a apostar que es el lugar donde tiene a Archie.

Mila me dedica una sonrisa impresionada. —Siento haber dudado de ti.

—Deberías —la empujo suavemente con el codo—. No sospechará, que es exactamente por lo que quiero que reúnan un equipo y ataquen mientras la pista sigue caliente.

—¿Nosotros… dos? —repite Dima, mirando a Mila—. Soy bastante malo en matemáticas, pero estoy bastante seguro de que tú más yo más Mila hacen tres. ¿Hay algo que no sepa?

—He decidido llevarme a Taylor unos días. Nos vamos mañana por la mañana.

Los dos parecen sorprendidos, pero Mila se muestra comprensiva.

—¿Hablas en serio? —pregunta Dima—. ¿Renunciarás al control de una misión tan grande?

—Confío en ustedes —los dos me miran con sonrisas cómplices. Aprieto los dientes—. Ha pasado por muchas cosas. Necesita un tiempo para enderezar su cabeza. Y, con suerte, cuando volvamos, Archie estará en mi propiedad, no en la de Benedict.

Dima me hace un gesto burlón con la cabeza. —Claaaaarooo...

—¿Y qué pasa con Benedict? —pregunta Mila.

—No basta con eliminar a Benedict —digo—. Tenemos que eliminar también a su hermano. Hagan lo que puedan y yo me encargaré del resto cuando vuelva.

Mila pone los ojos en blanco. —Estarás ocupado “encargándote” de algo mientras no estás, seguro —resopla en voz baja.

Me río. —No me hagas tirarte otra vez.

Mila se levanta y su expresión se vuelve solemne. —Me alegro por ti, Ilarion —dice—. Hace tiempo que nada te hace feliz.

¿Feliz? ¿Es eso lo que me pasa? Yo no iría tan lejos.

Pero, por primera vez en mi vida, veo la felicidad en el horizonte. Y la felicidad tiene ojos verdes

como esmeraldas. La felicidad tiene un pelo rubio que absorbe el sol. La felicidad tiene un hoyuelo en la mejilla izquierda cuando sonríe, y un pliegue en forma de V en la frente cuando frunce el ceño, y la felicidad me hace sentir que nada más importa mientras la tenga.

Mientras *la* tenga.

Mila entra en casa. Dima la ve marchar, pero aparta la mirada... de mala gana, si tuviera que ponerle una palabra.

—Así que... tú y Taylor, ¿eh? —pregunta Dima, mirándome con curiosidad.

—Ahora mismo, solo soy yo. Y es Taylor.

—¿Pero después de esta pequeña escapada tuya...?

—Celine sigue aquí —casi hago una mueca de dolor al decirlo: me oigo a mí mismo haciéndome eco de Taylor y no me gusta.

—No estará mucho tiempo —me recuerda Dima con suavidad, pero eso no suaviza la dureza de lo que está diciendo. Él también parece darse cuenta, porque añade—: Solo digo que el cuerpo está aquí, pero la mente está... bueno, ¿quién sabe dónde? —suspira y se quita el agua de la punta de la nariz—. Pero Mila tiene razón. Mereces ser feliz.

Se levanta y sigue a Mila. Me quedo sentado un rato después de que se haya ido, observando la superficie zafiro de la piscina ondular a la luz de la luna.

Feliz. Me gustaría serlo.

Pero no estoy seguro de que tenga razón en que me lo merezco.

TAYLOR

Nunca había estado en una cabaña en las montañas. Ahora que estoy aquí, me da rabia haberme pasado toda la vida sin saber que es *así*.

Hay algo en la forma en que la luz del sol ámbar y el cielo cerúleo se asoman entre los árboles, bordeados por majestuosas laderas y montañas nevadas, que me hace sentir viva. El aire frío quema todo lo impuro que llevo dentro. Siento como si todo mi cuerpo se limpiara por dentro y por fuera.

Solo llevo un jersey de punto y unos vaqueros, pero me gusta el frío. Me hace olvidar todas las otras emociones que no necesito sentir en este momento.

Mi aliento se difumina en una suave niebla blanca, mientras me acerco al mirador del acantilado más allá de la cabaña. —Esto es una locura.

Me arriesgo a mirar por encima del hombro a Ilarion, que está detrás de mí. La luz del sol resplandece en sus pómulos. El jersey negro le queda ceñido al ancho pecho.

Es tan inamovible como las montañas que lo rodean. —¿Tienes hambre? —me pregunta cuando me ve mirando.

—Un poco.

Asiente. —Entraré y prepararé la cena.

Me quedo contemplando las vistas un momento más antes de seguirlo al interior de la cabaña. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no tocar todo lo que pasamos. Las molduras de corona son impecables, la madera parece aún temblar de vida y la arenisca de las paredes absorbe el sol que entra por las ventanas. Todo es perfecto, porque, por supuesto, Ilarion Zakharov no podría tener nada menos que eso.

—Supongo que esto no es un AirBnB —murmuro.

—No —responde con una risita—. Esta es una casa familiar.

—¿Así que no traes aquí a las chicas para que se quiten la ropa con las vistas?

—Se sabe que Dima tiene ese patrón de comportamiento —admite. —Pero me aseguré de que las criadas lo desinfectaran todo a conciencia. ¿Y yo? No. Nunca.

—Perdóname si no te creo.

Me da la espalda mientras saca trozos de carne congelada del congelador y los deja sobre la encimera. Cuando se gira, sin embargo, arquea una ceja alta y escéptica. —Si pensabas que usaba este sitio como un puticlub, ¿para qué has venido?

—Porque, como ya te habrás dado cuenta, no siempre tomo las mejores decisiones —digo entre dientes.

Se ríe otra vez. Es un sonido tan musical. Podría quedarme aquí sentada observando eternamente, con la boca abierta, cómo se desliza con elegancia por la cocina y ríe y sonríe y maneja un cuchillo de chef como si fuera una extensión de su cuerpo.

—Ve a explorar, Taylor —me dice, señalando el pasillo con la hoja—. El dormitorio principal está al final. Te encantará la vista.

—¿Será tu habitación o la mía? —pregunto. Busco un tono ligero y desenfadado. Fácil y despreocupado. Totalmente relajada, una voz de chica con onda.

Pero, en el momento en que vuelve esos ojos azules tormentosos hacia mí, sé que metí la pata.

—*Nuestra*.

Trago saliva. —No estoy segura de que sea la mejor idea, Ilarion.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente. Deja el cuchillo en la encimera con un chillido bajo. —No crees que sea la mejor idea —repite. Sale de detrás del mostrador y se acerca, arrinconándome contra la pared.

—No... nosotros...

—No te traje hasta aquí para ir a ver putos pájaros —gruñe—. Estamos aquí para poder librarnos de las sombras que se ciernen sobre nosotros. Estamos aquí para que pueda follarte tantas veces como quiera, y tú puedas gritar tan fuerte como puedas —pasa un dedo sorprendentemente suave por la curva de mi cuello—. Y no te irás de mi cama después.

Me ruborizo y me cuesta encontrar su mirada intensa. Una parte es vergüenza, pero la otra es excitación. Y me preocupa que, si le devuelvo la mirada, se dé cuenta.

Algo me dice que lo sabe, a pesar de todo.

Intento apartarlo, pero ni se inmuta. Sinceramente, por mucho que lo empuje, bien podría ser una de las rocas de ahí fuera.

—Muévete.

—¿Por qué? —una sonrisa juguetona se dibuja en la comisura de sus labios—. No hay dónde huir.

—¿Supongo que las puertas de este lugar se cierran con llave?

—Si se te ocurre encerrarme fuera, las romperé de una puta vez —gruñe, y su mano buena se posa posesivamente en mi cadera—. No vine hasta aquí para tener una puta conversación, *tigrionok.*

—Claro —replico, enfadada por su actitud repentina y muy presuntuosa—. Solo has venido a follarme. A *usarme*.

—¿Por qué has venido *tú*?

Es mi turno de entrecerrar los ojos. Sabe lo que hace, cambia el interrogatorio hacia mí. Vine con él. De buena gana. Incluso después de que me dijera lo que quería de mí...

Porque yo también lo quería.

Simplemente no tengo que *admitir* eso. No a él, al menos. Ni a mí misma.

Y definitivamente no a mi hermana.

—He venido... —desvío la mirada hacia una de las ventanas, esperando evitar mirarlo mientras se me ocurre alguna excusa—, por el aire. El aire fresco de la montaña.

Resopla. —Mentira.

Me estremezco. —Tengo que pensarlo, Ilarion —ahora sí me atrevo a mirarlo, fulminándolo con la mirada, pero un leve tartamudeo bordea la ira de mis palabras—. ¡No podemos solo... meternos juntos en la cama y asumir que no habrá consecuencias!

Ilarion me presiona el estómago con una mano cálida. La forma en que frota suavemente, incluso cuando noto la tensión en sus dedos, me hace gemir. Gemir de frustración... y de placer.

¿Cómo me hace esto tan fácilmente?

—Las consecuencias ya han ocurrido, Taylor.

Ya está otra vez con argumentos válidos que no puedo rebatir. Quiero abofetearlo. Quiero empujarlo.

Quiero arrancarle los pantalones y montarlo hasta que no pueda pensar con claridad.

En lugar de cualquiera de esas opciones, sacudo lentamente la cabeza. —No importa. Sigue estando mal.

—No pensé que fueras una cobarde.

Le quito la mano de un manotazo. —Jódet...

—¿Lo quieres hacer tú? Eso intento, créeme.

Me detengo en seco, intentando desesperadamente no sonreír. La tormenta en sus ojos se ha desvanecido. Pero nunca faltan los relámpagos.

—Dime una cosa —giro sobre mis talones—. ¿Estarías aquí con cualquier mujer cualquiera a la que se te ocurriera dejar embarazada?

Intento ocultar mis inseguridades tras un muro de autojustificación, pero es un muro delgado y precario. Cualquier viento medio decente lo derribará.

Me mira atentamente mientras una pequeña sonrisa de complicidad se dibuja en sus labios. —

Ah, ¿es eso lo que te preocupa?

—Yo solo... —suspiro y alzo las manos, exasperada—. No me interesa ser una de tus conquistas. ¿De acuerdo? Tampoco me interesa ser la elección conveniente.

—¿Quieres saber si eres especial? —sacude la cabeza con disgusto—. Joder, Taylor, ¿cómo puedes estar tan ciega?

Eso me hace hacer una pausa. —¿Qué?

Entra de nuevo en mi burbuja personal. Su aliento me hace cosquillas en la nariz. —Iba a terminar mi compromiso con Celine para estar contigo.

El aire es oficialmente aspirado de mis pulmones. No puedo respirar. Ni oír.

Definitivamente no he oído *eso*.

—¿De verdad crees que podría haberme casado con ella? —se acerca a mí y me acaricia un lado de la cara con más de esa dulzura que parece tan extraña viniendo de él—. ¿Cuando todo lo que quiero eres tú?

—Ilarion...

—Deja de pensar —gruñe—. Yo lo hice, y hace un mundo de diferencia. Ahora eres mía, Taylor. ¿Lo entiendes?

No me salen las palabras, así que asiento. Eso no disipa el sentimiento de culpa que siento en la boca del estómago, pero dudo que desaparezca pronto.

—Quiero oírte decirlo —dice con voz ronca, inclinando mi cara hacia la suya.

Quiero decirlo. Dios sabe demasiado bien cuánto lo deseo. Pero las palabras se me pegan al paladar, bloqueadas por mi lengua cada vez más gruesa.

—No —balbuceo—. No puedo... No mientras esté viva.

—No despertará, Taylor. Ambos lo sabemos —se apresura a atrapar la siguiente lágrima que cae con su pulgar—. Y tendrás que tomar una decisión sobre eso pronto.

—¿Sobre qué...?

—Hablé con el Dr. Baranov antes de irnos. Recomienda que le retiremos el soporte vital en unos días si sigue sin mejorar. Pero la decisión es tuya en última instancia.

—¿Y si decido no hacerlo?

Ilarion baja su mano hasta mi hombro y me da un reconfortante apretón. —Entonces, la mantenemos como está e intentamos que su cuerpo esté lo más cómodo posible durante el tiempo que necesites para despedirte.

Me estremezco cuando un rayo atraviesa el cielo en zigzag. Las gotas de lluvia salpican el techo en un torrente repentino. Suenan como las lágrimas de mi corazón cada vez que pienso en Celine.

Respiro hondo y me encuentro con sus hermosos y sombríos ojos. Siento un cosquilleo en el cuerpo por él, a pesar de todo. Es una pena estropear esta sensación con remordimientos y culpa.

—¿No te sientes mal? —le pregunto.

—Sí —admite con una lenta inclinación de cabeza—. Pero he vivido cosas peores.

Ahora llueve a cántaros, pero aún puedo ver las montañas a través de las ventanas de la cocina. Es un poco exagerado, teniendo en cuenta cómo es mi vida en este momento.

Llantos esporádicos con destellos de felicidad, y una montaña grande, inamovible e impasible que se cierne sobre mí.

—Es más fácil para ti —le digo—. Fue tu prometida durante unos días. Ha sido mi hermana toda mi vida. Mi mejor amiga. Era... Dios, ya estoy hablando de ella en pasado.

—Tengo una solución para eso —dice Ilarion suavemente—. Dejemos de hablar de ella.

Abro mucho los ojos. —No podemos olvidar...

—Sí, podemos —insiste—. Aquí, en estas montañas, en esta cabaña, no necesitamos hablar de nada ni de nadie que no esté presente. Somos tú y yo y eso es todo. Deja el resto del mundo lejos.

—Pero...

—Nada de peros —dice con firmeza—. Somos tú y yo, Taylor. Sin reglas. Sin relaciones. Sin dudas ni culpas. Sin juicios ni consecuencias. Solo... libertad.

Respiro hondo. —Tú y yo.

—Así es, nena —murmura, sus labios me hacen cosquillas en la oreja—. Dime que no suena bien.

Mierda, seguiría a este hombre hasta la boca del infierno si me susurrara al oído el tiempo suficiente. Miro por encima de su hombro la lluvia que cae sobre los pinos y quiero fundirme en sus brazos y no irme nunca.

—Suena perfecto —cierro los ojos un momento y termino el pensamiento en mi cabeza. *Perdóname por sentirme así.*

—Tienes la piel de gallina —comenta de pronto, echándose hacia atrás—. Voy a por más leña.

Se acerca a la chimenea. Me quedo mirando la lluvia. Mi cabeza no se sincroniza con mis pies hasta que estoy de pie en el porche, con la lluvia empañándome la piel.

—Taylor, ¿qué estás haciendo? —grita Ilarion detrás de mí.

Me giro para mirarlo. —No hay reglas, ¿verdad? —una sonrisa tonta se dibuja en mis labios—. Solo... libertad.

Luego camino de espaldas, directamente bajo la lluvia, extendiendo los brazos y volviendo la cara hacia el cielo. Oigo a Ilarion maldecir, y luego el sonido de sus pasos al correr hacia el porche.

—¿Qué coño estás haciendo?

Me río como maníaca. —¡Estoy siendo libre! —digo, lanzando las manos al aire mientras empiezo a bailar—. ¡Ven! Baila conmigo.

—Vas a coger una pulmonía. Vuelve adentro.

—Me da igual —hago una pirueta en el acto mientras mi cara se empapa de gotas de lluvia heladas. Las nubes se mueven en el cielo y puedo oler el río, la tierra y los ladridos, y oír a los animales corriendo en busca de refugio. Todo parece fresco, nuevo y vivo.

Todo parece libertad.

Y entonces, giro hacia él. Se ha unido a mí en la tormenta y me rodea con sus brazos mientras estallo en una carcajada incontrolable.

—Estás loca —se ríe, medio sorprendido y medio divertido.

Asiento, apoyándome en las puntas de los pies. —Lo sé.

Me estrecha más, su nariz roza la mía. Ilarion también está empapado. Las gotas de lluvia se enredan en cada hebra de su pelo y se aferran a él como lo haría yo si fuera una gota de lluvia lo bastante afortunada como para caer encima suyo.

Tal vez eso es exactamente lo que pasó esa primera noche oscura y tormentosa. Yo era una gota de lluvia cayendo, cayendo, cayendo... hasta que casi aterricé en el coche de Ilarion.

Le sonrío. —¿Quieres volverte loco conmigo?

Algo parpadea en sus ojos. Algo profundo, primario e intenso. —Una y otra, y otra, y otra vez —retumba.

Luego, aplasta sus labios contra los míos.

ILARION

Somos un puto cliché.

No podría importarme menos.

Sexo bajo la lluvia. Dos amantes tan abrumados por lo que sienten el uno por el otro que se arrancan la ropa y follan a cielo abierto.

Pensé que todo era un montón de mierda. Sé muy bien que la vida no es como la pintan las películas. También glorifican la muerte, pero he visto morir a hombres, y no es bonito ni heroico. Es horripilante y visceral y se te queda grabado de por vida.

He deseado a una mujer, y no acabó con nosotros corriendo por campos de margaritas mientras la orquesta sonaba de fondo. Es doloroso y espinoso y te jode para siempre.

Así que, cuando el cielo se abre y la felicidad nunca ha parecido tan cercana y lejana al mismo tiempo, tomo una decisión: *a la mierda*. A la mierda lo que las películas dicen que debería ocurrir a continuación.

Esta es nuestra historia. La suya y la mía.

La escribiremos como mejor nos parezca.

Cuando nuestros labios se separan, Taylor tiene la cara empapada de gotas de lluvia y alegría. —La primera vez que nos conocimos, llovía —dice con una sonrisa melancólica. Después de todas sus protestas, me sorprende su sentimentalismo. Su sonrisa se ensancha—. Quizá la lluvia nos traiga suerte.

Algo ruge dentro de mi pecho. El hecho de que se considere afortunada por haberme conocido... Nunca me di cuenta de lo mucho que eso significaría para mí hasta que las palabras se deslizan por sus labios.

—Ilarion —dice antes de que pueda besarla de nuevo—, tengo una regla mientras estemos en la cabaña.

Eso me hace dudar, pero sus ojos son tan brillantes y esperanzadores. Si va a aceptar esta experiencia en la cabaña, no voy a darle ninguna razón para echarse atrás.

—Dímela.

—Mientras estemos aquí, tenemos que ser sinceros el uno con el otro —dice—. Siempre.

Pues que me jodan.

No puedo prometérselo. Hay tantas cosas que no le he dicho. Cosas que la harían huir de mí gritando. Cosas que la harían lamentar el día en que me conoció.

Cosas que probarían que *nada de esto fue un accidente*.

—¿Vale? —pregunta cuando no digo nada.

Acerco mis dedos a sus labios hinchados. Ella sonríe y yo trazo la curva de su boca. —De acuerdo —acepto antes de decir una estupidez.

Como la verdad.

Me agarra y me atrae para darme otro beso. *Maldita sea*, sabe tan jodidamente bien.

Apenas noto sus manos deslizándose por debajo de mi jersey, pero el frío de sus dedos desvía mi atención de su dulce boca. Hay algo casi salvaje en la forma en que me mira, y me sorprendería si no estuviera tan excitado.

Quiero que me mire así más a menudo.

Todos los días del resto de mi vida, preferiblemente.

—No debería alentar esto —gruño, incluso cuando mi lujuria me grita que cierre el pico.

—No te asustan un poco de truenos y relámpagos, ¿verdad? —me está quitando el jersey, y ahora siento un profundo odio por la lana mojada. Es pesada e imposible de desgarrar por muy rápido que quiera dejarla a un lado.

—Tengo miedo de que te electrocutes o de que cojas un resfriado o algo peor —le explico apretando los dientes. Quiero que piense que estoy irritado y que no siento el dolor de mi brazo herido hasta en la punta de los dedos. En cuanto se dé cuenta de que me duele, dejará de hacerlo. No quiero que pare.

Mierda, no quiero que pare nunca.

Me ignora y me abre los pantalones, tirando de ellos hacia abajo con una sonrisa traviesa por la que me muero de ganas. Me roza la dureza con las yemas de los dedos.

—Estaré bien —dice con confianza—. Tú me protegerás.

Su convicción me hace sentir invencible. Como si fuera yo quien controla la tormenta que ahora nos rodea.

Taylor retrocede, se quita el jersey y se quita rápidamente los vaqueros con un sensual contoneo de caderas que hace que mi polla pase de dura a palpitante. Veo cómo la lluvia acaricia cada suave curva de su cuerpo y ahora mi misión es lamer cada gota.

Quiero tomarme mi tiempo con ella, disfrutar cada momento como si fuera el último...

Pero la necesito *ahora*.

La arrastro hacia mí, agarrándola por las caderas para hacer palanca. Jadea cuando el frío metal del Hummer aparcado golpea su piel desnuda. Ni siquiera recuerdo haberla empujado contra él; lo único que sé es que necesito estar dentro de ella.

Se recuesta sobre el capó, lo que hace que su columna se arquee y muestre sus turgentes pechos a mi hambrienta mirada. Ha sido un infierno fingir que no me daba cuenta de cómo su embarazo ha realzado sus curvas a la perfección. Pero ahora está abierta para mí, suplicándome, y tengo la intención de deleitarme con cada centímetro de ella.

Una vez que haya saciado a la bestia que late entre mis piernas.

La rodeo con las piernas y me dirijo a su raja. Está tan jodidamente caliente cuando empujo; es suficiente para olvidarme por completo de la lluvia fría que me golpea la espalda. Me inclino sobre ella para bloquearla un poco, para mantenerla caliente y pegada a mí mientras empujo más fuerte, más profundo.

Me acoge tan bien. Tan jodidamente bien.

Apoyo las manos a ambos lados de su cabeza, hipnotizado por la forma en que sus pechos rebotan y se balancean con cada embestida. Sus pezones se han endurecido y se han convertido en perfectas protuberancias que piden ser chupadas, y sería descortés por mi parte negárselo. Así que agacho la cabeza y me meto un dulce capullo en la boca, acariciándolo y masajeándolo con la lengua.

Taylor aprieta y pulsa mi polla al ritmo de cada chupada. *Maldición*, es increíble. Me hace ir más fuerte, más profundo, más rápido. Quiero más. Necesito más. Sus gemidos suben de tono cuando dejo de contenerme y me la follo como he querido desde que la conocí.

Y, tal como había previsto, mueve las caderas y suelta un grito fuerte, largo y desinhibido.

—Sí —gime—. Por favor, por favor, por favor...

Golpeo mis caderas contra las suyas. Es el único trueno que oigo, y la única humedad que quiero o noto es la oleada de su calor bañando mi polla mientras se corre a mi alrededor. Sigo, y ella sigue retorciéndose y pidiendo más. Levanto su pierna y la apoyo contra mi hombro bueno mientras me inclino hacia delante, y ambos gritamos ante el placer insano que nos proporciona el nuevo ángulo.

Su mano choca con el capó del Hummer mientras grita mi nombre. Le paso la palma de la mano por el vientre, maravillado por lo que está creciendo allí ahora mismo. Aún no sé si está empezando a hincharse, pero sé a ciencia cierta que, cuando empiece a notarse, nunca dejaré de estar duro como una piedra. Nunca voy a dejar de desearla.

Nunca me he sentido tan profundamente posesivo con algo en toda mi vida. Todo lo que puedo pensar, aparte de que necesito arruinarla para todos los demás hombres del planeta, es que es lo bastante fuerte como para aceptarme tal como soy.

Mi *tigrionok*. Mi tigre salvaje.

Una vez que la he reducido a una temblorosa masa de hormonas, la acerco más y le meto la polla hasta el fondo.

—¿Segura que no quieres entrar? —le pregunto, probando hasta dónde llega su sentido de la aventura.

Me agarra la cara con las manos y me mira. —No te atrevas —me advierte—. No he tenido suficiente.

Sonrío. —¿Esto es lo que pasa cuando dejas de pensar y empiezas a vivir?

—Aparentemente —dice en voz baja. Sus ojos parpadean de emoción mientras me pasa la mano por el pelo empapado—. Dime una cosa. ¿Por qué me has traído aquí?

La mujer no esquiva las preguntas difíciles. Podría darle la respuesta conservadora, la mentira fácil, pero le prometí la verdad.

Tanta como pueda soportar.

—Intentaba corregir mi primer error —es difícil hablar con normalidad cuando aún estoy dentro de ella, al borde del abismo.

Una gota de lluvia fresca golpea su mejilla. La lluvia sobre nosotros ha disminuido, como si el cielo se hubiera cansado.

—¿Qué error? —pregunta.

—Elegir a la hermana equivocada —pero entonces sacudo la cabeza—. No, en realidad, eso no es del todo correcto. Debería haberte obligado a decirme tu nombre.

La verdad no aclara todo lo que ha ocurrido desde entonces. Pero es un comienzo.

Desde aquella maldita fiesta de compromiso me persiguen los “si hubiera” y “debería haber”, pero en realidad me susurraban al oído desde el momento en que me marché aquella primera noche.

Habría elegido a Taylor desde el principio si hubiera sabido quién era. Podría haber hecho las cosas bien y haber evitado este lío.

Debería haber dado la vuelta al coche y haberla metido allí.

Taylor tiene los ojos cargados de emoción, pero se muerde la lengua. —No querías un matrimonio basado en el amor —me recuerda.

Asiento. —No.

—¿Por qué? —pregunta audazmente—. Ya sabes, ya que estamos diciendo la verdad.

Suspiro. —Tenía miedo de amar a mi mujer... porque amarla significaba que el riesgo de perderla me paralizaría. Lo haría todo más difícil.

Sus labios de capullo de rosa se separan. Siento que he cruzado una especie de línea invisible que ni siquiera sabría buscar. De algún modo, esta mujer salvaje, maravillosa y testaruda me arrinconó.

—¿Me amas?

Y ahí está: la línea que yo mismo tracé en la arena. Hace tanto tiempo que he olvidado cuándo apareció por primera vez.

¿No entiende que me está pidiendo demasiado? —Taylor...

—No pasa nada —me dice acariciándome la cara—. No pasa nada. No necesito que me lo digas. Ya lo sé.

Frunzo el ceño, desesperado por hacerla callar para evitar que me queme el corazón con su lupa. —¿Cómo?

Me roza ligeramente el rabillo del ojo y sonríe. —Lo veo en tus ojos. Y puedo sentirlo en mis huesos —aparta la mirada un momento y sus ojos se entristecen durante una fracción de segundo —. Y supongo que, aunque solo sea eso, me reconforta.

—¿Qué cosa?

—La idea de que, si voy al infierno, al menos iré contigo.

Un último trueno retumba en el cielo. Ella no se inmuta y yo tampoco.

Ese es el problema de la libertad: a veces se te sube a la cabeza. Te hace sentir invencible, aunque no lo seas.

La bajo del capó del Hummer y la hago girar. Mi mano la aprieta firmemente entre los omóplatos y ella arquea las caderas hacia mí al tiempo que sus pechos se aplastan contra el metal.

Guardo en la memoria la imagen de ella así, la forma en que sus dedos se enroscan contra el capó cuando le abro las piernas de una patada... la forma en que sus labios se entreabren en un grito ahogado cuando la empujo hasta el fondo... la forma en que echa la cabeza hacia atrás y grita mi nombre cuando la agarro y me la follo sin que me quede ni un ápice de control.

Hasta que el único relámpago que queda es la escalofriante oleada de liberación que recorre mi cuerpo mientras me derramo dentro de ella.

No hemos esperado a que pase la tormenta.

La hemos montado hasta casa.

TAYLOR

Ilarion me lleva a la cabaña porque apenas puedo andar. Tengo las piernas flácidas de tanto espasmo. Por no hablar de la absoluta plenitud que me mantiene caliente y saciada por dentro.

Dejamos un rastro de agua de lluvia a nuestro paso, pero a él no parecen importarle los suelos de madera mientras atravesamos el vestíbulo, bajamos por el pasillo y entramos en el dormitorio principal.

No “su” dormitorio.

Nuestro.

El techo es alto y abovedado, con vigas de madera del grosor de mi cintura que fluyen de pared a pared y se unen en una claraboya en el vértice. Una pared entera es de cristal y enmarca el mundo como si fuera un cuadro. Siento que estamos suspendidos en las copas de los árboles. Flotando entre las nubes. Por encima del mundo que se extiende a nuestros pies.

Pasamos al cuarto de baño. Bajo otra pared de cristal hay una bañera con patas del tamaño de un barco.

Ya estoy desnuda, así que me mete suavemente en la bañera y abre el grifo. El agua caliente brota al instante y me pone la piel de gallina. El vapor sale en espiral de mi piel desnuda y gimo de alivio.

Ilarion espera a que la bañera esté medio llena y se mete él mismo. Se desliza detrás de mí y me atrae hacia la horquilla de sus piernas, con la espalda pegada a la suya. Encajamos a la perfección.

Solo en esta cabaña. Solo por ahora.

Pero perfecto.

—No sé por qué no vives aquí —digo, mirando las vistas—. Es tan tranquilo.

—Puede resultar aburrido.

Le echo un poco de agua en la rodilla. —Quizá aburrirte es lo que necesitas. La Bratva puede prescindir de ti por un tiempo.

Resopla. —Se desmoronaría incluso antes de salir de casa.

—Bien. Podrías dirigirla desde aquí.

Ilarion me mordisquea juguetonamente el lóbulo de la oreja. —Si estás intentando que me mude aquí, entonces la respuesta es no. Pero podríamos convertirlo en nuestro hogar de verano. También de invierno, si te atreves. Podemos follar sobre alfombras de piel de oso delante de enormes chimeneas. Lameré la nieve fría del interior de tus muslos. De hecho, me estoy convenciendo.

Me giro para verle la cara. La imagen que está pintando es casi suficiente para que me corra otra vez solo con las palabras. Pero me quedo con una palabra en particular.

—¿Nosotros?

Se encoge de hombros. —A nuestro hijo le encantaría estar aquí.

Es un retroceso, lo entiendo. O tal vez es demasiado cohibido para admitir que ve un futuro para nosotros dos. De cualquier manera, no estoy dispuesta a presionar. No cuando este momento se siente tan bien, y el futuro suena tan tangible.

Por ahora, estar aquí con él es suficiente.

Empieza a lavarme el pelo con champú y cierro los ojos mientras me masajea la cabeza y me masajea los hombros. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre me cuidó así?

Nunca.

Solo ha sido él.

Supongo que una pequeña parte de mí siente que se me debe este pequeño trozo de felicidad. Después de todo, renuncié a Alec de inmediato, en cuanto Celine me dijo lo que realmente sentía. ¿Por qué se espera que yo también renuncie a Ilarion? Sobre todo cuando lo que siento por él es mil veces más fuerte que lo que sentía por Alec.

—Estás pensando en cosas en las que no deberías estar pensando —me regaña suavemente Ilarion, rompiendo mi ensoñación.

Frunzo el ceño. —¿Cómo puedes saberlo?

—Simplemente lo sé.

Se inclina y me da un beso suave en los labios. Sabe a lluvia de montaña. Debajo de mí, su cuerpo es duro como la piedra.

Un beso está bien, pero dos es mejor. Le paso la mano por el cuello y lo acerco para darle otro. El segundo es tan bueno como el primero, así que le doy tres y lo mantengo ahí, pasando la lengua por sus suaves labios hasta que se separan y puedo saborear más de él.

Me agarra y tira de mí hacia él, haciéndome cosquillas bajo el agua. Chillo de risa e intento zafarme, pero me sujeta y acalla mis carcajadas metiéndome la lengua en la boca.

Nos besamos en la bañera durante siglos, hasta que desaparecen todas las burbujas y nuestros dedos están arrugados por el agua de la bañera. Vuelve a follarme despacio y el orgasmo me invade como el amanecer sobre las montañas. Cuando intentamos tomar aire, el sol se ha puesto

casi por completo.

Mi estómago retumba y, por supuesto, Ilarion se da cuenta. —Te prometí cenar. Debería haber sabido que no me dejarías olvidarlo.

—Es culpa mía. Fui yo quien cambió el plan.

—Vístete y relájate —ordena con una sonrisa irónica—. Yo iré a cocinar.

—¿Necesitas ayuda?

Me mira con una ceja arqueada. —¿De verdad quieres ayudar?

—Ni siquiera un poco.

Riéndose, sale de la bañera. Admiro su culo esculpido mientras se seca con una toalla y se pone un pantalón de chándal. Con el torso desnudo y muy sexy, se inclina y me besa una vez más mientras me levanto para ir al encuentro de su tentadora boca. Aprovecha la oportunidad para agarrarme por la cintura y sacarme del agua fría, envolviéndome en una toalla mullida y dándome otro cálido beso.

Luego, se va a la cocina y me deja secándome y pensando qué ponerme.

Los espejos del vestidor que conecta el baño con el dormitorio principal son casi tan grandes como las ventanas a las que dan. No hay forma de esconderse de mi reflejo.

Echo un vistazo crítico a mi cuerpo. Ha cambiado algo desde el embarazo... y, para mi sorpresa, no lo odio.

Mis pechos están más llenos y mi vientre también tiene una redondez nueva. Me pongo de lado y me examino el vientre. Dejo que mi mano recorra la hinchazón casi imperceptible e imagino a nuestro bebé dentro.

Nuestro bebé.

La mayoría de las mujeres sueñan con este momento. Yo no. Supongo que fue demasiado imprevisto y yo era demasiado joven para haberlo deseado. Me llegó de repente, violenta y maravillosamente. Como un diablo conduciendo un coche demasiado rápido por la calle cuando no estás mirando.

Rebusco en la maleta que hemos traído y saco una de las camisetas de Ilarion. Le añado un jersey de botones por encima, pero lo dejo desabrochado.

Salgo del armario y examino el dormitorio en la penumbra. La cama es un pastiche de paneles de madera barnizada. El álamo y el abedul brillan en blanco y las bandas de pino son negras donde se interponen. Justo encima cuelga un candelabro de rueda de carreta Coronado, goteando velas encendidas. Paso los dedos descalzos por la gruesa alfombra terrosa.

En el otro extremo de la habitación, observo una serie de estanterías flotantes escalonadas. Suelen contener libros, pero entre ellos hay chucherías. Cornamentas, una caja de música, un trozo de cristal, una bola de nieve.

La bola de nieve me llama la atención. Es lo bastante grande como para caber en la palma de mi

mano. Dentro, los copos de nieve se arremolinan alrededor de una cadena montañosa que coincide con la que hay al otro lado de la ventana. Al pie de la montaña hay una manada de ciervos pastando en la hierba cubierta de nieve.

Y en el corazón mismo de las sombras agrupadas tras ellos, donde el sol no llega, hay un par de ojos de depredador.

Siento que el estómago se me revuelve de repente y me invade una extraña sensación de presentimiento. No podemos quedarnos aquí para siempre. Tengo la sensación de que el mundo real nos alcanzará antes de lo que queremos.

Por mucho que quiera quedarme... nuestra bola de nieve acabará rompiéndose. La vuelvo a dejar en la estantería y bajo a reunirme con Ilarion.

TAYLOR

—Aunque me resisto a inflar más su ego, tengo que admitirlo: cocina usted una comida increíble, Sr. Zakharov —dejé el tenedor con otro suspiro de satisfacción, el último de una noche llena de ellos.

Inclina la cabeza en señal de agradecimiento mientras recoge mi plato y lleva los platos sucios al fregadero. —Y pensar que aún no has probado la mousse de chocolate.

—Para.

—No estoy bromeando.

—Explotaré literalmente si me haces comer un solo bocado de postre, Ilarion. Lo digo en serio.

Guiña un ojo. —Yo también.

Todavía me hace zumbar la boca el sabor del alce escalfado en mantequilla y el arroz salvaje. —¿Qué tal si damos un paseo antes del postre? —sugiero—. Quiero ver las montañas de noche.

Espero que me diga que va a hacer demasiado frío para pasear, pero en lugar de eso, me dice riéndose—: Quizá quieras ponerte unos pantalones antes.

Me miro los muslos desnudos y recuerdo que estoy desnuda de cintura para abajo y pecaminosamente mojada por lo inesperadamente caliente que ha sido ver cocinar a Ilarion. *Esas manos*... Dios mío. Las llamaría quita pantys, pero ni siquiera me he molestado en ponérmelas.

Cuando los dos estamos completamente vestidos, salimos. No me coge de la mano mientras salimos de la cabaña, pero no me importa. Me basta con ver cómo se agita a mi lado, como si le costara todo lo que tiene resistir el impulso.

Un pequeño sendero se aleja de la cabaña y se adentra en el bosque oscuro. Pero, por muy oscuro que esté entre los árboles, el cielo es increíblemente brillante. Las estrellas se extienden por encima de nosotros en brillantes constelaciones, y la luna se posa llena y alta, bañando de plata todo lo que toca.

Respiro el aire fresco. No me canso de respirarlo. Quiero embotellarlo y llevármelo conmigo. —Este lugar es mágico.

—Está lejos de las ciudades, de la gente y de la mierda. Por eso.

Me río —Puede que tengas razón en eso.

Nos detenemos al borde del acantilado que domina el lago. Me vuelvo hacia él, con mis intenciones escritas en la cara.

—Oh, Dios —dice—. Allá vamos.

Sonrío y le doy un puñetazo juguetón en el brazo. —Vamos a jugar a un juego.

—A menos que sea un juego sexual, no me interesa.

—Dos verdades y una mentira —aprieto—. Vamos; será divertido. Yo empiezo.

Inclina la cabeza y sé que me va a seguir el juego. Me acerco a él. —Gané un concurso de belleza cuando tenía seis años. Me rompí un brazo a los ocho. Aprendí a montar en bici a los quince.

—Nunca has ganado un solo concurso de belleza en tu vida.

Le doy otro puñetazo, esta vez más fuerte. Es como golpear una montaña. —¡Grosero!

—¿Y bien? ¿Estoy en lo cierto?

—Tienes razón. No tenía seis años cuando gané; tenía siete —levanta las cejas y me río—. Era broma. En realidad, no fui yo. Celine fue la que ganó.

No sé si mencionar a mi hermana es romper las normas de la cabaña, pero ¿cómo no hacerlo? Ha sido una parte tan importante de mi vida que no puedo evitar mencionarla. Ni quiero hacerlo. Lo único más triste que perderla sería olvidarla. Está ligada a todo.

Es parte de mí.

Soy parte de ella.

—¿Por qué demonios la inscribieron en un concurso de belleza a los seis años? —pregunta Ilarion con incredulidad—. No pensé que tu madre sería de esas.

—No lo era —me encojo de hombros—. Fue algo improvisado que organizaron en una feria. Los organizadores estaban reclutando gente entre el público y uno de ellos se acercó a mamá. Pensó que sería bonito ver a Celine con uno de los vestidos grandes y abullonados, así que dijo que sí. Todavía tenemos las fotos. Sin embargo, papá tiene cara de burro. Le molestó mucho que mamá decidiera inscribirla.

—A mí también me molestaría —dice Ilarion—. Si tenemos una niña, nada de concursos de belleza.

Siento un cosquilleo cuando dice eso. *Si tenemos una niña...*

Y así, sin más, nos imagino a los dos con una niña. Una cosita arrulladora tragada por los brazos de Ilarion. Una niña de papá. Un ángel.

—¿Es mi turno? —pregunta Ilarion.

—¿Eh? Oh, claro. Sí. Dispara.

—Obtuve mi licencia de piloto hace tres años. Me tiraron de un caballo cuando tenía dieciséis años. Vi *Titanic* y derramé una lágrima. Solo una.

Junto las manos y elevo una plegaria al cielo. —Dios, por favor, que la del *Titanic* sea verdad —lo miro de reojo—. Pero ni siquiera yo tengo tantas esperanzas. ¿Qué clase de caballo era?

—Ninguno —dice con la cara seria—. Odio los caballos. De hecho, también odio los aviones.

Se me cae la mandíbula. —No... no puede ser... de ninguna puta manera. Es imposible que hayas llorado por una película.

Ilarion se ríe. —Mila me obligó. Involucré mis emociones de forma sorprendente.

—¿Cuánto hace de esto?

—¿Me juzgarías si te dijera que era un adulto hecho y derecho?

—Sí.

—Entonces no, no lo era.

Suelto una risita e, instintivamente, le cojo la mano. Sus ojos delatan la falta de familiaridad con el gesto, pero no me suelta.

—Otra vez —digo con renovada excitación—. Así podremos averiguar qué otras películas te han hecho berrear como una niña pequeña. Aquí están mis tres. Casi me convierto en actriz infantil. Dejé la universidad. Soy guitarrista autodidacta.

—Si tu padre odió hacer de tu hermana una reina de la belleza, no me imagino que le hubiera gustado que acabaras en un casting.

—Sí —digo, repentinamente cabizbaja—. No era su plan favorito. Había un agente que pensaba que yo tenía chispa, pero... sí. Papá dijo que no.

Ilarion frunce el ceño. —Tengo la sensación de que no le apetecía mucho exponerlas.

Asiento. —Siempre fue una persona muy reservada. Empeoró con la edad —le explico—. Tienes otra oportunidad, si quieres.

—Tiene que ser la de la guitarra, entonces.

Sonrío. —Correcto. Papá me apuntó a clases, pero odiaba tanto al profesor que solía cortar las cuerdas de la guitarra cuando él no miraba, así que la clase tenía que acabar antes.

—¿Por qué no le dijiste que no? —pregunta. —¿Por qué tienes tanto miedo de decir lo que quieres?

Me pongo rígida y me froto los brazos contra el frío que me invade de repente. —Son mis padres —digo débilmente—. Sentí que se los debía.

—¿Porque follaron una vez y te produjeron?

—Gracias por esa imagen; me perseguirá hasta la tumba —vuelvo a estremecerme—. Supongo que todo se reduce a que... los quiero tanto que estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para

hacerlos felices.

—¿A expensas de tu propia felicidad?

Cuando lo dice así, me siento como una tonta. Pero entonces, todo siempre parece simple cuando dejas que él lo cuente. El mundo a los ojos de Ilarion es blanco y negro. Amas lo que amas. Matas lo que matas. Tomas lo que quieres. Dejas atrás lo que no quieres.

—En aquel momento me pareció que valía la pena —murmuro. Suspiro profundamente y añado —: Pero sienta bien... admitir lo que quieres. Tú me lo enseñaste.

—Ahora, tal vez deberías empezar a hacer lo que quieres —sugiere con un suave codazo a mi lado—. Podría suponer un mundo de diferencia.

—O eso, o me estrellaré y haré combustión espontánea.

Me tira bruscamente hacia él. —No —gruñe—. Estaré allí para atraparte.

Lo miro, con la cara medio iluminada por la luna y la otra mitad envuelta en la oscuridad. —Eso es exactamente lo que temo —susurro—. Creer eso.

—No seas tonta, Taylor. Has tomado demasiadas decisiones por otras personas toda tu vida. Es hora de tomar lo que quieres.

—Lo hice —digo suavemente—. Te tomé. Aunque no eras mío.

—Esto es lo que intento decirte, *tigrionok* —su ceño se frunce—. ¿No lo entiendes? ¿No lo ves? Fui tuyo desde el principio.

TAYLOR

¿Alguna vez alguien te ha susurrado la llave de tu corazón? ¿Te ha dicho alguna vez las palabras que te morías por oír? ¿Te las ha susurrado al oído mientras el viento aullaba entre las copas de los árboles y el resto del mundo parecía estar a miles de kilómetros de distancia?

Fui tuyo desde el principio.

Es lo que he querido. Es lo que he estado esperando. Es lo que siempre esperé que fuera la vida.

Aprieto los labios contra los de Ilarion y lo beso apasionadamente, dejando que mi lengua se enrede con la suya. Se aparta y empieza a andar.

—¿Adónde me llevas? —pregunto con una confusión desconsolada.

—Mierda, mujer —refunfuña, mirándome con desprecio—. Quiero follarte en una cama por una vez.

Entonces, antes de que pueda protestar, me coge en brazos. Entra corriendo en la cabaña y me tira sobre la cama. Golpeo el colchón con un aullido de sorpresa. Se abalanza sobre mí casi de inmediato, manoseando y rasgando su ropa y la mía hasta que ambos estamos desnudos.

Luego se retira de nuevo. Sus ojos brillan voraces. La luz de las velas del candelabro baila sobre cada rincón, cada grieta de su esculpido cuerpo.

—Maldición —dice con voz ronca al fin—. Eres una obra de arte.

Me sonrojo profundamente. Si no estuviera ya tumbada, se me doblarían las piernas. ¿Qué se supone que debo decir a eso? La respuesta es nada. Son solo más palabras suyas abriendo cada parte de mí que he intentado ocultar para que no me hagan daño.

Pero él está sacando todo de mí. Le expongo hasta el último centímetro de mí, de mi cuerpo, de mi corazón, de mi alma.

Y él dice que es precioso y pide más.

Agarro sus caderas y tiro de él hacia mí. Mis manos rodean su contorno y lo acarician suavemente. Su gemido, un barítono profundo y retumbante, me provoca un escalofrío.

Este tipo de poder es embriagador.

Me inclino y rodeo la punta con los labios. Cuando chupo, sus manos se enredan instantáneamente en mi pelo. Le paso la lengua por la polla y chupo con más fuerza. Lo hago despacio al principio, y luego más profundamente cuanto más cómoda me siento. Es enorme, así que me cuesta un esfuerzo considerable relajar la mandíbula y tragarlo más.

Pero, por la forma en que me tira del pelo y gime, sin dejar de mecerse dentro de mí, sé que está dispuesto a esperar mientras me adapto.

Y lo hago, con cada tirón de mi boca y cada respiración hacia abajo. Me doy cuenta enseguida de que cuando gimo no me dan arcadas, así que gimo un poco más.

En realidad, gimo mucho más, tanto por mi propio placer como por la forma en que lo está volviendo loco. No tarda en follarme la garganta mientras gime y tiembla.

Pero, de repente, me agarra de la raíz del pelo y me tira hacia atrás. Ilarion me mira a los ojos con un hambre salvaje que debería aterrorizarme.

En cambio, solo me hace querer más de él. Más de su salvajismo.

—Me voy a correr en tu boca si sigues haciendo eso —advierte—. Y no puedo dejar que eso ocurra. No estaré satisfecho hasta que arruine ese hermoso coño tuyo.

Me coge de la mano y me levanta. Luego me levanta de nuevo en brazos y me acerca a la ventana de cristal que da a la cordillera. Empuja mi espalda contra la fría superficie y se enfunda dentro de mí.

—¡M-mierda! —balbuceo. Estoy empapada, pero sigo sintiendo que me estira todo lo que podría estirarme. A lo lejos, soy vagamente consciente de su teléfono vibrando en la mesilla de noche, pero ambos lo ignoramos, demasiado perdidos en esto como para preocuparnos.

Su mano me aprieta el culo mientras me lleva a un orgasmo imposiblemente rápido entre sus brazos. Mis temblores y espasmos deben ser demasiado para él, porque entierra su cara en mi cuello e inunda mi interior con su semilla.

Noto la fuerza que necesita para sostenerme con su brazo malo, pero ni se inmuta.

Cuando recupera el aliento, me lleva hasta la cama y me tumba encima. —Eso ha sido... Guau —respiro, cerrando los ojos y mirando al techo.

El apacible silencio se rompe de nuevo cuando el teléfono de Ilarion suena por segunda vez. Sus ojos nadan con una mirada cautelosa mientras rodea la cama y lo coge.

Comprueba la pantalla y, justo cuando creo que va a ignorarlo, contesta.

—Mila.

No dice nada durante mucho tiempo. Solo escucha. Al parecer, hay mucho que contar. Sigo atentamente su expresión, pero no tengo ni idea de si son buenas o malas noticias.

—¿Qué?

Su voz chasquea como un látigo. La tensión de mi cuerpo anula el placer que acabo de experimentar. Me incorporo y agarro la camisa de Ilarion.

—¿Está seguro? ¿Comprobó...? Sí. Vale. Sí. Sí. Bien.

Cuelga, pero no me mira de inmediato.

—¿Ilarion?

Solo entonces fuerza sus ojos hacia los míos.

—Dos cosas —dice en voz baja—. Tenemos a tu padre de vuelta.

No tengo ni idea de por qué parece tan sombrío si esa es la noticia que le acaban de dar. —Dios mío —jadeo, poniéndome en pie de alegría—. ¿Qué es lo segundo?

Aparta la mirada de mí, hacia las oscuras montañas, justo antes de responder. —Celine está despierta.

TAYLOR

Celine está despierta.

Está despierta.

Mi hermana está despierta.

Me avergüenza que mi segundo pensamiento sea que mi primer pensamiento no fue malo. ¿Tiene sentido? Como que no me sentí aplastada cuando esas tres palabritas locas finalmente se procesaron. Es la prueba de que no soy un monstruo sociópata. No me decepcionó que se despertara. No se me rompió el corazón. Solo estoy feliz de que esté viva.

Eso dura unos diez largos y dichosos segundos.

Entonces, la culpa se apresura a arruinar la fiesta.

Celine está despierta. Y, en lugar de estar junto a su cama, como debería haber estado, estoy instalado en un oasis de montaña con su prometido.

—Oh, Dios.

—Taylor. Taylor, escúchame.

Ilarion susurra mi nombre, pero suena como si estuviera lejos. No me doy cuenta de que me alejo de él hasta que mis piernas chocan con la mesa de escritorio del rincón.

Alarga la mano para sostenerme, pero me alejo. Todo el confort, toda la familiaridad, toda la estúpida *esperanza* que alimenté desde que pisamos por primera vez esta montaña olvidada de la mano de Dios... todo se ha convertido en cenizas.

—No —sacudo la cabeza. No puedo mirarlo—. No me toques.

Baja las manos, pero no se aleja de mí. —Nada tiene que cambiar, Taylor —casi suena como una súplica.

Por fin lo miro. —¿De qué estás hablando? ¡*Todo* tiene que cambiar! Solo estamos aquí porque Celine no se despertaba. Y ahora que lo ha hecho...

—No puedes fingir que no ha pasado nada —está a punto de gritar, pero no lo culpo.

Porque *yo* tengo ganas de gritar.

—Mírame —digo en su lugar, empujándolo a un lado para ir hacia mi maleta—. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

—Maldición, ¿de verdad seguirás cometiendo los mismos errores una y otra vez? —lanza las manos al aire—. Mírate, con esa puta máscara de nuevo...

—¿Qué máscara? —me giro para mirarlo.

—La cara de que todo está bien que pones cada vez que haces algo que no quieres hacer. En algún momento, Taylor, empezarás a odiar a tu familia por las decisiones que sentiste que tenías que tomar por su bien. Decisiones que nadie te pidió que tomaras. Déjame ser el primero en decírtelo: la culpa no es de ellos. Es tuya, y solo tuya.

Sus palabras me desgarran, pero sacudo la cabeza como si eso fuera a mantener a raya la verdad de lo que está diciendo. Me concentro en meter la ropa desordenadamente en la maleta abierta. —Nos vemos en el coche —es todo lo que digo.

Siento su melancolía. Siento la furiosa energía que irradia. Luego siento la brisa de su movimiento, que tiene una extraña y aterradora violencia propia.

Unos segundos después, la puerta se cierra de golpe. Mis manos se congelan en la ropa que me queda. Aquello terminó tan rápido. Tan cruelmente rápido.

El destino arrancó mi esperanza como una flor del suelo.

Dejo caer la blusa en mis manos y me vuelvo hacia la habitación. Vuelvo a fijarme en la bola de nieve de la estantería. Me dirijo hacia ella. Cuando la cojo, la nieve florece dentro del cristal como rosas blancas.

No tomo conscientemente la decisión de llevármela; solo vuelvo flotando a mi maleta, la envuelva en la blusa para guardarla y la escondo entre las capas de ropa, como si fuera algo que tuviera que ocultar.

Un recuerdo de la última vez que me dejaré creer.

TAYLOR

Cuando bajo, Ilarion ya está cargando el vehículo. También ha cambiado en los últimos minutos. El aire de confianza inquebrantable lo abandonó. Parece pensativo y enfadado. Se parece más a un océano en plena tormenta que a una montaña en la distancia.

Acerco mi bolsa al maletero. Me la quita sin decir palabra. Pero el silencio es bueno.

Si hay silencio, no puede haber lucha.

Echo un último vistazo a la cabina. Luego subo al asiento del copiloto y me abrocho el cinturón. No vuelvo a mirar. Ya no tiene sentido. Todo lo que ha pasado bajo su techo ha quedado atrás.

Conducimos durante horas sin decir palabra. El silencio me asfixia, pero cada vez que miro el mapa veo que aún nos quedan horas de viaje.

¿Qué está pensando Celine? ¿Se estará preguntando dónde estoy? ¿Se estará preguntando dónde está Ilarion? ¿Qué le han dicho? ¿Es capaz siquiera de hacer preguntas?

Mi único punto de felicidad es saber que papá también ha vuelto. Lo han encontrado y está a salvo. Hay una oportunidad de salvar algo.

Para cuando Ilarion rompe por fin el silencio, ya tengo un plan en mente. —Tenemos que decírselo —refunfuña.

Ni siquiera lo miro. —No, no claro que no. No hay nada para decir.

—Este fin de semana...

—Fue un error —termino—. Nunca debió ocurrir. Fue culpa mía. No debería haber aceptado venir aquí contigo.

—Pero lo hiciste.

—Porque renuncié a mi propia hermana, una traición en sí misma. Para ti también, pero especialmente para mí. Mientras ella respirara, debería haber mantenido las distancias contigo. Mierda, debería haber mantenido las distancias contigo de cualquier manera.

—Es tu culpa la que habla.

—Sí, bueno, tal vez debería haberla escuchado.

Maldice furiosamente en voz baja, y prácticamente puedo sentir las olas de ira que se desprenden de él. —Pensé que ibas a escucharte a ti misma por una vez en tu vida.

Sacudo la cabeza. —No vale la pena.

—¿Perdón?

Ladeo mi mirada hacia la suya. —Ya me has oído: no vale la puta pena. No puedo ni quiero hacer daño a mi hermana. Mi padre ha vuelto y Cee está despierta. Ninguno de los dos sabe lo de mamá. O sea que tengo que decírselo, y ellos tienen que llorar. Y después, bueno... somos todo lo que nos queda, y tenemos que estar ahí para los otros. Por supuesto, no entenderías nada de eso.

—¿Qué no entendería? —responde—. ¿La lealtad familiar?

Frena tan bruscamente que casi atravieso el parabrisas. Saco las manos y me agarro a la consola, pero por suerte el cinturón de seguridad me sujeta y nos detenemos en mitad de la autopista. —¿Qué demonios?

—¿Crees que no sé lo que es la lealtad familiar? —continúa—. ¿Por qué? ¿Porque soy un bastardo egoísta al que solo le importa el poder, la victoria y el dinero?

—Ilarion...

—Lo admito, he sido culpable de un montón de pecados en el pasado. Entre ellos, la ignorancia. Pero cuando por fin decidí ser sincero conmigo mismo, supe lo que tenía que hacer —me está mirando, pero hay algo más suave parpadeando en sus ojos—. Por mi familia *y* por nosotros.

Frunzo el ceño. Quiero preguntarle si está hablando de Mila. Quiero preguntarle si lo que dijo en la cabaña iba en serio: que pensaba dejar a Celine por mí.

Pero no pregunto, porque soy una cobarde temerosa de las respuestas.

Su mandíbula se tensa y la vena cercana a su cuello palpita mientras aprieta los dientes. —¿Te sientas ahí y asumes que tienes la moral alta porque estás dispuesta a sacrificar tu felicidad por tu familia? A la mierda con eso. Yo tuve que sacrificar a mi propio padre por mi familia. Y ¿sabes qué? Por difícil que fuera... valió la pena.

No tengo ni idea de qué está hablando, y me da aún más miedo preguntar. —¿Qué quieres decir?

Su mirada se endurece. —No mereces saberlo.

Me estremezco como si me hubiera pegado. En el fondo, lo ha hecho.

Y él también lo sabe.

Mis ojos se vuelven lentamente hacia la carretera que se extiende ante nosotros. Nos queda mucha distancia por recorrer.

—Deberíamos seguir. Celine estará esperando.

—Puede esperar un poco más —gruñe—. Puedes dar marcha atrás todo lo que quieras, *tigrionok*. Puedes retractarte de todo lo que has dicho este fin de semana; puedes fingir que no ha pasado nada. Pero yo no lo haré.

—¡Tienes que hacerlo! —grito, repentinamente presa del pánico—. ¡Cee no puede enterarse de nada de esto!

—Así que tu plan es mentirle.

—¡Sí, si es necesario! —asiento desesperadamente—. ¿Cómo crees que se lo tomará si volvemos y le decimos que estuvimos juntos en una cabaña, follándonos a lo bestia?

—Es la verdad.

—¡Es una traición!

—¡No lo es si me amas, joder!

Podría haber gritado, porque esas palabras se clavan en mi alma y me desgarran por dentro.

Miro hacia arriba, hacia abajo, a cualquier sitio que esté lejos de él. —Por favor, no —mi voz es una cáscara rota.

—Admítelo.

—No puedo —intento tragar el nudo de lágrimas que crece en mi garganta—. No ahora.

—Maldita sea, eres una cobarde.

—¡Y no entiendes cuánto he perdido ya! —lloro—. ¿Cómo puedo arriesgarme a perder más?

—¿Así que eliges a tu hermana antes que a mí? —no pestañea cuando pregunta. Su rostro está rígido, con la misma calma estoica, pero aún puedo oír la insinuación de emoción en sus palabras.

—Ya te he perdido —susurro, un sollozo escapa de mis labios.

Se vuelve hacia la carretera. El silencio es largo y pesado. —Eres tú la que se aleja —murmura —. Que finjas que no ocurrió no borra el hecho de que ocurrió. Puedes decirte a ti misma que no me quieres, pero los dos sabemos que sí. Igual que nada cambiará el hecho de que sigues siendo mía, Taylor. Siempre serás mía.

Abro la boca para discutir, pero lo único que sale es un sollozo desgarrador.

Salgo corriendo del coche y doy un portazo. Corro unos pasos antes de que las piernas me fallen y caiga de rodillas sobre la tierra mientras las lágrimas convierten el mundo en diamantes pixelados.

Es imposible parpadear. Siguen apareciendo, cayendo y cegándome.

Ponte las pilas, me exijo a mí misma. *Mamá... ayúdame.*

Pero no siento una explosión instantánea de fuerza o coraje. Ni siquiera siento la presencia de mamá a mi alrededor. Todo lo que siento es soledad, atrapada entre lo que quiero y lo que sé que tengo que hacer.

La cuestión es... *¿cuál es cuál?*

Y yo qué sé. Así que suelto el grito que contengo desde aquella maldita llamada.

Cuando tengo la garganta en carne viva, siento que Ilarion se acerca por detrás. Odio que su cercanía me reconforte tanto. No se me permite sentir eso. No de él. Ya no.

Nunca, susurra la culpa en mi mente.

Grito otra vez. Y otra vez. Hasta que, al final, ya no grito más. Las lágrimas han disminuido lo suficiente como para permitirme ver con claridad. Me levanto y me doy la vuelta para mirarlo. El cielo se cierne sobre nosotros, oscuro y denso, prometiendo truenos y relámpagos, pero sin lluvia.

La lluvia solo nos ha traído buena suerte.

Así es como sé que esta vez no lloverá.

ILARION

El repentino cambio en su actitud es alarmante. Parpadea como si no tuviera lágrimas en los ojos o en la cara. Habla como si yo no pudiera oír las ásperas secuelas de sus gritos y sus sollozos desgarradores.

Como si no acabara de verla desmoronarse.

Dios mío, lo que haría para no volver a presenciar eso.

Pero si hay algo en lo que Taylor siempre es consistente, es en ser una glotona por infligirse dolor y tormento a sí misma. Así es como sé la respuesta incluso antes de preguntar.

—¿Supongo que tienes un plan?

Bufa y se limpia la nariz con el dorso de la mano. —Sí. Pero no te va a gustar.

—No me digas.

Se tensa, pero se mantiene firme. —Es la única manera.

—No —discrepo—, no es la única manera. Pero eres demasiado autodestructiva para ver otra cosa.

—Si tuvieras que elegir entre Celine y yo, ¿qué harías? —veo ese destello en sus ojos, ese *conocimiento* que cree poseer. Está tan segura de que solo hay un camino.

Doy un paso adelante y ella retrocede de inmediato, aterrorizada de acercarse demasiado a mí. Odio eso incluso más que las estupideces que sigue soltando.

—A ti —respondo. Es imposible mantener mi propio tormento fuera de mi voz, pero tal vez es hora de que ella lo escuche—. Te elegiría a ti.

—Eso es mentira.

—No lo es —sacudo la cabeza, pero no aparto la mirada—. Esa es mi verdad. Y tampoco tengo miedo de que Celine lo sepa. Joder, probablemente ya lo sabe. Y ¿sabes qué? No me lo echará en cara. Tal vez tú y Celine no son tan cercanas como crees.

Su expresión se tuerce. —No sabes nada de mi relación con mi hermana.

—Sé lo suficiente.

—Bien —asiente Taylor—. Ya me lo has dicho. Ella no confía en mí cerca de sus novios, ¿es eso? ¿Es eso lo que te dijo?

—No, no es eso —sé que no preguntará, así que se lo digo—. Tu hermana te quiere, Taylor. Te tiene en gran estima. Probablemente por eso cree que eres mucho mejor que ella —arruga la frente mientras continúo—. No tiene miedo de que le robes los hombres que quiere; tiene miedo de que los hombres que quiere te quieran a ti en vez de a ella.

Taylor abre mucho los ojos. —Eso es una locura.

—¿Lo es? —pregunto—. Ya le pasó dos veces.

—No, no es así —dice Taylor con firmeza—. Porque *esto* no está pasando ahora.

—Joder, Taylor, ¿no lo ves? —estoy literalmente desconcertado por lo completamente ciega que está esta mujer. Esos hermosos ojos no ven nada, incluso y especialmente cuando todo está justo delante de ella—. Celine no *quiere* a un hombre que prefiera estar contigo. Ella no querría estar conmigo si supiera lo que siento por ti...

Taylor se muerde la mejilla. —Eso no lo sabemos.

Por un momento me pregunto si puedo golpearme la cabeza contra el Hummer con tanta fuerza como para que algo de su supuesta lógica tenga sentido. —¿Tú quieres estar conmigo, sabiendo que quería casarme con tu hermana?

Se burla. —Por supuesto que no. He estado cantando eso desde el primer día.

Asiento. —Bien. ¿Y qué la hace diferente? —la veo vacilar, y un rayo de esperanza se vislumbra en nuestro horizonte... o al menos es el amanecer de su comprensión *definitiva*—. ¿Por qué es tan diferente de ti que no sentiría lo mismo que tú? ¿Cómo es que tú puedes rechazar a un hombre que iba a estar con otra, pero ella no?

Me deleito con la frustración que se dibuja en su rostro y sus dedos se cierran en puños. Mi punto ha aterrizado.

Maldición, *por fin.*

Pero entonces avanza hacia mí, con el rostro encendido por la determinación. —¿Me amas?

Esta vez, soy yo quien quiere dar un paso lejos de ella. —Taylor...

—¿Por qué puedes decir todo menos eso? —exige—. ¿Por qué puedes reclamarme, poseerme y dejarte la piel para retenerme, pero no dices eso? ¿Por qué puedes exigirme que diga las palabras, pero tienes demasiado miedo de decirlas tú mismo?

Se me atascan literalmente en la garganta. Ella no sabe cuántas veces he querido decir esas dos malditas palabras. O lo aterrorizado que estaba cuando cobraron vida por primera vez en la parte de atrás de ese maldito coche.

Ella no lo sabe.

Porque yo solo...

No.

Puedo.

Decirlas.

Taylor asiente con un suspiro y se pasa las manos por los costados. —Lo entiendo. Lo entiendo. Crees que me amas y no quieres perderme. Equiparas el amor con la posesión, pero no funciona así. El amor es sacrificio —sus ojos se encuentran con los míos—. El amor es dejar ir.

Un recuerdo que intenté olvidar con todas mis fuerzas a lo largo de los años inunda de repente mi cerebro.

La cara manchada de lágrimas de Mila. La boca salpicada de sangre. Un moratón reciente en su mejilla.

—Por favor, Ilarion —sollozó—. Por favor... si me quieres... si me amas... déjame hacerlo.

Caí de rodillas ante ella, suplicándole de la única forma que sabía. —Te comerá por dentro, Mila —le supliqué—. No es fácil mirar a un hombre a los ojos y apretar el gatillo.

—Quiero verlo morir. Quiero ver cómo esa alma envenenada abandona su cuerpo.

—No sabes lo que pides.

—He tenido años, malditos años, para pensar qué pedir cuando llegara el momento. Sé lo que quiero.

—Déjame hacerlo por ti —le dije—. Déjame llevar esto...

—Soy más fuerte de lo que crees —insistió—. Por favor, Ilarion. Si me amas... déjame hacerlo.

—Ilarion.

Parpadeo y miro a Taylor, no a Mila. Por muy diferentes que sean las dos situaciones, como la noche y el puto día, la sensación no es tan diferente. Es como si me pidieran que demostrara mi amor otra vez.

—¿Cuál es el plan, Taylor? —pregunto.

Cierra los ojos. —Ella te quiere. Benedict sabe que es tu prometida. Tú necesitas una esposa. Las tres cosas sugieren que casarse con Cee es lo correcto.

—¿Y dónde te deja eso?

—Cuando se recupere, le diré que... que estoy embarazada.

Mis ojos se endurecen cuando entiendo a dónde quiere llegar. Ahora lo odio con una intensidad mil veces mayor que la primera vez, cuando ya lo despreciaba. —¿Todavía quieres hacer pasar al bebé por el de otro?

—Es la única manera —vuelve a decir, como si la repetición lo hiciera tolerable—. Tendrás una sobrina o un sobrino, no una hija o un hijo. Aún así podrás verlo crecer...

—Pero no podré reclamarlo como mío.

—No.

—Ese bebé en tu vientre es mi heredero.

Ella sacude la cabeza. —Haz herederos con tu esposa, Ilarion. Este bebé tiene que ser mío y solo mío.

—¿Crees que será fácil? ¿Ver crecer a mi hijo y actuar ajeno a todo?

—Ya lo haces bastante bien.

Podría haberme dado una bofetada. —¿Qué diablos significa eso?

Taylor se pasa una mano por el pelo y, por un momento, el gesto me distrae. Tengo tantas ganas de tocarle el pelo, de pasarle los dedos. Abrazarla y olvidar toda esta conversación.

—No quiero ser cruel —me sonríe con tristeza—. Solo eres muy bueno en no expresar tus emociones. Tienes práctica en ocultar lo que sientes de verdad —suelta una risita enloquecida, pero no sé qué tiene de gracioso—. Tú y Cee tienen eso en común. Así es como aterrizamos en este lío, ¿no?

Deja de señalar cosas. Deja de darle sentido. ¡Deja de verme, maldita sea!

—Puede que esta ciudad sea demasiado pequeña para los tres, Ilarion —añade suavemente—. Después de que nazca el bebé... después de... la boda... —se le traba la voz en la última palabra —. Después de eso, me iré.

Se me hiela la sangre. Me viene a la mente una imagen fugaz de un futuro sin Taylor y me entran ganas de vomitar.

Pero, como ella dijo, soy muy bueno fingiendo. —¿A dónde?

—No muy lejos —se encoge de hombros—. Solo uno o dos estados más allá. Iowa, tal vez. Siempre pensé que estaba bastante lejos. Pero en realidad no importa dónde. Lo suficientemente lejos para que no tengamos que vernos todo el tiempo. Pero no tan lejos que no podamos visitarnos de vez en cuando.

Rechino los dientes. —Lo tienes todo planeado, ¿verdad?

—Ilarion...

—No.

—¿No? —repite—. ¿Qué estás diciendo?

—Digo que tu plan es corto de miras e idiota. ¿Qué pasa si el bebé es exactamente igual a mí?

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo si eso significa preservar los sentimientos de Cee —ella sacude la cabeza—. He tomado mi decisión.

—Entonces permíteme hacer la mía —gruño—. Cuando Celine se haya recuperado, la sentaré y le diré la verdad.

Taylor abre mucho los ojos. —No…

—Pondré fin a nuestro compromiso y le daré la oportunidad de conocer y casarse con un hombre que realmente la ame de la manera que ella merece ser amada.

—Por favor, Ilarion, no hagas esto.

—Y bajo ninguna puta circunstancia renunciaré al derecho sobre mi propio hijo —añado con un gruñido amenazador—. Eso no va a ocurrir. Si quieres mudarte de estado, adelante. Pero nuestro bebé se queda conmigo.

—¡No puedes hacer eso!

Me inclino hacia ella. —Obsérvame.

—Mi hermana...

—¡*Me importa un bledo tu hermana*! —grito antes de poder contenerme.

Sus ojos se nublan por un momento. —No me importa lo que te importa.

—Claramente.

—Lo único que me importa aquí es Celine. Mientras ella quiera que el matrimonio continúe...

—No querrá casarse conmigo cuando sepa la verdad.

—Ilarion, por favor, no puedes decírselo.

—¿Para protegerte?

—No estoy preocupada por mí. Quiero protegerla.

—¡Quieres mentirle! —exclamo—. ¿Qué clase de puta hermana eres? —sus ojos se llenan de dolor y duda, pero no le doy la oportunidad de responder. La agarro del brazo y la arrastro de vuelta al Hummer—. Métete dentro y cállate. Hemos terminado de hablar.

Se queda callada cuando me siento en el asiento del conductor y cierro las puertas. Lágrima tras lágrima ruedan por su mejilla. Me destroza por dentro fingir que no lo noto.

—No sé qué vio en ti —susurra roncamente—. No sé lo que vi yo en ti.

No respondo. En realidad, no hay nada que decir, para mí también es un misterio. Expresarlo en voz alta es solo su forma de infligirme el tipo de agonía que sé que está sufriendo.

El dolor tiene mucho en común con la miseria.

A ambos les encanta la compañía.

ILARION

Mila y Dima están en el vestíbulo cuando Taylor y yo entramos.

—¿Dónde está mi padre? —pregunta Taylor de inmediato, corriendo hacia Mila.

—Está en el ala médica con Celine —responde. —Está un poco golpeado, pero por lo demás, está bien.

La espalda de Taylor se pone rígida. —¿Le han hecho daño?

—Está bien, Taylor —me tranquiliza Mila en un tono reconfortante que no oigo a menudo en ella—. Concéntrate en eso, ¿vale? Es un hombre duro. Lo único que quería saber es si Celine y tú estaban a salvo.

Taylor frunce el ceño. —¿Preguntó por mamá?

Mila suspira. —Claro que sí.

—¿Se lo has dicho?

—No estaba... en el mejor estado de ánimo cuando lo encontramos —admite—. Así que no, no le conté lo de Fiona. Me imaginé que tú querrías hacerlo.

—¿Y Celine?

—Todavía está aturdida y desorientada por todas las drogas. Realmente no ha preguntado mucho de nada.

A su pesar, Taylor me mira. Luego parece recordar que me odia a muerte, porque se da la vuelta casi con la misma rapidez. —¿Qué dice el Dr. Baranov? ¿Se recuperará?

—Según las primeras pruebas, se pondrá bien —le asegura Mila—. Necesitará un poco de fisioterapia en las extremidades. Solo para recuperar fuerzas. Pero se pondrá bien.

La respiración de Taylor es pesada y entrecortada. Una tras otra, cada vez más rápido, como un tren que se precipita por las vías sin frenos.

—Oye —interrumpe Mila, agarrándola por los hombros y dándole una sacudida—. Tienes que calmarte.

—Yo... tengo que decirles... tengo que...

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Mila.

—¡No! —Taylor sacude la cabeza, aunque suena insegura—. No. Yo... tengo que hacerlo yo misma.

Le hace una seña a Dima con la cabeza y sube las escaleras de dos en dos. En cuanto desaparece por el pasillo, Mila y Dima se vuelven hacia mí.

—¿Qué demonios pasó entre ustedes? —suelta Mila—. Bien podrían haber entrado con los puños en alto. Supongo que la milagrosa recuperación de Celine no fue tan milagrosa.

—Taylor está aliviada de que su hermana esté bien —lo digo lo más diplomáticamente que puedo y trato de evitar el resto, pero no puedo evitar que se me apriete la mandíbula. Lleva haciéndolo desde nuestro viaje a casa.

Dima arquea una ceja. —¿Pero...?

No respondo. No sé ni por dónde empezar a explicar la locura. La mierda en la que estoy metido hasta el cuello.

Mila abre mucho los ojos. —Ilarion...

—Estaba dispuesto a romper el compromiso y sincerarme con Celine —atenerse a los hechos es más fácil que expresar el dolor—. Ella no.

—Mierda —sisea Dima en voz baja—. ¿Cómo explicará lo del bebé?

—Algún rollo de una noche —quiero golpear una pared solo con decir eso en voz alta—. Todo lo que seré es un tío y un maldito misterio, sin nombre, un rollo de una noche.

—Esto es ridículo —escupe Mila—. Es un desperdicio de la vida de tres personas.

—Ya sabes cómo puede ser Taylor —me encojo de hombros, incluso cuando estoy hirviendo por dentro—. Es jodidamente testaruda.

—Tú también —se burla Mila—. Pero, en este caso, resulta que tienes razón.

—Puedes hablar con ella —Dima se vuelve hacia mi hermana—. Hazla entrar en razón.

Mila frunce el ceño. —¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque ustedes dos tienen un vínculo especial. No creas que no me he dado cuenta.

—Eres su maldito Santa Claus de caramelo. ¡Habla *tú* con ella!

—Basta —levanto las manos para silenciarlos—. No tiene sentido hablar con Taylor. Ya tomé mi decisión y he informado a Taylor de lo que va a pasar.

—Eso no va a acabar bien —advierte Mila con suavidad.

—No, no espero que lo haga —suspiro—. Ahora la misión. Cuéntenmelo todo.

Mila y Dima intercambian una mirada.

—¿Qué? —suelto.

—Celine ha estado preguntando por ti sin parar desde que se despertó. ¿No quieres...?

—Le daré a Taylor un tiempo a solas con su familia y luego subiré. Primero, necesito saber a qué atenernos con Benedict.

Intercambian otra mirada significativa. Odio cuando hacen estas cosas no verbales delante de mí.

—Sonaron las alarmas cuando abandonamos el lugar de extracción —explica Dima con cansancio—. Casi seguro que le habrían informado poco después. El almacén donde tenían a Archie estaba fuertemente vigilado, pero ni Benedict ni su hermano estaban allí.

—Así que no se lo esperaban.

—No tenían ni puta idea.

Es la primera cosa que me hace sonreír desde hace siglos. Me hubiera gustado estar allí para ver cómo Benedict se quedó boquiabierto cuando se dio cuenta de que acababa de perder su única fuente de ingresos.

—Intentará llegar a Celine —sugiere Mila.

—O a ti —añade Dima.

Pongo los ojos en blanco. —Mierda, ojalá lo intentara.

—¿Disculpe, señor? —me giro y veo a uno de mis guardias de seguridad en la entrada, con el ceño solemnemente fruncido—. Un coche se ha acercado a la puerta hace un minuto. Han tirado un cadáver y se han marchado.

Miro hacia Mila y Dima. Entonces, los tres nos precipitamos hacia la puerta principal.

ILARION

Cuando ponen el cadáver boca arriba, veo una cara que reconozco: Oleg, un intermediario de bajo nivel de la Bratva. Tiene los ojos sin vida, la garganta abierta y la camisa empapada en sangre.

—Regístrenlo —ordeno a mis hombres. —Hay un mensaje en esto.

Dima aparta a los guardias y empieza a cachear el cuerpo él mismo. Justo dentro del bolsillo izquierdo de su traje está exactamente lo que esperaba encontrar. Me lo entrega.

Rompo el sello y leo el contenido. Es bastante predecible, pero no dudo de su sinceridad. Está prácticamente grabado en el papel con un bolígrafo furioso. Casi puedo imaginarme la cara de Benedict mientras garabateaba la nota.

Te destruiré a ti y a todo lo que aprecias. Quemaré tu Bratva hasta los cimientos y bailaré sobre las cenizas y reiré.

Pero, antes de hacer nada de eso, primero iré por todos tus seres queridos.

Desollaré a esa puta mano derecha tuya, la cortaré en docenas de trocitos y los esparciré al viento.

Cogeré a tu hermana, le soldaré un collar al cuello y esposas en las muñecas, y pasará el resto de su vida abriéndose de piernas para mí y cargando mis bastardos.

Y ¿en cuanto a esa bonita prometida tuya? Le daré la muerte que una vez reservé para ti después de haberla hecho pedazos. Ella gritará tan fuerte que no importa dónde estés, lo oirás.

Pero no te preocupes, amigo mío: No te mataré.

Solo te haré desearlo.

Les paso la nota a Dima y Mila y la leen juntos. A Dima se le tuerce la cara de disgusto. La de Mila es de hierro, pero la conozco lo suficiente como para ver emociones menos estoicas agitándose bajo la superficie.

Por irónico que sea, algo en la carta de Benedict me tranquiliza. Tal vez sea el hecho de que, de todas las personas que mencionó, Taylor no era una.

Si el cabrón tuviera una puta idea.

—Desde luego, tiene un don para el dramatismo —dice tranquilamente Dima, aplastando la carta en su puño una vez que la han leído.

Mila me mira. —Va a ser una amenaza para todos nosotros hasta que muera, Ilarion.

—Lo sé —le aseguro—. Por eso va a morir. Pronto.

TAYLOR

Subo corriendo las escaleras, pero, cuando llego a la sala médica, me detengo. Mi mano tiembla sobre el pomo de la puerta hasta que por fin me animo lo suficiente para empujarla y abrirla.

Al principio no se dan cuenta de que estoy ahí. La espalda encorvada de papá obstruye el rostro de Celine. Le coge la mano con las dos suyas y murmura algo con esa voz suave y tranquila que solía usar cuando éramos niñas.

Es increíble lo rápido que me transporta esa voz. A una época en la que aún tenía madre. A una infancia en la que no había secretos entre mi hermana y yo.

Mucho antes de llevar en mi vientre al bebé de su futuro marido.

El olor de papá sigue siendo a algodón y jabón, a pesar de que lleva ropa nueva que definitivamente no es suya. Es demasiado entallada, demasiado sosa.

Pero huele como mi padre y eso es todo lo que importa.

—¿Papá?

No me oye. Sigue hablando con Celine, así que lo intento de nuevo. —Papá.

Cee me oye primero. Cuando saca la mano de debajo de la de papá, frunzo el ceño, preguntándome en qué me metí. Hay una mirada en sus ojos que me molesta.

Él nota mi presencia un momento después. Se da vuelta y se levanta de un salto, casi derribando la silla en la que está sentado. —¡Taylor! Gracias a Dios, ¡estás bien!

—Por supuesto que estoy bien —digo—. ¿Tú estás bien?

Suspira y sus manos se aflojan sobre mis hombros. —He estado mejor.

No es propio de papá admitir algo así, por muy cierto que sea. Miro a mi hermana. La cama motorizada la ayuda a sentarse erguida. Ha perdido peso, igual que papá, pero, a diferencia de él, sonríe.

—Hola, pequeña —grazna con la voz polvorienta por el desuso—. ¿Dónde estabas?

Hago a un lado a papá para ocupar el asiento que papá acaba de dejar libre. —Hola —suspiro, cogiendo la mano de Celine y sujetando a papá al mismo tiempo—. No sabes cuánto me alegra

ver que te has despertado. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo te encuentras?

—Como si llevara cien años durmiendo —bromea—. Pero el doctor Baranov dice que eso son solo los medicamentos.

—Te ves bien.

Se ríe débilmente. —No me mientas. Parezco el culo de un burro.

—Tonterías —dice papá. Se agarra a la muñeca de Celine para que los tres formemos un círculo cerrado—. ¿Dónde está tu madre? He estado preguntando por ella, pero nadie parece tener una respuesta.

Me tenso. Los dos se agarran a mí y sienten mi miedo.

—¿Taylor? —Celine frunce el ceño—. ¿Por qué tu cara acaba de hacer eso?

No tengo ni idea de lo que acaba de hacer mi cara y tampoco me interesa preguntarlo. —Papá, ¿por qué no te sientas?

Sacude la cabeza mientras palidece. —Me quedaré de pie. ¿Qué pasa?

Abro la boca para explicarme, pero, en lugar de la mentira tranquila y coherente que pensaba decir, sale un sollozo entrecortado. —Es... Ella...

—Estaba herida, ¿verdad? —la voz de papá se eriza de rabia—. Tu madre fue herida en el fuego cruzado entre dos familias muy peligrosas. Familias de las que deberíamos mantenernos alejados.

Hacía tiempo que no lo oía así. Tal vez nunca. Sabía que no era exactamente un fan del compromiso de Celine, pero algo lo había retenía.

Y supongo que ese algo era mamá.

—Papá... —Celine traga saliva y hace una mueca de dolor—. Lo siento. Debería haberte dicho quién era Ilarion en realidad. Pero quería que lo conocieras primero, antes de que yo...

—Espera —interrumpe—. ¿Me estás diciendo... que... *sabías* que era un jefe Bratva cuando te propuso matrimonio?

Su vacilación es toda la respuesta que él necesita.

—¡Joder, Celine! —grita, levantando las manos—. ¿No les he enseñado nada, chicas?

—¡Solo nos enseñaste a tener miedo! —Celine sisea—. Yo ya no quería tener miedo.

—A veces está justificado —le grita.

—¡Paren! —interrumpo, incapaz de aguantar más la pelea. ¿No se dan cuenta de la suerte que tenemos de estar aquí?

—A veces, es más importante estar seguro que feliz —suelta papá.

—Eso que dices es ridículo. Mamá no estaba de acuerdo con eso, ya sabes. Ella...

—¡Mamá se ha ido!

La habitación se queda en un silencio sepulcral. Celine abre la boca para hacer una pregunta de la que no puedo escapar. Pero vuelve a cerrarla. Finalmente, después de un largo momento... —¿Qué quieres decir?

Parpadeo y una lágrima rueda por mi mejilla. Papá me entiende antes que Celine, porque se desploma en la silla y me mira con una incredulidad inexpresiva.

—No... —murmura—. No. No.

Celine mira a papá y luego a mí. —Taylor, ¿qué quieres decir? —su voz se vuelve frenética—. ¿Dónde está mamá?

Le agarro la mano. —Se ha ido, Cee. Yo... la enterré hace más de una semana.

—¿La enterraste? —balbucea, con los ojos temblorosos de horror—. No, no... Eso no es posible.

—Si te sirve de consuelo, fue... —f*ue horrible*—. Fue su elección.

—¡No! —papá se levanta de un salto—. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Cómo te atreves siquiera a *sugerir* que ella quería...?

Pero sus palabras se desvanecen cuando me mira. Sabe que es verdad. Me dijo que llevaba mucho tiempo sufriendo. No dudo de que le había dicho a papá incluso más que eso.

—Sufrió mucho estos últimos años, papá. Tú lo sabes. No era feliz, y para algunas personas, la felicidad significa más que la seguridad y la estabilidad. Para ella era así.

Mierda. No puedo tener a Ilarion y esos problemas surgiendo en medio de esto. Pero, en el momento en que le digo las palabras a papá, ya puedo sentir que me las trago de vuelta.

Sacude la cabeza. —No es posible —dice—. Ella no solo... No sin...

Sigue murmurando para sí mismo. Más negativas, más rechazos. Siento que el corazón se me rompe otra vez, pero aparto las lágrimas y me vuelvo hacia Celine.

—Sé que esto es un impacto...

—¡No es un impacto! —grita papá, aunque ni siquiera estoy segura de que esté escuchando—. ¡No es un impacto, porque *no es verdad*!

Celine y yo nos estremecemos, pero no nos quitamos los ojos de encima. —Cee...

—No pasa nada, Tay —dice con dulzura—. Lo sé. Siento mucho que hayas tenido que hacerlo sola.

Me da un apretón con los dedos. Es el más leve de los toques, pero es suficiente.

Acabo con la cara apoyada en su hombro, sollozando contra su cuello.

Cuando por fin tomo aire, Celine también tiene las mejillas mojadas y papá sigue paseándose por un rincón de la habitación, mirándonos a Celine y a mí como si estuviera enfadado con nosotras por aceptar que mamá se ha ido. Como si nuestra aceptación fuera lo que realmente la mató.

Se detiene bruscamente. —Dime lo que pasó.

Trago saliva y digo las palabras que llevo tanto tiempo temiendo. —Le dispararon en la fiesta de compromiso y la llevaron al hospital. Tenía una habitación privada. Los mejores cuidados. Cuando la vi, hablaba, respiraba, estaba estable y evolucionaba bien —papá abre la boca para interrumpir, pero Celine levanta la mano y él se calla—. Me senté con ella un rato. Hablé con ella... Estaba cansada de luchar, papá. Estaba cansada de sobrevivir en lugar de vivir. Estaba harta.

Su barbilla se tambalea. Parece más pálido que nunca.

—Le pidió a Ilarion que te cuidara, y luego salí de su habitación. Unos minutos después, sonó la alarma. El médico entró corriendo, las enfermeras entraron corriendo y... Bueno, no importa. Dijeron que se lo había hecho ella misma.

Papá se deja caer en su silla. Está tan flácido, casi sin vida. Como si tuviéramos que sacarlo de ese asiento con una pala.

Celine está callada, pero su respiración es constante. —Es tan raro —murmura—. Es como si me hubiera despertado en el mundo equivocado. En una horrible realidad alternativa.

—...Venganza... —papá murmura para sí mismo—. Por... todos mis pecados...

Celine y yo intercambiamos una mirada. —¿Papá? —aventuro—. Sé que es mucho, pero...

—Tenemos que irnos —suelta. Se pone en pie de un salto—. Ahora mismo.

—Papá —gime Celine—, ya te lo he dicho: No voy a ninguna parte. Necesito... necesito hablar con mi prometido.

Todo mi cuerpo se estremece, pero esta vez ni Celine ni papá se dan cuenta. Me levanto con dificultad y me dirijo a la puerta. —Vamos, papá —le digo suavemente—. Vámonos. Celine necesita algo de espacio.

Niega con la cabeza, pero se deja arrastrar por mí.

—Le diré a Ilarion que preguntas por él —le digo a Celine antes de salir de su habitación, con papá arrastrando los pies detrás de mí.

Acabamos de salir del ala médica cuando, de repente, papá me coge la mano. Me vuelvo hacia él, esperando su enojo, pero parece más asustado que enfadado.

—Taylor, necesito decirte algo...

—¡Ahí estás!

Papá me suelta la mano cuando Mila dobla la esquina hacia nosotros. Su sonrisa es agradable pero distante, aunque se vuelve aún más fría cuando mira a mi padre. —Archie. Tenemos una habitación especial preparada para ti. Te llevaré allí ahora; estoy segura de que querrás descansar después de todo lo que has pasado.

Quiero hablar con papá, pero no estoy segura de que una conversación en este momento sea buena para ninguno de los dos. Parece nervioso cuando me mira. —Cariño, deberíamos hablar.

—Y lo haremos, papá —le aseguro—. Pero, ahora mismo, necesitas procesarlo. Has pasado por muchas cosas y necesitas tiempo. No te preocupes, estaré aquí.

—Vamos, Archie —dice Mila.

Mira entre nosotros y frunce el ceño. Entonces, hace algo que no espero: me coge y me abraza. Está aún más delgado que la última vez que lo vi, puedo sentir las crestas de su columna vertebral asomando a través de su ropa prestada, pero es real. Está caliente. Respira.

Puede que mamá se haya ido, pero al menos papá sigue aquí.

—Te quiero —le susurro al oído.

Se aparta, pero sus dos manos permanecen en mis hombros, como si me rogara en silencio que lo mirara a los ojos. —Te veré pronto, ¿vale? —sus ojos brillan. Casi demasiado.

Luego, me planta un beso en la mejilla, me suelta y se aleja por el pasillo con Mila. Ella dobla la esquina primero, pero papá se queda atrás el tiempo suficiente para mirarme por encima del hombro. No reconozco su expresión. Es calculada y alerta.

No es propio de él.

Se lleva la mano al bolsillo del pantalón. Lo palmea una vez y me señala.

Entonces, se ha ido.

Permanezco de pie durante un largo rato antes de echar un vistazo a mi propio bolsillo. Cuando meto los dedos dentro, me sorprendo al encontrar un trozo de papel. Su letra es tan familiar como la mía.

Entrada sur. A medianoche. Llega allí, y lleva una bolsa.

No se lo digas a nadie.

Nuestras vidas dependen de ello.

ILARION

—¿S-seguro? —dice Dima, mirando la lista de objetivos que acabo de darle.

Estoy encerrado en el estudio desde que volvimos a la casa. El ala médica debería haber sido mi primera parada, pero decidí que Taylor merecía ese primer encuentro más que yo.

Eso es lo que me dije a mí mismo, al menos.

La verdad es que no quiero subir allí.

—Estoy seguro —respondo sin perder el ritmo—. Benedict no esperará un ataque tan cerca de la victoria Zakharov. Está lamiéndose las heridas y reagrupándose. Lo atacaré mientras está en el suelo. Y voy a pisotear su maldita garganta.

Dima me mira. —Esta lista es... ambiciosa. Necesitaremos a todos nuestros hombres.

—Por eso se están armando mientras hablamos —cierro los ojos e imagino lo que está ocurriendo. Por toda la ciudad, en bares destartalados, apartamentos anodinos y almacenes polvorientos, los hombres Zakharov sacan armas de baúles cerrados y meten cuchillos en sus fundas. Se están reuniendo, de uno en uno y de dos en dos, un goteo que se convierte en un río que se convierte en un jodido tifón.

Golpearemos a los Bellasio como un puto desastre natural. Y, cuando acabemos, no quedará ni rastro de los bastardos italianos.

Abro los ojos y veo que Dima sigue mirándome con recelo. —Ve a prepararte —le digo.

Frunce el ceño. —¿No vienes?

—Me reuniré contigo en el objetivo principal. Pero tengo que... *tratar*... algunas cosas aquí primero.

Mila entra en ese momento. Tiene la cara desencajada, pero la mirada fija. —Puse al viejo en una habitación abajo —dice—. No parecía muy hablador. Estaba un poco nervioso. Definitivamente no estaba agradecido de que acabáramos de salvarle el culo —su nerviosismo no es solo suyo; todos estamos más nerviosos con Archie en casa.

—¿No dijo nada en absoluto?

—Seguro que espera hablar contigo. Pero creo que deberías ir a ver a Celine primero. Ha estado

preguntando por ti —se traga una burla—. Es la única de ellos que realmente quiere verte.

Aprieto los dientes. —Voy a subir a verla ahora. Quédate con Dima. Él te informará.

—Espera —me interrumpe Dima cuando me giro para irme—. ¿Vamos a ir todos esta noche? Quiero decir, tenemos que considerar a Taylor y Celine. Por no hablar del viejo.

—Un pequeño contingente de soldados se quedará aquí para asegurarse de que están bien —explico—. Pero, como dijiste, esto requerirá todas las manos posibles. Los Theron estarán a salvo detrás de una puerta cerrada.

Los dejo atrás y subo las escaleras.

Cada paso es más duro que el anterior. Siento que camino hacia mi propia perdición. Pero, cuando llego a la enfermería y abro la puerta, Celine está dormida. Sus párpados cerrados tiemblan y revolotean con sueños caóticos.

Me avergüenza lo aliviado que me siento de poder aplazar esta conversación aunque solo sea un poco más.

Pero la sensación es real. Se me revuelve en las tripas y no puedo negarlo. De una forma u otra, el corazón de alguien se romperá esta noche. No hay otra forma.

Así que, con un amargo suspiro, doy la espalda a la mujer con la que estaba destinado a casarme y asciendo un vuelo más para hablar con la mujer con la que desearía poder casarme en su lugar.

ILARION

Taylor está caminando cuando entro. Las huellas en la alfombra indican que lleva un buen rato haciéndolo. Observo los dedos de sus pies descalzos sobre la alfombra antes de subir por sus piernas, pasar por la barriga en la que crece nuestra vida y mirar su cara.

La suave sonrisa que se dibuja en la comisura de mis labios se transforma en un ceño fruncido cuando la miro a los ojos. Me mira con las manos entrelazadas a la espalda. Pero el esfuerzo por evitar que vea que le tiemblan hace que todo su cuerpo se estremezca.

Lo que más le tiembla es el labio. —Se los dije —grazna—. Les conté lo de mamá.

Mierda. —Lo siento, Taylor.

—¿De verdad?

No contesto. ¿Qué sentido tendría? Desde el principio supe que yo no era el héroe de su historia. Si quiere convertirme en el villano, que así sea. Es su elección.

Se muerde el labio inferior, como si intentara evitar decir algo que sabe que no debería decirme. —¿Ya viste a Celine?

—Lo intenté. Estaba durmiendo.

Parece aliviada al oír eso. —Está débil, Ilarion. Y acabo de decirle que nuestra madre está muerta. No creo que pueda soportar mucho más. Así que si tú...

—No pienso decirle nada a Celine esta noche —la tranquilizo—. Dima, Mila y yo tenemos negocios fuera de la mansión.

—¿Por qué lo dices así? "Negocios". Tan... críptico —traga saliva—. No me gusta cuando dices las cosas de esa manera.

Suspiro y ajusto el cierre de mi reloj por costumbre. Debato cuál es la mejor forma de actuar, pero al final, ¿cómo podría elegir otra cosa que no fuera la verdad?

—Atacaremos los complejos Bellasio. No podemos arriesgarnos a represalias. Una noche de fuego infernal y la amenaza Bellasio se irá para siempre. Un barrido limpio.

—"Limpio" es una palabra curiosa para matar a mucha gente —murmura Taylor.

Inclino la cabeza en señal de reconocimiento. —Todo tiene un costo.

Ella resopla. —Dime algo que no sepa —sus ojos se vuelven vidriosos y se queda mirando una pared en blanco durante un largo momento de silencio.

Cruzo la distancia que nos separa hasta que estoy a solo unos centímetros de ella. Solo centímetros, pero parecen kilómetros. Me mira, a su pesar, y veo cómo su expresión rebosa vulnerabilidad.

—Ilarion —dice en voz baja—, no volveré a traicionar a mi hermana.

—Y ¿cuál es la alternativa? ¿Traicionarte a ti misma?

—Yo no lo veo así.

—Me amas.

Se estremece. —Yo…

—Adelante —gruño—. Niégalo. Miénteme y niégalo —me inclino más hacia ella—. Ya lo haces bastante bien.

Respira hondo y me mira a través de sus largas pestañas. Lo único que quiero es atraerla hacia mí, besarla hasta que se rinda. Besarla hasta que se rompa.

—Ilarion...

—Dilo.

Ella se estremece. —Te amo —concede suavemente—. O al menos... quiero hacerlo. Pero no puedo.

—Sí que puedes. Llegaste antes que ella. Fuiste la primera. Fuiste... la única. Siempre fuiste tú, Taylor. Siempre tú.

Sacude la cabeza. —Fui un accidente al azar. Ella es la mujer a la que le propusiste matrimonio.

—Deja de robarme mi elección.

Taylor hace una pausa. Luego, parpadea. —¿Qué?

Flexiono los dedos contra las palmas de las manos, dejando que el escozor de las uñas mordiéndome la piel me recuerde que no puedo tocarla como deseo. —Sigues actuando como si pudieras negarme mi elección. Como si no pudiera tomar mis decisiones. No soy un hombre que suelta sus secretos o su corazón y su alma como un tonto enamorado. Pero soy un hombre que puede que no pase de esta noche. Hice planes y estrategias y confío en el camino que elegí. Pero siempre existe la pequeña posibilidad de que la muerte nos esté esperando, y si algo aprendí de este espectáculo de mierda es que es una tontería jugar con el destino.

Mejor ser honesto mientras pueda.

—¿Has considerado siquiera, por un maldito segundo, cómo las cosas serían diferentes si solo me hubieras dicho tu nombre?

Sus ojos se abren de par en par.

Asiento. —Exacto. Entonces elegiste por mí. Me quitaste mis opciones. Me robaste la capacidad de tomar una decisión informada cuando se trataba de Celine.

—Eso no hace la diferencia...

—¡Cómo que no! —mantengo la voz baja por el bien de Celine abajo, pero sigue siendo tan dura como un grito—. ¿Qué? ¿Crees que la habría mirado siquiera de reojo si supiera quién era su hermana? ¿Me mirarás a los ojos y dirás que crees sinceramente que si hubiera sabido que Taylor Theron era la misma mujer que me robó el puto corazón desde el asiento trasero de mi coche, lo habría dado por zanjado y me habría casado con una completa desconocida a la que ni siquiera soporto tener cerca?

Soy muy consciente de que parezco un loco. Soy muy consciente de que las compuertas están abiertas de par en par y estoy derramando más de lo que he derramado en toda una vida de emociones enterradas.

Pero, *Dios mío*, esta hermosa mujer me pone de los nervios.

Y si las compuertas están abiertas es porque lleva semanas cincelándolas con su tozudez.

Un día, cuando ya no me cuestione mi cordura, voy a regodearme en el orgullo por nuestro hijo. No podría pedir un heredero ni una madre mejor para criarlo. O criarla.

Si esa niña tiene la mitad de voluntad de hierro que cualquiera de nosotros, será una fuerza a tener en cuenta.

Taylor suelta un sollozo que se niega a dejar salir. —Te amo, Ilarion. Pero es demasiado tarde. Metí la pata. Y ahora, no puedo amarte. Un día, olvidaré lo suficiente como para que... ya no me importe.

Es como si me clavara un cuchillo helado en el corazón. Y, en lugar de decirle simplemente lo que siento, en lugar de decir las dos palabras más fáciles de la lengua, que no puedo pronunciar, mi expresión se ensombrece.

Es mucho más fácil fingir que no me estoy muriendo por dentro. —Desafortunadamente, para ti, eso no va a importar.

Ella frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—A partir de mañana, Benedict Bellasio ya no será una amenaza para nosotros. Tú y tu padre estarán a salvo aquí hasta entonces. En ese momento, Archie será libre de volver a su propia casa —respiro entrecortadamente antes de terminar—: Pero tú permanecerás aquí.

—Ilarion...

La hago callar con la mirada. —Cuando Celine se haya recuperado, le hablaré de nosotros y del bebé.

—La romperá.

Lanzo una carcajada. Es dura y cruel y está llena de la verdad que necesita oír. —Sabes tanto de

todo el mundo, ¿verdad? No es tan frágil como crees. No es tan frágil como *quieres* que sea.

Eso le cae como un puñetazo en el alma. *Bien*. No me gusta la forma en que mis palabras la hacen encogerse sobre sí misma, y definitivamente no me gusta el hecho de tener que decirlas.

Puede que ahora esté molesto, pero no soy un imbécil. Bueno... no siempre. —Me aseguraré de que esté cómoda y provista. No la echaré a la calle.

—No querrá tu dinero.

—Se lo daré de todos modos.

Taylor moquea y cruza los brazos sobre el pecho. —No podemos. No puedo, Ilarion. Lo siento.

—¿Aunque nos amemos? —exijo. Al menos, lo dije como una exigencia, pero todo lo que parece es una súplica desesperada.

Parpadea para contener las lágrimas y me sonríe con tristeza. —Me imagino que solo serías capaz de admitir que me amas ahora que no puedes.

Deja de decirme lo que puedo y no puedo hacer. —Podemos criar a nuestro hijo juntos, Taylor. Criaremos a nuestro hijo juntos.

Puedo verlo en su cara: ella quiere eso. Lo desea más que nada. Pero está asustada y es testaruda, y la caótica tormenta de su vida ruge demasiado fuerte para que nada tenga sentido.

—Ilarion, por favor. Escúchame. Puedes decirle a Celine la verdad. Puedes mantenerme aquí bajo tu techo... pero no puedo estar contigo.

Me inclino hacia ella, a una fracción de pulgada de darle un beso en su boca obstinada. Dejo que mis labios se queden cerca, sintiendo el calor que desprende su cuerpo, saboreando el beso fantasma de su aliento.

—Ya veremos —digo al fin.

Entonces, por doloroso que sea, me alejo.

TAYLOR

Cuando Ilarion se va, me dejo caer en el asiento de la ventana. Mis dedos se aferran a la gruesa tela del cojín, intentando, sin éxito, aferrarme a la realidad. No puedo respirar bien y, por mucho que lo intente, cada vez es más evidente que nunca podré hacerlo aquí.

No en esta casa. No con la sombra de mi hermana planeando sobre mí.

Me obligo a enderezarme. Ilarion dice que él es el que no tiene opciones, pero yo tampoco tengo muchas. Lo único que puedo hacer es afrontar la situación. Dejar de esconderme de la verdad.

Y la verdad es que tendré su bebé. La verdad es que lo amo.

La verdad es que si me quedo aquí, cederé. Tal vez no hoy o mañana, pero un día.

Porque sé en mi corazón que nunca amaré a otro hombre como amo a Ilarion Zakharov.

Saco la nota que mi padre me metió en el bolsillo. Ya he memorizado las palabras, pero las vuelvo a leer de todos modos. Luego, miro la hora.

Cuarenta y seis minutos para medianoche.

A través de la ventana detrás de mí, veo a los hombres Zakharov amontonándose. Grupos de sombras uniéndose a grupos de sombras. Cuando entrecierro los ojos, encuentro a Dima en medio de una mancha de oscuridad. Un momento después, Mila se le une. Ladran órdenes, señalan y gesticulan, y entonces comienza el goteo del éxodo.

Siento un cosquilleo en la piel mientras me pregunto qué me deparará la medianoche. Qué les deparará a ellos también.

El sol de mañana saldrá en un mundo diferente.

Me pregunto dónde estaré entonces. ¿Confío en mi padre lo suficiente como para dejar que me guíe ciegamente hacia el resto de mi vida?

Conozco a Archie Theron. Mi padre es paranoico hasta la médula y ferozmente protector. En el fondo de mi corazón, ya sé lo que me dirá.

Tenemos que irnos lo antes posible.

No se puede confiar en Ilarion, y aunque se pudiera, su estilo de vida es demasiado peligroso.

Todos estamos en riesgo si nos quedamos cerca de él.

Todas cosas que ya sé.

Me alejo de la ventana y entro en el cuarto de baño. La idea era echarme agua fría en la cara y sacudirme estos pensamientos escabrosos. Pero, en lugar de eso, me paro frente al espejo y miro mi reflejo durante un momento.

Mis mejillas están pálidas y demacradas. Parezco asustada. Mis ojos bajan hasta mi vientre. Empiezo a sentirme embarazada. Lo que significa que tengo que decírselo pronto a Celine y a papá, antes de que empiece a parecer que estoy embarazada.

Me echo el pelo hacia atrás y me hago una coleta. Pero el subidón de adrenalina del agua fría no dura más de uno o dos segundos.

Miro el reloj. Faltan diecinueve minutos.

Cuando vuelvo a asomarme a la ventana de mi habitación, veo que las puertas están cerradas, los camiones han desaparecido y todo está tranquilo en el patio. Las mariposas se reúnen en mi vientre.

No me molesto en hacer la maleta. Simplemente cojo la misma bolsa que me llevé a la montaña. Está llena de toda la ropa que nunca tuve oportunidad de ponerme.

Me la cuelgo del hombro y sigo la escalera hasta la planta baja. Luego, salgo a los jardines por la salida de la cocina, arrastrándome lentamente y vigilando por si hay algún rezagado o algún guardia de seguridad. Recorro los jardines hasta encontrar el camino que me lleva a la puerta sur.

Como en todas partes, aquí reina el silencio. Las piedras se mueven bajo los pies, pero el aire nocturno está muerto. Ni siquiera una brisa agita los setos.

Doblo una curva y la veo allí. La puerta. El límite entre la vida que quería y la que tendré.

Es de hierro simple, pintada de verde jade. No hay un coro de ángeles esperándome. Tampoco guardias Zakharov, eso me parece extraño. Solo está ahí, inquietantemente sola.

Pero ya no hay vuelta atrás. Abro el pestillo y paso.

Al principio, no veo nada. Solo la oscuridad de la noche y un montón de árboles. Luego: una ráfaga de luz a lo lejos. El destello de los faros, allí y luego desaparece de nuevo.

Una señal.

Me escabullo entre los árboles hasta que el coche se materializa en la oscuridad. Es un Honda destartalado con el capó abollado. Ilarion no iría ni muerto en él. Disminuyo la velocidad justo cuando se abre la puerta del conductor.

—Taylor.

—¡Papá! —jadeo cuando me doy cuenta de que tiene sangre en el cuello y manchas en la camisa —. ¿Qué está pasando? ¿Qué demonios está pasando?

—Nos vamos —dice. Me mira el bolso—. Bien, has hecho la maleta. Vámonos.

Respiro hondo, calmo los nervios y pronuncio la primera línea del discurso que practiqué en la oscuridad del cuarto de baño.

—No.

TAYLOR

Papá me mira de nuevo, mira por encima de mi hombro antes de caer en un susurro sibilante como si los árboles pudieran estar escuchando. —Esta es la única oportunidad que tendremos, Taylor. Tenemos que aprovecharla.

—No hasta que me digas qué demonios está pasando —digo—. ¿Cómo has podido burlar a los guardias? ¿Por qué estás cubierto de sangre? ¿Y dónde está Celine?

Me mira en silencio durante el tiempo suficiente para que dos cosas me sorprendan al mismo tiempo. Una es que las dos primeras preguntas que le hice probablemente tengan la misma respuesta. La segunda es que, de repente, su aspecto es muy distinto al del hombre que me crió.

Ese hombre estaba asustado, tembloroso, mal afeitado, desnutrido.

Este hombre está alerta, consciente, vigilante. Y calculador. Hay un propósito en su expresión y en su postura, y cuando echo un vistazo al pequeño Honda de mierda que ha traído a la fiesta, me doy cuenta de que hay una pistola tirada despreocupadamente en el asiento del copiloto.

—Mierda —susurro—. Tienes que estar bromeando.

Papá sacude la cabeza con tristeza. —Antes no decías tantas palabrotas.

—¡Considerando cómo está yendo esta noche, creo que estoy jodidamente justificada!

—No tenemos mucho tiempo, Taylor —se pasa los dedos por el pelo ralo. Dejan atrás más sangre manchando su cuero cabelludo.

—Entonces, habla rápido. Había guardias en la puerta, ¿no?

—Sí.

Su voz no vacila ni un segundo. Solo puedo mirar a mi padre con incredulidad, preguntándome si es posible. Me pregunto si he estado ciega todo este tiempo o si vivir con Ilarion me ha convencido de que todo el mundo tiene secretos oscuros.

—Papá...

—Cariño, había que hacerlo. Habrían dado la alarma y tenía que hacer lo necesario para sacarte de aquí.

—¿Están muertos?

—Sí.

Me estremezco. No dudó. No parpadeó.

—No se pasa de ser un hombre de familia a un asesino a sangre fría en el lapso de unas horas. Así que dime, papá. ¿Quién eres? ¿Quién eres *realmente*?

Me agarra la mano. Me la coge con fuerza, como solía hacer cuando yo era pequeña y empezaba a tronar fuera y yo me preguntaba si se acababa el mundo.

—Soy tu padre, ante todo —dice.

—¿Y? —levanto una ceja—. ¿Qué más?

Toma aire. —Hasta hace poco, también era *vor* de la Bratva Zakharov.

Arranco mi mano de la suya. Porque, por mucho que los puntos se conecten rápidamente, todavía no lo vi venir.

—¿Me estás diciendo... que trabajabas para... Ilarion?

—Sí.

—Es un jefe Bratva.

—*Pakhan*, pero sí. Y, antes de eso, su padre era el *pakhan*. Él fue quien me reclutó, hace diecisiete años.

Hace diecisiete años. Yo tendría tres. Mi padre dice que me soltó la mano durante aquella tormenta eléctrica que tanto me aterrorizó y se fue saltando a unirse a la puta mafia rusa.

Le doy la espalda por un momento, tratando de llenar los espacios en blanco. Hay tantos que no puedo concentrarme lo suficiente para hacer las preguntas adecuadas. —¿Lo sabía mamá?

—No —dice suavemente—. No quería que se preocupara.

—¿Así que todo el asunto de la agencia de viajes...?

—Era una tapadera.

—Maldición —respiro, dándome la vuelta para mirarlo—. Esto es una locura.

—Lo siento, dulce...

Sacudo la cabeza y levanto una mano. —No te molestes en disculparte. No servirá de nada.

—No necesito tu perdón, Taylor. Solo necesito que entres en el coche.

—¿Por qué? —exijo—. No sé quién demonios eres. ¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque soy tu padre. Y porque todavía necesito protegerte. Y, sobre todo, porque Ilarion Zakharov es un hombre peligroso.

—Desde mi punto de vista, tú también.

—Taylor...

—Trabajabas para él. Tú... Dios mío —jadeo, mientras otra parte del rompecabezas encaja—. *Sabías quién era cuando Celine nos lo presentó a todos*.

Traga saliva y asiente. —Sí.

—Y también te conocía a ti.

—Sí. Me conocía.

Exhalo bruscamente. —Así que debe haber sabido quién era Celine. Lo que significa que la única razón por la que se involucró con ella fue porque...

—Desertó —completa papá. Su voz baja con pesar.

—"Desertaste", es una palabra bonita. Pero lo que quieres decir es que lo traicionaste. Tú... —*PUM*. Otra pieza del rompecabezas. Esta duele como si me hubiera golpeado en el estómago —. ¿Elegiste a *Benedict Bellasio*?

Cierra los ojos y, por un momento, veo al hombre que me crió. El padre de los suburbios que trabajaba muchas horas en la agencia de viajes y veía los partidos de los White Sox por las tardes mientras masajeaba los pies de su mujer enferma.

—Cometí muchos errores —dice al fin—. Y ahora, estoy intentando solucionarlos.

Pero apenas lo escucho por encima del chasquido de las piezas del rompecabezas que van encajando una tras otra.

—Le propuso matrimonio a Celine para mantener tu lealtad —susurro para mis adentros—. Quería que fueras un doble espía. Pero Benedict Bellasio asaltó su propiedad y los secuestró a ti y a Celine.

A su favor, no se molesta en negarlo. —Benedict pensó que yo había desertado de vuelta a Ilarion. Su compromiso con Celine... no pintaba bien para mí.

—Presiento que viene un "pero".

—Conseguí convencerlo de que fue una coincidencia. Ilarion conoció a mi hija por casualidad, los dos se enamoraron, sus sentimientos eran auténticos. Se lo creyó.

—Así que, en lo que respecta a Benedict Bellasio, ¿sigues en su equipo?

Traga saliva. —Sí.

Me alejo lentamente de mi padre. —No iré contigo. Que le den a Benedict Bellasio. Puede que le hayas jurado lealtad, pero yo no lo haré. Ese hijo de puta mató a mi madre y...

Sus ojos se abren de par en par. —¡Dios mío, Taylor! ¡No voy a volver con él! No voy a volver con nadie. Ya no me importa nada de eso. La política, los juegos mentales, la puta muerte. No. Se acabó. Lo único que me importa es mantenerlas a salvo. Nos vamos del estado. Incluso el país, si tenemos que hacerlo.

Lo considero un momento antes de soltar un suspiro que sale como un medio sollozo, medio

carcajada. —Esto es ridículo. Todo esto. Mi padre está en la mafia rusa... espera, no: estaba en la mafia rusa, antes de convertirse en espía italiano —suelto una carcajada enloquecida, sintiéndome cada vez más desquiciada—. Mi hermana está prometida con el hombre al que traicionó, ¡y yo estoy embarazada de él!

—¿*Qué*?

Su voz chasquea como el viento. Me vuelvo hacia él con la risa burbujeando salvajemente en mi garganta. —Oh, esta sí que es la noche de las grandes revelaciones, ¿eh, papá?

Un rayo de luna entre las ramas le ilumina la cara y lo vuelve pálido como un fantasma. Balbucea—: ¿Estás embarazada?

—De cuatro meses.

Otra pieza del rompecabezas encaja en su sitio. La más grande y pesada hasta ahora. La puta pieza central.

—La noche que él y yo nos conocimos... —cierro los ojos y suelto una risa ahogada. Lo necesito, antes de ahogarme en un torrente de lágrimas—. Por supuesto. Ilarion estaba en el barrio para reunirse contigo. Por eso estabas tan nervioso y paranoico. Sabías que se acercaba.

—Taylor, realmente tenemos que...

—Pensabas que te mataría —musito—. Resultó ser demasiado listo para ti, ¿eh, papá? Se dio cuenta de que la mejor manera de hacerte daño sería llevándose a tus hijas. Creo que ni siquiera él se dio cuenta de lo brillantemente que saldrían las cosas.

—¿Te forzó?

Vuelvo a reír, tan desquiciada como la primera vez. —No, papá, Ilarion Zakharov no *me forzó*. De hecho, fue la persona a la que corrí después de que me pegaras. ¿Lo recuerdas? —inclino la cabeza hacia un lado—. ¿Recuerdas cómo abofeteaste a tu propia hija por intentar ser una adulta independiente? Es casi poético que corriera directo a los brazos del tipo al que jodiste —me doy cuenta de otra cosa y me río aún más—. Dios mío. Tu primer nieto es el heredero de la Bratva Zakharov —me río—. ¡Felicidades!

Si estoy siendo cruel, ya no me importa. He cargado con tanta culpa por esa noche, y resulta que todo es culpa de mi padre. Mi padre, *vor* de la *Bratva Zakharov*.

Por diecisiete. Malditos. Años.

Lo que significa que no solo conoció a Ilarion todo este tiempo; conoce a Ilarion y a Mila desde que eran niños.

Siempre han formado parte de mi vida, solo que nunca se me permitió saberlo. —Ahora eres una persona totalmente diferente para mí.

Sacude la cabeza con tristeza. —Tendré que vivir con eso. Pero puedo vivir con cualquier cosa si eso significa que ustedes están a salvo.

—Conmovedor —susurro—. Pero, de alguna manera, sigue sin compensar todas las mentiras.

—Podemos resolver todo eso más tarde, Tay. Lo único que necesito saber ahora es si confías en mí lo suficiente como para venir conmigo.

Miro hacia la casa. —Sigues hablando de “nosotras”, pero Celine sigue ahí.

Su rostro se tuerce en una mueca—. Tenemos que irnos sin ella.

Me vuelvo hacia él. —¿Qué?

Vuelve a asentir. —Ella no lo dejará.

—¿Le dijiste todo lo que acabas de decirme?

—Todo —hace sonar las llaves del coche en su mano—. Incluido el hecho de que la única razón por la que Ilarion la eligió fue para vengarse de mí, para controlarme, para mantener mi lealtad. Aun así, ella eligió quedarse.

Mi mano revolotea sobre mi vientre. —Ella realmente está enamorada de él...

Lo miro a los ojos durante una fracción de segundo. En cierto modo, había tomado la decisión hace mucho tiempo. Pero escuchar la elección de Celine lo hace más fácil.

Vuelvo a mirar la mansión una vez más. Es justo ahora, justo cuando mi mundo se ha tambaleado más que esa estúpida bola de nieve que robé de la cabaña... cuando por fin me doy cuenta de que Ilarion tenía razón.

No conozco a mi hermana tan bien como pensaba. Demonios, ni siquiera conozco a mi propio padre, aparentemente.

O tal vez me aferré a alguna idea imaginaria de ellos. De gente que hace las cosas por amor y no por desesperación egoísta, a costa de la felicidad de los demás.

Pero papá quería más de lo que su mujer y sus hijas podían darle. Manchó nuestras vidas de miedo y paranoia, mintiéndonos todos los días, porque eligió perseguir algo que ser un *vor* le daba.

Y Cee...

Se me revuelve el estómago al pensar en ella. No le importa la felicidad de Ilarion, ni la de papá, ni mucho menos la mía. Me mintió y me obligó a cargar con la culpa de algo que ocurrió hace años.

No quiero pensarlo, pero sé que, si lo descubre, cuando lo descubra, se aferrará mucho más a Ilarion, porque sencillamente no le importa la felicidad de nadie más que la suya.

Se me salen las lágrimas. Deseaba tanto ser amada ferozmente por las mismas personas que no han hecho más que chuparme la lealtad.

Y la única persona que realmente me ama, feroz y protectoramente... es la única persona a la que ya he dado la espalda para siempre.

Miro a mi padre, que ha ido a sentarse en el asiento del conductor del coche. Ahora apenas lo reconozco, pero es más fácil pensar en él no como mi padre, sino como alguien del mundo de Ilarion, que sabe lo que tiene que hacer.

Porque tengo que admitirlo: mi padre ha sido exactamente así toda mi vida. Abro la puerta del pasajero y le hago un gesto con la cabeza.

—De acuerdo. Vámonos.

ILARION

Una vez soñé que estaba sobre las cenizas del imperio Bellasio. Es lo más cerca que estaré de una premonición real.

Me paro en la carretera elevada que domina la mansión Bellasio y observo cómo arde. Columnas de humo y ceniza arañan el cielo como los dedos grises de un cadáver.

Y todo lo que puedo pensar es: Nada ha parecido nunca tan hermoso.

Mila y Dima se unen a mí. —Bueno, ya está hecho —dice Mila, observando las ruinas de la finca con el ceño fruncido de apatía—. Todas sus propiedades han sido atacadas, junto con los hombres que las custodian.

—No todas las propiedades —murmuro.

Mila me mira. —Llegamos a todas las propiedades de tu lista.

—Sí, pero Benedict y Gregor no estaban en ninguna de ellas —interrumpe Dima—. Lo que significa...

—Hay más —termino por él.

Mila levanta las manos. —¿Acaso importa? —protesta—. Así que sí, habrá lugares más pequeños. Refugios. Pequeñas chozas de mierda en lo oscuro de la selva. Y habrá algunas ratas de Bellasio escondidas en ellas. ¿Pero a quién le importa? Hemos golpeado su base de poder.

—Eso no lo hace impotente —luego, exhalo—. Pero lo margina. Por ahora.

Mila levanta ambas cejas. —¿Eso significa que dejarás que huya?

—Diablos, no. No hasta que su cadáver se enfríe a mis pies.

Ella sacude la cabeza. —Entonces no sé qué sentido tuvo esta noche. Todo lo que hemos hecho es dar a luz a un hombre desesperado sin nada que perder.

—Que es exactamente por lo que tengo la intención de seguir buscándolo.

—Encontrará una madriguera donde meterse —advierte Dima—. No será fácil atraparlo.

—Ah, pero tengo un arma secreta —les recuerdo—. Tengo a Archie. El hombre fue agente doble durante bastante tiempo. Será capaz de decirme de cualquier otra localización que podamos estar

pasando por alto.

Mila escupe al suelo a nuestros pies. —Seguro que ni siquiera Benedict es tan estúpido como para usar un piso franco que Archie conocía.

—No tendrá elección. Se le han acabado las opciones, e incluso si tiene algún lugar más lejano al que huir... nadie puede correr tan rápido —doy la espalda a las ruinas humeantes y miro hacia la fila de camiones que nos espera.

—Así que Archie es la gran esperanza —dice Mila, disgustada—. ¿Podemos confiar en él? Ya nos traicionó una vez. ¿Qué le impide hacerlo de nuevo?

Mi sonrisa es cruel. —Tengo a sus hijas. A las dos —luego, desciendo la colina hacia mi ejército victorioso.

Mila y yo subimos al Hummer frente al de Dima. Nos alejamos del fuego, dejándolo como un resplandor anaranjado contra el cielo nocturno a nuestras espaldas.

Cuando se hace el silencio, miro a mi hermana. Su rostro es una máscara de acero.

Mira fijamente a media distancia por delante del camión mientras nos comemos la carretera con una cuidadosa impasibilidad. Sé lo mucho que lucha para mantener la mente en blanco. Vacía.

El pasado no puede hacerte daño si no te permites recordarlo.

—¿Mila?

—¿Hm?

—¿Es esto lo que quieres estar haciendo dentro de diez años?

Ella frunce el ceño. —¿Le has preguntado a Dima lo mismo?

—Dima tiene una vida.

Ella se tensa. —¿Qué significa eso?

—Significa que sale. Folla, bebe, se pelea. Y un día, encontrará a una mujer y sentará cabeza con ella —le digo lo más suavemente que puedo—. A menos... a menos que hagas algo al respecto.

Su ceño se endurece más allá del punto de ser creíble. —Yo... no sé de qué demonios estás hablando.

—Creo que sí.

Se aparta de mí y cruza los brazos sobre el pecho. —No tendré esta conversación contigo, Ilarion.

—He visto la forma en que lo miras. Sé lo que te mantiene atada a esta Bratva, y estoy seguro de que no soy yo. No es lealtad a la causa o amor al juego, y Dios sabe que no es por el bien de la tradición familiar. Es por él. Admite la verdad, Mila.

—Cállate.

—Mila...

—¡Cállate la boca!

Me quedo en silencio. El ruido del motor se agita a nuestro alrededor. Mila se come las uñas una y otra vez hasta que oigo un siseo de dolor y miro hacia abajo para ver que se ha arrancado una. La sangre cae sobre su pantalón.

—Mila.

—No tiene sentido, ¿vale? —dice con una voz quebrada—. No puedo... no puedo estar con él de la forma en que un hombre quiere que una mujer esté con él.

—Quiero verte feliz. No has sido feliz en mucho tiempo —le lanzo una rápida mirada—. Excepto cuando él está cerca.

Suspira y sus ojos se cierran. —No he sido feliz desde el primer momento en que... me tocó.

Hace tiempo que no hablaba de ello. El aire en el coche se siente eléctrico ahora. Una carga letal en cada respiración.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes. Ojalá hubiera podido evitarlo.

—Lo querías.

—Te quería más a ti —la empujo suavemente—. Todavía te quiero.

Me dedica una pequeña sonrisa. —Ya lo sé. Te lo agradezco. Pero lo que pasó es un secreto que pienso llevarme a la tumba. Y, si quisiera estar con Dima, tendría que contarle la verdad y... no puedo hacerlo.

Dejo ahí la conversación. No la obligaré a enfrentarse a su trauma. Sé lo que eso puede hacerle a una persona.

ILARION

Atravieso las puertas del Diamante y aparco detrás de Dima. Mila y yo acabamos de entrar en la casa cuando Dima se detiene al final de la escalera. Tiene los ojos muy abiertos por el pánico.

—Acabo de ir a ver a Archie para prepararlo para nuestra charla. Pero... no está ahí.

Mi columna se pone rígida. —¿Taylor?

Dima se limita a sacudir la cabeza.

Mila se da la vuelta y sale corriendo de la casa para reunirse con los de seguridad.

Corro escaleras arriba. Dima me sigue hasta la habitación de Taylor.

Su olor todavía perdura en el aire, pero ya se está desvaneciendo. No durará mucho más. Mientras el corazón me late cada vez más fuerte contra las costillas, busco en el armario cualquier rastro de lo que haya podido pasar.

Su bolsa de lona negra no está. —Maldición —gruño—. ¡*Maldición*!

Estoy de pie en el armario, con los puños apretados y temblando, cuando Mila irrumpe en la habitación un momento después. —Derribó a tres guardias —dice—. Salieron por la puerta sur.

—¿Celine? —le pregunto a Dima.

—La he comprobado. Sigue en el ala médica. Dormida cuando llegué.

—¿La dejaron? —jadea Mila.

—No —me giro hacia la ventana. A lo lejos, distingo el resplandor de las llamas del Bellasio—. No, ni Archie ni Taylor la habrían dejado atrás voluntariamente. Celine eligió quedarse.

Mila frunce el ceño. —Archie no te habría protegido. Les habría dicho a las dos quién era, la conexión entre ustedes. Le habría dicho a Celine por qué elegiste proponerle matrimonio en primer lugar.

Asiento y doy la única explicación que tiene sentido—: No le importa.

Calculé todo muy mal. Todo este maldito lío empezó con un simple descuido y un error de cálculo. Ahora, la mujer equivocada está en mi casa jurándome lealtad ciega mientras la mujer perfecta de mis sueños se pierde en el viento.

—Pero Taylor... —Dima dice—. A Taylor le importa.

—Taylor no está pensando en mí —lo digo, pero algo muy dentro se niega a creerlo. Se atreve a decir que sabe que no—. Ella solo piensa en Celine.

Y a cómo reaccionará Celine cuando se entere de nuestro bebé.

Es entonces cuando hago un agujero en la pared del armario. —¡*Mierda*!

—Ilarion —interviene Mila, moviéndose en mi línea de visión—, puede que no sea demasiado tarde.

Lo pienso durante una fracción de segundo. ¿Debo dejar que Taylor se martirice a pesar de lo que realmente quiere?

¿O debo encontrarla, arrastrarla y obligarla a aceptar lo que realmente quiere?

Taylor me dijo que amar a alguien es dejarlo ir. Pero nadie le enseñó nunca lo que yo aprendí hace años: que amar a alguien significa permitirle enfrentarse a sus demonios. Amar es hacer lo mejor para el otro, aun a riesgo de destruir ese amor al final.

Y *maldita sea*, la amo.

Así que solo puedo hacer una cosa.

—Encuéntrenla.



Continuará

La historia de Ilarion y Taylor continúa en el Libro 2, **Ángel de diamantes.**

Haz clic aquí para seguir leyendo